



AMOR, ESPERANZA... MI ETERNIDAD

LUNATIC
Wolf
2

KELLY DREAMS

se

Lectulandia

Que la plantasen en el altar era algo que Merryna Chimpandale no había previsto. Lo que prometía ser el día más hermoso de su vida desembocó en un verdadero infierno, uno del que quizás no saliese con vida.

Salir a cazar y terminar con una mujer moribunda en brazos no era la forma en la que Mijaíl Čech Alezandru pensaba concluir una cacería. Llevaba un mes en Praga colaborando con otros alfas intentando dar con el hombre que había sembrado el caos entre los suyos sin haber tenido éxito.

Ahora, el destino parecía dispuesto a concederle una segunda oportunidad. Todo lo que tenía que hacer era convencerse a sí mismo y a su nueva compañera, de que juntos podrían superar cualquier cosa, incluso el más doloroso y oscuro pasado.

En una ciudad convulsa, dónde incluso aquellos en quienes confías pueden resultar ser el enemigo, el Príncipe Velkan y los Alfas de varios territorios tendrán que unir fuerzas. Ya no se trata solo de proteger a su princesa y convencerla de que su lugar está a su lado, sino de cazar al monstruo que amenaza sus vidas, su posición y la supervivencia de su raza.

Lectulandia

Kelly Dreams

Lunatic Wolf 2

American Wolf - 6

ePub r1.0

Titivillus 03-11-2017

Título original: *Lunatic Wolf 2*

Kelly Dreams, 2017

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A **Melinka Flores**, por brindarme su amistad y cariño a través de la distancia y de los años.

A **Gema Riancho**, por echarme un cable con la revisión del libro cuando más lo necesitaba. Muchas gracias por acompañarme en esta aventura literaria.

A **Chelo Aisa Lozano**, eres sin duda una persona extraordinaria y estoy encantada de tenerte como amiga. No cambies nunca, vales mucho.

A mi **Vero**, que apostó por estos locos lobitos desde el primer momento, gracias por apoyarme siempre.

A mi **Carolina Castillo Ruiz**, mil gracias de todo corazón por tu cariño y por los cables que siempre me echas.

A mi **Ele Sánchez**, mi *brujis* particular, gracias por tan buenos momentos y por estar siempre a pie de cañón para mí.

Y sobre todo, quiero daros las **gracias a todas las lectoras** que me habéis acompañado en esta serie lupina, que os habéis enamorado de mis lobos desde que apareció el alfa de Manhattan, que os habéis mantenido fieles a ella y me habéis dado tantas y tantas alegrías en estos dos últimos años. Gracias de todo corazón, espero que esta última entrega os guste y deje en todas vosotras un buen sabor de boca.

Kelly Dreams

PRÓLOGO 2

Había pocas cosas en la vida que Merry Chippendale encontrase imperdonables. Al fin y al cabo, todo se trataba de una cuestión de puntos de vista, de escuchar a las dos partes implicadas y sacar conclusiones propias, decidiendo si merecía una sentencia de culpabilidad o inocencia.

Pero hoy ya no estaba tan segura de que ese método pudiese aplicarse a este caso en concreto, no cuando el suelo a sus pies estaba lleno de los pétalos despojados de su ramo de novia, cuándo el corpiño del vestido blanco que había elegido con exquisito cuidado parecía oprimirle las costillas y la pequeña iglesia decorada para el evento se había vaciado ya de invitados.

Hoy no habría boda.

Hoy no se casaría.

Hoy su prometido le había enviado a su padrino para decirle que no podía casarse con ella porque había encontrado a su propia compañera.

Hoy debería tener el corazón roto, sentir como las lágrimas brotaban de sus ojos y empapaban sus mejillas, como se le encogía el estómago por la congoja, pero todo lo que sentía era alivio y unas enormes ganas de tomarse un par de cervezas frías.

Tiró el resto del ramo al suelo, cruzó una última mirada con el pastor y abandonó la Iglesia de San Enrique con el velo en la mano barriendo el suelo tras ella.

No, no iba a llorar, no iba a montar un escándalo, había mejores formas de arreglar las cosas e iba a hacerlo a primera hora del lunes.

Cruzó el umbral de la capilla y se sorprendió de que la radiante luz del sol se hubiese oscurecido ya para dar paso a la noche. Había perdido la noción del tiempo, cuando había llegado, la tarde había sido brillante, soleada, perfecta para una boda.

—Maldita sea.

Hizo un guiñapo con el velo y lo tiró en una papelería cercana. Estaba harta de representar un papel, de fingir ante todo el mundo, de las críticas de su madre y la mirada de superioridad de su padre. Según ellos, aquello había sido culpa suya.

Le dio la espalda a la iglesia, le echó un vistazo de refilón a la Torre *Jindriska* situada al otro lado de la calle y se perdió entre las viejas calles de la ciudad nueva. Por suerte, a esas horas los turistas ya se habían retirado a sus hoteles y la calle estaba prácticamente desierta; no tendría que enfrentarse a las curiosas y sorprendidas miradas de la gente.

Suspiró y continuó andando, podría haber pedido un taxi, pero necesitaba moverse, hacer cualquier cosa que no fuese quedarse sentada preguntándose por qué había pasado aquello.

—Porque eres estúpida, Merry, ¿por qué sino?

Resopló y levantó la cabeza cuando una de las viejas farolas empezó a titilar hasta

finalmente apagarse. Incluso el alumbrado parecía estar en su contra.

—Bien, estupendo, eso, tú apágate —rezongó—. Qué más da. Ya nada puede empeorar.

Como si estuviesen esperando a que dijese esas palabras para demostrarle lo contrario, una serie de petardazos resonaron en las silenciosas calles haciendo que se detuviese en seco. Si en ese momento le hubiese dado tiempo a pensar o su mente no fuese ya un galimatías, el sonido la habría llevado a dar media vuelta y volver a la iglesia o al menos ponerse a cubierto.

Pero tal pensamiento nunca llegó, no hubo tiempo. En un momento estaba buscando la procedencia del ruido y al siguiente algo impactaba en su cuerpo. La opresión que había sentido toda la tarde por culpa del corpiño del vestido creció y, cuando se llevó la mano al abdomen y bajó la mirada, se encontró con un crisol rojo creciendo y empapando la tela.

Las piernas le fallaron entonces, el aire dejó de entrar en sus pulmones ante la realización de lo que había pasado y el dolor hizo por fin acto de presencia.

—Oh señor...

Deambuló con la mirada por la calle débilmente iluminada, intentó dar un par de pasos, pero todo lo que consiguió fue acabar finalmente en el suelo. El color rojo cubría cada vez más tela, el dolor era lo suficiente cruel como para que empezasen a danzar unos puntitos negros delante de los ojos y hacerla dudar de lo que veía subiendo por la calle en su dirección.

Primero uno, luego otro, dos figuras surgieron de aquella boca oscura mientras que se repetían el sonido de lo que solo podían ser disparos —ahora ya no tenía duda al respecto—, silbando por encima de ella. Extendió la mano por instinto, buscando ayuda, algo que la librase de ese dolor, pero apenas pudo articular una sola palabra antes de ver como una de esas figuras, un hombre, tropezaba a pocos metros de ella. Al perder el arma su rostro se contrajo en un gesto de horror y unas milésimas de segundo después un enorme lobo apareció de la nada, saltó sobre él y le arrancó la yugular de un mordisco.

El terror se instaló en su cerebro, lo que estaba viendo apenas siendo procesado ante la falta de aire y la cercanía de la muerte. El animal dejó a su presa y sus ojos brillaron en la noche, un par de gemas doradas que se encontraron con los suyos e hicieron que el tiempo se detuviese.

No sabía de dónde vino esa repentina necesidad, cómo hizo para que sus labios pronunciasen las palabras o la fuerza que la instó a levantar la mano hacia él en busca de ayuda.

—Por... favor...

El animal abandonó el cuerpo sin vida a sus pies, ignoró los disparos que cada vez parecían sonar más lejos en sus oídos y avanzó lentamente hacia ella.

Estiró los dedos una última vez, como si de esa manera pudiese llegar a él, tocarle y encontrar el alivio que necesitaba, parpadeó intentando mantener los ojos abiertos y

entonces contempló lo imposible. El lobo empezó a desvanecerse ante su mirada y en su lugar apareció una forma humana, un hombre alto, de pelo rubio oscuro y una mirada tan azul que parecía refulgir incluso en aquella oscuridad.

Lo vio mover los labios mientras avanzaba hacia ella, agachándose, llegando a su lado con un gesto de horrorizada incredulidad.

—No. No he pedido una segunda oportunidad, no la quiero.

No sabía a qué se refería, no entendía porque esas palabras le dolieron casi tanto como la herida que tenía en el abdomen, pero tampoco tuvo tiempo para pensar en ello pues sus ojos cedieron por fin y la oscuridad la reclamó.

CAPÍTULO 1

Mijaíl estaba a punto de enloquecer. No había otra explicación para su desesperación y los aullidos de su propio lobo atravesando su garganta.

Otra vez. El pasado se repetía otra vez delante de sus ojos, su penitencia continuaba y se cobraba ahora otra vida.

—No, no, no.

La recogió en sus brazos, un peso muerto, la sangre manchando de rojo el blanco de un vestido de novia.

No, no, no.

«Es mía».

—No puedes hacerme esto, otra vez no.

Buscó su corazón encontrando un débil latido bajo la palma de su mano. Se estaba muriendo, desangrándose en sus brazos, ella, la última que esperaba encontrar esa noche o cualquier otra.

—No, ni hablar.

Estaba frenético. Jamás se había enfrentado a una situación igual y no sabía qué hacer, todo en lo que podía pensar es que no quería que se fuera, no podía permitirse verla morir, no podía volver a perderla de esa manera.

«Nicolae. Necesito ayuda».

La respuesta de su beta fue inmediata. Estaba cerca. Habían pasado buena parte de la tarde rastreando a tres individuos solo para verse emboscados por ellos hacía poco más de una hora. Las cosas se habían puesto feas cuando sacaron armas de fuego y empezó una cacería que los había llevado hasta esa zona de la ciudad nueva.

«¿Estás herido?».

Negó con la cabeza aun sabiendo que no podría ver ese gesto.

«Mi compañera se muere».

Decirlo en voz alta hizo todo más real, más increíble y lo llevó también a tomar la decisión final. Cortó la comunicación mental con su beta, ignorando la sorpresa e incredulidad de este, desnudó los labios y dejó que su lobo tomase el mando.

«Salvémosla».

Ya se preocuparía después de las implicaciones de lo que estaba haciendo, de lo que eso le acarrearía a él y a esa pequeña humana, pero ahora necesitaba mantenerla con vida. No iba a ver morir a nadie más, no permitiría que ella se fuese ahora que el destino la había puesto en su camino. ¡Al infierno todo lo demás!

Hundió los dientes en la tierna carne entre su hombro y el cuello, vinculándola y reteniendo su alma atada a la de él.

«No se te ocurra morirte o juro por Dios que esta vez nada evitará que te siga».

El zumbido en sus oídos dejó espacio para el sonido de la muerte, su beta y los

dos rastreadores que formaban uno de los grupos de patrulla que se habían constituido en el último mes, aparecieron cerrando filas ante ellos.

—Esos hijos de puta se han escapado —siseó Rumati.

Eran como ratas surgiendo de cada cloaca. Desde que habían conseguido poner en custodia a la princesa y a la compañera del alfa Daratraz, los ataques furtivos se habían incrementado. De una punta a la otra de Chequia, con especial hincapié en la ciudad de Praga, no habían dejado de sucederse ataques, la mayoría de ellos absurdas persecuciones que se saldaban con algún que otro hijo de puta menos en el mundo.

«¿Mijaíl?».

Cerró los ojos con fuerza al escuchar esa voz en su mente. Inadvertidamente sabía que lo había llamado, a pesar de todo lo ocurrido en el pasado, él seguía formando parte de sí mismo, conectados como solo dos lobos mellizos podían estarlo.

«Se muere, Radu. Está muriendo otra vez...».

Se obligó a respirar a través de los recuerdos, a apretar los dientes para no gritar y aferrarse con fuerza a ese moribundo cuerpo al que no quería dejar marchar.

«No puedo perderla... Así no. Otra vez no».

No podía volver a pasar por eso, no podía enfrentarse de nuevo a un dolor semejante, a una soledad tan abrumadora y envuelta por la culpa.

—Mierda, pensé que estabas de coña.

La voz de Nicolae penetró en su mente, abrió los ojos y allí estaba su beta, intentando tocar a su compañera. Sin pensarlo desnudó los dientes, su lobo estaba demasiado cerca de la superficie y gruñó de manera amenazante.

—Tranquilo, amigo, solo quiero ayudar.

El hombre llevaba mucho tiempo a su lado, le conocía muy bien, pero en esos momentos apenas sí podía responder en su forma humana, su lobo estaba en modo protector, concentrado en mantener con vida a su compañera.

—No te acerques a ella... —siseó y sabía que no era su voz habitual, que era el lobo el que hablaba por él—. No la toques...

—Nicolae, atrás...

Era la voz de Rumati, él y Nahara habían formado parte de su partida de caza. El alfa sabía perfectamente a qué se enfrentaba y no estaba dispuesto a perder a nadie más.

—Mierda. Si no me deja atenderla... se desangrará.

Nuevos pasos entraron en su rango de audición, dos personas más se unían a aquella inesperada reunión, una de ellas jadeando audiblemente por el esfuerzo de la carrera.

—Mijaíl.

Levantó la mirada hasta encontrarse con la de su hermano, de todos los presentes era el hombre a quién menos estima tenía y, al mismo tiempo, sabía que era el único que podría acercársele sin poner en riesgo su vida.

—Oh Dios mío.

La voz de la compañera de este, Judith, penetró también en su mente. De alguna manera la presencia de esa mujer lo calmaba, era como un enorme sedante embotellado en forma humana.

—Tenemos que llevarla a un hospital.

Se aferró a ella aún más y gruñó.

—Judith, quédate detrás de mí.

El alfa de Praga retrocedió también, manteniendo a su compañera fuera de su alcance. Entonces miró a su alrededor.

—¿Dónde está Melinka?

Era su beta y una de las mejores rastreadoras de la región.

—Cerca —añadió Nicolae. Él mejor que nadie debería saber dónde se encontraba en esos momentos su compañera.

La pequeña pelirroja sacudió la cabeza e hizo algo muy estúpido, evitó a su compañero y se acercó a él, arrodillándose a su lado.

—Déjame ayudarte.

La voz suave de la chica lo arrancó poco a poco de ese estado de salvajismo animal devolviéndole su conciencia humana.

—Espacio, pelirroja, espacio.

Sabía que su hermano lo atacaría si se le ocurría hacer un movimiento en falso en contra de la muchacha.

—Ella es una de las pocas personas que siempre estará a salvo conmigo —musitó en voz baja, mirando a la mujer a los ojos.

—Lo sé —respondió la aludida en el mismo hilo de voz y señaló su preciada carga—. Hay mucha sangre, necesitamos detener la hemorragia y llevarla a un hospital.

Le sostuvo la mirada.

—No voy a dejarla...

Ella asintió de nuevo y miró hacia atrás, buscando algo o a alguien.

—Melinka.

La loba emergió de la oscuridad, cambiando de forma lupina a la humana y caminando hacia él con la elegancia propia de una mujer que se sabe segura de sí misma y su entorno.

—Nicu me ha dicho lo que ha pasado —comentó la loba agachándose muy lentamente a su lado, sin romper en ningún momento el contacto visual—. Pero veo que se ha quedado corto.

Sin pedir permiso, se agachó sobre el cuerpo de su compañera y esperó hasta que apartó las manos para dejarla ver el charco carmesí que empapaba el corpiño de su vestido.

—Espero que hayáis destripado al hijo de puta que ha hecho esto —siseó la loba.

Él señaló el cadáver a pocos metros.

—Le arranqué la garganta.

—Me vale —replicó sin dejar de revisar el cuerpo moribundo entre sus brazos—. Presiona aquí.

Guió su mano y empujó el menudo cuerpo haciendo que su lobo se revelase y gruñese.

Melinka lo miró sin temor, de hecho, parecía a punto de darle un sermón.

—Necesito saber si la bala salió o sigue dentro.

«*Deja que te ayude, Misha. Ya he avisado a Malik, viene de camino*».

La voz de Radu resonó en su cabeza, serio, tranquilo, manteniendo el equilibrio por él.

—No le hagas daño —pidió mirando a la loba.

Ella pareció sorprendida por su petición, sus rasgos se dulcificaron durante un segundo y asintió.

—No lo haré.

La tocó con cuidado, examinándola y acabó emitiendo un siseo después de mirar la espalda de la chica.

—Sigue dentro. —Miró por encima del hombro hasta encontrarse con su alfa—. Hay que sacársela, necesito a Malik y lo necesito ya. —Entonces lo miró a él—. Tenemos que llevarla al refugio...

—No.

La negativa surgió al momento de sus labios. El refugio era como habían empezado a llamar a la casa de Radu, la cual se había convertido en algo así como el cuartel general durante ese último mes. Los príncipes se encontraban allí, custodiados por los alfas de las distintas regiones que se turnaban la vigilancia del lugar.

No pondría en peligro a los cabezas de su raza.

—No, Velkan y su compañera están allí y esa debe ser vuestra prioridad —añadió encontrándose con los ojos de su hermano.

Radu asintió, entonces miró a Judith, quién asintió al momento.

—Enviaré a Malik a nuestra propiedad en *Ke Karlovu* —le informó, entonces se volvió hacia Melinka—. Rumati os escoltará hasta allí. Me encargaré de que nadie os siga.

Ambos asintieron de acuerdo con sus planes.

—Me quedaré con ellos para ayudar al sanador —aceptó ella y se giró de nuevo hacia él—. Y tú, no la sueltes.

No hacía falta que se lo dijese, no tenía intención de dejarla marchar.

—Traeré el coche —anunció Rumati, mirando a su compañera—. No te metas en líos en mi ausencia.

La joven loba se limitó a sonreír y él sacudió la cabeza.

—No sé para qué te pido cosas imposibles.

Sin más, el lobo desapareció entre las sombras para ir a buscar el vehículo que necesitaban para sacarles de allí.

Volvió a mirar a su hermano, quién se encontró de nuevo con su mirada.

—Encuentra a esos hijos de puta que se han escapado y mátalos.

No iba a perdonar ni una sola vida, no esa noche, no después de lo que le habían hecho a ella.

Radu enarcó una ceja ante sus palabras.

—Empieza a asustarme el que estemos de acuerdo en tantas cosas.

Con ese pensamiento se volvió hacia su compañera.

—¿Puedes seguir, pelirroja?

La mujer asintió con un profundo suspiro.

—Debo hacerlo.

Su compañero la atrajo contra su costado, protegiéndola y proveyéndole soporte.

—Estaré a tu lado en todo momento. —La besó en la cabeza y miró a Nicolae—. Necesitaré asistente si Mel se queda con Mijaíl.

El lobo sonrió de soslayo.

—No me lo digas dos veces, ardo en deseos de arrancar algunas cabelleras, gargantas... ya sabes, lo que pille por delante.

Ignorando la réplica del lobo, miró a su compañera y mutó a su forma lupina antes de echar a correr con el otro lobo detrás de él.

—Radu no tiene la culpa de lo que ocurrió y tú tampoco, Mijaíl —lo sorprendió entonces Judith, inclinándose sobre él—. No desperdicies esta segunda oportunidad.

La chica miró entonces a Nahara, quien asintió y ambas se marcharon caminando mientras la humana murmura algo sobre un parque y tierra fresca.

Bajó de nuevo la mirada a su carga y se inclinó sobre el blanco rostro.

—No te irás sin mí, *prietenă*, no lo harás.

Una segunda oportunidad. No se la merecía, no la deseaba, pero no iba a dejarla morir, así tuviese que dar su vida para que esa desconocida sobreviviera.

CAPÍTULO 2

Judith podía sentir el malestar de su compañero como si fuese el suyo. Con cada día que pasaba su vínculo se hacía más fuerte y les permitía tener una unión fuera de lo común. Había empezado a adaptarse a él, a sus costumbres y a esa dominación típicamente común a su raza. Si bien, Radu siempre anteponía su propio bienestar ante el propio, le gustaba la forma en que compartía sus inquietudes sin dejarla fuera.

La caza de esa noche había sido más cruenta que de costumbre, sabía que era necesario, había visto demasiadas veces ya con sus propios ojos lo que esos desgraciados hacían, pero no podía evitar sentir que con cada nuevo avance estaban dirigiéndose al lugar equivocado. De un modo que no podía explicar y mucho menos comentarle a su compañero, sentía que estaban haciendo exactamente lo que ese demente esperaba de ellos. Algo absurdo, dada la cantidad de bajas que se estaban dando en su lado.

Lo de esa noche había sido un trago amargo para todos, en especial para su lobo. Él podía seguir culpando a su hermano de algo que había ocurrido en el pasado y que ninguno había podido evitar, pero hoy había visto algo en él que no había visto antes; el miedo a perder a Mijaíl.

—¿Estás bien?

Incluso ahora sabía que estaba preocupado y que esa preocupación lo enervaba al mismo tiempo. Radu, al igual que el alfa de Bratislava, debía permitir que el pasado se quedase allí, en el pasado y encontrar un presente y futuro que pudiesen tener en común.

—No puedo concebir un destino tan cruel. —Las palabras, susurradas le dijeron mucho más de lo que cabría esperar—. Darle a alguien un hálito de esperanza y arrebatarla al mismo tiempo es...

Negó con la cabeza y la miró.

—¿Crees que sobrevivirá?

Le sostuvo la mirada.

—Si no lo hace lo perderemos también a él.

Esa sencilla frase lo estremeció visiblemente.

—He pasado tanto tiempo odiándole que ya no recuerdo lo que es verlo como esta noche, sentir ese desgarrador grito de ayuda... —aseguró y se llevó la mano a la sien—. Hoy por primera vez sentí que lo perdía... Y, habiéndolo hecho una vez, no sé si podría soportar una segunda.

Se sentó a su lado, sin tocarle, sabiendo que necesitaba su espacio.

—No tienes que perderlo, lobo, no es necesario —le aseguró—. Siempre me ha parecido cruel que nos demos cuenta de lo que nos falta solo cuando somos conscientes de que podemos perderlo. Es como si el alma despertara y nos recordara

que todos los problemas del mundo no son nada sin esa persona a nuestro lado.

Negó con la cabeza.

—He sentido como la vida se escapaba de esa muchacha, pero también he visto lo que la determinación puede hacer en un alma. —Se lamió los labios y se inclinó sobre él—. Y conozco de primera mano lo que puede hacer la determinación de un lobo. No la dejaré ir sin luchar.

—Pero, ¿y si se va?

Le miró.

—Dejemos que el destino decida y no adelantemos acontecimientos —le sugirió—. Pero ve a verle, hazed las paces antes de que sea demasiado tarde.

Lo vio apretar los dientes.

—Es difícil perdonar y ya no digamos olvidar.

—¿No sería incluso más difícil perder una parte de ti mismo?

La miró y suspiró.

—Por momentos no sé si he ganado una compañera contigo o una terapeuta.

Se echó a reír ante la ocurrencia.

—Es posible que un poco de ambas cosas.

Le acarició la mejilla.

—¿Vas a poder con esto? —Su preocupación estaba presente—. Si es demasiado dímelo y nos detendremos. Tú eres lo primero para mí, *prietenă*, siempre.

Le acunó el rostro entre las palmas y lo besó en los labios.

—Te dije que no iba a sentarme de brazos cruzados a ver cómo ese ser infecto destruía mi tierra —le aseguró—. Si tú sales ahí fuera, yo salgo contigo. Ese es el trato compañero.

La abrazó, levantándola y sentándola en su regazo.

—Lamento haber cedido nuestro nuevo hogar —aseguró un poco culpable—. Te prometo que encontraremos otro.

Parpadeó y sonrió.

—No quiero otro hogar, Radu, quiero esa casa —declaró con firmeza—. Quiero un lugar en el que pueda refugiarse nuestra gente, un lugar en el que el futuro brille con tanta fuerza que opaque el pasado. Además, mi abuela le dio el visto bueno. No quiero ningún otro lugar.

Y sabía que ese era el acertado, el que debía conservar pues allí se encontraba la felicidad que les había sido tan esquiva a ambos.

—Cada día que pasa siento que te vas metiendo un poco más dentro de mí, Judith —comentó él envolviéndola con sus brazos.

—Un sentimiento que comparto y al que creo que ya podemos ponerle nombre.

Su admisión pareció sorprenderlo.

—¿Estás segura?

Sonrió ante el recelo en su voz.

—De lo que estoy segura es que este es mi sitio y que tú posees mi alma y mi

corazón —aseguró completamente convencida de ello—. Puede que a veces me saques de quicio, pero eso es lo que se espera de una pareja.

—Ah, *prietenă*, se espera mucho más, pero ese es un gran comienzo.

—Sí, sin duda lo es. —Lo besó de nuevo y esta vez él se hizo con el mando.

Su compañero necesitaba despejar la mente durante un rato, dejar de pensar en el pasado y comprender que tenía un maravilloso futuro esperándole justo en frente.

La primera vez que había estado aquí había sido con su compañera. Después del trajín que se estaba generando en su hogar, el lugar en el que había vivido con su antigua pareja, supo que quería dejarlo atrás, que necesitaba dejar atrás el pasado y construir el futuro con la mujer que el destino le había enviado. Esta casa había sido la elegida para ello y, ahora que estaba allí, comprendía lo que había querido decir Judith.

Empezar de nuevo, dejar el pasado atrás... Ojalá fuese tan fácil.

—¿Radu?

Levantó la mirada para ver a Melinka. Su beta había estado atendiendo a la muchacha y ayudando a Malik. Ambos parecían tener un talento especial para la sanación y se entendían bien.

—¿Cómo está?

La loba enarcó una ceja.

—¿Tu hermano o su compañera?

La miró, le conocía muy bien.

—Ella está luchando por su vida y él haciendo lo posible para que lo consiga —le informó sin más—. Malik es optimista... en la medida de lo posible.

—¿Y tú?

Suspiró.

—Yo desearía estar en un bosque desierto, alejado de todo este sin sentido y tener a Nicu conmigo.

Sí, era un sentimiento que conocía muy bien.

—Pero no siempre podemos obtener lo que deseamos, ¿no? —insistió y señaló hacia atrás—. Los he puesto en la habitación de invitados, deberías hacer lo que has estado evitando hacer hasta ahora y escucharle.

Apretó los dientes y se obligó a hacer a un lado sus emociones. No era el momento para traer de nuevo el pasado.

—No puedes pretender borrar toda una vida en un instante.

Negó con la cabeza y lo miró.

—No, no puedes, pero un instante es suficiente para empezar de nuevo.

Dicho eso se acercó a él y le puso la mano en el brazo.

—No dejes pasar la oportunidad ahora que la tienes o tendrás que cargar con el arrepentimiento toda la vida.

Le dejó y siguió su camino. Mel era de la misma opinión que Judith y, al igual que su compañera, sabía que teclas debía tocar para hacerle pensar.

Respiró profundamente y se dirigió hacia el final del corredor. Incluso llevando años distanciados el uno del otro, roto el vínculo gemelar que poseían, pudo sentir la angustia de su hermano.

La puerta estaba medio abierta y los vio, a ella mortalmente pálida y a él aferrado a su mano.

Inadvertidamente una imagen cobró vida en su mente, la de Mijaíl sosteniendo el cadáver de su primera compañera. Pero ahora no lo veía con rabia, lo veía como lo que había sido, una tragedia que les había impactado a ambos.

Levantó los nudillos para llamar, pero la voz del lobo lo interrumpió.

—Si no tienes algo importante que decir, no digas nada y márchate.

Incluso su voz sonaba apagada, agotada. Se estaba matando a sí mismo con tanta lentitud como le concedía la vida.

—¿Si te matas a ti mismo que le quedará después a ella?

—Quizá es mejor que no le quedé nada de mí, ni siquiera el recuerdo —murmuró—. Eso evitaría que sufriese por mi culpa.

Chasqueó la lengua.

—No te veo en el papel de mártir.

—Eso es porque nunca lo he sido, solo fui un estúpido egoísta.

Entró en la habitación.

—Misha...

—Prométeme una cosa. —Lo sorprendió con su petición—. Prométeme que si yo no estoy cuidarás de ella.

Lo miró y se encontró con los ojos azules, un duplicado idéntico de los suyos.

—¿Te atreves a pedirme eso?

Dejó escapar un bufido que podría pasar por una desencantada risa.

—Me atrevo, sí, podrías considerarlo justicia poética.

Sacudió la cabeza.

—Estás perdiendo la cabeza.

—Posiblemente —aceptó y miró a su compañera—. Prométemelo, Radu.

Suspiró. Quería mandarlo a la mierda, recordarle que no eran ya los mismos, pero entonces, ¿qué hacía allí?

—Lo prometo —aceptó y añadió por costumbre—. Después de todo ella no es más que otra inocente en manos del destino.

—Sí, lo es.

Se quedaron un rato en silencio, era como si ninguno de los dos supiese exactamente qué decir.

—No deseo esto para ti —confesó finalmente—. No lo desearía a nadie.

Mijaíl se limitó a asentir.

—Lo sé.

De nuevo el silencio y aquello ya fue demasiado para él.

—Escúchame bien, Misha, si dejas que se vaya o te vas con ella, iré al mismísimo infierno a buscarte, ¿me oyes? —lo amenazó con fiereza, su lobo presente en su voz—. No voy a pasar de nuevo por lo mismo, *bratr*^[1], no me harás eso otra vez.

Lo oyó resoplar antes de girarse hacia él.

—En ese caso, tendré que esforzarme en que ambos nos quedemos aquí —replicó y vio en sus ojos lo que no decían sus palabras, lo que él tampoco se atrevía a decir.

—Más te vale —aceptó, se enderezó y le sostuvo la mirada—. Mantente al tanto.

Él se limitó a asentir.

Por primera vez en muchos años, volvía a ser él, el niño con el que había compartido su infancia, el lobo con el que había crecido y el hombre que formaba parte de si mismo.

No había muchos lobos que naciesen como gemelos o mellizos, de hecho, su parecido era tan distante que nadie que no les conociese o supiese de su parentesco podía imaginarse que eran familia.

Asintió ante su mirada y le dejó hacer aquello para lo que había nacido, conservar a la mujer que el destino le había traído para salvarle al fin.

CAPÍTULO 3

«No te mueras, por favor no te mueras, no te mueras».

La voz resonaba en su mente una y otra vez, como una incansable y agónica letanía que no hacía otra cosa que ponerla de los nervios.

Si tan solo tuviese algo a mano le pegaría con ello, pero por no tener no tenía ni luz, todo estaba a oscuras.

«No te mueras».

«No tengo la más mínima intención de hacerlo. No soy partidaria del suicidio y no tampoco soy la primera novia a la que dejan plantada en el altar. Soy demasiado egoísta para morirme. Prefiero seguir viviendo, eso tiene que joder mucho más. Y él me debe la mitad del dinero de la boda, que no piense que porque ha encontrado a su supuesta churri se va a ir de rositas. ¿Qué demonios les pasa a los lobos y toda esa gilipollez de casarse para toda la vida? Si no me quieres pues no me pidas matrimonio».

«Parloteas tanto que tienes que estar viva».

Había alivio y también diversión en esa voz masculina.

«¿No te acabo de decir que lo estoy? ¿Por qué coño se ha ido la luz?».

«Hay luz, prietenã, estamos a pleno día».

«No. Está oscuro. Y no puede ser ya de día... la boda se celebró por la tarde... iba a celebrarse... lo que sea».

«De ahí el traje de novia, supongo».

Le hubiese gustado poner los ojos en blanco.

«Muy bien, Einstein, eres un verdadero genio».

Se echó a reír. Y sí, desde luego, era alivio lo que sentía procedente de él.

«Dios, eres incluso más irónica que yo».

«Porque tú lo digas. Joder, enciende la luz».

Su hilaridad empezó a remitir por algo más cálido, una paz interior que se extendió también a ella.

«Abre los ojos, es todo lo que tienes que hacer».

—No. Ya los tengo... abiert...

Merry se detuvo a media frase, bizqueando, mientras la luz la hacía lagrimear. Apenas sí podía enfocar lo que veía y tuvo que parpadear varias veces antes de escuchar como algo se arrastraba por el suelo y, un momento después le bloqueaba la luz; Él.

No lo había visto en su vida y, al mismo tiempo tenía la sensación de conocerlo. Esos profundos ojos azules, el pelo rubio oscuro con mechones más claros ondulándose sobre su frente y acariciándole el cuello, una barba de un par de días...

era un hombre impactante y un completo desconocido.

—¿Quién eres tú?

Le salió la voz tan agónica que se sorprendió a sí misma.

—Mijaíl Čech Alezandru.

Entrecerró los ojos. No, ese nombre y apellidos no le sonaban lo más mínimo.

—No te conozco.

La afirmación no pareció molestarle.

—Me sorprendería si así fuera.

El peculiar papel pintado de una pared le llamó la atención. Al desviar la mirada comprendió que tampoco tenía la menor idea de dónde estaba.

—Um... ¿Dónde se supone que estoy?

—En *Ke Kalovu*, en el distrito de la Ciudad Nueva.

—¿Cómo?

Le estaba costando seguirle el hilo.

—Sigues en Praga si es eso lo que te preocupa.

¿Preocuparle? Lo que le preocupaba era qué hacía allí y cómo había llegado.

—¿Me he emborrachado?

Aquella no era una posibilidad muy descabellada, desde luego, era lo que tenía en mente hacer después de que ese hijo de puta la hubiese dejado plantada.

—No.

Arrugó la nariz, lo miró detenidamente, haciéndole una revisión de pies a cabeza y se aventuró a preguntar.

—¿Nos hemos acostado?

—No.

Su sincera respuesta le arrancó un suspiro de alivio.

—Menos mal, no he metido la... —Se cayó una vez más y se fijó en que llevaba tan solo la combinación que evitaba que el vestido se transparentase—. Dime que no me he desnudado en medio de la calle.

Esbozó una sonrisa que contenía tanta ironía como agua el río Moldavia.

—Estabas vestida cuando te encontré.

—Bueno, eso es sin duda un gran comienzo —aceptó sin dejar de mirarle—. Entonces, ¿qué demonios hago aquí?

Su respuesta vino acompañada de un movimiento de las sábanas retirándose de su pecho y su índice señalando una zona abultada en el abdomen.

—Te dispararon.

Bajó la mirada sobre la tripa y observó a través de la liviana tela de su combinación el parche de gasas. Como si de una presa que abre sus puertas se tratase, los recuerdos acudieron en tropel a su mente.

El dolor volvió como un ramalazo acompañado por el miedo, en sus oídos volvió a resonar el cañonazo de los disparos y revivió el momento en el que algo la había atravesado.

—Me... me dispararon...

Su vestido de novia se había empapado con su sangre, había levantado el rostro en busca de ayuda y entonces... Las imágenes de aquel momento se replicaron en su mente, viéndolo todo de nuevo como si fuese una película a cámara lenta. El hombre corriendo en su dirección... el enorme lobo negro jaspeado saltando sobre el pobre incauto, la sangre manando de la herida cuando le desgarró la garganta, sus ojos encontrándose y... él avanzando hacia ella.

—Tú...

No pudo continuar pues el dolor le recordó al instante que no debía moverse, que no era buena idea dar saltitos en la cama.

—Quédate quieta.

Sintió sus manos sobre su cuerpo, las vio allí, sobre ella y no pudo evitar estremecerse.

—Sácame las manos de encima a menos que quieras que te muerda.

Para su sorpresa le sonrió divertido.

—Si crees que puedes devolverme el mordisco.

Entrecerró los ojos y dobló el brazo sobre su vientre de manera protectora.

—Quizá no, pero retorcerte los huevos hasta hacerte cantar como un castrati...

Sus ojos se encontraron de nuevo, parecían buscarse incluso a pesar de que ella lo evitaba.

—¿Puedo saber el nombre de tan vengativa muchachita?

Entrecerró los ojos.

—No soy una muchachita.

—No has negado lo de vengativa.

Enarcó una ceja, era todo lo que podía hacer.

—No se me da bien mentir.

—Asombroso en una humana.

Su afirmación la estremeció ligeramente.

—¿No me digas que eres de los que se cree que viene de una raza superior?

Se inclinó sobre ella, su rostro lo suficiente cerca para ver ese asombroso tono en sus ojos.

—¿Sabes lo que soy?

—¿Además de gilipollas?

Se echó a reír, dio dos pasos hacia atrás y terminó doblándose en dos por la risa.

—El destino tiene un sentido del humor muy retorcido.

—¿No me digas?

Sacudió la cabeza y la miró.

—A pesar de todo es un alivio saber que no tengo que cargar con tu muerte en mi conciencia.

Sus palabras la hicieron sospechar.

—¿Me disparte tú?

—Esta vez no ha sido cosa mía.

—¿Esta vez? Esa respuesta no me inspira confianza —aseguró.

Pero no era verdad, inexplicablemente no lo encontraba sospechoso, no sabía por qué, pero ahora, en este preciso momento se sentía a gusto cerca de él.

Pero bueno, también había congeniado con Mirco y ya veía cómo había terminado todo.

—Teniendo en cuenta que llevas en mi compañía casi una semana y estás viva, yo me lo pensaría de nuevo.

—Una... ¿Una semana?

Tenía que ser una broma. Era imposible que llevase allí una semana y que no se hubiese dado ni cuenta.

—Seis días para ser exactos.

Eso era imposible.

—Te estás quedando conmigo.

Su respuesta fue sacar el móvil y enseñarle el calendario. Las 12.14h del 19 de septiembre.

—¿Es suficiente o necesitas ver también el periódico del día?

Sacudió la cabeza e hizo una mueca al notar un aguijonazo en el vientre.

—Quédate quieta. No hemos pasado tantos esfuerzos para mantenerte entre los vivos como para que ahora te desangres —le advirtió—. Tienes un tipo de sangre de lo más raro, ¿lo sabías?

Se contuvo de responderle cómo se merecía porque el dolor empezaba a restarle fuerzas.

—¿Quién diablos me disparó? —Se las ingenió para protestar—. ¿En qué estás metido? ¿En una guerra de bandas?

—Podría verse de esa manera...

—Eso no es una respuesta aceptable.

—Empiezo a pensar que hay muchas cosas que no encuentras aceptables. —La miró fijamente—. ¿Qué hacías vestida de novia y bajando por *Jindriska* a esas horas?

—Lo que hacen todas las mujeres a las que abandonan en la iglesia el día de su boda —espetó con renovado mal humor—. Buscar un *pub* en el que poder tomarse unas copas y con suerte emborracharse.

—¿Te dejaron plantada?

Lo fulminó con la mirada.

—¿No sabes el significado de la palabra *tacto*?

—La verdad es que es una palabra que hace tiempo que ha desaparecido de mi vocabulario —respondió sin más con un encogimiento de hombros—. Pero es bueno saberlo, eso hará las cosas más fáciles.

—¿Disculpa? —Se revolvió otra vez y terminó gimiendo.

—¿Vas a dejar de moverte o tengo que atarte a la cama?

Aferró las sábanas y lo miró con cara de pocos amigos.

—Me gustaría ver cómo lo intentas.

—No, no te gustaría —aseguró y parecía divertirse que le replicase en cada comentario—. Así que, por qué no te quedas tranquila, descansas y...

—¿Por qué estoy aquí y no en un hospital? —Lo interrumpió de nuevo.

Sus ojos se encontraron.

—Ya sabes el porqué.

Ladeó la cabeza.

—No, te equivocas —negó—. No perdería el tiempo preguntando algo que ya sé.

—En ese caso permíteme que te refresque la memoria —le dijo y dio un par de pasos hacia atrás, alejándose de la cama—. Estás aquí por esto.

El ver a ese hombre de casi metro noventa esfumarse ante sus ojos y aparecer en su lugar un enorme lobo negro salpicado de pelos blancos habría sido sin duda el motivo perfecto para un ataque al corazón. Por suerte o por desgracia, no era la primera vez que asistía a tal cambio, pero volver a presenciarlo tampoco era algo que le hiciese especial ilusión.

CAPÍTULO 4

Esa mujer no tenía botón de apagado ni tampoco filtró, pensó Mijaíl viendo a la hembra a través de sus ojos de lobo. A pesar de ello a su parte animal le gustaba, reconocía su aroma y su sabor, empezaba a verla como un succulento solomillo y no estaba muy seguro de si eso era bueno o malo.

La última semana había estado demasiado preocupado por esa desconocida como para pensar en algo que no fuese evitar su partida. No podía soportar la idea de perderla, de dejar que la desgracia se repitiera.

Maté a mi primera compañera, no puedo perder a está.

Ni siquiera sabía por qué se la habían enviado, por qué el destino había elegido esta vez a una humana en vestido de novia, pero ella estaba ahí y viva.

Estos seis últimos días había tenido tiempo para pensar en toda clase de conjuras, de posibilidades y todas ellas terminaban con su novio, prometido o esposo muerto y ella libre de cualquier otro vínculo que no fuese el suyo.

El divorcio también habría sido una opción válida, aunque no tan efectiva a ojos de su lobo.

Y ahora, todo lo que al parecer podía hacer era pegarle una paliza al estúpido hijo de puta que la había abandonado en el altar vestida de novia, no porque no se hubiese casado con ella —por eso lo invitaría a una copa—, sino por haberla dejado sola en la ciudad y a esas horas.

Sabía que no estaba siendo racional, pero pocos lobos recién emparejados lo eran. No podía echarle la culpa a nadie más que a sí mismo —y a esas malditas ratas a las que habían estado dando caza—, de lo sucedido, pero eso tampoco lo exoneraba del miedo y el horror que había sentido nada más reconocerla y ver que la vida se escapaba de su cuerpo.

De hecho, podría considerarse una suerte que hubiese estado en Praga y no en su hogar. Esa pasada semana había llegado a un acuerdo tácito con su hermano para encargarse de la patrulla de su propia ciudad mientras algunos de los alfas de América volvían a sus respectivos territorios creando una sensación de normalidad en su comunidad.

Judith se había convertido en un GPS para los rastreadores. La compañera de Radu era capaz de localizar lo que ella llamaba «manchas en la tierra» o en sus propias palabras, «hijos de puta que se divertían sembrando el caos en la ciudad».

Así era como se había encontrado pasando tiempo en la ciudad, viajando de su territorio al del alfa colindante, formando parte de una red interna de seguridad y rastreo alrededor de los príncipes.

Él era de la opinión de mandar a los dos lobos pura sangre a casa, a la fortaleza de Rumanía o esconderlos en un agujero, pero Velkan se había negado en rotundo. La

aparición de su propia compañera le había impedido moverse de la zona, por otro lado, el joven líder de la raza estaba decidido a encontrar al culpable de aquella debacle que venían sufriendo desde hacía ya algo más de un año y ponerle fin de una vez por todas.

Se sentó sobre los cuartos traseros y la miró. Sus ojos estaban clavados en él, ni siquiera pestañeaba y su respiración era tan lenta que en cualquier momento la vería dejar de respirar. Se lamió el hocico y probó esa vía única que existía entre compañeros vinculados.

«Bueno, al menos has dejado de parlotear. Es todo un adelanto».

Vio cómo se sobresaltaba, escuchó el jadeo al retener el aliento y como lo soltaba luego poco a poco.

«Tienes que seguir respirando. No he pasado tanto trabajo para mantenerte aquí como para que decidas suicidarte ahora».

Se levantó y sacudió el pelo, en esta forma sobrepasaba el colchón por unos cuantos centímetros.

—Eres... enorme.

«Gracias. La estatura viene con el cargo».

La vio parpadear de nuevo, bastante lúcida y coherente para estar delante de alguien de su raza por primera vez.

«Conoces de la existencia de mi gente».

Siguió mirándole, casi como si lo estuviese midiendo.

—Sí, la conozco... si se le puede llamar así.

Esos bonitos ojos parecían medir cada parte de su anatomía canina, algo que le resultaba curioso y divertido a su lobo.

—¿Corro el riesgo de perder el brazo si te toco?

Movió una oreja y ladeó lado la cabeza ante semejante pregunta. Acabó soltando un canino resoplido.

«¿Con qué clase de lobo pirado has tenido contacto?».

—Con el mismo con el que suponía iba a casarme ayer... er... hace seis días.

«Cristo».

Gruñó sobresaltándola, entonces se acercó a la cama y saltó sobre el colchón con toda la delicadeza que pudo. La manera en que abrió los ojos habría resultado cómica si no estuviese también muerta de miedo.

«¿Qué te he dicho sobre suicidio por falta de oxígeno?».

Se acomodó a su lado, pegado a sus piernas y apoyó la enorme cabeza en su regazo con sumo cuidado.

El olor del antiséptico y la sangre lo hicieron arrugar el hocico y tener ganas de arrancarle la ropa y lamerle la herida. No dejaba de pensar como un lobo, para su animal todo era así de simple.

«¿Duele?».

Sabía que estaba incómoda pero no detectaba en su cuerpo un grado intolerable

de dolor. Su presencia hacía que su cerebro se olvidase de una cosa para centrarse en la otra.

Negó con la cabeza y notó el temblor de su mano cuando la acercó a su cabeza. Antes de tocarle, se detuvo.

—No me has respondido.

Levantó la cabeza y le lamió la mano, su sabor era embriagador y le provocaba ganas de cerrar los ojos y disfrutar de ella.

«*Acaríciame. Me lo merezco después de la semanita que me has dado*».

Sus dedos cayeron entonces sobre él y fue la gloria. Cerró los ojos y disfrutó de los mimos y de la tranquilidad que le transmitía el gesto femenino.

«*Gracias*».

Sus dedos fueron más allá, hundiéndose en el pelo de su cuello mucho más espeso.

—Eres un peluche.

«*Difícilmente*».

—Te comportas como un cachorro.

Ahora bufó, levantó la cabeza y la miró.

«*Que sepas que me siento insultado*».

Se echó a reír. Para su sorpresa rompió a reír, pero su risa duró lo que tardó en volver el dolor y con él las lágrimas.

Cambió de inmediato a su forma humana para atenderla.

—Esto es una locura, nada de esto me está pasando... —Lloró retorciéndose ligeramente bajo la sábana—. Iba a casarme, por fin iba a demostrarles que puedo ser independiente, que no necesitaba de ellos y ahora... ahora me han disparado y me duele mucho.

Le apartó el pelo de la cara y le secó las lágrimas con los pulgares.

—Shhh. Estás viva, pequeña, eso ya de por sí te concede una segunda oportunidad.

Ella hipó y lo miró a través de las lágrimas.

—No me llamo pequeña —gimoteó—. Sino Merryna.

Le apartó el pelo de la cara con ternura.

—De acuerdo, Merryna, entonces.

Siguió llorando y eso lo ponía sumamente nervioso, ya no recordaba lo que era lidiar con ese tipo de cambios femeninos.

—Vamos, deja de llorar, no se ha acabado el mundo.

—A ti no te han dejado plantado en el altar, no te han disparado alegremente y no te has pasado seis días quién sabe dónde...

«*No, yo tuve que matar a mi primera compañera cuando perdió la cabeza y mató a inocentes*», pensó con amargura.

—Quien te manda deambular por las calles sola y en plena noche.

Resopló a través de las lágrimas.

—Estaba atardeciendo y se supone que Praga es una ciudad segura.

—No en estas semanas, *prietená*.

—Sí, he podido constatarlo por mí misma.

Hizo un gesto de dolor y supo que había llegado el momento de pedir refuerzos.

—Voy a pedirle al sanador que te de algo para el dolor.

Empezó a retirarse solo para tener esos delgados dedos aferrados a su brazo.

—No te vayas.

La miró y suspiró.

—Estoy demasiado viejo para esto.

Se inclinó sobre ella y tomó sus labios. Fue un beso breve, pero a él le supo cómo una eternidad.

—No vas a deshacerte de mí —le aseguró cerca de su boca, sus ojos clavados en los suyos—, cuando te dispararon contraje contigo un contrato que es para siempre.

—No existen ese tipo de contratos.

—Conmigo sí, compañera, conmigo es hasta que la muerte nos separe —le informó—. Puede que un idiota te haya dejado plantada en el altar, pero has salido ganando con el cambio. Te acabas de emparejar con el alfa de Bratislava. Así que eso me convierte a mí en marido y a ti en esposa. Después de todo, parece que si te has casado.

La mezcla de sorpresa y horror en su cara lo hizo sonreír, no podía evitarlo, le parecía de lo más divertido.

—Voy a buscar a alguien que te administre algún calmante.

No esperó respuesta, en esos momentos, lo único que deseaba era borrar el dolor de ese rostro.

CAPÍTULO 5

Casada con un lobo.

Uno que no era Mirco.

Ese cabrón la había dejado plantada en el altar.

Y ahora este otro la había reclamado para sí mismo.

Se había casado, sí, solo que no con el hombre que se lo había pedido.

—De acuerdo, es el dolor, te hace oír cosas que no son verdad. No hay más.

Eso era más plausible que el hecho de haberse metido en aguas mucho más profundas de lo que le hubiesen gustado.

Se llevó la mano al estómago e hizo una mueca, de verdad que le dolía.

—Demonios.

Levantó la cabeza en dirección a la puerta, dispuesta a llamar a Mijaíl cuando está se abrió.

—Me han dicho que te has despertado y que tenías dolor. —Se asomó un joven de facciones árabes—. Hola, soy Malik, el médico personal e intransferible de los lobos de la región. Creo que ha sido un milagro que haya podido asistir a la boda de mi hermano. Me dais un trabajo de órdago. A este paso cumpliré las prácticas obligatorias incluso antes de empezar en la Universidad.

Se acercó a ella, dejó el maletín que traía consigo a un lado y le sonrió. Tenía algo que resultaba calmante, hacía que su ansiedad disminuyese y volviese el buen humor.

—¿Cómo te sientes?

—Como si me hubiesen metido en una coctelera y la hubiesen agitado hasta que mi cerebro explotase.

—Buena definición —asintió y la miró de nuevo.

—Te daré algo para el dolor y te limpiaré la herida —le informó—. Posiblemente no sirva de nada para tu coctelera, pero tu cuerpo lo agradecerá.

No quería confiar en él, no deseaba estar a merced de extraños, pero algo en su forma de actuar, de moverse, le transmitía serenidad y confianza. Con el paso de los minutos comprobó que Malik resultaba ser de trato fácil y amigable, dispuesto a responder a sus preguntas sin evasivas.

—Has tenido mucha suerte de que Mijaíl te encontrase, aunque los demás están un pelín molestos con él por lo que hizo para mantenerte aquí.

Enarcó una ceja ante su sincero comentario.

—¿Y qué fue lo que hizo?

—Según mi hermano, lo que cualquier lobo inteligente haría, proteger su alma.

Y esa era una respuesta ambigua donde las hubiera.

—Después de todo no es algo que no fuese a pasar antes o después, eres su compañera.

Su mirada fue hacia el hombro y se encontró llevándose los dedos al lugar. Otro pequeño apósito cubría el hueco.

—¿Y esto...?

Su respuesta fue inclinarse sobre ella con los guantes puestos y empezar a levantar el apósito.

—Eso ya podemos quitártelo.

Una vez fuera vio de refilón una desigual cicatriz rosada.

—Te daré un analgésico para el dolor, por lo demás tendrás que tener paciencia y descansar —le informó él—. Pronto podrás levantarte de la cama.

—¿Cómo de pronto?

—Un par de días más —la calmó—. No quiero que te hagas daño por la impaciencia.

Dos días más en ese lugar, con ese hombre, lobo... Sí, claro. Como no.

Sacudió la cabeza y lo miró.

—Necesito un teléfono.

Necesitaba contactar con su psicótica familia antes de que mandasen al ejército tras ella, si no lo habían hecho ya. Su madre estaría encantada de echarle en cara su falla una vez más, se mostraría indignada por el hecho de que la hubiesen dejado plantada, pero no por ella, sino por lo que dirían sus amigas.

La miró a los ojos y sonrió.

—Claro, se lo diré a Mijaíl —aceptó el joven con calidez—. Querrás ponerte en contacto con tu familia.

Su percepción era realmente buena.

—Gracias.

Él asintió recogió sus cosas y ya se dirigía hacia la puerta cuando se detuvo.

—¿Sabes, Merry? A veces no siempre obtenemos lo que deseamos porque el destino nos tiene preparado algo mucho más importante. —La sorprendió con aquellas palabras—. Si Mirco no se presentó, fue porque tu destino no era caminar de la mano del suyo. Dale una oportunidad al lobito de Bratislava, él necesita que alguien le devuelva lo que perdió.

Malik salió por la puerta antes incluso de que pudiese preguntarle cómo demonios conocía su diminutivo o del nombre de su prometido cuando no le había dicho ninguno de los dos. Un escalofrío la recorrió de los pies a la cabeza. Aquello era cada vez más raro.

No bien hubo salido el chico, escuchó un rápido intercambio en el pasillo y a continuación vio a Mijaíl entrar de nuevo en la habitación.

—¿Qué has querido decir antes con lo de que conmigo es hasta que la muerte nos separe? —Lo interrogó nada más verle entrar—. ¿De qué estabas hablando?

Cerró la puerta tras de sí y se acercó a la cama.

—Que eres mi compañera.

—¿Y? —Negó con la cabeza—. No dejo de escuchar esa palabra y juro que no sé

qué narices significa.

—Piensa en ello como un matrimonio lupino.

—¿Un qué? —Jadeó.

—No tienes la menor idea de nada, ¿no? —resopló haciendo que se crispara al instante.

—Mira, lo único que sé es que iba a casarme, estaba esperando en la iglesia cuando apareció el padrino para decirme que el novio no asistiría porque había encontrado a otra —le soltó—. Y yo, según tú, he terminado con una bala en el estómago.

—Tienes un agujero en el vientre que lo demuestra y una anemia producida por la pérdida de sangre —le recordó con total tranquilidad—. No es algo que me haya inventado.

—No dije que lo hicieras, duele lo suficiente como para saber que es muy real —protestó—, pero todo eso del matrimonio lo que sea... me parece excesivo.

—¿De verdad ibas a casarte con un lobo y no tienes la menor idea de nada?

Su tono traía consigo explícito un «no sabes dónde te estás metiendo», lo que dejaba claro que no había tenido la menor idea de dónde se estaba metiendo.

—¿Necesito acaso un Master?

La manera en que la miró lo decía todo.

—Un poquito de información, no te vendría mal.

—Pues informarme. —Se cruzó de brazos haciendo que la herida le tirase de nuevo—. Está claro que eres el gurú de la información canina.

Se la quedó mirando durante unos eternos segundos, entonces chasqueó la lengua y negó.

—Temo que cualquier cosa que pueda decirte me la replicarás, así qué dejaré que te vayas familiarizado con ello tú misma —le dijo en el último momento—. A veces la única manera de creer en las cosas es experimentándolas.

Abrió la boca para protestar, pero él la interrumpió.

—Querías hablar por teléfono.

Dejó escapar un resoplido y asintió.

—Si llevo seis días aquí y sin dar señales de vida, posiblemente mi familia haya pensado que me he suicidado o que me han raptado —replicó mirándole a los ojos, caí esperando que se negase—. Quiero contactarles.

—Por supuesto. —Le tendió el teléfono—. Tómame el tiempo que necesites.

Miró el aparato, luego a él y suspiró. Era hora de llamar a casa y aguantar el chaparrón.

—Te dejaré sola y...

—No —replicó antes incluso de poder detenerse—. Quiero decir, no es necesario.

Hablar con sus padres después de llevar casi una semana en paradero desconocido era lo equivalente a someterse a un consejo de guerra. No había defensa posible frente a semejante tribunal y las ganas de retractarse y devolverle el aparato crecían

con cada segundo que lo retrasaba.

Él se limitó a mirarla, asintió y se alejó hacia la ventana, apoyándose allí para permitirle al mismo tiempo algo de privacidad.

No tenía la menor idea de qué le pasaba, jamás había sido dependiente, de hecho, odiaba tener que pedir algo, pero su presencia en ese momento se le hacía necesaria.

Marcó el número antes de perder el valor y, nada más escuchar que contestaban del otro lado, suspiró.

—Mamá, soy Merry...

Los próximos minutos fueron un torrente incesante de quejas, acusaciones y lloriqueos de su madre, ni siquiera la dejó hablar y empezaba a perder la esperanza de poder meter baza.

—Seis días sin noticia alguna, llamando a hospitales. ¿Sabes lo preocupado que está Mirco? ¿Lo culpable que se siente?

Puso los ojos en blanco ante la cuarta o quinta mención de su ex prometido.

—Ya puede, fue él quien me dejó plantada.

—Si hubieses hecho lo que debías...

Típico en su madre.

—¿Has terminado? Si es así quizá te interese saber que llevo seis días desaparecida porque me han disparado y casi no lo cuento —le soltó a bocajarro—. De hecho, acabo de despertarme, pero empiezo a ver que me hubiese salido más rentable pedir una *pizza* que llamarte.

—¿Es Merry? Pon el altavoz...

Aquella era la voz de su padre quien, al parecer, tenía también bastante que decir al respecto.

Se obligó a respirar. Con esos dos siempre era igual, lo único que les interesaba era su estatus y lo que dirían de ellos o de ella la sociedad. En gran parte era el motivo por el que había procurado vivir siempre lejos, estudiando en el extranjero y obteniendo becas que impidieran que tuviesen que mantenerla.

Sí, eran sus padres y los quería, pero les conocía demasiado bien como para saber qué quería esperar de ellos.

—¿Qué es eso de que te dispararon? ¿En dónde estás? ¿En qué te has metido ahora?

Puso los ojos en blanco ante el interrogatorio paterno, levantó la mirada y se encontró con la del hombre que la había salvado.

—Me han disparado y tengo un agujero en el vientre que lo demuestra, estoy con... mi marido, el cual se ha encargado de que no estirase la pata —soltó sin anestesia—. Parece tener bastante aprecio por mi vida, la verdad. Pero tranquilo, lo que esperas todavía no se ha producido, no me he metido en absolutamente nada de lo que tú tengas que sacarme.

Una lenta y divertida sonrisa empezó a curvar los labios masculinos.

—¿Tu marido? —La confusión en la voz de su padre la hizo sonreír—. Pero, ¿no

cancelaste la boca?

Típico. Echarle la culpa a ella de todo lo que le pasaba.

—No, papá, yo no cancelé la boda, el novio me dejó plantada en la iglesia, ¿puedes entender la diferencia? —le soltó—. Pero no te preocupes, es algo que solucionaré tan pronto pueda levantarme de aquí, iré a buscar a ese capullo...

Un bajo gruñido atrajo de nuevo su atención hacia el hombre que permanecía en su misma habitación.

—Por encima de mi cadáver.

—... y haré que me devuelva cada moneda que he invertido en esta maldita ceremonia —continuó sin sacarle los ojos de encima.

—Dame su nombre y dirección y lo haré por ti —replicó Mijaíl.

—Tentador, pero no quiero matarlo, solo retorcerle los huevos —aseguró apartando el teléfono de su boca.

—No pondrás tus manos cerca de esa parte de la anatomía de ningún hombre, compañera, salvo la mía, claro.

Enarcó una ceja ante la seguridad en su voz.

—Ya te gustaría...

—No tienes idea de cuánto.

—¿Merry? —Volvió a escuchar la voz de su madre—. ¿Quién está contigo?

—¿Con quién te has liado ahora?

Como siempre, su padre pensaba lo mejor de ella. Apretó los dientes, abrió la boca.

—¿Escuchas cuando hablo? Acabo de decirte que me he casado con... —No pudo terminar pues él le quitó el teléfono y se lo llevó al oído.

—Soy Mijaíl Čech Alezandru. Mi esposa no está en estos momentos en disposición de recibir visitas —le soltó en frío, sin dejar de mirarla a los ojos mientras hablaba—. Merryyna necesita descansar. Si quieren verla estaré encantado de darles la dirección de mi residencia. También pueden encontrarme en *Tower Vlk*, en Bratislava, solo pregunten por mí.

Con eso cortó la llamada y se guardó el teléfono.

—No puedo creer que hayas hecho eso.

—Acabo de hacerlo.

—Les has dicho que soy tu esposa.

—Lo eres. —Él no tenía ninguna duda al respecto—. Lo que nos lleva a otro punto importante. ¿Cómo has terminado a punto de casarte con un lobo si no era tu compañero?

—Porque desconocía todo ese asunto de los compañeros, de hecho, sigo sin estar muy segura de su significado y ese capullo no me dio tiempo a preguntárselo cuando me envió a su padrino para decirme que no iba a venir.

Su rostro decía a las claras lo que opinaba.

—Cualquiera con un poco de sentido común, a punto de casarse y con alguien de

una raza distinta, tendría un poco más de... curiosidad o al menos preguntas...

Su insulto le picó y reaccionó al instante.

—Un año me parece tiempo más que suficiente como para que esa persona de distinta raza tenga a bien poner en conocimiento a su novia y prometida sobre los entresijos que traen consigo... esto... —Los señaló a ambos—. Y créeme, pregunté, vaya si pregunté... justo después de gritar como una histérica la noche en la que se emborrachó y me dio el susto de mi vida. Todavía considero un milagro el que no me hubiese dado un ataque al corazón o él terminase intacto.

Nunca había gritado tanto en su vida como aquella noche. Se habían encontrado por casualidad en una de las pocas fiestas a las que solía asistir, él había acudido allí con otra mujer y, después de lo que pareció una discusión entre ambos, ella se había largado dejándolo solo. Ni siquiera sabía cómo habían llegado a terminar los dos encerrados en el mismo ascensor o qué fue lo que propició la inusual conversación que siguió. Estaba claro que él había bebido, posiblemente incluso antes de venir y entonces ocurrió. De un momento a otro dijo algo sobre estar mareado y al siguiente había un enorme lobo atrapado con ella.

Sí. Se había puesto histérica. Se había negado a creer lo que veían sus ojos y había aporreado las paredes sin descanso, gritado hasta quedarse afónica mientras ese chucho parecía empeñado en taladrarle el cerebro con su lloriqueo.

Al final no le había quedado otro remedio que acostumbrarse, que aceptar que lo que vivió durante las dos horas que estuvieron encerrados era realidad y que esos cambios de hombre a lobo y de lobo a hombre realmente se habían producido.

Oh, después de eso él la había buscado para disculparse una y mil veces. La había invitado a comer, a cenar, siempre con la necesidad de disculparse y compensarla. Le había enseñado poco a poco un mundo que no había sabido ni que existiese, le presentó a sus amigos, a sus compañeros de trabajo en la comisaría en la que estaba destinado, pero nunca le explicó nada sobre medias naranjas, almas gemelas o matrimonios lupinos.

—¿Un compañero de trabajo? —sugirió él.

Negó con la cabeza.

—Nos conocimos por casualidad en la inauguración de una galería de arte. —Se encogió de hombros—. Lo nuestro sin duda empezó en un ascensor.

Sí, sabía cómo sonaba eso. Sabía lo que se decía de ella en la empresa y también podía imaginarse la de cosas que se estarían diciendo ahora.

—¿E ibas a casarte con él sin saber nada de su mundo?

Su tono la molestó.

—La próxima vez pediré un dossier con credenciales y puede que un resumen de la cultura lupina.

—No habrá próxima vez, no para ti.

Puso los ojos en blanco.

—Si piensas que voy a aceptar esa estupidez de no sé qué matrimonio canino la

llevas clara... —resopló—. Ni siquiera te conozco...

—Y eso pone de nuevo de manifiesto que no sabes absolutamente nada de mi raza ni de mis costumbres —continuó, parecía estar psicoanalizándola y eso la ponía de mal humor—. Sencillamente te dejaste seducir y fuiste abandonada.

Su acusación la llevó a enrojecer.

—Yo no me dejé seducir.

—¿Eres virgen?

Ese hombre se estaba ganando una bofetada a pulso, si tan solo lo tuviese un poco más cerca, le presentaría su mano derecha.

—¿Y a ti que te importa?

—Más de lo que entiendes —aseguró y caminó hacia ella, quedándose a un lado de la cama—. La compañera o el compañero de un lobo no se elige, se encuentra. Cada miembro de mi raza se empareja con su otra mitad a la que solemos reconocer por su aroma, por su presencia... Lobos o humanos han demostrado ser compatibles, lo que hace que tú y yo lo seamos. Tu prometido no era libre, no completamente, como para ofrecerte matrimonio. Sé que hay lobos que lo hacen, cansados de esperar, deciden adoptar un tipo de relación más... humana, pero... sencillamente, no se hace.

Negó con la cabeza.

—Te diría que lamento lo que te ocurrió, pero no sería cierto —continuó con total tranquilidad—. Hubiese preferido que se diese en otras circunstancias, hacerlo de otra manera, pero no tuve opción. Te encontré, te reconocí y te estabas muriendo. No tuve otra opción que reclamarte. En otras palabras y para que lo entiendas, a la manera de mi pueblo, somos marido y mujer.

Se lo quedó mirando un rato.

—Y pensar que empezabas a caerme bien —chasqueó—. De verdad, te agradezco que me echaras una mano, pero esto... No me lo creo.

—Pues créetelo porque no hay vuelta atrás —le informó sin más—. Con el tiempo vas a darte cuenta de que lo que digo es verdad. Pero estoy dispuesto a dejar que lo descubras por ti misma, Merryyna.

Dicho eso dio media vuelta y salió de la habitación dejándola sola con sus pensamientos.

Casada con él. Compañera de un lobo. Ese hombre necesitaba terapia y urgente.

CAPÍTULO 6

Praga. Una ciudad llena de turistas, gente de diferentes etnias que se daban cita cada día en los mismos lugares siguiendo un patrón inquebrantable. Posó su taza de café en el platillo y sacudió el periódico, abriéndolo por la página de sucesos. Una tras otra las noticias recordaban la pertinencia del género humano y sus carencias, la miseria de sus prescindibles vidas y ello reafirmaba su propina opinión.

Miró el reloj con gesto aburrido, todavía faltaban un par de horas para su cita, una de las que había confirmado esas últimas semanas.

Las cosas se iban moviendo poco a poco, cada pieza iba encajando en ese tablero de ajedrez a la espera de hacer un próximo movimiento.

Sí, estaba perdiendo peones, pero eran fácilmente sustituibles, podía permitirse sacrificarlos ahora sí con ello conseguía lo que deseaba después.

Miró por encima del periódico y entrecerró los ojos ante un grupo de jóvenes que hablaban en otro idioma. Se jactaban de la agradable noche que habían tenido el día anterior y de sus conquistas. Típico de la contaminada juventud.

Ella también había sido así, joven, voluntariosa, fácilmente corrompible. Debería haberla separado de la loba mayor desde el principio, incluso matarlas a ambas, pero eso habría levantado sospechas y habría dejado constancia de que el culpable seguía ahí fuera.

No, había sido un movimiento hábil, una casualidad que se había presentado como una nueva oportunidad para llevar a cabo sus planes y hacer de su venganza algo mucho más íntimo y personal, con unas metas mayores. Cuando las vio allí supo que debía verse como un dócil ranchero, un hombre que había perdido a su familia años atrás —una verdad en medio de las mentiras—, y que las echaba tanto de menos que había volcado sus atenciones en un par de huérfanas.

Después de todo, las casualidades podían traer consigo premios inesperados, prueba de ello era lo que había ocurrido tres días atrás. No lo había planeado, se limitaba a mantener a esos estúpidos lobos entretenidos y a sembrar el caos suficiente para tenerlos activos.

Pero al parecer, en una de esas persecuciones inútiles, además de dar caza a esos desechos de la sociedad, se habían llevado por delante a una humana, nada más y nada menos que a la compañera destinada al alfa de Bratislava.

La humana había sido un daño colateral y no estaban seguros de que saliese de tal encuentro con vida.

Sin duda era justicia poética.

Dobló el periódico y continuó con su alto matutino. Buenas vistas y un ambiente bohemio contribuían a aligerar su humor.

El teléfono empezó a vibrar al momento, la luz de la pantalla se encendió y sonrió

para sí al reconocer el número. Aquel iba a ser sin duda otro golpe de efecto, uno bastante personal y único con su propio sello.

No había nada tan gratificante como darse a conocer delante de todo el mundo sin que se supiese quién era en realidad.

Había un poder embriagador y extraño en manipular los hechos sin el conocimiento de aquellos que intervenían poniendo en marcha su propio plan.

—Ah, mi querida Ángela, pero qué agradable escuchar tu voz.

Su interlocutora le comunicó en pocos minutos el éxito de la transacción, así como el nombre del elegido.

—Bien, bien. ¿Toda la colección? Espléndido. Soy muy afortunado.

Escuchó la cháchara de esa estúpida mujer cuya única valía residía en sus contactos y, prometiéndole hacer futuros negocios, colgó el teléfono dejándolo de nuevo sobre la mesa.

Las cosas ya estaban en marcha, todo fluía con la suavidad y delicadeza que debería, una teñida del rojo de la sangre vertida tantos años atrás.

Miró el aparato y esbozó una ligera sonrisa.

Había llegado el momento de la calma, de hacerles pensar que sus inútiles esfuerzos habían dado sus frutos, dejaría que se confiaran y mientras ellos recuperaban el aire, él empezaría con el acto final.

Se terminó el café, le dio la vuelta al pocillo dejándolo sobre el plato y recogió el periódico y el móvil.

Era hora de volver al trabajo y seguir siendo el hombre anodino que fingía ser ante el resto del mundo.

CAPÍTULO 7

Un mes. Treinta malditos días allí metida y vigilada como si fuese una niña, como si no hubiese pasado los últimos años buscándose la vida, cuidándose sola, huyendo de aquel que pretendía darle caza. Necesitaba su libertad, la quería más que nada y era algo que no podía encontrar en ese asfixiante lugar.

Denali golpeó el saco de arena con furia, las vendas de las manos eran la única protección que llevaba pues necesitaba sentir cada golpe, recordarse a sí misma que seguía viva o enloquecería.

Se movió con la soltura de siempre, conectó un par de patadas y un nuevo gancho antes de detenerse jadeando, el sudor chorreando de su cuerpo, empapándola.

—No soy una damisela en apuros —masculló y golpeó el saco con rabia—. No soy una maldita flor de invernadero. —Otra patada—. Y odio a ese mentecato más que a la vida misma.

La última patada la falló, acabó perdiendo el equilibrio y cayendo al suelo de espaldas. Jadeante y rabiosa, tenía unas enormes ganas de llorar.

¿Quién le iba a decir que podría echarle tanto de menos? ¿Quién habría podido suponer que, en apenas un par de semanas, habría pasado de ser un desconocido a alguien tratable?

Velkan se había tomado la promesa de conocerla a pecho, no se apresuraba, ejecutaba cada movimiento con precisión milimétrica, era como si se estuviese haciendo un retrato de su persona mientras le dejaba a su vez ver algunas cosas de él.

Su compañero, el príncipe de la raza, un hombre que despertaba en ella emociones intensas que se obligaba a mantener a raya, alguien a quien no acababa de ver en realidad como si el hecho de mostrarse a sí mismo pudiese vulnerar su poder.

Su reserva natural la volvía loca de una manera desquiciante, era como si no estuviera completamente seguro de a qué bando pertenecía y quisiese mantenerla al margen.

Y, a un nivel íntimo, lo había hecho.

Se estiró sobre el suelo y luchó con las lágrimas. No iba a llorar, no permitiría que nadie viese sus lágrimas o la frustración que la corroía. Tenía que mantenerse fuerte para Nahara, no quería que su mejor amiga dejase de disfrutar la alegría y la dicha que había encontrado junto a su compañero para preocuparse por ella.

Se limpió la cara con los dedos y se frotó la nariz.

—Soy una tonta.

Se incorporó hasta quedar sentada y entonces lo vio, apoyado en el umbral de la puerta del gimnasio, vestido todavía de traje y con su abrigo colgando del brazo.

—No creo que nadie en esta vida se atreva a llamarte nunca tonta, *prietenã*.

Su loba se revolvió extasiada, reconociéndole y dándole la bienvenida.

—Alteza —masculló—. Bienvenido de nuevo.

Lo vio chasquear la lengua. Entonces, sin mediar palabra, dejó el abrigo a un lado, se quitó la americana, la corbata y los zapatos para pasar a continuación a las colchonetas remangándose las mangas de la camisa en el proceso.

—¿Alteza? ¿Tanto hemos retrocedido, princesa?

Llegó hasta ella y le hizo un gesto con la mano para que se levantase.

—Ni siquiera soy consciente de que hayamos avanzado, mi príncipe.

—Me lo merezco —aceptó abriendo los brazos—. Ahora, veamos si puedo drenar un poco esa frustración que lleva taladrándome el cerebro toda la semana.

La alusión a su vínculo de pareja la puso del mal humor. Él no la había reclamado todavía, pero tenían una conexión especial que iba más allá y les permitía una cercanía particular desde el momento en que se encontraron.

—Tú desconoces siquiera el significado de esa palabra.

Sonrió, dio un par de pasos atrás y la llamó.

—Ven, Denali. —La llamó—. Veamos si soy capaz de ponerle remedio.

Se levantó como un resorte, acicateada por la rabia.

—Te voy a hacer daño...

Se rio y su sonido la estremeció completamente.

—Correré el riesgo, compañera. —La llamó de nuevo—. Vamos... estoy esperan...

No le dejó terminar, su loba gruñó sintiéndose desafiada y como buena alfa, atacó.

Apenas si fue consciente de haber lanzado el primer puñetazo, cuando se vio derribada con fuerza sobre la colchoneta.

—Sé que puedes hacerlo mejor. —Dio un paso atrás y esperó—. Vamos.

Apretó los dientes, se levantó de nuevo y conectó una serie de golpes que él no tuvo dificultad en bloquear antes de mandarla de nuevo al suelo.

—Mejor, mucho mejor —le aseguró al tiempo que daba de nuevo un paso atrás y recuperaba la posición—. Vamos, otra vez, dejaré incluso que me ganes.

Aquello ya era el colmo, se estaba riendo de ella, dominándola sin esfuerzo, llevándola a su terreno y burlándose de su frustración.

Su orgullo se resintió y con ello llegó la insensatez. Se lanzó al ataque sin medir las consecuencias, dejó que su loba asumiese el mando y, antes de meditar lo que hacía, cambió a su forma lupina y lo derribó.

«*Deja de reírte de mí*».

Para su sorpresa le cogió la cabeza lupina con ambas manos y hundió los dedos en su pelaje, apretando el rostro contra su cuello y aspirando su aroma.

—Eres adorable, lobita, pero no muy lista.

Al momento se había zafado de ella y, en forma lupina la dominaba con su estatura y presencia. Su loba retrocedió al instante, reconociendo su liderazgo y

supremacía.

«*Nunca te metas en algo que no puedas ganar, compañera*».

Caminó hacia ella y la empujó con su cuerpo de manera juguetona, restregándose contra su costado para finalmente darle un lametón en el morro.

«*También pones morritos en forma de loba, que mona*».

Aquello fue demasiado. Cambió al momento y lo apuntó con el dedo.

—Yo no pongo morritos.

—Sí, Dena, si los pones. —Le acarició la mejilla con los nudillos—. Y eso te hace tremendamente adorable.

Afirmó las palmas sobre su pecho para mantenerse alejada de él.

—Suéltame ahora mismo, no tienes derecho a tratarme así después...

—¿Después de haberte dejado sola los últimos quince días? —sugirió y asintió con la cabeza—. Regañina merecida, princesa, ahora, ¿me dejarás arreglarlo a mi manera?

Se llevó las manos a las caderas y le señaló la puerta.

—¿Cómo? ¿Largándote de nuevo?

—Ambos necesitábamos espacio, muchachita, no habría sido honrado de mi parte hacer lo que quería hacer cuando apenas nos acabamos de encontrar.

Gruñó.

—No me llames muchachita.

—Oh, Denali, lo eres, una loba demasiado joven... —aseguró sin dejar de mirarla—. Si las cosas hubiesen sido de otra manera...

—Pero no lo fueron.

—Razón de más para tomarnos todo esto con calma y analizar la situación.

—¿Qué maldita situación?

—La de ti estando desnuda y en mi cama. —La empujó haciéndola caer para seguirla él—. Mi aroma marcando tu piel. —Se lamió los labios—. Y mis colmillos hundiéndose en esa tierna carne...

Se quedó suspendido en sus labios, mirándola a los ojos.

—Y eso es justamente lo que quería ver...

Empezó a retirarse.

—¿El qué? —No pudo evitar preguntar.

—La curiosidad —aseguró poniéndose en pie y tirando de ella al mismo tiempo—. Y no el miedo o el recelo que tenías en tus ojos la primera vez que estuvimos a solas en la misma habitación.

La miró detenidamente.

—Es un buen comienzo —declaró complacido consigo mismo—. Ahora ya puedo hacer lo que tenía en mente.

Entrecerró los ojos.

—¿Volverme loca?

Le acarició el labio inferior con el pulgar.

—Seducir a mi compañera.

Ahogó un jadeo cuando la cogió de la cintura y la atrajo hacia él, apretándola contra su cuerpo para besarla hasta robarle cualquier brizna de aliento.

—Siento haber estado ausente, no volverá a pasar.

Dicho eso le acarició de nuevo la cara, recogió sus cosas y la dejó.

CAPÍTULO 8

Velkan se relamió y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no dar media vuelta, coger a la hembra y llevarla a su dormitorio para acabar lo que había empezado.

Esas dos últimas semanas habían sido una verdadera tortura, nada había conseguido sacársela de la cabeza, sus tumultuosas emociones se mezclaban con las de ella y formaban juntas un remolino que a duras penas podía contener. Arik había amenazado incluso con encerrarlo y tirar la llave, solo la investigación que habían llevado a cabo por su lado había evitado que volviese a ella antes.

Denali necesitaba tiempo para acostumbrarse a él, a lo que significaba su presencia y a que su vida ya no sería la de antes. Ya no tenía que ser una loba nómada y eso le costaría, lo sabía por experiencia.

Verla descargar su frustración con el saco de boxeo lo hizo sonreír; era un verdadero torbellino. Estaba frustrada y enfadada con él, podía sentir su tumulto interior, lo que generaban en ella las inesperadas emociones creadas por su vínculo de pareja y que no sabía cómo enfrentarse a ellas.

Y tenía que admitir que no era la única, daba igual la de veces que había visto emparejamientos, lo cerca que unirse estado de esas nuevas familias de dos, él llevaba toda la vida esperándola y ahora que la había recuperado tampoco sabía muy bien cómo enfrentarse con esas emociones.

Sabía que una vez que la reclamará la necesidad se aplacaría poco a poco, con la cercanía se irían entendiendo y sus lobos se relajarían, pero lo que le faltaba ahora mismo era tiempo.

Atravesó la casa habitación tras habitación agradeciendo interiormente a uno de sus alfas que hubiese tenido a bien darles cobijo. Sabía que Radu quería dejarle a sus anchas, pero todo lobo echaba de menos su casa y él no era una excepción.

Optó por subir a su dormitorio, necesitaba darse una ducha, a poder ser fría, antes de bajar y encontrarse con sus alfas y escuchar las novedades.

—Ah, ya estás aquí, bien.

Se detuvo en seco al escuchar la voz del alfa de Praga, se giró y le vio caminando hacia él.

—¿Qué tal el viaje?

—Tal y como se suponía que iría —respondió esperando a que el lobo se reuniese con él—. Ha habido alguna novedad en mi ausencia.

El rostro del lobo se oscureció y eso activó algo en él.

—¿Qué ha pasado?

—Han vuelto a atacar —le informó, negó con la cabeza y suspiró—. Y han herido a la compañera de Mijaíl.

La noticia lo cogió por sorpresa.

—¿A la compañera?

Asintió y se pasó una mano por el pelo.

—Sí, nos ha pillado a todos por sorpresa, a él el primero —aceptó con gesto contrariado—. Especialmente porque el encuentro ha sido de todo menos... normal.

En pocos minutos le había relatado lo ocurrido seis días atrás. Una mujer humana, una muchacha inocente que había sido alcanzada por una bala perdida y que casi muere en los brazos del alfa de Bratislava.

No eran noticias alentadoras y no pudo evitar gruñir de furia ante lo sucedido.

—¿Por qué no se me informó? —Era una obvia acusación. Había estado fuera, sí, pero dejó órdenes estrictas de que se le mantuviese al tanto de todo.

—Arik estaba al tanto.

Masculló una vez más en su idioma natal y sacudió la cabeza. Su beta en ocasiones se tomaba atribuciones en su nombre, decidiendo lo que era importante y lo que no.

—¿Dónde están?

—Están alojados en Ke Karlovu.

Enarcó una ceja.

—¿No es ahí dónde has comprado una nueva propiedad para tu compañera?

—En el estado en el que estaba no podíamos trasladarlos y no quisimos arriesgarnos a traerlos aquí con Denali bajo este techo —aseguró e hizo una mueca—. Él fue el primero en negarse.

Sí, suponía que lo haría. Lo que sí le sorprendía era la manera en la que Radu hablaba de su hermano. No le gustaba lo que había pasado, pero si servía para que los mellizos limasen asperezas, bienvenido fuese.

—¿Cómo está ella?

—Malik y Melinka la han estado atendiendo —le informó—, y parece que esta mañana se ha despertado por fin. Mijaíl... se vinculó con ella para mantenerla con vida...

Un movimiento peligroso, pensó, pero no culparía al lobo alfa por algo que habría hecho él mismo en caso de necesidad.

—Es su compañera...

—Es humana.

Sonrió de soslayo.

—Tu Judith también lo es...

Resopló.

—Mi compañera es... un caso aparte.

Sonrió y posó una mano sobre su hombro.

—Procura no decir eso cuando ella esté presente, amigo mío —le aconsejó—. Gracias, Radu.

Se despidió y continuó hacia su propio dormitorio pensando en todo lo que había pasado el último mes, en cómo se había trastocado la vida de cada uno de sus lobos y

lo que la aparición de su propia compañera había suscitado.

Maldito fuese ese hombre.

Los ataques destinados a probar sus fuerzas y a mantenerle alerta habían sido continuos, un acoso que había traído consigo demasiadas bajas. Sabía que Denali estaba nerviosa, odiaba sentirla de esa manera, inestable, preocupada, rabiosa por no poder poner remedio a algo que ni siquiera era culpa suya.

Tenían que encontrar a ese desgraciado, quería que pagase por todas las muertes que había ocasionado y, aun así, sabía que no sería suficiente. Lo que les había hecho a esas jóvenes lobas le había destrozado el corazón, dos niñas inocentes, dos víctimas a las que iba a vengar así les llevase toda la eternidad.

Habían tenido una extensa charla con Nahara y Denali nada más llegaron, pero la información que le brindaron no acababa de esclarecer quién era ese individuo y porqué iba detrás de él. No podía sacarse de la cabeza la manera en la que su compañera hablaba de él, cómo había narrado los sucesos y los precisos detalles que recordaba.

«En su voz solo había rabia, rencor y pretendía que yo sintiese lo mismo, pero no podía, no era algo... natural».

Ella misma parecía atrapada en esas palabras, con ese sentimiento, como si lo tuviese tan interiorizado que tenía que repetirlo para no olvidar cuál era la verdad.

Su compañera había sido prácticamente abducida, criada para odiar a su propia raza, había confiado en alguien al que creía su salvador solo para darse cuenta de que había estado viviendo con el mismísimo demonio.

«Nos traicionó de la peor de las maneras y cuando se dio cuenta de que sabíamos la verdad, no se molestó en negarlo... nos recordó que le debíamos lealtad».

Su voz había sido dura, cruda...

No, ese perro bastardo tendría que salir antes o después, por alguna razón que desconocía lo quería a él, lo buscaba a él y cada día que pasaba tenía más ganas de salir y buscarle.

Lo encontraría, antes o después lo haría y entonces, pagaría con sangre todo el horror que había creado.

CAPÍTULO 9

Mijaíl se encerró en la habitación, no podía pensar, no podía hacer otra cosa que intentar respirar a través del nudo que tenía en el pecho. Extendió la mano sobre la mesa y apretó los dientes, estaba temblando, no podía dejar de hacerlo, no podía quitarse de encima el miedo, porque eso era lo que sentía, miedo.

Se pasó ambas manos por el rostro, hundió los dedos en el pelo y se obligó a respirar profundamente.

¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez? ¿Cuánto que no venía el pasado a robarle las fuerzas?

—Ella está viva. No la has perdido. Está viva.

Se obligó a meterse eso en la cabeza, a recordar su rostro, sus gestos al hablar, su peculiar ironía, su sabor... Su compañera estaba bien, un poco confundida con respecto a él y a lo que significaba su presencia, pero algo subsanable con el tiempo.

Respiró de nuevo, un par de inspiraciones profundas y poco a poco consiguió dominar la crisis.

Dios, él no rezaba jamás y esos últimos seis días había rogado de todas las formas posibles por su recuperación, porque le permitiesen disfrutar de esa segunda oportunidad y, por encima de todo, mantenerla a salvo.

Y lo más absurdo de todo es que era una completa desconocida, alguien que tenía pensado casarse con otro hombre.

Gruñó, su lobo no quería otro macho cerca de ella. Siempre había sido bastante territorial y ello le había traído problemas en el pasado.

No, no podía cometer el mismo error de nuevo, no podía volver sobre sus pasos y arriesgarse a pasar de nuevo por aquello.

—Es humana no una loba psicótica.

Un extraño consuelo, uno que no ocultaba la cantidad de conflictos que sin duda les esperaban.

Merryyna no tenía idea de nada. Él sabía que su intención era recuperarse y volver a su vida, pero estaba muy pero que muy equivocada al pensar que todo sería como antes. La había marcado, estaba reclamada y su lobo la atraería, su sangre llamaría a la de ella y no iba a ser sencillo si estaban separados.

Pero algo le decía que no le escucharía dijese lo que dijese, era una mujer que tenía que ver para creer, experimentar las cosas por sí misma. Oh sí, iba a ser una aventura de lo más interesante y también frustrante, de eso no le cabía duda.

Echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el techo. Quería volver a casa, necesitaba volver a su hogar, a su territorio y ponerse de nuevo al servicio del príncipe.

—Cuando el diablo no tiene que hacer, mata moscas con el rabo —masculló para

sí.

Y el diablo parecía estar muy aburrido.

Cerró los ojos y se permitió sentirla, reconocerla como lo que era. No dejaba de ser un lobo y su primer instinto era para con la mujer que reconocía como suya, le daba igual que fuese una desconocida, que no supiese de su vida, en lo que creía, lo que le gustaba o lo que odiaba... Todo ello llegaría a descubrirlo con el tiempo.

Y ella necesitaba ese tiempo, ese espacio y comprender el significado que traía consigo para una mujer humana y los cambios que su reclamo conllevaba.

Sí, sería duro y no solo para la muchacha, él no iba a estar mucho más cómodo lejos de su compañera de lo que lo estaría la hembra, pero intuía que sería la única manera de que comprendiera lo que sería su vida a partir de ahora.

Eso también le daría tiempo para poner sus asuntos en orden, para solucionar lo que el disparo había interrumpido... Y le permitiría a él indagar también sobre el capullo que la había dejado plantada en el altar.

Si pertenecía a la manada de Radu iba a tener unos cuantos problemas, por otro lado, se trataba de su propia compañera así que el asunto era completamente suyo.

Sintió como poco a poco el nudo empezaba a remitir, ahora que tenía claras sus metas, podía respirar un poco más tranquilo y centrarse en descubrir quién era la muchachita que el destino había puesto en su camino.

—Una nueva compañera —murmuró para sí y no pudo evitar pensar en su hermano y en las palabras que le había dedicado su compañera.

—Ojalá las cosas fueran tan sencillas.

Suspiró y se levantó del asiento al mismo tiempo que llamaban a la puerta y se abría al momento.

—Al fin. —Apareció Nicolae—. ¿Tienes idea de la cantidad de habitaciones que tiene esta choza? A Judith le va a dar un ataque si tiene que limpiarlas ella.

Miró a su beta.

—No podría importarme menos, no tengo intención de usar ninguna más que esta o la que ocupa Merry.

—Así que Merry, bonito nombre.

Gruñó y eso lo hizo reír.

—Oh, estaba deseando oír eso de nuevo —aseguró divertido—, pero tendré que dejar mi disfrute a un lado porque tengo noticias y no son precisamente buenas.

—¿Qué ha pasado?

—Estaba revisando el correo y los mensajes de la torre y me he encontrado con uno bastante preocupante de Braden.

Frunció el ceño al escuchar el nombre del lobo.

Braden Virnikof era uno de sus mejores amigos, en cierto modo había ocupado el lugar de su hermano después de la muerte de Zuzanka, y era también el rastreador número uno de su manada.

—¿Lo ha enviado a la Torre?

Eso ya de por sí era extraño. Él sabía que iba a pasar una temporada en Praga, con Nicolae haciéndole de escolta, Brad era el único en quién confiaba lo suficiente para cuidar de su territorio.

—Sí, y no te va a gustar lo que dice.

Le pasó su teléfono y puso el manos libres de modo que pudiese escuchar el contenido. La voz masculina con un profundo acento se dejó notar de inmediato, hablaba de forma agitada, como si hubiese estado corriendo o persiguiendo algo.

—Misha. —Él era uno de los pocos que utilizaba el diminutivo de su nombre—. Sé que tienes cosas que hacer en territorio checo, pero no estaría de más que te pasases por casita en cuanto oigas este mensaje. Está ocurriendo algo raro en los límites de tu territorio. Han reportado ya varias desapariciones en los pueblos de *Čierne* y *Hrčava*, al parecer se han visto forasteros. Dado lo que está pasando ahí, no me sorprendería descubrir que la cosa se esté extendiendo. Voy a echar un vistazo a la zona y volveré a casa. Saludos al culo peludo de Nicu.

—Le he devuelto la llamada, pero no contesta —añadió Nicolae, quien mantenía un semblante serio—. El mensaje es de hace dos días.

Aquello hizo que su lobo erizase el pelo. Su amigo no estaría tanto tiempo sin dar señales de vida o sin volver a comunicarse para informarle de sus pesquisas.

—¿Lo has intentado en su casa?

—En su casa, en la torre, incluso he llamado a la perra de Gloria —aceptó serio—. Ninguno lo ha escuchado o visto en los últimos dos días.

Siseó. No le gustaba, no le gustaba ni un pelo.

—Tengo que volver a Bratislava.

Su compañero levantó el pulgar y señaló por encima del hombro.

—Tu compañera no está todavía en posición de viajar...

Miró a la puerta y gruñó de nuevo.

—No lo hará —negó y sintió como el peso de su decisión se hundía en su estómago. Dios, eso iba a ser un jodido infierno—. Se quedará aquí.

Nicolae no tardó en protestar.

—Pero, es tu compañera...

—Merry tiene cosas que solucionar —lo atajó.

—Acabas de emparejarte, Mijaíl —le recordó oportunamente—. Y no solo eso, la has vinculado a ti.

Asintió lentamente.

—Y ella necesita saber qué significa eso.

El lobo sacudió la cabeza.

—Tío, eres un cabronazo —gruñó a su vez—. No, no me gustaría estar en tu pellejo, pero ni un poco.

—A veces hay que hacer sacrificios...

Bufó, obviamente no estaba conforme con ese tipo de sacrificios.

—Te estás volviendo masoquista con el tiempo —le soltó convencido—. Te han

dado una nueva oportunidad y, ¿qué haces? Decides dar un paseo por el infierno, descalzo y sin agua.

Lo miró de soslayo.

—Algo que hasta el momento se me ha dado de puta madre, ¿no?

Sacudió la cabeza, ya sabía que nada de lo que dijera haría que cambiase de opinión.

—Odiaría estar en tu pellejo.

Sonrió de refilón.

—Por suerte para ti, no lo estás.

Dicho eso, le dio una palmadita en la espalda y abandonó la habitación. Había llegado el momento de darle las buenas noticias a su protestona compañera.

CAPÍTULO 10

Denali no podía más. Tenía que salir de allí de un modo u otro y la manera más rápida era sin duda diciéndoselo a su compañero. El numerito que habían protagonizado en el gimnasio la había dejado incluso más volátil, su loba estaba tan inestable que sería capaz de morder al primero que pasase por delante con tal de tranquilizarse. Necesitaba moverse, necesitaba correr e iba a hacerlo con o sin su permiso.

Llamó a la puerta y entró sin más encontrándose al príncipe recién salido de la ducha. El pelo negro mojado, toda esa piel morena a la vista, músculos bien definidos, hombros anchos y un rastro de vello que descendía desde su ombligo perdiéndose bajo la línea de la toalla oscura que le envolvía las caderas. Sus piernas eran largas y fuertes, salpicadas apenas por alguna que otra vieja cicatriz, al igual que en el costado.

Enarcó una ceja y se llevó las manos a las caderas, enfatizando todavía más el hecho de su presencia allí y que estuviese prácticamente desnudo, cosa que obviamente parecía importarle muy poco.

—¿Necesitas alguna cosa, Denali?

Su pregunta fue como una bofetada. Sintió como empezaba a aumentar el calor en la habitación, las mejillas se le enrojecían y tuvo que obligarse a fijar la mirada en sus ojos, el único lugar medianamente seguro de toda aquella anatomía masculina.

—Necesito salir de aquí, de estas cuatro paredes.

Chasqueó y le dio la espalda sin más miramientos.

—Ahora mismo no es aconsejable que vagues por ahí fuera.

—No soy tu rehén, me he cuidado perfectamente sola durante estos últimos años, no es...

La miró de soslayo, callándola al momento, sus ojos contenían una lupina amenaza que la hizo querer gruñir, pero era su alfa, por encima de todo, era quien mandaba sobre ella y sobre todos los lobos. Un instinto primario la obligaba a agachar la cabeza y obedecer, pero era uno contra el que luchaba con todas sus fuerzas.

—La nueva compañera del alfa de Bratislava ha sido atacada por los renegados a los que se está dando caza y se ha pasado los últimos seis días debatiéndose entre la vida y la muerte —declaró con voz fría, letal—. No voy a dejar que salgas ahí fuera y corras su misma suerte.

La noticia la impactó y voló de un plumazo toda su animadversión.

Sabía que los ataques se habían ido repitiendo a lo largo de las últimas semanas, Nahara se aseguraba de mantenerla al tanto y de tranquilizarla. La mayoría, le había dicho, eran escaramuzas, como si saliesen a propósito de sus escondites solo para que

los persiguiesen. Se habían limitado a jugar al gato y al ratón con bajas únicamente por lado de esos indeseables, eso cuando las había. Pero atacar a la compañera de un alfa, eso eran palabras mayores, era una declaración de guerra en toda su extensión.

—Te dije que solo era el comienzo... —murmuró recuperándose, pensando en todos los motivos por los que no deseaba estar allí, con él, con todos esos lobos—. Que solo era un truco, una manera de manteneros entretenidos mientras seguía maquinando sus planes. ¿Y si ahora va a por las compañeras de los dirigentes de las regiones? No tendría más que atacar este lugar para dar un gran golpe y... Oh Dios. Sabía que esto no era buena idea, sabía que no podía volver hasta que ese maldito estuviese muerto y...

En un par de zancadas estaba frente a ella, sus manos aferrándola de los hombros, calmándola con su sola presencia.

—No, Denali, no le des lo que quiere —la enfrentó—. Esto es lo que desea, la disidencia, el conflicto, especialmente entre nosotros.

Sacudió la cabeza.

—La han herido por mi culpa, Velkan, ¿es que no lo entiendes? —protestó empezando a desesperarse—. No cejará en su empeño hasta tenerme y llegar finalmente hasta ti.

—¿Por qué estás tan segura de ello? ¿Quién es, Denali? ¿Quién puede tener tanto poder como para enfrentarse a mí?

Negó de nuevo. Aquello era algo de lo que ya habían hablado hasta el cansancio, pero hasta el momento nada había servido siquiera para acercarse a dónde permanecía oculto y sembrando el dolor y el miedo.

—Como ya te dije, todo lo que sé es que te odia y lo hace con una pasión enfermiza —sacudió la cabeza—. Nunca entendí el motivo, cada vez que le preguntaba... su respuesta venía acompañada de una advertencia para que no volviese a preguntar. Todo esto es por ti, solo por ti, pero tú no eres suficiente, necesita más... es como si necesitase...

—Castigarme.

Asintió. Sí, esa era la sensación que le daba, que siempre le había dado pero el motivo seguía siendo una incógnita.

—Ojalá pudiese decirte más, pero todo lo que sé es lo que nos ha dejado ver a Nahara y a mí durante toda mi infancia, solo se le cayó la máscara una vez —murmuró en voz baja, fría, tan mortal como lo había sido ese momento—. Y fue la vez en la que vi la cara del diablo.

—Está bien, *prietenã*, antes o después lo descubriremos.

Levantó la mirada para encontrarse de nuevo con la de él.

—Necesito salir ahí fuera, Velkan, tengo que hacer algo, no puedo quedarme de brazos cruzados mientras Nahara se enfrenta a toda clase de peligros dando caza a esos indeseables —declaró con fiereza—. Me necesita.

Su mirada se suavizó.

—Nahara está ahora bajo la supervisión de su compañero —le recordó con tacto—. Rumati no la perderá de vista, no ha esperado tanto tiempo para reunirse con ella como para dejar que le toquen un solo pelo de la cabeza.

Apretó los labios. Sabía que eso era verdad, la pareja se había ido uniendo cada vez más en ese último mes y eran prácticamente inseparables. Eso hacía que se hubiese sentido incluso sola, acostumbrada como estaba a tener solo a la loba con ella, el verse relegada de esa manera, dolía. Por otra parte, sabía que era como debía ser, esto era lo que siempre había deseado para su amiga, la felicidad que ella misma le había robado sin saberlo siquiera.

—No puedes retenerme aquí eternamente, no puedes mantenerme prisionera, Velkan. —Se libró de sus brazos—. Soy una loba, necesito contacto con la naturaleza, necesito el cielo sobre mi cabeza, me sofoco entre cuatro paredes... ¡Voy a volverme loca si no salgo de aquí!

—¿Es así como te dominaba él?

La inocente pregunta la azotó como un látigo, sintió frío y sus brazos no parecían ser suficientes para abrigoarla. Cerró los ojos y luchó contra los recuerdos, contra el angustioso pasado.

«No saldrás, Denali. No hay nada ahí fuera que debas ver. Tu lugar está aquí, en este mismo sitio, hasta que yo decida qué es suficiente».

Había sido autoritario, irracional en su celo, al principio pensó que solo era sobreprotección, pero con el paso de los años las cosas fueron a más.

—Háblame, *prietenã*, ayúdame a entenderte.

Abrió los ojos de golpe, era la única forma de escapar de los castigos, del eco de las palizas que estaban destinadas a quebrar su espíritu y obtener su lealtad.

—Él nunca consiguió doblegarme y eso lo enfurecía —murmuró en voz baja, presa de aquellos recuerdos—. Su furia traía consigo consecuencias.

—¿Qué clase de consecuencias?

Se giró de nuevo para mirarle, para recordarse a sí misma que estaba con su príncipe, su compañero y no en manos de ese desgraciado.

—¿Cómo puede alguien decir que te quiere, hacerte sentir ese amor y al mismo tiempo castigarte con tanta fuerza, diciendo que lo hace por tu bien y que debes aceptarlo sin rechistar? ¿Cómo no vas a odiar a esa persona, como no vas a confundirte y pensar que, si eso es amor, qué será entonces el odio?

—El amor, el cariño, no vienen de la mano de la violencia, Denali.

No le pasó por alto la voz del lobo tras sus palabras, su fiereza, sus ganas de venganza.

—Lo sé. Nahara me lo enseñó. De no ser por ella... —Sacudió la cabeza—. Si no fuese por ella, quizá nunca habría conseguido liberarme de su yugo, de su influjo.

Sacudió la cabeza una vez más y luchó contra las lágrimas, no quería llorar, no había tiempo para hacerlo.

—Ese hombre es un monstruo, Velkan, un ser abominable de la peor clase —

murmuró y sintió como su loba reaccionaba, como desnudaba los dientes alimentando su propia rabia—. Y lo quiero muerto. Quiero matarlo con mis propias manos, destrozarlo como ha destrozado a tanta gente inocente, quiero vengarme por aquellos que no han podido vengarse... ¡Quiero su sangre tiñendo mis manos! ¡Él me ha convertido en lo que soy, en otro monstruo!

Estaba temblando, solo fue consciente de ello al mirar sus manos y ver cómo se agitaban.

—Él me ha convertido... en esto.

Unos brazos la alcanzaron desde atrás, engulléndola en un abrazo. Su aroma impactó contra su nariz, su desnuda calidez penetró en su cuerpo, en su alma y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no llorar.

—Eres lo que eres porque lo has necesitado —le dijo al oído, acariciándole el cuello con la nariz—. Porque tu sangre lo ha demandado, porque tu loba quería que sobrevivieses. No eres un monstruo, Denali, eres mi compañera, mi princesa y solo puedo sentir orgullo por ello.

Sus palabras eran como un bálsamo para las heridas y dejó que cayesen allí donde era necesario.

—Esa mujer, la compañera del alfa de Bratislava, ¿cómo está? ¿Sobrevivirá?

—Le han quitado la bala y al parecer ya se ha despertado, con lo que es un síntoma de que está mejor —le dijo al tiempo que aflojaba su agarre y le permitía apartarse—. Mijaíl no le iba a permitir marcharse, no ha estado solo tanto tiempo como para rendirse ahora.

Algo en su voz le dijo que no hablaba solo del alfa de Bratislava.

—No quiero que muera nadie más...

—Nadie lo quiere.

—... pero habrá más —concluyó volviéndose hacia él—. Hasta que le paremos los pies habrá más víctimas. Está ahí fuera, en algún lugar de esta ciudad. No me preguntes cómo lo sé, pero así es. Estará a la vista de todo el mundo y oculto al mismo tiempo, riéndose de nuestros esfuerzos mientras él envía a otros a hacer su trabajo.

Se lamió los labios y empezó a caminar de un lado a otro.

—Nunca nos escondió, Velkan, cualquiera pensaría que era lo que habría hecho, especialmente después de rescatarnos, pero no lo hizo —negó—. Es como si quisiese que todo el mundo supiese que estábamos en sus manos, que yo estaba a su merced. Era cauto, sí, pero ni siquiera nos cambió los nombres, solo utilizábamos su apellido y nos permitía una... considerable libertad, al menos al principio. Nos proporcionó educación. Fui al colegio como cualquier niña, empecé el instituto y habría ido a la universidad si... si no hubiese descubierto la verdad.

Sonrió a pesar suyo y le miró de soslayo.

—Quería ser maestra, ¿sabes? —confesó. Era la primera vez en años que decía aquello en voz alta—. Una vez tuve un sueño... pero él lo truncó.

—Todavía estás a tiempo de hacer realidad ese sueño, Dena, no te cierres las puertas todavía, eres demasiado joven —aseguró mirándola—. No dejes que un demonio del pasado decida tu futuro.

Asintió y lo miró.

—Tú habrás tenido tiempo de sobra para estudiar y formarte, ¿a qué te dedicas, por cierto? —No podía evitar sentir curiosidad, querer saber más—. Imagino que el cargo de príncipe no es lo único en lo que ocupas tu tiempo.

Sonrió de soslayo y negó.

—Me consume bastante más tiempo del que me gustaría, pero no, no es lo único a lo que me dedico —aceptó—. Cursé la carrera de Ciencias Políticas y Comunicación, hice también una de Historia y tengo por ahí un par de masters en gestión de empresa. Mi trabajo, sin embargo, es más... mundano. Curiosamente, muy cercano a tus propias aspiraciones.

Desde luego, él no había perdido el tiempo.

—Soy profesor, imparto algunos seminarios en la Universidad de Bucarest, lo que me permite disponer así mismo de tiempo suficiente para dedicárselo a mi... otro trabajo. Ya sabes, con culos peludos.

Profesor. Si había casualidades en la vida, esa era sin duda una de ellas, una que le decía lo que siempre había sabido, que dos lobos nacen para estar juntos el resto de su vida por una razón más allá del destino; la compatibilidad.

—Sé que no has tenido una vida fácil, pequeña, pero todavía tienes un gran futuro por delante y haré hasta lo imposible para que puedas disfrutar de él.

Se lamió los labios y suspiró, ojalá ella tuviese su misma fortaleza y optimismo en el mañana. Le dio la espalda y caminó hacia la ventana, desde allí podía verse la ciudad de Praga a sus pies.

—Si está ahí fuera, estará a la vista de todo el mundo, disfrutando del espectáculo sin que nadie sea consciente de su presencia —comentó pensativa.

—En ese caso, deberemos darle algo para que se acerque aún más y llame a nuestra puerta —le dijo y, cuando se giró para mirarle, se encontró con un gesto decidido en su rostro—. He retrasado la reunión anual durante estas últimas semanas, pero quizá sea ya hora de ponerle fecha y anunciarlo.

—Ten cuidado, mi príncipe, es astuto y muy cauto.

—En ese caso, deberemos ser mucho más astutos y cautos que él —convino sin más—. Y ahora, si no te importa, voy a vestirme...

Su referencia y la mano que bajó a la toalla fueron suficiente para que recuperara la consciencia de la semi desnudez de su compañero. Le dio la espalda y empezó a caminar hacia la puerta con decisión, solo para ver la toalla que había cubierto su cintura cayendo a pocos centímetros de sus pies y su risa burbujeando cuando salió y cerró de un portazo.

CAPÍTULO 11

—¿Puedo saber qué demonios estás haciendo?

La sexy y gutural voz masculina le produjo un inesperado y placentero escalofrío, pero incluso aquello era demasiado para su dolorido cuerpo. Merry se aferró a las sábanas de la cama y apretó los dientes, sentía las piernas de gelatina, nada comparado al soportable temblor que había tenido antes de poner los pies en el suelo.

—Algo que ninguno puede hacer por mí —le soltó—. Ir al baño.

Le escuchó mascullar algo entre dientes y acto seguido estaba junto a ella, demasiado alto, demasiado ancho, demasiado todo, sus brazos levantándola como si no pesara nada.

—¿Por qué no pides ayuda?

Jadeó al sentirse levantada.

—Porque no la necesito.

—Y una mierda que no.

Antes de que pudiese recuperar el aliento para decirle que la pusiera en el suelo se encontró delante del W.C.

—No puedes hacer lo que te venga en gana, estás herida. —La regañó como si fuese una niña pequeña—. ¿Es que no sientes tu propio dolor?

La rabia en su voz la cogió por sorpresa. No le daba miedo, por absurdo que pareciera, sabía que no la lastimaría. De hecho, casi podía suponer que su enfado era hacia él más que hacía sí misma.

—Claro que sí —siseó—. Por eso llevo diez minutos arrugando las sábanas y aguantándome las ganas de hacer pis.

Hasta ese momento no se le había ocurrido que un hombre podía ser mono si se sonrojaba.

—Avísame cuando termines.

Comprobó que no iba a caerse al suelo, dio media vuelta y salió cerrando tras él la puerta hasta dejar una rendija.

Le entraron ganas de reír, todo aquello empezaba a parecer una comedia y no tenía la menor idea de qué hacer para salirse de ella.

Miró a su alrededor y suspiró, al menos podría por fin encargarse de sus necesidades sin morir en el intento.

Terminó de lavarse las manos y se aferró al lavabo, la habitación empezaba a dar vueltas y le dolía el estómago.

—No vas a ponerme las cosas fáciles, ¿verdad?

—¿Por qué debería?

Ni siquiera lo oyó entrar, pero allí estaba de nuevo, impidiendo que cayese redonda al suelo.

—No te he pedido nada, te agradezco la ayuda, por supuesto, aunque el hecho de me trajeras a tu casa y no me llevarás a un hospital dice mucho.

—No es mi casa y, a tenor de lo que has visto, sería un poquito difícil de explicar en un hospital lo que ha pasado.

Lo que había visto, apenas si recordaba verlo a él y poco más.

—Así que preferiste meterme en la casa de alguno de tus secuaces.

—Es la casa de mi hermano y su compañera, estás teniendo el honor de estrenarla.

—Peor aún, le quitas el nidito de amor...

—¡Suficiente! —bramó, su lobo asomándose a sus ojos—. Te vas a quedar en esa maldita cama y descansarás. No te moverás de este cuarto hasta que puedas valerte por ti misma y esperarás a que vuelva.

Enarcó una ceja.

—¿Vas a darme la alegría de perderte por fin de vista, señor lobo marido?

Entrecerró los ojos y la miró.

—No crees ni una sola palabra de lo que digo, estás convencida de que no eres mi compañera, bueno, pues voy a demostrarte lo contrario. Antes de que termine la semana estarás suplicando que vuelva a tu lado, necesitarás mi compañía... entre otras cosas...

—Y ahora pasamos de lobo a Dios con ego desmedido.

Se estaba pasando, lo sabía, pero él tenía la culpa por empujarla y tratarla de esa manera.

La llevó a la habitación y la dejó en la cama con sumo cuidado.

—Siento de veras que nuestra relación comience así, Merry, pero no tengo tiempo ahora mismo para demostrarte lo equivocada que estás. No sabes nada, chiquilla, y lo vas a averiguar de la más jodida de las maneras.

Dicho eso se inclinó sobre ella y la besó en la boca, bebiéndose sus protestas y cualquier pensamiento razonable que todavía le quedase.

—Si me necesitas... solo llámame.

Se lamió los labios y lo miró.

—Yo que tú no contendría la respiración.

Sonrió y la besó de nuevo con rapidez.

—Que empiece pues la guerra, *prietenã*.

Le dio la espalda y se marchó igual que había venido.

Mijaíl no sabía si sentirse aliviado u ofendido, esa mujer era la viva imagen de la negación, su pasatiempo era llevarle la contraria y Dios, como le gustaba un buen desafío. Salió y miró a Nicolae, cuyo rostro decía lo que callaba su boca.

—Y ahora esperarás también que te lo agradezca —chasqueó él—. ¿No sabes que es el tacto? ¿Seducción? ¿Flirteo?

—No —le soltó—. Y tampoco lo necesito, a ella le gusto.

—Cualquiera lo diría.

Le posó la mano en el hombro.

—Solo necesita entender cuál es ahora su lugar y lo que significa tener un lobo por compañero —resumió—. Y va a entenderlo... aunque sea por el camino difícil.

Sacudió la cabeza.

—Y yo pensando que Radu era el cortito... al final mi Mel va a tener razón —suspiró—. Le diré que le eche un vistazo y se asegure de que este bien mientras estamos en casa.

Asintió. Confiaba en la compañera de Nicolae.

—Hazlo. Y que me tenga al tanto de cualquier cosa que necesite Merryyna.

—Lobo idiota... Bienvenido al club.

CAPÍTULO 12

La sensación de libertad que encontraba en aquel pequeño balcón no podía equipararse a correr al aire libre, a acampar bajo las estrellas, pero era lo mejor que tenía. Había convertido el rincón en una improvisada acampada cada noche que el cielo se mostraba despejado, eso le permitía ver las estrellas o al menos imaginarse que veía algo más que las luces de la gran urbe.

Echaba de menos los días al aire libre, el rocío de las mañanas y la tranquilidad de los núcleos pequeños. La ciudad le iba grande, la hacía sentirse insegura y alerta en cada momento.

Era increíble cómo podía echar de menos la granja en la que se había criado, un lugar que le traía amargos recuerdos y en los que también guardaba momentos inolvidables.

—Solo pido un día de libertad, poder salir de este lugar...

Pero era un deseo por el momento inalcanzable.

Se llevó la mano detrás de la cabeza y la usó de almohada, a su alrededor podía escuchar los murmullos de la noche, el trajín que había traído consigo las recientes noticias. Radu y Judith habían vuelto hacía ya unas cuantas horas, lo sabía pues había escuchado a su anfitrión reunirse con el príncipe para ponerle al día de lo sucedido en su ausencia.

Dejó escapar un suspiro y se incorporó al escuchar por fin la voz de su amiga. Su corazón se alivió al momento, no podía evitar sentirse intranquila cada vez que salía y no respiraba hasta que la escuchaba volver. Sabía que se estaba volviendo paranoica, especialmente porque Nahara no salía ahí fuera ella sola, desde que se habían reencontrado, su compañero salía con ella.

—No puedo creer a qué extremos están llegando —la escuchó—, lo que le han hecho a esa muchacha humana no tiene perdón.

—Me temo que eso fue algo fortuito, ni siquiera ellos se esperaban verla allí.

La voz de Rumati se elevó por encima de la de ella, el lobo no la había dejado ni un momento desde que se encontraron de nuevo y era más que claro para ella que ambos se habían vinculado ya.

—Dios... es un alivio saber que ya se ha despertado y que se pondrá bien —comentó con voz afectada—. Nunca había visto tal desesperación en un lobo, Rumati, estaba dispuesto a irse con ella.

Escuchó un profundo suspiro que no le cabía duda a quién pertenecía.

—Vosotras, nuestras compañeras, sois lo más importante para nosotros —aseguró—. La sola idea de vivir sin ti compañera era...

—Lo sé —lo interrumpió—. No vayas por ahí... ahora estamos juntos y es todo lo que importa.

Durante un momento se hizo el silencio, ambos seguían allí, al pie de las escaleras.

—Tengo que ir a ver a Dena —comentó entonces la loba—. Creo que no hice bien en ocultarle lo ocurrido con Merryrna, pero últimamente parece tan encerrada en sí misma que temo que de haberle comentado lo ocurrido, se habría culpado de nuevo por algo que no habría podido hacer o evitar. No consigo llegar a ella, no como antes.

Su comentario la sorprendió y ofendió. ¿Encerrada en sí misma? Era ella la que la había apartado por su compañero.

—Y el príncipe ha estado fuera estás dos últimas semanas. De verdad, te juro que no lo entiendo. Son compañeros.

—Son dos personas que apenas se conocen, Nahara, no son muy distintos de tú y yo ahora mismo —le recordó—. Hace falta tiempo para descubrirse de nuevo.

—Tú no es que hayas esperado precisamente...

Se rio.

—¿Lo dice la loba descarada que no me dio otra opción?

—Soy una loba... eres mi compañero, es como se supone que tiene que ser.

—Cada emparejamiento es único, dulzura, y esos dos son de sangre pura. —Casi podía verlo encogerse hombros—. Velkan solo hace lo que cree mejor para ella.

—Si tan solo hubiésemos encontrado ya a ese malnacido o supiéramos de su paradero... —siseó ella—. Me hierva la sangre al pensar que está ahí fuera, en algún lugar, a salvo...

—Antes o después daremos con él —le aseguró—. Y entonces pagará con creces cada una de las atrocidades que ha cometido.

Hubo un nuevo momento de silencio, tan solo roto por el roce de la ropa y unos suspiros.

—Ve con la princesa, lo necesitas tanto o más que ella.

La petición de Rumati pronto tuvo respuesta.

—¿Tan transparente soy?

—Habéis pasado media vida juntas, apoyándoos mutuamente, tienes un vínculo con ella que solo tendría un beta con su alfa, Nahara.

—¿Y eso es malo?

—No, rubita, no es malo, es todo un honor.

Lo próximo que oyó fue la puerta abriéndose y cerrándose. Suspiró y empezó a levantarse cuando escuchó la voz del alfa Daratraz.

—Buenas noches, Denali.

Apretó los dientes y se asomó al balcón, los ojos del lobo refugian en la oscuridad a pesar de estar en forma humana.

—Sabías que estaba aquí. —No era una pregunta—. Podías haberla advertido.

—Tú necesitabas escucharlo y ella decirlo —le dijo con un encogimiento de hombros—. A veces es la única manera de comprenderse mutuamente cuando se tiene miedo de afrontar la realidad.

La acusación causó el efecto deseado.

—No tengo miedo a...

—A mí no tienes que darme explicaciones, princesa, he estado ahí antes que tú —le soltó—. Sé exactamente qué se siente.

Se lo quedó mirando en silencio mientras le dedicaba un último saludo y entraba en la casa. Hizo un mohín y volvió al dormitorio cerrando la puerta tras de sí para esperar a su amiga.

Ambas habían estado jugando al juego del gato y el ratón, puede que no fueran conscientes de ello, pero era lo que Rumati acababa de darle a entender.

—Maldita sea.

Necesitaba encontrar pronto el equilibrio o se volvería loca y no era bueno contar con una loba desquiciada en sus filas.

Respiró profundamente y se volvió hacia la puerta, apenas había dado dos pasos cuando llamaron a ella.

—¿Dena? ¿Estás ahí?

Abrió la puerta.

—Lo que queda de mi cordura, lo está.

La mirada de su amiga lo decía todo.

—Tenemos que hablar.

Asintió y la dejó pasar.

—Siento haber estado distante... —aceptó en voz alta—. Supongo que... que no soy capaz de adaptarme a todo esto.

—Yo también tengo mi parte de culpa, he pasado tanto tiempo huyendo, que ahora que por fin nos hemos detenido, que Rumati está conmigo... me he olvidado un poco de todo a mi alrededor.

—Nahara, estás saliendo ahí fuera cada noche, estás haciendo aquello que yo no puedo... No soy quién para decirte nada.

Sacudió la cabeza.

—No tienes la culpa de que ese capullo de ahí al lado se haya largado dos semanas, no tienes la culpa de que me esté volviendo loca con este encierro —resopló—. Y sí, llevo estos días comportándome como una maldita perra.

Enarcó una ceja.

—Muérdele, cariño.

Resopló.

—Antes casi lo hago. —Hizo una mueca—. De hecho, mi loba lo atacó.

—¿Queeeee?

Le tapó la boca.

—*Shhh* —la silenció—. ¿Quieres que se entere toda la casa?

—Nena, me acabas de decir que has atacado al jefe de la raza, ¿cómo quieres que reaccione?

—Al menos no como él —rezongó—. Se rio de mí, después de darme una paliza.

—¿Cómo?

—Estaba descargando mi frustración en el saco y llegó él, me dijo que era mejor que descargarse mi frustración sobre él y acabé más veces con el culo en el suelo que cuando me lo pateas tú.

Ahora sí que se echó a reír.

—No te rías.

—Perdona, princesa, pero es lo mejor que he oído de tu boca en estas semanas.

Posiblemente lo era, pensó sonriendo también, se había olvidado de lo que era pasar estos momentos de risas y compañerismo entre ellas, las preocupaciones se habían llevado su alegría y le habían dejado solo frustración.

—Venga, cuéntamelo todo.

Suspiró.

—Si se lo cuentas a alguien eres loba rapada.

—Lo juro por mi culo peludo. —Levantó la mano—. Esto se quedará entre tú y yo.

Suspiró y le contó el reencuentro que había tenido con su compañero hasta que ambas terminaron riendo a carcajadas.

Escuchar su risa era algo que no había hecho desde que eran niños, los recuerdos que tenía de ella eran tan vagos que no podía compararlos con nada. Esa mujer, su compañera, era todo un misterio para él.

Sintió a Rumati antes de verlo, su medio hermano era un lobo sigiloso y se había mantenido todo ese último mes a una prudente distancia. Ambos sabían que tenían un largo camino que recorrer por delante pero ya habían empezado a dar los primeros pasos.

—Así que ya estás de vuelta —le dijo—. ¿Alguna novedad?

Negó con la cabeza.

—Por ahora nada que arroje luz sobre su identidad o dónde demonios está escondido —aceptó—. Radu me ha puesto al corriente de lo que ha pasado.

Asintió.

—Por fortuna ya está fuera de peligro —corroboró y lo miró—. Fue algo fortuito... ese disparo... el que ella estuviese allí... —sacudió la cabeza—. No pensé que lo consiguiera... Pensar que todo esto es a causa de un solo hombre...

—Uno que parece tener un don único para ocultarse.

Lo escuchó gruñir.

—Le encontraremos Velkan, antes o después daremos con él.

Solo esperaba que fuese antes.

—No había escuchado reír así a Denali desde que era una niña —comentó dando voz a sus pensamientos.

Su hermano lo miró.

—Posiblemente la oirías más a menudo si pasases tiempo con ella.

No le pasó por alto la leve acusación.

—Es lo que tengo pensado hacer a partir de ahora.

Aquello pareció complacer al lobo.

—Bien.

Dicho eso siguió por el pasillo de camino a su habitación.

—¿Rumati?

El aludido se detuvo y se giró de nuevo hacia él.

—Gracias.

Negó con la cabeza.

—Nahara la quiere, no desea que sufra y yo tampoco —contestó con sencillez—.

Y tú has pasado demasiado tiempo solo, ya es hora de que le pongas solución.

Con eso, se despidió y siguió adelante.

Sí, había esperado suficiente, ahora tenía que idear la mejor forma de seducirla.

CAPÍTULO 13

Llamar a la puerta cuando aún no había salido el sol tenía que ser un crimen, pensó Denali poniéndose la almohada sobre la cabeza para aplacar los golpes. La noche anterior apenas había sido capaz de pegar ojo y ahora llamaban a su puerta como si quisieran echarla abajo.

—Vamos, princesa, has dicho que no querías pasarte el día encerrada entre cuatro paredes —escuchó su voz—. Esta es tu oportunidad para respirar aire fresco. Arriba, Denali, la oferta tiene fecha de caducidad...

¿Acababa de oír salir a fuera?

Hizo la manta a un lado y se incorporó. El aporreamiento seguía y también su incesante réplica.

—Última llamada, compañera, me voy a correr sin ti.

—¡No!

Las palabras habían salido de su boca antes de poder frenarlas siquiera.

—Ya veo que estás despierta, levántate y ponte ropa cómoda —le informó—. Tienes diez minutos.

Se preguntó si era una broma suya, pero no tenía tiempo para preguntárselo. Saltó de la cama, se deshizo del pijama y se puso uno de los conjuntos de deporte que le había comprado recientemente Nahara. Ambas habían llegado prácticamente con lo puesto y, si bien habían dejado sus escasas pertenencias en el hotel, sus respectivos compañeros habían preferido prescindir de ellas y proporcionarles todo lo que necesitaban.

Ella no había tocado ni una sola de las prendas que había en el armario de su habitación, lo poco que tenía había salido de la tarjeta que guardaban para las emergencias y de las salidas de Nahara a la ciudad.

Se vistió rápidamente, se ató el pelo en una coleta y salió por la puerta nueve minutos después. Apoyado de espaldas a la pared, de brazos cruzados y vestido de negro de los pies a la cabeza, la esperaba un satisfecho Velkan.

—Buenos días, *prietená*.

—Si esto es algún truco tuyo...

—Ningún truco, lo prometo —aseguró y se incorporó—. Me dijiste que necesitabas salir, así que, te acompañare.

Miró a su alrededor esperando a que alguien le dijese que era una ilusa.

—Confía un poquito en mí, Denali, demos un paseo.

La necesidad de dejar aquellas cuatro paredes era demasiado grande como para ignorarla.

—De acuerdo —aceptó caminando hacia él—. ¿A dónde vamos?

—Al otro lado de la ciudad, al parque *Letná*, o como lo conocen los checos, el *Letenské sady*.

—¿Piensas atravesar Praga corriendo?

—Sí. ¿Por qué? ¿No crees poder seguirme el ritmo?

Entrecerró los ojos.

—Quizás seas tú el que no pueda seguirme a mí.

—No sé, princesa, ir a tu espalda también tiene sus ventajas.

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—No te imaginaba tan retorcido.

—Ni yo a ti tan respondona, pero al final ninguno podíamos ser perfectos, ¿no?

—Cierto.

—¿Vamos, entonces?

Lo miró a los ojos y luego a su alrededor.

—¿Dónde está tu sombra?

Sonrió abiertamente.

—Eres muy perspicaz.

—Han sido muy pocas las veces que lo he visto lejos de ti.

—Arik se encargará de nuestra seguridad con Savage.

Esa era la rastreadora que había conocido hacia poco, una mujer tan letal como el mismo Ejecutor.

—Mantendrán el perímetro y se asegurarán de que estemos bien.

—Poner a otros en peligro para que yo esté a salvo no es mi definición de una salida en libertad —replicó—. Praga no es segura.

—Me temo que ahora mismo no hay un lugar realmente seguro, pequeña.

Y tenía razón, lo sabía.

—Quiero hablar con ellos, con los dos. No pondrán su seguridad por encima de la mía.

Se rio.

—Buena suerte con eso, princesa, yo he perdido la batalla en ese sentido.

Hizo un mohín.

—No quiero que nadie más salga herido.

—Lo sé, Denali, ese es también mi deseo, pero, ¿vas a soportar seguir aquí encerrada más tiempo?

Dios, no.

Negó con la cabeza.

—En ese caso hagamos una cosa, tú me cubres las espaldas y yo te cubro la tuya —le propuso—. Esos dos no van a retirarse, pero estarán tranquilos.

Entrecerró los ojos, sorprendida por su aceptación.

—¿Confiarías en mí de esa manera?

La mirada que apareció en su rostro perdió toda esa diversión.

—¿Qué te han hecho, *fata mea*^[2]? ¿Qué ha conseguido que dudes hasta de ti

misma?

«*Demasiadas cosas*», pensó, demasiado tiempo huyendo sin saber hacia dónde.

—Algún día quizá te lo cuente, pero ese día no es hoy.

Asintió, no hizo más, solo aceptó sus palabras.

—¿Vamos, lobita?

Vio su mano tendida, le hormiguearon los dedos por tocarla, por aferrarse a ella y rogarle que nunca la dejase sola. Pero no podía, era entregar una parte de sí misma, una que todavía no merecía.

Pasó a su lado y lo miró.

—Quiero correr, así que espero que puedas mantener el paso.

Sonrió de soslayo y se inclinó ante ella.

—Soy tu humilde siervo, mi señora.

Sacudió la cabeza y continuó. La mañana iba a ser muy larga.

Velkan no había conocido a nadie que tuviese más reservas que esa mujer, ni que se muriese de tantas ganas de echarlas abajo y permitirse confiar al fin. Era cautelosa, de una manera meticulosa y dura, no dejaba que nada o casi nada escapase a su visión o a su control. No le había pasado por alto la forma en que comprobó cada pedazo de parque, como olfateaba el aire hasta estar conforme, eran tics propios de un rastreador, de alguien acostumbrado a huir continuamente. El pensar en lo que había pasado, en cómo había sido la vida de esa jovencita lo enervaba y hacía que su propio lobo pidiese sangre.

Dejó que se saliese con la suya los primeros minutos, que ganase confianza sobre el terreno, trote a un buen ritmo, siempre manteniéndose a la par que ella y finalmente empezó a aumentar la intensidad, probándola, empujándola hasta hacerla despertar. Denali estaba acostumbrada a ser puesta a prueba, a empujarse hasta el máximo, pero dudaba que supiese jugar.

—Te echo una carrera.

—¿Qué?

La inesperada interrupción en su silenciosa cabalgada la hizo dar un pequeño traspies.

—Corre, lobita, corre y atrápame si puedes.

Cambió en plena carrera a su forma Lupita, escuchó el siseo de su beta, lo ignoró y empezó a hacer requiebros por el parque el cual solía estar vacío a horas tan tempranas. Saltó con agilidad de un punto a otro y sonrió para sí al ver que ella había aceptado el desafío corriendo tras él sobre sus patas de calcetines.

Diablos, era tan bonita en su forma lupina como en la humana, su lobo estaba encantado con aquel juego de persecución y permitió que le diese alcance solo para evitarla de nuevo.

«*Eres muy lenta*».

Una mentira como una catedral, la loba era tan rápida como ágil.

«*Habla por ti, abuelito*».

Se echó a reír en su mente.

«*¿Abuelito? ¿En serio? Tú y yo vamos a tener una larga charla sobre la edad de un lobo, cachorrita*».

Ahora fue ella la que rio y no era forzado, se estaba divirtiendo, sabía que lo hacía.

«*¿Puedes seguirme hasta el Beer Garden?*».

«*¿Puedes seguirme tú a mí?*».

Sin aviso previo saltó por encima de él, derrapó y continuó a toda velocidad hacia la zona de merenderos que había al otro lado del parque.

«*Buen truco, cachorro, buen truco*».

«*Le dijo el viejo al joven lobato*».

Esa inocente travesura en su voz lo calentó por dentro, está era la verdadera Denali, la lobita que existía bajo esa dura coraza defensiva. Apuró el paso, saltó por encima de uno de los macizos y aterrizó cerca de ella para acompañarla en el tramo final.

—Vale... lo admito... no eres viejo... y sabes correr —comentaba minutos después entre jadeos. Estaban de nuevo en forma humana, apoyados en una de las mesas y ella estaba colorada por el ejercicio.

—Te voy a lavar la boca con jabón.

Se rio entre dientes, sus ojos chisporroteaban y mantenía una bonita y sincera sonrisa en los labios.

—Dime que eso que huelo es el desayuno.

—¿Ya tienes hambre?

—Siempre tengo hambre —se rio de nuevo—. Nahara dice que es más fácil cazar lobos que darme de comer.

—¿Y eso?

—Soy alérgica a la lactosa, al gluten y a los frutos secos —confesó en un hilillo de voz—. Ya te dije que no habías ganado mucho conmigo en la lotería.

—Um... en ese caso es una suerte que ella preparase el almuerzo.

Se lo quedó mirando.

—¿Cuánto le pagaste?

—Será mejor no decirlo en voz alta.

Se rio de nuevo.

—Sí, esa es mi hermana.

La forma en la que hablaba de la compañera de Rumati lo decía todo.

—Me alegra que la hayas tenido a tu lado todo este tiempo, al menos no has estado sola.

Lo miró y ladeó la cabeza.

—Supongo que en eso sí he sido afortunada.

Los próximos minutos discurrieron en cómodo silencio, ella se hizo cargo de las reparticiones y desayunaron mientras veían salir el sol tiñendo los edificios de la vieja urbe bohemia.

—Después de todo esta ciudad puede no haber sido tan mala elección —murmuró ella mirando al horizonte—. Tiene... sus encantos.

Al decir eso lo miró a él.

—Siempre la he encontrado como a una vieja amiga, es como si a pesar del paso del tiempo, aquí nada cambiase y conservarse ese aire antiguo que atrae a los lobos solitarios.

Esos bonitos ojos azules se encontraron con los suyos.

—Has estado mucho tiempo solo, ¿verdad?

No se molestó en negarlo.

—Lo suficiente como para que ahora no quiera separarme de ti.

Arrugó la nariz.

—Has estado fuera dos semanas. —Un leve reproche.

—¿Me has echado en falta ese tiempo?

—No. —Le dio la espalda.

—Mentirosa.

—No puedo echar de menos a alguien que apenas empiezo a conocer, príncipe Velkan —refutó de espaldas a él todavía.

—¿Denali?

Se giró para mirarle.

—Quiero conocerte, quiero saber todo de ti y que tú lo sepas todo de mí, pero quiero hacerlo despacio y saborear cada uno de esos instantes.

Se levantó del banco y echó a andar hacia el balcón desde el que se veía toda la ciudad.

—Quizá no haya tiempo para ir despacio.

Se acercó a ella desde atrás, le apartó el pelo a un lado y la besó en el cuello.

—Si no lo hay, lo fabricaremos, *prietenã*. —Le besó la mandíbula al tiempo que le aferraba la cintura y la volvía hacia él—. Te juro que lo haremos.

Separó los labios buscando replicar o respirar, no lo sabía, pero tampoco le importó cuando ella buscó su boca y lo besó por iniciativa propia.

—Gracias por sacarme de allí, aunque sea durante unas horas —le dijo buscando su mirada—. Yo... gracias por... esto.

Le acarició los labios.

—Nunca me des las gracias por besarte, Denali, solo devuélveme los besos.

Volvió a probarla y ella no dudó en cumplir su petición.

CAPÍTULO 14

Merry solía pensar las cosas detenidamente antes de llevarlas a cabo. Hoy sin embargo actuaba movida por el instinto, por la necesidad de cerrar un capítulo y pedir unas explicaciones que pusieran algo de sentido a su caótica vida. Se llevó la mano al vientre e inspiró profundamente, hacía tan solo dos días que se había levantado de la cama, los mismos desde que Mijaíl se había marchado, y su humor se había convertido en un veleta.

Dado que su estado anímico no era precisamente una maravilla y si bien la herida se estaba curando a la velocidad de la luz, no podía pasar por alto el hecho de que le habían disparado. Eso alternaba los nervios hasta al más pintado.

—Deja de ponerte excusas y entra ya —se ordenó a sí misma—. Cuanto antes termines con esto, antes te irás a casa.

Esa era otra de las cosas que quería hacer, irse a su casa, con sus cosas, meterse en la cama y ya sí dormir una semana completa.

—De acuerdo. —Inspiró y expiró, subió los peldaños que conducían a la comisaría y entró como lo había hecho alguna vez acompañando a su ex prometido.

Había cosas que podían resultar tan cómicas como incómodas y el ver cómo las conversaciones cesaban repentinamente era sin duda una de ellas.

Se vistió con su traje impermeable, puso su mejor sonrisa y fue directamente hacia uno de los agentes que conocía, el mejor amigo de Mirco Damek y que iba a hacer de padrino de su boda.

—Hola Bilko —lo saludó—. ¿Qué te parece si quitas esa cara de besugo y me dices dónde puedo encontrar a Miroslav?

El nombre completo de Mirco le daba más peso a su presencia y sin duda jodería más al detective. No había cosa que odiase más que el ser llamado así.

El hombre carraspeó y, como buen agente, recuperó al momento la compostura.

—Merry —la saludó—. El jefe no...

Antes de que pudiese mentirle se abrió la puerta de la oficina y apareció él. Su rostro serio, impertérrito, pero sus ojos decían otra cosa.

—Está bien, Bilko, no hace falta. —La miró y algo fue cambiando paulatinamente en su rostro—. Por favor.

Miró al policía y luego pasó delante de él o lo habría hecho si sus dedos no se hubiesen aferrado a su muñeca.

—Estás...

—¿Herida? ¿Con un disparo en el vientre? —sugirió con fingida inocencia—. Ya veo que al menos tu olfato funciona bien...

—Oh joder...

Las palabras surgieron de la boca del policía.

—¿Eras tú? —La sorpresa en sus ojos se hizo mayor—. ¿Eres la compañera del alfa de Bratislava?

Levantó la cabeza y miró de nuevo a su alrededor, casi sin pretenderlo muchas cosas empezaron a encajar.

—Eso me han repetido los últimos días hasta la saciedad —replicó en voz alta extrayendo algunos jadeos a su alrededor—. ¿Quieres que hablemos de ello aquí?

La soltó como si le quemase y le permitió entrar en su oficina.

Todo seguía igual que la última vez, no había efectos personales a excepción de la misma foto con sus compañeros y otro retrato más que no había visto antes.

—¿Es ella?

«*Adiós al tacto*», pensó, ya he sido más que educada al venir a hablar con él de manera civilizada.

—Lo es.

Cogió la foto y no sintió lo que esperaba; celos o algo que le dijese que él había cometido un error al dejarla marchar. No sintió nada, nada en absoluto y eso lo hacía todo más irreal.

—Es... casi una niña.

—Es mi compañera. —Un sordo gruñido acompañó a sus palabras—. Algo que me negué a ver hasta que fue demasiado tarde.

Sacudió la cabeza.

—Debí personarme en la iglesia y decírtelo en persona, debí habértelo dicho incluso antes —aceptó su culpa—. No es una excusa, pero no podía hacer otra cosa. Si me hubiese presentado la hubiese perdido para siempre.

El dolor en su voz la sorprendió. El detective no era un hombre que mostrase sus emociones, así como así.

—Y al no hacerlo y mandarme a tu padrino, fue mi destino el que cambiaste. —Se encogió de hombros—. Un disparo fortuito y un hombre arrancándome de las garras de la muerte no es tan mal saldo según parece.

—Jesús —masculló—. No tenía la menor idea de que la mujer que habían herido eras tú. Solo nos comunicaron que era la compañera del alfa de Bratislava.

Sonrió, no pudo evitarlo.

—¿Y tampoco se te ocurrió que sería un bonito gesto después de dejarme plantada, llamarme y disculparte?

—Lo intenté. —Se defendió—. No contestabas al teléfono, tus padres no sabían dónde estabas... Pensé que lo mejor era darte tiempo. Merry, lo siento de veras...

Lo miró a los ojos y sacudió la cabeza.

—¿Sabes? Venía con intención de mandarte a la mierda. Esperaba sentirme ultrajada, abandonada y encontrarle sentido a todo este disparate y ahora me doy cuenta de que no siento nada. Nada en absoluto.

—Estás emparejada con Mijaíl —le dijo—, es cómo debe ser. Quizá no fue el método adecuado, Dios, sé que no lo fue, pero este era nuestro camino.

Enarcó una ceja ante su réplica.

—¿Y era necesario que me dispararan por ello?

—No, por supuesto que no.

—Bien, al fin estamos de acuerdo en algo. —Se apoyó en la silla y se sentó.

Estaba muy cansada.

—¿Estás bien?

Negó con la cabeza.

—No, la verdad es que no.

—¿Dónde está tu compañero? —Dirigió la mirada hacia la puerta—. Me cuesta creer que te haya dejado sola...

Lo miró y soltó un bufido.

—Le ha costado, pero al final entró en razón y se ha ido a su casa, creo.

—¿Y te ha dejado aquí? —Su incredulidad rivalizaba con esos gruñidos perrunos que subyacen en su voz.

—Soy mayorcita, no necesito canguro —le soltó—. Es mi vida, no voy a permitir que nadie la maneje a su antojo.

—Merryna...

—Ahórratelo —lo interrumpió—. Solo vine para decirte, entre otras cosas que quiero que pagues tu parte de la boda que no se celebró. A estas alturas dudo que me devuelvan el dinero de nada...

—Ya está todo pagado. —La sorprendió—. Fue mi culpa, es mi responsabilidad.

Y ante eso no podía objetar nada. Después de todo lo ocurrido, se había comportado como un hombre. Eso le devolvía un poquito la confianza en el único amigo de verdad que había tenido el último año y, posiblemente, siempre.

—Gracias. —Se levantó con esfuerzo—. Espero que ella sí pueda darte lo que esperabas.

—Merry, eso no es...

Negó con la cabeza.

—No quiero saberlo, no quiero saber nada de ninguno de vosotros —aseguró decidida, no quería saber ni una sola palabra—. Esto ya se acabó, solo... dejémoslo así.

Lo escuchó resoplar, su aspecto distaba mucho de ser el de un hombre seguro de sí mismo, parecía abatido, superado por los acontecimientos, unos que no tenían que ver con ella.

—No tienes ni idea de dónde te has metido y es culpa mía.

—Pues mira, en eso tienes razón, es culpa tuya.

Lo vio sisear.

—Merry...

—Mira, me está empezando a doler la herida, solo he venido a decirte lo que ya te he dicho y ahora me marchó a mi casa, de dónde nunca debí salir para empezar.

Sacudió la cabeza.

—¿Cuándo vuelve Mijaíl?

—En una semana o eso dijo hace ya dos días.

Enmarcó una ceja y asintió para sí.

—Eso lo explica.

—No tengo idea de lo que hablas.

—¿Tienes forma de contactar con él?

—Lo intentaré con señales de humo cuando realmente necesite a ese perro idiota.

La sorpresa ante su respuesta pasó a convertirse en un resoplido.

—De acuerdo, si algo he aprendido es a no meterme en el camino de un alfa y su compañera, así que me haré a un lado —replicó de mala gana, pero con total sinceridad—. Solo quiero que sepas que, si me necesitas, si necesitas un amigo, seguiré aquí para ti.

Apretó los labios, había cosas que era mejor callárselas, meditarlas y no decir algo en caliente de lo que podrías acabar arrepintiéndote.

—¿Quieres que te lleve a casa?

Negó con la cabeza.

—No. —Se lamió los labios—. Pero gracias por todo lo demás.

Le dedicó un gesto de despedida y salió de la comisaría mucho más ligera de lo que había entrado.

—Bueno, una cosa menos que tachar en mi lista.

CAPÍTULO 15

—Recuérdame por qué estamos entrando a hurtadillas en la casa.

Mijaíl contuvo un gruñido mientras maniobraba para abrir las puertas francesas que llevaban a la biblioteca de la propiedad de su amigo. Sostuvo una de las ganzúas entre los dientes y habló con un extraño tono confidencial.

—Porque el entrar por la puerta principal puede no ser la mejor de las opciones dada la extraña desaparición de Braden —replicó—. Por no mencionar el hecho de que es más rápido y menos engorroso este método que pedirle permiso a esa loba temperamental.

—Esto es lo que ocurre cuando te lías con quién no debes.

—Ahora ya no debes preocuparte más por eso, estoy prácticamente castrado.

—Sí, puedo suponerlo por el asesinato que ha sufrido el edredón y las almohadas de plumas —replicó con palpable ironía—. Llegué a pensar que te había dado otra crisis perruna por la falta de sangre... al cerebro.

Gruñó de nuevo y lo fulminó con la mirada. Posiblemente la advertencia habría dado mejores resultados si no fuese verdad. Esa maldita separación lo estaba poniendo de los nervios, en su vida se había sentido así y la culpa era toda de ella, de su nueva compañera.

—Me temo que la crisis no fue más que un reflejo de la de mi puñetera compañera.

—Te dije que era mala idea... pero no escuchas.

—Escucho, otra cosa es que haga caso —rumió antes de escuchar el delicado sonido de la cerradura que estaba forzando—. Al fin. —Empujó ligeramente y las puertas se abrieron—. ¿No te encanta tener un buen juego de ganzúas a mano cuando más las necesitas?

—No —replicó serio—. No tengo las inclinaciones de guante blanco que al parecer heredaste de tu padre.

Asintió pensando en el hombre que llevaba tanto tiempo bajo tierra.

—Fue un buen profesor.

Nicolae no era de la misma opinión.

—Fue un completo gilipollas y tú lo sabes.

Sonrió de soslayo.

—¿No es lo que acabo de decir?

Su compañero se pasó una mano por el pelo, revolviéndolo.

—Tu falta de sentido común no se debe a la ausencia de inteligencia, Mijaíl, sino a la absurda necesidad que tienes de mantenerte siempre en el filo de la navaja.

—Exageras.

—¿De verdad? Estás entrando a hurtadillas en casa de tu mejor amigo, uno que

lleva algo más de cuatro días desaparecido y del que no hemos sabido nada desde que dejó el mensaje en el contestador.

—Conoces a Braden, ¿te sorprende?

—No, pero sí me preocupa —aseguró y sacudió la cabeza—. Y como esa loba psicótica de Gloria se entere de que acabas de entrar en esta casa sin su permiso... prepárate.

—No se enterará, Nicu, habremos entrado y salido de aquí antes de que sienta siquiera una corriente de aire —lo tranquilizó—. Además, a juzgar por la cantidad de mensajes que hay suyos en el buzón de voz, no es la única preocupada por la ausencia de Braden.

Sacudió la cabeza.

—Estás de ánimo suicida, Misha —siseó pronunciando el diminutivo de su nombre, algo que solo hacía cuando quería llamar su atención—. Vas a conseguir que nos maten.

—Solo si sigues hablando. —Le indicó que guardase silencio mientras se deslizaba entre las sombras, sintiéndose en su elemento—. Veamos si podemos descubrir dónde se ha metido nuestro amigo y salgamos de aquí.

—Tienes diez malditos minutos —gruñó a modo de advertencia, señal inequívoca de que estaba cabreado—. Si no hemos salido para entonces, me pensaré seriamente el hacerme un abrigo con tu piel.

—Y luego dicen que yo soy el alfa aquí. —Se rio para sí y desapareció antes de que su beta pudiese decir algo más al respecto.

La casa estaba completamente a oscuras, pero eso no era impedimento para su visión lupina, podía moverse perfectamente en la oscuridad y su nariz funcionaba sin luz.

Se detuvo unos segundos frente a las puertas y oteó el aire.

«*Algo no está bien aquí*».

Continuó hacia la puerta y frunció el ceño al ver la habitación literalmente patas arriba. Muebles tirados en el suelo, libros fuera de las estanterías, era como si hubiese pasado un huracán por la habitación.

«*¿Qué ha pasado aquí?*».

No lo sabía, pero sin duda algo había ocurrido. Braden era un grano en el culo en lo tocante al orden, ese lobo tenía un auténtico TOC^[3] con esas cosas, si veía algo como esto, le daría una apoplejía.

«*Parece que alguien ha estado buscando algo. No somos los primeros en aventurarnos en esta casa*».

Dejó atrás la biblioteca y salió al pasillo. Conocía la distribución de la casa al dedillo, había estado las suficientes veces como para saber que su amigo no estaba en ella y que algo malo había pasado.

«*Humanos. El rastro es intenso en esa habitación*».

Apestaba, era el mismo olor que desprendían los secuaces del hijo de puta al que

llevaban un mes buscando, pero había algo más, algo que le resultaba conocido, un aroma que no conseguía identificar.

«Hay algo... un olor... sé que es un lobo, pero... no logro identificarlo».

Nicolae se adelantó y siguió su propio camino a través de la casa, dividiéndose abarcarían una zona mayor y terminarían antes.

«Definitivamente aquí han estado también lobos, pero ninguno que reconozca de nuestra manada».

Apretó los dientes y continuó mirando habitación tras habitación. La casa estaba prácticamente patas arriba, no había nada en su lugar, era como si hubiesen entrado a buscar algo y no lo hubiesen encontrado.

—No hay nadie —avisó Nicolae volviendo al pasillo principal—. Ni rastro de Braden o signo alguno de lucha.

—No estaba en casa cuando vinieron —aceptó pasando también a la comunicación verbal—. La pregunta es, ¿dónde demonios está?

El lobo se rascó la barbilla.

—Habló de los pueblos de *Čierne* y *Hrčava*.

Frunció el ceño.

—*Hrcava* está en territorio checo —caviló—. Cerca de la frontera, pero no se molestarían en llamar la atención de Radu, no cuando parecen concentrarse en Praga.

—*Čierne* entonces.

Asintió, por ahora era la única pista que tenían para empezar a buscar a ese lobo y descubrir que estaba pasando. Solo esperaba llegar a tiempo.

CAPÍTULO 16

Merry no sabía por qué cada vez que venía aquí le entraban unas ganas irrefrenables de dar media vuelta y salir huyendo, suponía que por eso mismo había cambiado de idea el día anterior al salir de la comisaría y había esperado a hoy para hacer esa visita.

Odiaba apasionadamente esa casa y gran parte de la culpa de ello era de su madre. De niña prácticamente le había estado prohibido tocar hasta las paredes, por no hablar de los «*no te manches*», «*ponte recta*», «*no respondas fuera de turno*». Si viviese en el siglo XVIII su madre habría sido una magnífica duquesa.

El haberse casado con su padre la había sacado de la pobreza, le había dado un estatus y había hecho que entrase en la sociedad de los ricos y elegantes, pero ambos tenían el lustre de una moneda vieja de cobre. Ninguno era noble, su padre no era otra cosa que un emigrante americano que había tenido suerte en los negocios y había conseguido una considerable fortuna y su madre, ella había nacido aquí, en Praga, en el seno de una familia media, pero sus aspiraciones siempre habían sido más grandes.

Al final, eran la pareja perfecta.

Sí, tenía razones más que suficientes para odiar esa casa y precisamente por ello estaba incluso más encantada que nunca con su atuendo bohemio.

Oh, le gustaba la ropa fina como a la que más, poseía un par de vestidos y zapatos que eran su tesoro y armadura, pero siempre recurría a un aspecto más casual y bohemio cuando se trataba de pisar esa casa. Su pequeña muestra de rebeldía.

Llamó al timbre y se encogió interiormente ante el sonido.

—Dios, hasta el timbre es horrible.

Volvió a pulsar un poco más sabiendo que eso molestaba a sus progenitores y esperó.

Tenía llaves, por supuesto, pero después de la actitud de esos dos al teléfono no venía con ánimos familiares.

—Es una pena que uno no pueda divorciarse de los padres.

Adelantó el dedo para volver a llamar, pero la puerta se abrió dejándole ver el rostro arrugado de Janos.

—Señorita Merryna.

La alegría de dibujó en los rasgos enjutos del hombre y lo recompensó con una sonrisa y un cálido abrazo.

—Hola viejo gruñón.

Él le devolvió torpemente el abrazo, como siempre, pero resplandecía.

—¿Cómo se encuentra? —Había preocupación en su mirada—. Lamento muchísimo lo ocurrido.

Hizo una mueca.

—¿Lo dices por la boda cancelada o por el disparo?

Su rostro padeció.

—Dis... ¿Disparo?

Así que sus padres no habían dicho nada. Típico.

—No te preocupes, viejo, todo está bien. —Posó la mano sobre su hombro—. Al parecer no era mi sino casarme ese día con el poli, ni tampoco desangrarme sobre el suelo.

El hombre padeció todavía más, se persignó y su tono pronto se cubrió de la desaprobación que sentía hacia sus patrones.

—Por el amor de Dios, ¿es que no hay piedad en ese par de rocas?

Sonrió, no pudo evitarlo.

—Tú y yo sabemos que no son tan malos, solo que han nacido en una época equivocada.

El mayordomo negó con la cabeza.

—Y les han concedido una hija demasiado buena para ellos.

Se hizo a un lado y la hizo entrar.

—Vamos, entre, señorita Merry, le diré a Mirta que le prepare algo. Ha de tener hambre.

Se llevó la mano al estómago y negó.

—No, en realidad estoy bien. —Le apretó la mano—. Solo he venido a ver a los señores de la casa.

—Su madre está en el salón pequeño, organizando su próxima reunión.

—Y mi padre en la biblioteca fumando, ¿no?

—Ni el médico consigue que lo deje.

—Yo ya desistí —aseguró poniendo los ojos en blanco—. Si quiere morirse pronto, es problema suyo.

Sacudió la cabeza y miró hacia el salón.

—Iré a ver a mi madre. —Le informó y dejó al hombre que había sido más padre para ella que sus dos progenitores.

La casa seguía tan impoluta como siempre, muebles relucientes, incluso había alguno nuevo pensó al no reconocer un par de sillas y una estantería.

Dejó atrás la primera planta e hizo una mueca cuando le tocó subir a la primera planta. Malik le había quitado los puntos, pero todavía le tiraba bastante y eso hizo que esa visita la pusiese incluso de peor humor.

El día anterior había llegado a su casa después de su incursión en la comisaría y se había metido en la cama, abrazándose a su almohada. Estaba agotada, se sentía agitada y abandonada por todos. Suponía que era una reacción normal, el momento que su cuerpo elegía para hacerla consciente del *shock* que atravesaba.

Había sido una noche de fiebre y ansiedad que la despertó empapada en sudor un par de veces. El malestar había empezado a remitir por la mañana, cuando sonó el

teléfono y su médico privado la llamó para preguntarle qué tal había dormido.

Se había ahorrado los detalles limitándose a decirle que estaba perfectamente antes de colgar.

Se sentía mal tratando de esa manera al chico que la había curado, pero el mal humor había venido solito y sin invitación y no parecía tener ganas de irse.

Dejando su extraña dicotomía a un lado enfiló el pasillo hacia su derecha. Al final del mismo estaba la puerta abierta y escuchaba a su madre hablando en voz baja. No le sorprendería saber que estaba hablando consigo misma.

Dejó que los nudillos entrasen en contacto con la madera y anunció su presencia.

La mujer sentada en un sillón, vestida con un bonito conjunto de blusa y pantalón, tacones de vértigo y el pelo recogido en un sobrio moño no parecía tener problemas con la edad. A sus sesenta y tres años era la viva imagen de la elegancia y vitalidad, nadie adivinarla jamás su verdadera edad.

—Merryna.

Ni alegría, ni alivio, quizá un poco de sorpresa, pero aquello era todo.

—Vaya. Hasta que al fin te dignas a visitarnos —replicó y casi tuvo ganas de echarse a reír—. ¿Y tú marido?

Enarcó una ceja y miró detrás de ella a propósito.

—Juraría que no llegué a casarme con Mirco, mamá —le dijo con profunda ironía—. Él no se presentó en la Iglesia, ¿recuerdas? Tú estabas allí, deberías de saberlo.

Desestimó su respuesta con una mano.

—Siempre te dije que te conformabas con poco, afortunadamente recapacitaste a tiempo. Mijaíl es un gran partido. Pero no os perdonaré a ninguno que no hayáis organizado una boda como Dios manda. Qué dirán ahora nuestras amistades.

—Son tus amistades, no las mías, no puede importarme menos lo que diga un atajo de cacatúas —le soltó—. Y Mijaíl no es mi marido, solo es el hombre...

—Que evitó que te murieses en plena calle —asintió ahora con desacostumbrado apasionamiento—. Estuvo aquí hace un par de días. Habló con tu padre y nos explicó la situación. Podías haber muerto...

¿Qué Mijaíl había estado allí?

—Er... creo que eso ya os lo dije y os importó un pepino.

—¡Pensamos que era otra de tus tonterías! —se exaltó—. Te dejaron plantada en el altar, tenías derecho a tener una rabieta.

—¿Una rabieta?

—Lo último que podíamos suponer es que te verías envuelta por casualidad en un asalto.

Dios, empezaba a encontrar aquello demasiado absurdo incluso para ella.

—Créeme, no fue algo que buscarse a propósito.

—Ni siquiera tú serías tan estúpida, hija —le soltó y la miró de arriba abajo con una mueca—. Ahora que vas a formar parte de la familia Cech Alezandru deberías empezar a vestirte acorde a tu posición.

Puso los ojos en blanco.

—No voy a formar parte de ninguna familia, así que no necesitaré nada que...

—No seas testaruda —chasqueó—. Incluso tú no querrás avergonzar a tu marido.

—No es mi marido, mamá, no es más que un lobo arrogante que porque me ha mordido piensa que ya soy de su propiedad y tengo que hacer su voluntad.

—Por algo se le conoce como el lobo de Bratislava.

Parpadeó.

—¿Cómo?

—Oh, vamos. Tu Mijaíl es el dueño de un imperio empresarial —le aseguró—. ¿Sabías que tu padre lleva años intentando hacer negocios con Tower Vlk? ¡Y ahora el presidente y dueño es su yerno! Es sencillamente providencial.

Genial, aquello era justo lo que le faltaba, iba a matar a ese lobo.

No tenía la menor idea a qué se dedicaba, ni siquiera le había importado, solo quería perderle de vista y él, mientras tanto, se había dedicado a complicarle la existencia a sus espaldas.

—Me da igual a que qué se dedica, mamá, no podría importarme menos.

—Pues debería, quizá él pueda darte un trabajo decente y así dejarías esa galería.

Resopló.

—La dejaré cuando mi jefe me despida y no veo yo al Profesor Jelinek con ganas de hacer nada de eso.

Su jefe era un hombre bastante extraño, un filántropo y especialista en arte con unos gustos un tanto peculiares. Había empezado a trabajar con él años atrás y la mayoría de las veces lo coordinaba todo por teléfono. Habría visto al hombre unas cuantas ocasiones en todo ese tiempo.

—Desperdicias años de buena educación en trabajos de poca relevancia —siguió con su acusación—. Tu padre habría podido meterte en la *Vetruska*.

Y esa había sido la razón de que se hubiese negado. No quería nada de ellos, no lo había querido desde que se independizó por fin.

—Mira, no he venido a escuchar un discurso, solo quería que vieses que estoy bien, aunque eso te importe un pepino.

—Merryna...

—Ahórratelo, mamá, ambas sabemos cuáles son tus prioridades y yo no estoy entre ellas.

La dejó con la palabra en la boca y salió del salón, tenía que enfrentarse a otro dragón antes de poder emprender la retirada y matar a un jodido lobo.

CAPÍTULO 17

Merry se dejó caer en uno de los asientos del parque Letná y echó la cabeza hacia atrás. Dios, enfrentarse a su familia era como alistarse en el ejército y querer combatir en primera línea. Hablar con su padre no resultó mejor que con su madre, aunque él al menos sí se interesó por su salud y se ofreció a que la viese su propio médico. La noticia del matrimonio parecía haberlo consternado también y eso hacía que sus ganas de matar a Mijaíl fuesen en aumento.

—Maldito lobo, ¿dónde hay una escopeta cuando se la necesita?

Quería hacerle un agujero, un bonito agujero a juego con el suyo. ¿No decía que eran compañeros? Pues que sufriese un poco.

Rebuscó en el bolso hasta encontrar el móvil. Se había encontrado su número grabado, sin duda por él mismo. Lo localizó en la agenda y resopló.

—Aquí está —sonrió para sí—. Lobo puñetero.

Marcó y puso el manos libres. No tenía fuerza ni para sostener el cacharro.

—¿Ya me echas de menos, compañera?

Escuchar su voz fue como si le hubiesen dado un sedante inmediato.

—Ni un poquito —rezongó. Una mentira como una catedral, pero la verdad era algo que todavía no podía comprender. Apenas conocía a ese tipo y la necesidad que tenía de escuchar su voz no era nada razonable.

Él pareció ignorar su respuesta, pues le pareció escucharle reír antes de responder.

—¿Cómo te encuentras? ¿Qué tal la herida?

Su inesperada amabilidad y preocupación la removió por dentro.

—Estoy lo suficiente bien como para ir a visitar a mis padres y enterarme de que mi supuesto *marido* estuvo allí ya.

—Nada de supuesto, para mi pueblo, estamos casados, ya te lo dije —replicó con sencillez—. Pero si necesitas una ceremonia humana para legalizarlo, no tengo inconveniente en celebrar una boda...

—Dime que no le has insinuado algo así a mi familia.

—Yo no insinuó, Merry, solo digo lo que hay de verdad —le soltó—, en la medida de lo que puedo.

Bufó ante su respuesta.

—Hazme un favor y no digas nada más y sobre todo no a mis padres.

—Tienes unos progenitores que no te merecen.

Si él supiera...

—Bueno, en eso estamos de acuerdo, pero siguen siendo mis padres.

—Sí, no hay forma de divorciarse de la familia... y matarlos tampoco es una opción.

Parpadeó y miró el teléfono. Era broma, ¿no?

—Eso sería un pelín drástico.

—Depende de qué haya en juego.

Sus palabras le provocaron un escalofrío, la forma en que lo decía no era algo casual.

—¿Vas a decirme que te dedicas a cargarte a la familia que no te cae bien?

—Claro que no —negó rotundo—. Mi hermano sigue vivo.

Bufó. Hombres.

—Bueno, lobita, si no me llamaste porque me echabas de menos. ¿Qué necesitas?

—Que dejes de meterte en mi vida.

Y a poder ser, lo antes posible.

—Solo acabo de empezar, Merry, solo acabo de empezar.

Resopló y volvió a mirar el teléfono, el sonido ambiente que escuchaba por detrás hablaba de gente, de corrillos, parecía que estuviese en una celebración.

—¿No te parece que es un poquito temprano para estar ya de fiesta?

Lo oyó reír.

—Qué más quisiera, pequeña, qué más quisiera que estar de fiesta en vez de recorriendo un pequeño pueblo en busca de... algo que hemos perdido.

¿Por qué aquello no sonaba tan cierto como debería?

—Si no quieres decírmelo, no hace falta que me mientas.

—No te he mentado, Merry, si algo puedo prometerte es que siempre habrá sinceridad entre nosotros —aseguró sin rodeos—. Sencillamente, ahora mismo no puedo darte los detalles. Tengo que dejarte, compañera, gracias por esta sorpresa.

Le colgó y se quedó mirando el teléfono como si no pudiese creérselo.

—Que sorpresa ni que sorpresa, capullo —gruñó y dejó el móvil a un lado.

Con todo no podía negar que a ella le había sentado bien escuchar su voz.

Sí, estaba perdiendo el norte cada vez más rápido.

—Estas empiezan a ser las vacaciones más estresantes de mi vida, si no cogen a ese maldito hijo de puta, saldré yo misma ahí fuera y le patearé el culo.

—No es tan fácil, Leah, llevamos casi un mes rastreando toda la ciudad y, si bien estoy cada vez más segura de que está aquí, se oculta tan bien que empiezo a dudar de mí misma.

—Él está aquí, en eso no te equivocas —murmuró Denali.

No tenía mucho contacto con las hembras que llevaban habitando la casa desde incluso antes de que ella hubiese llegado. Las compañeras de los alfas que se habían quedado para salvaguardarles a ella y al príncipe, mujeres muy distintas que, si bien la habían recibido con calidez, también habían guardado las reservas. Al menos dos de las presentes eran humanas, solo las dos pelirrojas Daratriz eran lobas.

Judith, la compañera del alfa de Praga y su anfitrión, se levantó del asiento que estaba ocupando y caminó con decisión hacia ella.

—Lo sé, pero no soy capaz de encontrarlo y eso me frustra —aseguró deteniéndose a su lado—, como también te frustra a ti.

Su acertada valoración la hizo pensar en lo que sabía de ella, en lo que se le había dicho. La chica era una romaní, una gitana con conexiones a la tierra capaz de sentir la maldad o el daño que la contaminaba, un vínculo que conocía bien.

—Entre otras cosas más —murmuró en tono más bajo, recorriéndola con la mirada—. Tu aura está mejorando, eso me alivia.

—¿Mi aura? —Enarcó una ceja.

—Judith es capaz de ver el aura de las personas y de las no personas, es decir, los culos peludos —intervino una embarazada Shane—. Entra y siéntate, anda, Leah y yo estábamos haciendo apuestas para ver quién iba a sacarte a rastras de esa habitación.

Parpadeó ante la directa respuesta.

—¿Disculpa?

—Si pasas más tiempo encerrada, empezarás a perder el color, te deshidratarás como una pasa y terminarás convertida en una ermitaña —le soltó la pelirroja, quién estaba apoyada en la silla de su sonriente hermana, Dawn—. De vez en cuando incluso nosotras necesitamos un poco de luz, ya sabes, como las plantas.

No pudo evitar sonreír ante su comentario.

—¿Me estás comparando con una planta?

—No te preocupes, la comparación es apta para todas las presentes —aseguró encogiéndose de hombros.

Sacudió la cabeza y miró a Judith, quién le sonrió en respuesta.

—Si te preguntas por el color, es azul, como tus ojos —le informó—. Podría ser un poco más intenso, pero tienes demasiadas preocupaciones encima, demasiada... frustración.

—Frustración.

—Algo común últimamente por estos lares —suspiró Dawn, que se había mantenido en silencio hasta el momento—. No te veía desde que eras una niña pequeña, posiblemente no te acordarás de mí.

Negó la cabeza.

—Sí, te recuerdo —aseguró. Recordaba a dos muchachas pelirrojas en la aldea, siempre le había llamado la atención el color tan vibrante de su pelo, aunque ahora, el de Judith era incluso mucho más fuerte—. Vagamente, pero... os recuerdo a las dos.

Ella sonrió en respuesta.

—Me alegra que estés aquí para Velkan. —La sorprendió con esa afirmación—. Ha estado muy solo, nadie merece pasar la vida pensando que ha perdido a su otra mitad.

—Dawny, despacito, no la apresures.

La pelirroja miró a su hermana y sonrió con tranquilidad.

—No hay nada de malo en decir la verdad, Leah, a menudo es lo único que nos da la libertad.

Judith la enlazó entonces del brazo y tiró de ella.

—Ven, siéntate con nosotras, tú también has pasado demasiado tiempo sola y ya es hora de que le pongamos remedio —le susurró al oído, solo para que lo escuchase ella.

Se detuvo en seco, repentinamente incómoda, tímida ante esa abierta muestra de aceptación.

—¿Por... por qué haces esto? ¿Por qué lo hacéis?

Leah chasqueó la lengua, dejó el puesto tras el sillón y acabó enlazándola del otro brazo.

—Porque, *alteza*, necesitas amigas, unas que no vayan por ahí con una pistola en la cadera y puedan hablar de algo más que de desmembramientos —le soltó la loba—. Que no me malinterpretes, en el mundo en el que vivimos y visto lo visto, estoy más que feliz de que existan mujeres como Nahara, sin duda Rumati también la necesitaba. Pero no puedo evitarlo, me he criado como humana, no recordé que era una loba hasta hace relativamente poco, así que mi mente... funciona como la de un humano.

La miró a los ojos y vio la fuerza de su loba, una alfa.

—Es más fácil enfrentarse a todo esto cuando tienes gente con la que hablar, Denali, y aquí tienes cuatro pares de oídos a los que se le da de miedo escuchar y aceptar a todo tipo de bichos raros en su círculo de amigos.

Amigos. Una palabra tan extraña y al mismo tiempo anhelada.

Siempre había deseado tener amigas, formar parte de un grupo. Al principio lo había hecho, había tenido compañeras de clase, pero dada su naturaleza y su natural reserva, la tomaban por alguien rara y terminaban alejándose. Solo había contado con Nahara, ella era su amiga, su hermana, su confidente... pero ahora todo había cambiado otra vez. Si bien sabía que la tenía, que siempre la tendría, su prioridad era su compañero, como también debería serlo el suyo para ella.

Velkan había dado el primer paso allanando el camino, presentándole una vía por la que poder transitar, un camino por el que acercarse a él, ser la compañera que él necesitaba y ella deseaba ser. La pregunta era, ¿se atrevería a iniciar la marcha?

Y ahora este grupo de mujeres le abría los brazos dispuestas a acogerla en su círculo, a brindarle su amistad y compañía. Humanas y lobas, todas ellas entendiéndose a la perfección, sin recelar, sin tener miedo... Era algo que, en su pequeño mundo, no había creído posible.

Sí, él le había robado muchas cosas a lo largo de esos años que estuvo bajo su yugo, pero no permitiría que le robase el futuro, ni el suyo ni el de estas personas.

Lucharé con todo lo que tengo para evitarlo y si tengo que matar de nuevo, que así sea.

—¿Y bien? —insistió Leah. Parecía estar esperando una respuesta a alguna pregunta.

—¿Qué?

La loba sonrió de soslayo.

—Te decía si estás dispuesta a unirte al club.

—¿Qué club?

—El de compañeras intrigantes y psicóticas dispuestas a mover el jodido mundo con una palanca si eso hace que sus compañeros sigan a salvo.

Parpadeó ante sus palabras, especialmente por la fiereza que escuchó en ellas. Las miró, a todas y cada una y encontró esa misma pasión y determinación en cada par de ojos. Esas mujeres no se escondían, no se sentaban en un rincón a lamentar su suerte, ellas luchaban y lo harían hasta el último aliento por aquellos a los que querían.

—Sí, yo... lo intentaré.

—Y ese es el primer paso, Dena —aseguró Shane con una amplia sonrisa—. Intentarlo.

Sí, lo era, sin duda era el primer paso para todo.

—Gracias. —Miró a Leah y ella asintió satisfecha.

—No hay de qué, lobita, no hay de qué.

CAPÍTULO 18

Cada vez que se sentaba allí, en esa vieja silla y contemplaba la estantería plagada de recuerdos y de vidas perdidas no podía evitar preguntarse el porqué. ¿Por qué tanto odio? ¿Por qué tanta maldad? ¿Por qué tanta sangre derramada?

Allí yacían los restos de su alma, del hombre que había sido una vez, del compañero, del padre, del hijo y de todo lo que le había sido arrebatado.

No era solo su vida la que allí vivía, no era solo su venganza la que demandaban esas paredes, era más, mucho más y él era el único encargado de administrarla.

—Vida, sangre y eternidad.

Un lema que llevaba a la espalda como una losa, un credo que había sido grabado en sus ojos y en su mente a través de la destrucción, un perenne recordatorio de que debía terminar con los últimos descendientes de ese linaje. Era todo o nada, vencer o morir y ya llevaba muerto demasiado tiempo, había llegado el momento de reclamar su verdad.

Un ligero golpe en la puerta lo sacó de sus cavilaciones. Solo había una persona que se arriesgaría a tocar a esa puerta, la única que se arriesgaría a entrar en aquel lugar y la única en el mundo que estaría a salvo junto a él.

Su belleza iba a la par que su inteligencia y eso la convertía en el caballo de Troya perfecto.

—Sabía que te encontraría aquí.

La miró, vestía de manera recatada, con el pelo recogido y sin maquillaje, una versión muy distinta de la rastreadora que llevaba casi toda la vida cerca del príncipe y su gente.

—¿Me traes novedades?

Sonrió y se acercó a él, depositando un beso en su mejilla.

—No me hubiese arriesgado a venir si no fuese así, padre.

Su dulce niña, la única que había sobrevivido, alguien a quién había renunciado tras la muerte de su compañera para ponerla a salvo. Sangre de su sangre.

—El príncipe ha vuelto de su viaje a casa, se ha pasado prácticamente toda la primera semana en la fortaleza y la siguiente recorriendo los pueblos. Algo extraño dado que la princesa ya está bajo su propio techo.

—Interesante.

Ese joven lobo no solía hacer las cosas sin un motivo por lo que dicho viaje debía obedecer a algo. La pregunta era, ¿a qué?

—¿A traído alguna cosa con él?

—Frustración a raudales. —Se encogió de hombros—. Y la típica necesidad de un lobo emparejado. Dudo que pase mucho más tiempo antes de que los príncipes consoliden su vínculo. Se han aventurado incluso a salir por la ciudad con su escolta

de siempre.

—¿Se sabe algo sobre la reunión anual?

La celebración anual de los clanes se había retrasado, pero dada la estancia de los alfas en la ciudad no podía ser pospuesta indefinidamente.

—Nada oficial —aceptó—. Los alfas empiezan a impacientarse, demasiado tiempo fuera de sus territorios. Algunos se han ido turnando y es previsible que haya una nueva reunión a final de este mes.

—Se sienten inseguros, tienen a sus dos lobos de sangre pura prácticamente secuestrados en Praga y sus propios estados desatendidos —murmuró—. Necesitan volver a ponerse en movimiento, algo que agite el avispero.

Ella lo miró ansiosa, sabía que estaba deseosa de colaborar.

—El alfa de Bratislava todavía no ha regresado, su compañera se está reponiendo poco a poco, pero podría sufrir una recaída...

Levantó el dedo y negó.

—No. Nada debe ser hecho para que sospechen de ti o de alguien cercano a ellos, todo debe seguir su curso —la aleccionó—. Deberíamos inculcarles el valor por el arte, la admiración por las obras inmortales.

Los labios femeninos se estiraron lentamente hasta que su sonrisa se reflejó en sus ojos.

—No sé si sabrán apreciarlo después del obsequio que ese sádico les hizo el mes pasado.

—Pensaba en algo más terrenal, contemporáneo... y que ya debería estar expuesto allí dónde sin duda será admirado.

Le devolvió la sonrisa y miró de nuevo la pared.

—Es hora de agitar de nuevo el avispero —comentó y entonces la miró—. Pero esta vez mantente al margen, ciertas obras se admiran mejor con poco público.

—Como prefieras, padre —aceptó de buen grado—. Lo que haga falta para que paguen por lo que han hecho a nuestra familia.

Su preciosa hija, la única que entendía su visión.

—Acompáñame a cenar, quiero que me cuentes todos y cada uno de los secretos que has descubierto bajo su techo.

CAPÍTULO 19

Denali no esperaba encontrar a Velkan en el gimnasio, por otro lado, tampoco le sorprendía demasiado. Cuando la había enfrentado se dio cuenta de que estaba en perfecta forma física y dominaba el juego a la perfección. Ahora, viéndole moverse, viendo la ejecución de cada patada, de cada puñetazo y movimiento sabía que no era un *amateur*. Su agresividad mostraba a su lobo en la superficie, la camiseta sin mangas estaba oscurecida por el sudor y los pies descalzos parecían haber pateado incansablemente ese saco.

—¿Has venido para admirar las vistas o para entrenar?

Su jadeante pulla la llevó a dar un respingo.

—¿Y tú? ¿Me esperabas para lanzarme de nuevo al suelo?

Vio cómo se curvaban sus labios, pero no la miró, siguió golpeando de manera metódica.

—No negaré que me ha gustado sentirte debajo, pero no, necesitaba soltar un poco de frustración y esto es tan bueno como otra cosa. Al menos por el momento.

Se lamió los labios y miró a su alrededor, estaban solos.

—¿Puedo preguntar por qué? ¿Ha ocurrido algo?

—No. —Se detuvo tras el último golpe—. Y eso ya es de por sí solo frustrante. Han atacado a mi gente y no puedo hacer una mierda para evitarlo. Eso es frustrante.

Sí, conocía esa sensación.

—Podría salir ahí fuera e intentar rastrearle.

La miró por encima del hombro.

—Por encima de mi cadáver —gruñó, su lobo presente en su voz—. No te expondré a él.

—¿Y si es la única manera de hacerle salir o de llegar al menos hasta él?

Dejó escapar un resoplido.

—Encontraremos otra. —Se giró hacia ella y la recorrió de arriba abajo—. Sé que quieres salir ahí fuera, pero es demasiado peligroso...

—Ya lo era cuando estaba por mi cuenta y sobreviví.

—¿Lo hiciste? —caminó hacia ella—. Estás asustada, llena de rencor e ira, la supervivencia te ha minado a muchos niveles... tienes incluso miedo de estar cerca de mí...

—No quiero que te haga daño, ¿es que no lo entiendes? —se desesperó—. Tú eres la esperanza de nuestra raza, yo soy prescindible, pero tú...

—¿Prescindible? —gruñó con fiereza—. Tú eres lo único que me importa en este maldito mundo, es por ti que he soportado esta vacía existencia hasta ahora. He pasado toda mi jodida vida resistiéndome a perderte, Denali, convenciéndome a mí mismo de que estabas con vida. Y ahora... ahora aquí estás y lo único en lo que

puedo pensar es en el infierno que desataré sobre esta maldita ciudad si te pasa algo.

Su compañero acababa de poner las cartas sobre la mesa.

—Así que no vuelvas a decir que eres prescindible —concluyó y, para su sorpresa volvió a emprender su ataque contra el saco.

Estaba furioso, dolido y ella era la única culpable. Se sintió herida, pero no por ella, sino por él y sus decisiones.

—No puedes encerrarme en una urna de cristal, Velkan, no soy tan frágil, no voy a romperme —intentó que comprendiese—. Déjame hacer algo para ayudar, déjame sentirme útil.

Volvió a detener el saco y la miró.

—No pretendo saber lo que has pasado ahí fuera, pero te siento, Dena, sé lo que esto te ha costado —aceptó y sin apartar la mirada la llamó—. ¿Quieres ayudar? Bien... entrena conmigo.

Enarcó una ceja.

—Tú solo quieres volver a patearme el culo.

—Ya sabes cuál es la solución, patéamelo tú a mí.

Entrecerró los ojos.

—Vale. Muy bien. Tú lo has querido.

—Pero nada de trucos como el último, ¿eh?

Sonrió maliciosa y lo atacó.

Durante casi media hora estuvieron lanzándose uno contra el otro, aprendiendo a bloquearse, a atacar y evitar llevarse algún golpe a cambio. Si bien Velkan había sido cuidadoso con ella al principio pronto se dio cuenta de que esta vez ella estaba en guardia y no le iba a ser tan fácil derribarla. Quizá debió haberle advertido que le había escocido la humillante lección y estaba dispuesta a devolverle el favor.

Él era un luchador formidable como lo demostraron las innumerables veces que la derribó entre risas.

—Voy ganando, *Denita*.

Resopló y se escabulló solo para volver a atacarle y terminar ahora sobre él, lanzándolos a ambos sobre las colchonetas.

—Eres más grande que yo, no es justo.

Sus manos fueron a sus costillas y le hizo cosquillas, desarmándola e invirtiendo una vez más los papeles.

—Tengo que ser más grande que tú, privilegio de ser el macho de la especie.

Bufó.

—Hombres, siempre alardeando.

Sonrió.

—Compañeras, siempre con una queja en los labios.

—Privilegio de las mujeres, como el de hacer más de una cosa a la vez sin lloriquear.

—Tienes una manera única de insultarme.

—Ah, ¿pero era un insulto? Juraría que solo estaba citando una verdad universal. Volvió a hacerle cosquillas y terminó pidiendo clemencia.

—Tú ganas, tú ganas, no puedo más, tú ganas.

Se inclinó sobre ella, sentado a ahorcajadas parecía una montaña que la hacía incluso más pequeña.

—Bien, ya que he ganado, quiero mi premio.

—Deberías comentarte con haberme machacado durante media hora.

—Eso solo ha sido ejercicio, divertido, pero ejercicio.

—¿Un paseo?

Se rio entre dientes.

—Ese sería un premio para ti, no para mí.

—¿Y no puedes incluirme en ello? Lo disfrutaríamos ambos.

—Ah, pero mi premio vamos a disfrutarlo ambos. —Se inclinó sobre ella—. Te lo prometo.

—Vamos, habla, odio que se le den tantas vueltas a las cosas.

—Haré algo mejor —le susurró—, te lo demostraré.

Bajó su boca sobre la de ella y la besó. Su lengua incursionó en su cavidad y se encontró devolviéndole el beso y disfrutando de su contacto. Con las manos a ambos lados de la cabeza y acertadas contra el suelo por las suyas no podía tocarle, pero eso no evitaba que gran parte de su cuerpo siguiese en contacto. Sus muslos aprisionaban los suyos, su pelvis se alinearía contra la suya y podía notar su excitación rozándose contra su estómago a pesar del cuidado que ponía en no tocarla.

Se movió bajo él, arqueándose, pidiendo más sin ser consciente de ello.

«Estás jugando con fuego, prietenã, se buena».

Su voz fue una caricia en su mente, casi tanto como lo era su lengua contra la suya.

«No sé cómo serlo».

Él gruñó y profundizó el beso, una de sus manos soltó la que retenía suya y la deslizó por su costado, acariciándola, sus dedos acercándose peligrosamente a su pecho y a la dura protuberancia que empujaba contra la tela. Su toque, apenas un roce, la hizo jadear, sintió como todo su cuerpo cobraba vida y su sexo se humedecía demandando atención. La sangre parecía licuársele en las venas y se encontró agarrándose a él con la mano libre.

Velkan rompió entonces el beso, tan anhelante como ella, sus ojos se habían oscurecido y parecía tener algunos problemas para respirar.

—Creo que deberíamos parar... ahora.

Lo miró confusa.

—¿Por qué?

Se rio entre dientes y apoyó su frente contra la de ella.

—Cristo, compañera. Porque si no paramos ahora, te voy a follar sobre la maldita colchoneta del gimnasio —gruñó—. Y me gustaría tener un poquito de privacidad y

sobre todo tiempo para disfrutar de ti.

Sus palabras accionaron por fin su cerebro.

—Visto así, te daré la razón.

—Que considerada.

—Intento serlo.

—Y una mierda. —Se rio—. Diablos, necesito una jodida ducha fría.

Se incorporó y tiró de ella en el proceso.

—Tienes media hora para ducharte, cambiarte y prepararte para salir.

Parpadeó confusa.

—¿A dónde?

—A visitar la ciudad —le soltó—, y hacer un poco de investigación en el proceso.

Abrió los ojos como platos.

—Oh... grac...

Le puso un dedo sobre los labios.

—Me obedecerás. —La calló, impidiéndole replicar—. Al menor indicio de peligro, nos retiramos. No cederé ante eso, ¿entendido?

Asintió, no iba a discutir con él.

—Y otra cosa. —Su dedo recorrió sus labios—. La próxima vez que inicies algo... tendrás que terminarlo. No habrá nuevos indultos, no puedo, Dena, te deseo demasiado.

Se lamió los labios.

—Entonces asegúrate de escoger un mejor lugar a la hora de reclamar tus premios.

Sonrió y sacudió la cabeza.

—Lo haré, princesa, lo haré.

CAPÍTULO 20

Denali nunca pensó que iba a volver a ver Praga con otros ojos, ni tampoco que lo haría con una estúpida peluca roja y gafas de sol. Miró a su compañero que paseaba tan tranquilo a su lado con las manos en los bolsillos. Unos vaqueros, una camiseta del grupo *Metálica* y una gorra era todo el disfraz que se había atenuado. Y a ella prácticamente la había hecho vestirse como una *hippie*.

—Lo estás pasando bien a mi costa, admítelo.

Se limitó a mirarla de soslayo y disimular una sonrisa. Llevaba unas gafas de cristales sin graduación que no hacían otra cosa que realzar sus ojos dorados.

—Creo que estás muy mona —aseguró guiñándole un ojo—. Encajarías muy bien en Rumanía.

Aquello le llevó a pensar en su tierra natal y en los pocos recuerdos que tenía de ella.

—¿Cómo es?

La miró.

—¿El qué?

—Nuestro hogar —admitió aquello en voz alta—. No lo recuerdo.

No podía, era una bebé cuando la mandaron a los Estados Unidos.

—Viejo y nuevo al mismo tiempo —aceptó—. Sus bosques son mágicos en sí mismos, poseen una magia ancestral que siempre me ha llamado a casa. Te gustaría correr por ellos, no hay nada igual.

Intentó imaginárselo a través de sus palabras, pero sabía que no le haría justicia a la realidad.

—Me gustaría volver algún día, volver a casa.

Asintió.

—Lo haremos, Denali, lo haremos y una vez allí, dejaremos que venga el futuro.

Sonrió y asintió. Miró hacia abajo, entre ellos y deslizó la mano en su bolsillo en busca de la de él.

La miró, pero no dijo nada, enlazó sus dedos y siguieron caminando en silencio de la mano.

Ni siquiera sabía cuándo había tomado esa decisión, pero esto era lo que quería, lo que siempre había deseado, terminar con su soledad y volver al hogar.

Él se lo había arrebatado todo, especialmente aquella última noche, cuando la máscara le cayó por fin.

—¿Podemos acercarnos a alguna iglesia?

Su petición lo tomó por sorpresa, pero asintió. Miró a su alrededor e indicó una de las calles paralelas.

—Al final se encuentra la Iglesia del Tým.

Siguió su mirada y vio las torres de aspecto gótico.

—Te sonará extraño, pero él nunca nos buscó allí, era como si no deseara entrar, como si sus pecados fuesen tantos que tuviese miedo a que las gárgolas bajasen a llevárselo. No entraba en el campo santo y al final terminé considerándolo un vampiro de emociones y no solo de sangre.

Sacudió la cabeza.

—Esa noche, la última, mientras blandía esa infesta vara, habló de mis padres, de mis verdaderos padres y dijo que se merecían su muerte.

Se detuvo ante la fachada de la catedral, respiró hondo y se sacó la chaqueta antes de darle la espalda sabiendo que vería a través de las tiras cruzadas de la camiseta.

—Hijo de puta.

—Él me odiaba porque era para ti, en ese momento lo supe, supe que él era de quien debía huir, no de ti.

Sin mediar palabra atravesó las puertas de la catedral dispuesta a decirle por primera vez a alguien lo que había pasado esa noche. Nadie, ni siquiera Nahara, sabía toda la verdad.

Velkan no podía quitarse de la mente las cicatrices que había vislumbrado en la espalda de Denali, su lobo había aullado de rabia dispuesto a destrozarse a quien quiera que le hubiese hecho eso a ella. Miró hacia arriba cuando traspasó las puertas de la catedral, no recordaba cuando fue la última vez que puso los pies en una iglesia para otra cosa que no fuese hacer turismo, sabía que había entrado antes en esta pero no podía recordar el momento. Contempló las bóvedas, la disposición de los capiteles, los distintos altares e imágenes y acompañó a Dena en silencio hasta uno de los bancos de madera en el que se sentó.

Se sacó la gorra e hizo lo mismo.

—No soy precisamente muy creyente, ni siquiera creo ser católica, pero cuando te han perseguido durante tanto tiempo, incluso el último lugar en el que esperarías entrar se convierte en un refugio —musitó en voz baja.

Una solitaria lágrima discurrió por su mejilla y se la secó. Sus ojos se encontraron.

«Cuéntamelo».

Asintió lentamente y, aferrándose a su mano, volvió de nuevo la vista al frente. Cualquiera que los viese solo repararía en dos personas que estarían cavilando o rezando para sus adentros.

«Esa noche había una fiesta. Una compañera de clase celebraba su cumpleaños y me había invitado. Habría chicos, toda una novedad para mí, estaba deseando ir, pero él no me lo permitió. Desde un tiempo a esa parte parecía haberse vuelto celoso, egoísta, yo siempre era la mala, la que se llevaba los castigos, se centró en mí y se olvidó de Nahara. Y bendito fue después ese olvido».

Se lamió los labios y notó como se tensaba a su lado.

«Él me disciplinaba, decía que era por mi bien. Nunca fue más allá de un par de azotes con la vara, por lo general en las manos, pero esa noche...».

Negó.

«Entré a escondidas y él estaba en mi habitación. Había destrozado todo, sus ojos parecían los de un demente, empezó a gritarme, a llamarme toda clase de cosas que en su momento no entendí. Y mientras lo hacía me golpeaba con un bastón».

«Me dijo que llevaba la misma sangre de mis padres, de tu estirpe y que debería haber muerto cuando él los mató. Quería que yo fuera tu caída, su propia venganza. No podía moverme, no podía siquiera esconderme y él continuó golpeándome sin cesar hasta que me desmayé. Cuando volví en mí él seguía allí, me miraba y me decía que había sido una niña mala, que lo había desobedecido...».

«Por primera vez en mi vida me revelé, le llamé monstruo y le dije que él no era nada mío. Intentó volver a golpearme, pero el golpe nunca llegó. Mi loba tomó el mando, reunió las fuerzas que a mí ya no me quedaban y lo atacó. Fue la primera vez que sentí la sangre de alguien en mi boca y lo odié, lo odié por eso mucho más que por haberme pegado. Intentó sacarme de encima a base de bastonazos y hui. Corrí como nunca y me refugié en la Iglesia. Debí haber llamado a Nahara en algún momento porque ella se presentó tan rápido como pudo. Quería matarlo, quería hacerle daño, pero la convencí para que nos fuésemos. Me sacó de allí y no sé ni cómo. Estuvimos casi una semana ocultas, esperando a que me recuperase un poco, pensando que lo había matado... Y entonces, aproximadamente un año después nos encontró. Decía que yo le pertenecía, que tenía que volver a su lado, que me perdonaría... pero yo ya sabía lo que había hecho. Nahara lo había descubierto y huimos. Desde ese momento siempre huimos».

Apretó los dientes y mantuvo la compostura, sabía qué era lo que necesitaba, que no era el momento de dar rienda suelta a su rabia e indignación. Eso llegaría después, cuando le pusiese las manos encima y diese cuenta del hijo de puta que se había atrevido a golpear a una niña, a su compañera.

—Hay muchas cosas que no encajan con ese hombre —continuó ahora en un murmullo, sus ojos encontrando los de él—. ¿Quién es en realidad? ¿A qué se dedica? Investigamos como pudimos, volvimos sobre nuestros pasos tiempo después y en aquel lugar dónde nos habíamos criado no quedaba nada. Todo había sido reducido a cenizas.

Negó con la cabeza.

—Armitage fue el apellido que llevamos durante el tiempo que estuvimos con él, una vez que escapamos, Nahara se las ingenió para conseguirnos documentos falsos y nos puso el apellido *Valaco*. Era como justicia poética —suspiró—. Pero nunca pudimos descubrir más sobre su identidad o sus planes, nada que no quisiera que supiéramos.

Escucharon un «shhh» y miraron ambos hacia la señora de edad un par de bancos

por delante de ellos que les llamaba la atención.

Estúpidos humanos, ajenos a la muerte que rondaba por sus calles.

«Déjala, tiene razón en quejarse».

«Ni la más mínima».

Sonrió con pesar y señaló el pasillo.

—Vamos.

Continuaron paseando uno al lado del otro, su mano más pequeña, hundida en la de él mientras se mezclaban entre los turistas.

—Fue cuando empezó a ir detrás de los supervivientes de nuestra manada que supimos que nos estaba dejando un aviso tras otro, era como si nos estuviese diciendo «esto es culpa vuestra, venid a detenerme».

—Hijo de puta. —No pudo evitar emitir entre dientes.

Ella le apretó la mano y lo miró.

—Siento no haber podido evitar esas muertes, que no hayamos podido detenerle de alguna manera. Quería mantenerle alejado de ti, de nuestra gente, pero al final, tengo la sensación de que esto es exactamente lo que quería. Reunirnos a todos en un mismo lugar. —Sacudió la cabeza—. Cuando llegamos a la ciudad escuché algo, sé que está tramando alguna cosa y de grandes proporciones. Si es así, él tiene que estar aquí, Velkan, tiene que estar en esta ciudad.

Miró hacia la puerta.

—No podemos dejar que se derrame más sangre, ninguna que no sea la suya.

—Le encontraremos, Denali, si está ahí fuera, vamos a hacerlo salir.

Asintió y miró hacia la puerta.

—Pues empecemos ya —murmuró—. Me niego a seguir teniéndole miedo.

Le sostuvo la mirada.

—Recuerda lo que te dije.

Se giró hacia él por completo.

—Tú mandas y yo obedezco, señor, sí, señor.

—Así me gusta, lobita, así me gusta.

Se rio.

—Si me das unas palmaditas en la cabeza, te morderé —aseguró y tiró de su mano, arrastrándose de nuevo a cielo abierto—. Vamos, alteza, rastreemos un poco.

CAPÍTULO 21

La semana iba de mal en peor, su lobo estaba de mal humor, Nicolae estaba de mal humor, él estaba de mal humor, de un modo u otro si las cosas no mejoraban pronto iba a morder a alguien y no de una forma cariñosa.

Mijaíl estaba subiéndose por las paredes o los árboles en el caso de hoy. Había recorrido la maldita reserva de norte a sur al menos dos veces, se habían separado para cubrir más terreno solo para volver a reunirse y compartir su mutua frustración.

Cada día que pasaba sus esperanzas de encontrar a ese lobo con vida se desvanecían un poco y al mismo tiempo sus sospechas de que aquello no era lo que parecía se hacían cada vez más intensas.

No había un rastro que seguir, ningún olor extraño, ajeno, que implicase la presencia de otros lobos o esos apuestos humanos sin escrúpulos. Y, dada la situación de Praga, era simplemente extraño.

«Terminemos este barrido y continuaremos al este». Informó a su beta. «Si seguimos sin encontrar ni una sola pista de su paradero, tendremos que replantearnos la búsqueda».

Sacudió la peluda cabeza y se lamió el hocico.

«No pudo pasar más tiempo fuera, no con Merry taladrándome la cabeza cada cinco minutos».

«Sí, recuerdo esa sensación... aunque yo le encontré solución de forma rápida y satisfactoria».

Gruñó en respuesta.

«¿Qué? El sexo siempre lo es».

No quiso ni escucharle, echó a correr.

«Si escuchó una palabra más, te arranco la garganta».

«Pero que sensible te...».

Su humor murió al momento.

«Mijaíl, al oeste».

No tenía que decirle nada, ya había girado sobre sus patas traseras y aumentaba su velocidad al escuchar un agotado susurro en su cabeza.

«Misha... llegas... tarde».

—Nunca me he alegrado más que hoy de ver tu peludo culo, amigo.

Mijaíl apretó los dientes mientras luchaba con la furia. Su primer instante de alivio se había esfumado en el momento en que llegaron a un viejo cobertizo y el aroma de la sangre mezclado con otros igual de indeseables para su fino olfato. No sabía que iba a encontrarse, pero sabía que no era nada que fuese a gustarle ni lo más

mínimo, cuando Nicolae cambió precipitándose contra la puerta seguido de él se le hizo un nudo el estómago y su lobo gruñó con fiereza.

Había visto crecer a su lobo, se había convertido prácticamente en su hermano ante la distancia del suyo propio y verle colgado de las muñecas, con el torso lleno de heridas sangrantes, cortes y quemaduras lo enfureció hasta lo más hondo.

No dijo nada, miró a Nicolae, quién asintió y juntos procedieron a liberarle.

—¿Quién ha sido? —Siseó, no podía evitarlo. Lo sujetó con cuidado y buscó su mirada.

—Aparecieron de la nada —murmuró—, en un momento estaba disuadiendo a un par de cabrones que rondaban a unas lobas jóvenes de *Ĉierne* y entonces salieron de la nada. Al menos a ellas no las siguieron... prefirieron pasarlo bien conmigo.

—Hijos de puta —masculló Nicolae.

El joven lobo lo miró.

—Eso sería ofender a las putas, Nicu.

—Voy a cazarlos y...

—No. —El tembloroso jadeo de Braden le sorprendió.

Sus ojos se encontraron con los suyos. Apenas podía ocultar el dolor, era un milagro que estuviese vivo... o algo hecho a propósito.

—No... Tenéis que volver... Había alguien, no la vi, pero capté un ligero aroma y me he estrujado el cerebro intentando saber dónde la había olido. Tenemos un topo, Mijaíl, y está cerca del príncipe.

Las noticias le provocaron un escalofrío.

—¿Quién es?

Negó con la cabeza.

—No lo sé todavía, pero la he olido antes... es solo que no sé...

Empezó a temblar.

—¿Braden?

—Hay que sacarle de aquí, llevarle al hospital.

Siseó y se echó el moribundo y desmayado cuerpo sobre el hombro.

—No hay tiempo —aseguró—. Tendremos que tirar de alguien más cercano y que no pida explicaciones.

—Tenemos que abrir nuestra propia clínica.

—Y eso haremos... por ahora, llevémosle con Eva. Ella sabrá qué hacer.

La joven cursaba enfermería en la capital, pero vivía en *Oščadnica*, lo cual estaba cerca de ellos.

«¿Radu?».

No se lo pensó, buscó a su hermano, era el único en quién se atrevía a confiar.

«¿Qué ocurre?».

No hubo comentarios jocosos, ni secos, solo una rápida respuesta.

«Tienes un topo bajo tu propio techo».

«¿De qué demonios estás hablando?».

«Vigila a Velkan de cerca, todavía no sé de quién se trata, pero lo averiguaré. No te fíes de nadie».

«De acuerdo».

Salió a la fresca noche y apretó los dientes.

Eso explicaba muchas cosas, ahora solo debía saber quién lo había hecho y para ello debía ocuparse de que ese lobo llegase vivo a la aldea.

CAPÍTULO 22

El parque *Vysehrad* podía considerarse un oasis de paz en medio de toda la agitación que había estado viviendo esa semana. Su nombre, Castillo en lo Alto en checo, hacía referencia al recinto amurallado medieval con vistas sobre Moldavia y el barrio del castillo. Sin duda, lo que más agradecía de aquella inesperada escapada eran los senderos empedrados que discurrían entre zonas verdes en el interior de la fortaleza, si bien no era bosque abierto, para Denali era como un soplo de aire fresco en aquella asfixiante carrera de fondo que no parecía tener fin.

—Ah, ya te ha cambiado la cara.

Se giró para mirar a su compañero. Velkan había caminado tras ella durante todo el trecho que hicieron a pie en silencio, dejándola empaparse de la tranquilidad del lugar.

—¿Me han salido arrugas?

Resopló, sacudió la cabeza y le acarició la mejilla.

—Difícilmente podrías tener arrugas a tu edad —aseguró pasando a su lado, rozándole la mano con la suya sin más—. Pero llevabas un par de días un tanto apagada, eres como una plantita a la que se le ha privado de sol.

Enarcó una ceja y lo miró.

—Así que una planta.

Le guiñó el ojo y siguió caminando dejando que se tomase su tiempo. Desde su visita a la catedral, parecía mucho más callado, silencioso, como si hubiese algo que le daba vueltas en la cabeza. Habían paseado por la ciudad sin notar nada extraño y eso, ya de por sí, podía considerarse bastante extraño. Era como la calma que precedía a la tormenta, una que amenazaba con borrar todo del mapa.

Optó por desterrar los oscuros pensamientos y concentrarse en ese momento, en esas pequeñas escapadas que Velkan planeaba para ambos y que le servían para conocer un poco más al hombre que había nacido para ser su compañero.

Este no era el príncipe, no era el lobo alfa que permanecía a la escucha de las opiniones de sus hombres, el que analizaba la situación minuciosamente y hablaba solo si tenía algo que decir. No era el que se preocupaba sobremanera por el destino de los suyos, por lo que pudiese pasarles, este era Velkan, un joven lobo que podía tomarse unos momentos para descansar de esa responsabilidad y disfrutar con el simple hecho de pasear.

Y este era un hombre al que empezaba a encontrar cada vez más y más atractivo, no solo físicamente.

Se reunió con él. No dejaba de sorprenderle lo bajita que parecía siempre a su lado, era como si fuese una montaña junto a la que cobijarse y, para alguien que se había pasado tanto tiempo huyendo, era una seguridad inesperada.

—Has dicho que eras profesor —comentó sacando un tema de conversación neutro—. ¿Por qué escogiste esa carrera?

La miró y sonrió de soslayo, un gesto que hacía bastante a menudo cuando estaba con ella.

—Fue mi año sabático, por decirlo de algún modo, había terminado con las obligaciones que me habían impuesto desde la cuna y pensé que ya era tiempo de hacer algo por mí mismo, algo que me llamase la atención —contestó con sencillez—. Recordaba a mis profesores de la universidad, a mis maestros particulares antes que a ellos y pensé que yo podía hacerlo igual de bien o mejor.

Parpadeó ante la típicamente masculina arrogancia.

—Si les preguntas a mis alumnos, te dirán que soy uno de los profesores más... extraños que han tenido y eso que desconocen mi naturaleza —sonrió y había algo nuevo en sus ojos. El pensar en esos alumnos era algo que lo hacía feliz, que lo saciaba en algún nivel—. Supongo que mis métodos de enseñanza se alejan bastante del manual, pero oye, dan resultados. Un 90% de aprobados al semestre no está nada mal.

—Sería interesante verte dar clases. —Las palabras se escaparon de su boca antes de poder retenerlas. Solo había sido un pensamiento propio.

Sus ojos se suavizaron al posarse sobre ella.

—Cuando volvamos a casa, te dejaré asistir a una de las clases como oyente, pero solo si no alborotas el aula.

Ahora fue su turno de reír.

—¿Tan problemática te parezco?

Sus labios se curvaron y la recorrió muy lentamente con la mirada.

—En absoluto, *prietenã*, pero difícilmente iba a poder concentrarme en lo que digo o hago si te tengo de público —aseguró con voz ronca—. Además, no está bien visto que la esposa del profesor asista a su misma clase.

Esposa. La palabra le provocó un pequeño escalofrío y no precisamente incómodo. Era un término humano, uno que no terminaba de englobar por completo lo que significaba su emparejamiento, pero escucharlo le provocó mariposas en el estómago.

—Podría conservar mi propio apellido...

—Por encima de mi cadáver —le soltó, su tonillo ofendido la hizo reír.

—Utilizas demasiado esa frase, Velkan, no sé si te saldrá rentable —aseguró mirándole también de arriba abajo—. Serías un desperdicio como cadáver.

—Me alegra que opines de esa manera —sonrió a su vez.

No era difícil hacerlo cuando el hombre en cuestión tenía el físico, el atractivo y el magnetismo de ese príncipe lobo.

—Y dime, ¿no hay ninguna alumna que haya captado tu atención en especial?

La miró y dejó escapar un bufido muy canino.

—La primera regla para una buena conciliación laboral es no liarse con una

alumna —le soltó—. Y ya puestos tampoco con profesoras. Aunque estas a veces no cogen las indirectas.

Parpadeó.

—No me digas que te hacen insinuaciones.

—No te lo diré, no es un tema que quiera discutir contigo —aseguró con sencillez—. Todos hemos tenido un pasado, relaciones, sencillamente ya no tienen cabida en nuestro presente.

Su respuesta la cogió por sorpresa.

—¿Tan poco han significado para ti?

Suspiró y negó con la cabeza.

—Creo que acabo de dar justamente la impresión que quería evitar —comentó—. No considero que una mujer sea un objeto, se merece todo mi respeto y mi atención, pero hablar de relaciones pasadas con la mujer con la que deseo compartir mi futuro no sería ni inteligente ni educado de mi parte.

Y acababa de sorprenderla una vez más.

—He tocado un tema que no debía, lo siento —se excusó y continuó el paseo.

—Denali.

La detuvo y no le quedó más que enfrentarse con su mirada.

—¿Qué pasa? Dímelo.

Sacudió la cabeza.

—No es nada —negó—. Supongo pasé demasiado tiempo con Nahara y olvidé lo que es interactuar con otras personas.

No le creyó, lo vio en sus ojos.

—Inténtalo otra vez —sugirió.

Resopló.

—¿Sabes por qué me golpeó esa vez? —murmuró. No tenía que explicar a quién se refería—. No fue por escaparme e ir a la fiesta, eso solo fue una parte... fue porque lo olió en mí. Un idiota que me robó un beso. Solo fue un beso... pensó que había sido mucho más y casi me mata por ello.

Apretó los dientes.

—Cuando salí de su yugo, estaba tan rabiosa, tan furiosa que... hice cosas que no... En las que ya no me reconozco.

Estaba tan sereno que le costó interpretar su expresión.

—Eras libre en ese entonces.

Dejó escapar un pequeño jadeo irónico.

—Por favor, dime que ahora ya no lo soy. —Quería sonar irónica pero la voz se le quebró—. Mierda.

La cogió por los brazos y la enfrentó.

—No, ahora ya no lo eres —aseguró con lupina fiereza—. No lo has sido desde que me devolviste el beso la primera vez. —Le acarició el oído con los labios—. Y te prometo que no lo serás después de hoy.

Se estremeció.

—El concepto de hoy es muy subjetivo.

Se rio en su oído.

—Bien, eso evitará que pienses en otra cosa el resto del día.

Sintió que las piernas se le hacían gelatina, pero no insistió y dio un paso atrás y la miró satisfecho.

—Sí, mucho mejor —aceptó complacido—. Ya tienes de nuevo ese bonito rubor.

Siseó.

—Es culpa tuya.

Se rio a carcajadas.

—Bien, Dena, me habría preocupado que no fuese así.

Le dio la espalda, se metió las manos en los bolsillos de los *jeans* rotos que llevaba y echó a andar.

—¿Vienes?

Se tomó unos segundos para respirar y recuperar el ritmo normal de su corazón, estaba segura de que si no lo hacía le daría un infarto. Ese hombre era letal, que el cielo la asistiera porque no podía esperar a que cumpliera con su insinuación.

—¿Alguna otra confesión que quieras hacer? ¿Tu color favorito? ¿Tú plato favorito? ¿Un lugar que te gustase visitar?

—La tumba de mis padres —respondió cogiéndolos a ambos por sorpresa—. Ni siquiera recuerdo si hay una.

La miró y asintió.

—Sí, la hay —aceptó—. Está situada junto a la de los míos.

Se quedaron mirándose en silencio.

—Las dos semanas que estuve fuera, hice un alto para visitarles y decirles que te había encontrado, que estabas bien.

Se le hizo un nudo el estómago.

Ella no les recordaba, no tenía ninguna foto pues todo había sido quemado en el incendio, tampoco sabía si les habían enterrado. Había muy poco que supiese de esa época y, aunque había intentado averiguarlo, no se había atrevido a acercarse a casa sabiendo que el hombre que ahora la miraba habría estado allí.

—Yo... Ni siquiera recuerdo la cara de mi madre.

La tristeza se instaló en sus ojos.

—Las fotos que tenía de ellos se quemaron en la masacre de esa noche —sonrió a pesar de todo—. Y ha pasado tanto tiempo que mi memoria se ha desdibujado.

Se lamió los labios.

—Cuando todo esto termine... —Usó sus propias palabras—. ¿Me llevarías a verles?

Le acunó el rostro entre las manos.

—Sí, Denali, cuándo esto termine, te llevaré a ellos para que vean que cumplí la promesa que les hice —le acarició las mejillas—, proteger a su hija hasta mi último

aliento.

Sonrió y tuvo que esforzarse para retener las lágrimas.

—Gracias, Velkan.

Negó y apoyó su frente en la de ella.

—Eres mi vida, Dena, si respiró, si estoy vivo es y será siempre por ti.

Se miraron a los ojos en silencio y, como aquella vez en el gimnasio, alcanzó sus labios.

En ese momento había pensado lo fácil que sería para él hacerla suya, ahora deseaba desesperadamente que lo hiciera.

CAPÍTULO 23

Había días en los que ni siquiera la luz brillante del sol parecía ser capaz de borrar el frío que se llevaba dentro, de aliviar los síntomas del cansancio y de una mala noche. Hoy Merry tenía la misma sensación con los cuadros de la galería Ekate.

No podía negar que adoraba su trabajo. Se había especializado en historia del arte después de unas vacaciones en Florencia y a partir de ahí su sueño de tener una galería propia empezó a ocupar sus metas. Por lo general traspasar las puertas de la primera sala la llenaba de paz, encontraba serenidad y su mente se aclaraba dejando a un lado sus problemas, cualquiera que fuesen estos.

Hoy, sin embargo, era incapaz de concentrarse en las obras, de encontrar dicha tranquilidad. Sus fiebres nocturnas habían vuelto de nuevo, sus sueños empezaron a tornarse pesadillas y revivió de nuevo el atormentado episodio en el que recibió una bala.

Se mordió los labios y giró sobre sus altos tacones, había cambiado su apariencia bohemia por el traje de batalla en un intento de dejar a un lado esos caóticos días y recuperar su vida tal y como debería ir.

Pasó a su oficina, el lugar desde dónde controlaba todas y cada una de las operaciones mercantiles, dónde se ocupaba del papeleo y de los extraños encargos de su jefe. Sobre la mesa tenía varios *stickers* de notas con los recados que había dejado el señor Jelinek ya fueran llamadas telefónicas en su contestador o *emails* con instrucciones para las compras y adquisiciones que había cerrado en el extranjero.

—Um... Pues no, no hemos tenido respuesta por parte de la señorita Stevens.

Sacudió la cabeza. Aquel había sido uno de los extraños encargos del filántropo, sabía que llevaba tiempo buscando a su hija desaparecida sin obtener, que ella supiese, pista alguna sobre su paradero. Había llegado incluso a sospechar que posiblemente la chica hubiese desaparecido por voluntad propia, pero solo eran suposiciones ante la falta de respuestas. Según le había contado en una de sus esporádicas visitas, la policía había llegado a considerar también esa posibilidad, pero él se resistía a creer en ello.

«*Mi niña nunca se habría marchado por voluntad propia, alguien se la ha llevado*».

El contactar con aquella médium que al parecer trabajaba para la policía había sido su última idea, pero al parecer la mujer no debía tener consultorio fuera de su ámbito laboral.

Barajó la idea de contactar otra vez con ella, pero desechó la idea. Un solo mensaje, esas habían sido las palabras exactas de su jefe.

—Y con lo raro que es, mejor seguir todo al pie de la letra.

Cogió el papel y lo guardó en la carpeta que tenía para los archivos, un pequeño

portafolios en el que dejaba esos encargos por si acaso luego necesitaba algún teléfono y se puso a mirar el correo electrónico.

Nuevos encargos, un par de facturas que pagar... Lo de siempre.

Imprimió los correos y revisó cada factura cuidadosamente. Tendría que pasarse por el banco para hacer efectivos los pagos y escanear los justificantes para mandárselos después.

—Bueno, al menos tendré en que mantenerme entretenida el resto de la mañana.

Ya había colocado las últimas piezas que habían llegado a la galería en uno de los rincones vacíos, una colección demasiado grotesca para su gusto y que encajaba con los movimientos filantrópicos de su jefe, así que recogió sus cosas, apagó la luz y se giró con intención de abandonar la oficina hasta que vio la luz parpadeante del sistema de seguridad.

Alguien había abierto la puerta principal.

—No es posible —murmuró para sí.

Ella misma había cerrado todas y cada una de las puertas, siempre se aseguraba de ello cuando estaba sola en la galería, pero esa luz indicaba que la principal estaba abierta.

—Pero no puede ser, no han saltado las alarmas.

Un escalofrío le recorrió la espalda, miró a su alrededor y desechó la idea de encender de nuevo la luz. Si había alguien dentro, no sería tan tonta de alertarlo. Tenía que moverse con cautela, comprobar las cámaras de seguridad y asegurarse de que no era una falsa alarma.

Dio un par de pasos y frenó en seco al ver un haz de luz jugueteando por el corredor antes de escuchar unas voces.

—Mierda...

Aquel era el peor de los momentos para vérselas con ladrones u ocupas. Se volvió como un rayo buscando frenéticamente a su alrededor, la oficina no tenía mucho mueble tras el que ocultarse y la única salida era aquella a través de la que se asomaban los juegos de luz sobre la pared. Si conseguía salir por la puerta y ocultarse en el recoveco que había tras una columna, podría poner pies en polvorosa tan pronto como ellos entrasen en aquella habitación y llamar a la policía.

Se quitó los zapatos y los metió bajo el brazo antes de moverse con sigilo hacia la salida.

—... empiezo a tener mis dudas sobre la viabilidad de este asunto. —Escuchó una voz ronca con un acento que no era del país—. No me gusta el rumbo que va tomando...

—Lo único que me preocupa en estos momentos es no cabrearla —comentó una segunda voz—. He visto lo que le hizo al último que la cabreó y no quiero estar en ese pellejo. De hecho, no quiero quedarme sin mi bonito pellejo.

—Pues encontraremos esa dichosa cosa y salgamos de aquí —dijo el primero—. Me pone nervioso esta ciudad, esos hijos de puta están en cada esquina, dispuestos a

saltar a la yugular.

—Malditos engendros.

Se quedó sin respiración al sentirles tan cerca, el olor corporal que desprendían era nauseabundo, como si llevaran tiempo sin tocar el agua.

—¿Dónde está esa cosa?

—Ni siquiera sé qué aspecto tiene, para mí todo es igual —rezongó el otro—. Probemos por allí.

Empezaron a alejarse de cara a la galería principal y aprovechó el momento para deslizarse fuera de la oficina.

«¿Merry?».

La inesperada voz en su cabeza la hizo respingar, a duras penas consiguió ahogar un gritito.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué?

—He oído algo.

—Yo no escuché nada, esto está tan silencioso que me pone los pelos de punta.

«Merry. Estás aterrada. ¿Qué ocurre?».

Cerró los ojos con fuerza y se contuvo incluso de respirar.

«¡Sal de mi cabeza! Casi haces que me descubran».

«¿Dónde estás? ¿Qué diablos está pasando?».

Le ignoró a propósito.

«O me contestas en este mismo instante o te llamo por teléfono».

«¡No! ¡Ni se te ocurra! Sabrían dónde estoy».

«Explícate».

Apretó los dientes y avanzó un poco más escuchando el murmullo alejándose en dirección contraria.

«Ladrones. En la galería en la que trabajo».

«¿Estás sola?».

«Estaba cerrando cuando entraron. La alarma no saltó. Ahora si te callas la boca y me dejas en paz saldré de aquí cagando leches y llamaré a la policía».

«Hazlo. Sal de ahí ya».

Detectaba un ligero cabreo en su voz.

Lo ignoró y siguió con su plan original, corrió tan rápido como pudo de una sala a otra, ocultándose cuando los escuchaba merodeando cerca y finalmente corriendo hacia la entrada, atacando la clave de seguridad para salir, activándola en el proceso. Al momento la alarma empezó a sonar en alto, alertando sin duda a los indeseados inquilinos y, si nada fallaba, enviando el aviso a la policía.

Salió disparada a la calle, vaciló unos segundos y echó a correr hacia la esquina solo para verse detenida por unos brazos. Gritó, pataleó y fue solo la mano en su boca y la voz conocida de Melinka la que evitó que se debatiese como una gata.

—Merry, soy yo. ¿Estás bien?

—Oh Dios... —Jadeó, se lamió los labios y señaló hacia el edificio que contenía la galería—. La galería... alguien ha entrado... La alarma no sonó...

Siguió su mirada y frunció el ceño, dos personas corrían ahora atravesando la calle mientras su teléfono empezaba a sonar. Los del sistema de seguridad estaban reportándose.

—Sí, sí... alguien ha entrado... manden una patrulla... Sí, estoy bien... envíen a alguien. Si se han llevado alguna cosa tendré que dar parte al seguro.

Colgó y miró a la mujer rubia cuya atención estaba en el otro lado de la acera.

—No te muevas de aquí hasta que llegue la policía.

—Pero...

«No te muevas de ahí». De nuevo su voz y parecía bastante irritado. «La policía ya ha sido avisada y estarán ahí en poco tiempo. Tan pronto hables con ellos, te vas a ir derechita a casa y no te vas a mover de ahí hasta que yo llegue».

Sintió la absurda necesidad de echarse a reír.

«Baja a la tierra y despierta, lobo, o te darás un enorme batacazo».

«Merryna...».

¿Le estaba gruñendo?

Sacudió la cabeza.

«Obedecerás. Es por tu seguridad».

—Ven a ponerme tú el candado si te atreves —masculló.

Se puso los zapatos y miró a su alrededor nerviosa, solo el sonido de las sirenas empezó a calmarla.

Cogió de nuevo el teléfono y marcó con mano temblorosa.

—Señor Jelinek, soy Merryna, lamento tener que informarle que han entrado en la galería —dejó aviso en el contestador—. La policía está ya aquí, tan pronto sepa si se han llevado algo le avisaré para dar parte al seguro.

Colgó y suspiró profundamente.

—Si esto sigue así, no llegaré al final de la semana viva.

«Que no te quepa la menor duda, compañera, te acabas de ganar una zurra».

Bufó y puso los ojos en blanco.

«Tendrías que estar aquí para cumplir tal amenaza, Mijaíl, y no lo estás».

«Es culpa tuya, te dije que me llamasas y te resistes a ello».

Y seguiría haciéndolo, ese hombre ya era bastante malo a distancia, si volvía sería imposible resistirse a él.

CAPÍTULO 24

En ocasiones hablar con la policía era igual que hablar con la pared, pero hacerlo con Mirco, después de todo lo que había pasado entre ellos, era como masticar cristales.

—¿Qué pasa? ¿No había más policías que tenéis que mandarlo a él? —protestó al ver al enorme lobo hablando con sus compañeros.

—¿Le conoces?

La pregunta vino de Melinka, la bonita rubia parecía realmente interesada.

—Más de lo que me gustaría en estos momentos.

Sus ojos se encontraron y vio al policía, no a su ex prometido.

—¿Estás bien?

Asintió.

—Todo lo bien que puede estar alguien cuando está dentro de la galería cuando la están robando.

—¿Se han llevado algo?

Y eso era lo más absurdo de todo.

—No. Nada que haya podido echar en falta en un primer momento. Quizá se asustaron con la alarma y salieron corriendo.

—Nadie se tomaría la molestia de entrar aquí si no es para llevarse algo —comentó y miró a Melinka—. ¿Estás cubriendo la zona?

—Estoy haciendo de niñera —la señaló a ella—. Es peor que Judith.

Él sonrió de medio lado.

—No sé, Mel, Judith asusta...

—Ella también —le soltó.

No pudo evitar fruncir el ceño.

—Estoy delante, gracias.

Él la miró.

—¿Has podido verlos? ¿La cámara de vídeo estaba activada?

Resopló y esta vez no era por él.

—No sé cómo narices lo hicieron, pero la alarma y la video vigilancia fueron desconectadas nada más entrar. Es como si conociese las claves. Y no, no los vi, pero si los escuché hablar y tenían un acento muy fuerte. Parecía que estaban buscando algo en particular.

—¿Dijeron algo que te llamase la atención?

Sacudió la cabeza.

—Es como si alguien los hubiese enviado a buscar algo, pero ignoro el qué.

Él asintió y miró la galería.

—Parece un caso de allanamiento normal.

—Lo sería si no hubiese captado antes ese olor —comentó Mel—. Por eso les dije

a tus chicos que te llamasen.

Aquello captó también su atención.

—¿Qué olor? ¿De qué hablas?

—¿Ellos?

—Juraría que al menos uno. Es el mismo rastro que perdimos en Praga hace un mes.

—¿Me lo explicáis? ¿Tenéis idea de quiénes son los que han entrado a robar?

—Me temo que no son simples ladrones —replicó el policía y entró en el edificio.

—¿Y qué son? ¿Traficantes?

—Algo mucho peor.

Dicho eso la chica le indicó la galería.

—Es muy posible que tengan también relación con los que te dispararon.

Aquello la dejó sin respiración.

—Ven, prefiero que estés conmigo hasta que la policía haya terminado aquí.

Se detuvo en seco.

—¿Por qué?

—Porque ahora eres la compañera de un alfa y si te pasa algo a ti también, no habrá forma humana de salvar esta vez a Mijaíl.

—¿Está vez? ¿Salvarle? —Sacudió la cabeza—. ¿Podrías hablar de una manera que te entienda?

—Prueba a hablar con tu compañero, para variar, podrías descubrir cosas bastante interesantes... y otras que no lo son tanto.

—Está claro que tú sabes de qué se trata.

—Sí. Pero no me corresponde a mí decírtelo —le soltó—. Ahora, si eres tan amable de entrar, quizá podamos descubrir que estaban buscando.

Resopló, arrugó la nariz y la acompañó. Sin embargo, lo que le acaba de decir no dejaba de dar vueltas en su cabeza.

Encontraron al detective y a dos de sus compañeros investigando por las distintas salas.

—Cuando los oí yo estaba en la oficina principal —le avisó en voz alta—. Se limitaron a pasearse por allí —señaló la zona—. Si entraron después aquí, no lo sé. Las cámaras se habían apagado.

Damek paseó la mirada por los alrededores y negó. Su índice señaló en dirección al ala de cuadros contemporáneos.

—Su rastro se hace más fuerte por allí —la miró—. No creo que hayan entrado siquiera en esa habitación.

Frunció el ceño.

—Pero ahí solo están las nuevas piezas de arte que llegaron el mes pasado —aseguró—. Son las últimas adquisiciones de mi jefe.

Sus ojos empezaron a oscurecerse y, por un momento, creyó ver cómo le cambiaban las pupilas.

—Enséñamelas.

Su actitud era cada vez más desconcertante.

—Nunca te imaginé un amante del arte contemporáneo.

Lo guío hasta la galería y le invitó a pasar.

—Son solo cuadros...

—Por Cristo...

El jaleo de Melinka le llamó la atención.

—Hijo de puta...

Se quedó clavada en el sitio cuando lo vio volverse hacia ella. Antes de poder darse cuenta de lo que ocurría la tenía sujeta por la blusa, su rostro furioso contra el suyo y la levantaba unos centímetros del suelo.

—¿Quién ha hecho esto? ¿De dónde han salido? ¿Dónde está ese hijo de puta?

—Damek...

Sacudió la cabeza incapaz de decir nada y él la sacudió de nuevo.

—¿Dónde está, maldita sea? ¿Eres una de ellos? ¿Estás con él?

—Damek, suéltala o tendrás problemas y gordos.

Él la empujó sin contemplaciones, cayó al suelo y desde esa posición su altura era todavía más aterradora.

—¡Mira eso! —Gritó señalando las pinturas—. ¡Míralas bien! Ese hijo de puta casi acaba con mi compañera y solo después de haberla hecho presenciar atrocidades. ¡Esas atrocidades!

Se volvió hacia él y todo lo que pudo hacer fue arrastrarse hacia atrás.

—¡No te acerques a mí! ¡No te atrevas!

Melinka, quien parecía seguir serena, se acercó a ella y se acuclilló.

—Los cuadros, has dicho que es una colección de tu jefe.

La miró a duras penas.

«Merry, ¿qué ocurre?».

Jadeó y se sobresaltó al escuchar a su compañero, pero su voz actuó como un bálsamo.

«¿Merry?».

Se lamió los labios.

«Él... Él... Oh dios...».

«Compañera, escúchame, respira lentamente y dime quién está ahí contigo».

«Tu... tu niñera... y un hijo de punta con placa de poli».

Le oyó reír en su mente y eso la calmó también. Tardó unos segundos en hablar, pero cuando lo hizo demostró estar enterado de lo que ocurría.

«¿Qué pasa con esos cuadros? ¿Puedes darles una explicación?».

—¿Qué explicación? —dijo en voz alta—. Esos cuadros los envió mi jefe. Son grotescos, sí, pero así es el arte contemporáneo. Se los compró a un artista novel, como lo ha hecho con muchas de las obras de aquí.

Melinka le puso la mano encima y retrocedió de un salto.

—No... No me toques. —Su miedo empezó a mudar en rabia, entonces miró al lobo—. No sé qué demonios has visto ahí, pero no tienes ningún derecho a tratarme así. Vuelve a tocarme y juro por Dios que te arranco los huevos.

Él no se amilanó.

—¿Ves ese maldito cuadro? ¡Lo ves! —Lo señaló—. Es real, el retrato de una salvaje y enfermiza verdad.

Negó con la cabeza, eso no podía ser verdad.

—Mi compañera lo escuchó, lo vio, por culpa de un enfermo hijo de puta que las raptó, ha intentado quitarse la vida dos veces. —Apretó los dientes—. Por eso no me presenté ese día y ahora mismo doy gracias por no haberlo hecho.

Sus palabras la impactaron.

—Esto no son imágenes grotescas, es la recreación del infierno por el que estamos pasando todos nosotros, y tú estás... aquí... exponiendo esta atrocidad como si fuese arte —escupió con veneno—. Eres una enferma.

Sus palabras le provocaron asco, repulsa, a medida que comprendía lo que decía se negaba a creerlo.

«*Dime que no es verdad. Dime que miente*».

Rabia contenida, odio, dolor, todo ello la golpeó sin piedad.

«*Es verdad, Merryna*».

Jadeó, negó con la cabeza mientras buscaba el aire que empezaba a faltarle, miró los cuadros y el horror tomó otra dimensión muy distinta, lo que había considerado unas obras extremas se convirtieron en maldad pura y las lágrimas empezaron a caer.

—Oh dios... Oh señor, no... Por Dios no...

Rompió a llorar, no ni siquiera supo quién la abrazó, solo que las compuertas se abrieron y terminó desgañitándose como una niña.

Mijaíl no podía dejar de caminar de un lado a otro, necesitaba volver con Merry, asegurarse de que estaba bien. Casi le había saltado el corazón del pecho al sentir primero su miedo y ahora, esa congoja que la asfixiaba y lo dejaba a él sin respiración lo estaba matando poco a poco. Necesitaba estar con ella, era su deber cuidarla, procurar que nada le ocurriese, pero para poder hacerlo primero tenía que hablar con Braden y descubrir el nombre del topo.

—Misha...

Levantó la mirada para ver a Nicolae llamándole.

—Es Braden, está despierto.

Se levantó de un salto y atravesó el pasillo para entrar en la habitación y a punto estuvo de llevarse por delante a la enfermera.

—Cinco minutos y no lo agotes o juro por Dios que...

La hizo a un lado con suavidad y entró.

—Tío, ¿por qué tenías que traerme a ella?

—Porque es la única lo suficiente cabezota como para traerte de vuelta —aseguró y se inclinó sobre él—. Ahora céntrate, Bran, has dicho que hay alguien en nuestras filas, un traidor.

Se lamió los cuarteados labios.

—Es una traidora, Misha, era una mujer y... su aroma, sé que lo olía antes, pero no podía relacionarlo, no creía que fuese posible que le perteneciese...

—Un nombre, hermanito, dame algo para que podamos proteger a la pareja real.

Lo miró a los ojos y lo pronunció.

—Juraría que ha sido Savage, Misha, ella fue la loba a la que olí cuando me torturaron.

CAPÍTULO 25

La maldad podía llegar de formas muy distintas, encontrar caminos que ni siquiera conocías y el saber que habías ayudado a extenderla, aún sin ser consciente de ello, era como una puñalada en el alma.

Levantó la mirada y se encontró de nuevo con la de Damek. El policía había perdido su guerra al verla llorar, habían abandonado ese lugar y se habían refugiado momentáneamente en la oficina.

—Quiero saberlo —dijo después de algún tiempo—, quiero entender en qué demonios estoy metida.

—Deja que llegue Mijaíl y...

—¡Ahora! —gritó—. No puedo esperar más... no después de eso...

No quería volver allí, no quería volver a ver esos cuadros en su vida.

—Hay cinco cuadros en la galería que gestiono, obras que ha enviado mi jefe, y vosotros decís que esas... horribles imágenes, son reales. ¿Cómo es posible?

El policía estaba más sereno pero había algo en su forma de mirarla ahora que no se parecía en nada a lo de antes.

—Una mejor pregunta sería, cómo demonios terminó eso en las manos de tu jefe. ¿Quién es él? ¿Lo conoces bien?

Una pregunta peligros.

—Llevo trabajando para el señor Jelinek, cuatro años —le informó—. Es un hombre de unos sesenta años, con fuerte acento checo, tiene unos gustos un tanto peculiares en cuanto al arte como ya habréis advertido... Pero nunca ha dado muestras de ser algo más.

—Pocas veces los asesinos y psicópatas se dan a conocer como tal —argumentó—. ¿Por qué no está aquí? ¿Dónde tiene su domicilio?

Empezó a bombardearla a preguntas y la ansiedad empezó a crecer.

—Él... viaja mucho, yo soy su asistente en la galería. —Lo frenó—. Me envía la documentación por *e-mail*, los pagos, todo es legal...

—¿No lo hace personalmente?

Se sonrojó.

—No con asiduidad.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo aquí?

Negó con la cabeza.

—Hará cosa de un mes más o menos.

Ambos se miraron.

—¿Tienes alguna foto, la dirección de su vivienda o cómo localizarle?

Enarcó una ceja.

—Te parece que iría por ahí con una foto de mi jefe en el móvil.

—No estoy para bromas, Merryna.

—¿Y crees que yo sí? —Se levantó de golpe—. ¡Me has atacado! Me acusas como si yo fuese una criminal y no tengo ni idea de nada de lo que quiera que os pase.

Rodeó la mesa.

—Yo no formo parte de lo que quiera que le pase a tu gente —lo acusó—. En realidad, nunca has querido que lo hiciese o habrías sido sincero desde el principio, me habrías advertido de lo que pasa cuando eres un lobo, de lo que significa el tener una compañera y no me habrías utilizado simplemente como comodín. Si alguien tiene que estar cabreada y decepcionada aquí soy yo, Mirco, no tú.

Resopló.

—No sé qué le ocurrió a ella, y... Dios... ojalá nunca lo sepa porque la sola idea es horrible... pero yo no tengo la culpa.

—Merry... es posible que tu jefe tenga relación con la persona que ha estado haciendo daño a nuestra gente —añadió Melinka—. Si es así, sería la pista más cercana que tenemos al respecto.

—Ese cabrón hijo de puta está escondido bajo tierra, llevamos un mes enfrentándonos a sus secuaces...

—Ellos son los mismos que te dispararon.

—¿Pero por qué? ¿Por qué yo?

—Tú no fuiste más que un daño colateral —aseguró la rubia—, pero ahora las cosas han cambiado. Ya no eres una simple humana, eres la pareja de un alfa.

—¿Por qué sería eso diferente?

—Porque, te guste o no, ahora eres parte de la manada de Bratislava —declaró el detective—. Y eso podría ser realmente ventajoso para ese hijo de puta si tiene alguna forma de llegar a ti... y muy jodido para nosotros.

Frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Mijaíl ya perdió a una compañera...

—Damek.

El aviso fue claro.

—Alguien debería decirle donde se ha metido ya que no para de apuntar que no lo sabe, especialmente con el compañero que le ha tocado.

—Pero no es tuya para verter tal información —lo acusó—. ¿No es así?

Gruñó y miró la oficina.

—Quiero todo lo que tengas de ese hombre —le dijo entonces—. Nombre, documentación, teléfono, números de cuentas...

—¿Estás de broma no?

La fulmino con la mirada y no pudo evitar sacudir la cabeza.

—No puedo darte información confidencial, así como así, no es legal ni ético.

—Su nombre y teléfono, Merry, ahora.

—Empiezas a cabrearme y mucho... y no soy de las que se cabrean.

—No eres tú —comentó la loba y parecía divertida—. Estás experimentando lo que sucede con una pareja recién emparejada que está separada. Los cambios de humor, la inestabilidad, gestos que no son propios... Es un reflejo de tu compañero.

Parpadeó incrédula.

—Es broma, ¿no?

—No —negó ella—. ¿Por qué no le das a Dame lo que necesita y te llevo a casa? Mijaíl volverá mañana, si lo que me dice Nicu no cambia... entonces podrás hablar con él y pedirle que te ponga al día antes de la recepción. Te vendrá bien estar al tanto de algunas cosas.

—¿Cómo cuáles?

—Como la de no morir a manos de tu propio compañero —siseó el policía.

—Eres un cabrón hijo de perra —gruñó Melinka.

—Quiero esa información y la quiero ahora —declaró él—. De lo contrario me vas a obligar a volver con una orden de registro.

Lo enfrentó.

—Bien, porque no te daré nada sin esa maldita orden —escupió con visible irritación—. Y si intentas algo, te denunciaré por abuso policial.

Entrecerró los ojos y le sostuvo la mirada.

—No puedes proteger a un ser como ese...

—No lo estoy protegiendo, Damek, pero no te daré nada hasta que tenga toda la información que necesito sobre este asunto.

Respiró hondo.

—Merryna...

—Si no tiene nada más que hacer aquí, detective, le sugiero que busque a las personas que entraron aquí —le recordó—. Quizá entonces encuentre las respuestas que busca.

Sin más le señaló la puerta.

Él siseo.

—Te estás equivocando, Merry.

—Quizá, pero si es así, podrás decir que me lo advertiste y que esta estúpida humana no te hizo caso —le soltó—. Hablaré con mi jefe y ya veremos si tienes razón.

Sin más esperó a que saliese por la puerta.

—Merry...

Negó ante Melinka.

—Si lo que decís es cierto, haré hasta lo imposible para ayudaros, si no lo es, le defenderé.

La miró durante unos instantes.

—Esperaré y luego te llevaré a casa.

Asintió.

—Bien.

CAPÍTULO 26

Agotada. Así era como se sentía Merry física y anímicamente, hecha polvo. Su vida parecía haberse ido para siempre, todo había cambiado en apenas una semana... pero una infernal.

—¿Necesitas alguna cosa?

—Mi vida de vuelta.

—Esa volverá en cualquier momento —le aseguró tranquila—. En cuanto tu lobo esté de vuelta las cosas irán mejor.

La miró con cara de pocos amigos.

—Él fue el único que me la destrozó para empezar.

—Tendrás que dar el brazo a torcer en algún momento, Merry, es el destino.

—No creo en esas cosas.

—Pues ya va siendo hora de que lo hagas.

Sin más, le recordó su teléfono y la dejó sola de nuevo. Miró el teléfono e hizo una mueca.

«¿Por qué demonios no responde a mis llamadas para variar?».

No pudo evitar estremecerse, lo que estaba pasando no era normal, su jefe no estaba metido en esas cosas, no podía ser uno de ellos... y a pesar de todo el germen de la duda empezaba a rascar la superficie.

¿Qué sabía exactamente de él? Nada, absolutamente nada. Sus negocios eran legales, al menos en la parte que le correspondía a ella. Todo estaba al día, las cuentas, los pagos, las retenciones, todo, absolutamente todo se había hecho conforme a la ley, así que jamás había existido sospecha alguna sobre él o su afición.

Sabía que tenía gustos peculiares, solía comprar obras extrañas y contribuir a dar a conocer a artistas emergentes... Los grotescos cuadros no habían sido más que otro pedido de los extraños gustos de su jefe... Hasta que se había revelado la verdad.

Había decidido cerrar la galería bajo su propia responsabilidad hasta que todo aquello se aclarase.

—Maldita sea —siseó.

Tenía unas ganas enormes de ponerse a gritar, de golpear algo y eso también era extraño para ella. Su semana estaba resultando una verdadera mierda, no daba pie con bola y pasaba de la euforia al llanto a la velocidad del rayo. Lo peor sin duda eran las noches, en ellas se despertaba sudando, ardiendo en fiebre y con una sensación de agobio que la dejaba sin aliento. Temblaba de pies a cabeza y lloraba como si fuese el fin del mundo antes de quedarse dormida de nuevo.

Y en medio de todo aquello siempre había un pensamiento, un hombre y una añoranza que le estrujaba el alma.

—Capullo —masculló mirando el teléfono una vez más, pero ya no estaba

pensando en su jefe, su mente había derivado de nuevo a ese lugar en el que todo se volvía una locura—. Ni lo sueñes...

Luchó una vez más con la compulsión de llamarle, de escuchar su voz... Y gritarle hasta quedarse afónica. Le había hecho algo, estaba segura de ello, él era el único culpable de todo y no estaba allí para poder decírselo.

Se acurrucó en el sofá, podía sentir ya las lágrimas picándole en los ojos, listas para escurrirse por sus mejillas.

«Si sigues llorando así cada noche, vas a deshidratarte».

Su voz fue como una tibia caricia, parecía tener un don único para meterse en su cabeza cuando menos lo necesitaba.

«Vete al diablo».

«Me mandas con demasiada frecuencia allí, al final vamos a hacernos íntimos».

«¿No lo sois ya?».

Lo escuchó suspirar en su mente. Esa conexión era tan íntima que le provocaba escalofríos.

«No es plato de buen gusto para un lobo que su compañera sufra».

«No estoy sufriendo... Y desde luego no por ti».

«¿Quieres que vaya a ti?».

«No».

«Tan testaruda como siempre».

«Déjame en paz, me duele más cuando hablo contigo».

«No es verdad».

«Sí lo es, no estás aquí para saberlo».

«Podría estarlo si me lo pudieses. Pídeme que vuelva a ti y estaré contigo. Nadie más que yo aborrece sentir tu dolor».

«Nada de esto tiene sentido, ni siquiera el hecho de hablar contigo de esta manera».

«Es lo más normal entre compañeros, Merry».

Compañeros, esa palabra trajo a su mente el extraño intercambio con Damek.

«Yo no soy tu primera compañera, ¿no?».

Hubo un momento de mortal silencio que la estremeció.

«¿Sigues ahí?».

Casi pudo verlo suspirar.

«De todas las mujeres en el mundo tenías que tocarme tú».

«Lo siento si saliste perdiendo en el sorteo, a mí no me ha ido mucho mejor».

Rezongó. No pudo evitarlo. *«¿Y bien?».*

Un nuevo silencio.

«No. No lo eres».

Había tal pesar en su voz que las lágrimas volvieron a discurrir por su voz y se vio obligada a borrarlas de un manotazo.

«¿Qué le ocurrió?».

De nuevo el silencio.

«Preferiría hablar de ello cara a cara. Te mereces al menos eso».

Su respuesta la hizo recelar.

Las palabras de Mirco volvieron a su mente y no pudo evitar estremecerse.

«¿Murió?».

Solo le respondió el silencio.

«¿La mataste tú?».

Casi al mismo tiempo el timbre de la puerta sonó, sobresaltándola. Se acercó a la puerta y miró por la mirilla antes de abrir la puerta y encontrarse con esos ojos verdes.

—Sí, la maté.

La manera en que lo dijo hizo que el alma se le cayese a los pies, que el corazón dejase de latir durante un segundo hasta que se recobró.

—¿Por qué?

La pregunta pareció cogerlo por sorpresa y no fue al único. Casi podía ver en sus ojos que no entendía como no le llamaba asesino y le cerraba la puerta en las narices.

—Mató a la compañera de mi hermano y me hubiese matado también a mí sí no la hubiese reducido entonces.

Esa no era una respuesta que esperase y tampoco la frialdad en sus palabras.

«Como ves, tienes un monstruo como compañero».

Enarcó una ceja y se hizo a un lado sorprendiéndolo de nuevo.

—¿Por qué lo haces?

Se encogió de hombros.

—Puede que el disparo me haya afectado al cerebro y no solo al abdomen —dijo—. Sin demasiadas las preguntas y muy pocas las respuestas, si tengo que entender esta locura no me queda más remedio que confiar en el culpable de que esté aquí. Vamos, entra, prepararare café. Presiento que va a ser una noche jodidamente larga.

No juzgues el libro por su tapa, era uno de los pocos consejos que le había dedicado su padre alguna vez y era uno por el que a menudo se regía.

Mijaíl era mucho más que el lobo dominante que tenía ante sí, más que el hombre que me sacaba de quicio y con el que siempre discutía. Pero no era un mentiroso, podía verse a ella reflejada en él en esa parte, como dos mitades que se encontraban y se entendían.

Tenerle en su casa era extraño. Aquella vivienda de una sola planta era una de las pocas confesiones en las que se permitió derrochar, su refugio particular y él era el primer hombre que atravesaba su puerta. Ni siquiera con Mirco había sentido la necesidad de invitarle a pasar y él tampoco insistía, ahora se daba cuenta de que, a excepción de algunos polvos, habían actuado más como amigos con derechos, que como amantes o una pareja a punto de casarse. No le amaba, no le provocaba las emociones viscerales que surgía en compañía de ese lobo, unas que apenas podía comprender.

Hizo una cafetera de líquido oscuro y sirvió dos tazas, había visto en su casa que lo tomaba prácticamente solo y con muchísimo azúcar, así que le dejó el tarro de azucarillos delante. Su expresión era cauta, pero también distante, estaba tenso como si no pudiese aceptar tocar el tema que los había llevado allí en primer lugar.

—¿Cuándo llegaste?

—Esta mañana —respondió—. He estado atendiendo unos asuntos con el príncipe.

—¿Has conseguido solucionar ese problemilla tuyo?

—Sí, al menos el que me llevó a casa el otro lo he estado evitando toda la semana como ella a mí.

Se llevó el café a los labios para no responder y tomó un sorbo.

—Si vas a hacerlo, hazlo ya, Merry, la espera no es mejor que la especulación.

Dejó la taza sobre el plato y lo miró.

—¿Por qué tengo la sensación de que esperas que te clave un cuchillo en el corazón o te seccione la yugular?

—Tienes a un asesino sentado en el salón de tu casa.

—Tú eres el único que emplea esa palabra.

—La maté, Merry, y debí haberlo hecho mucho antes.

La crudeza de sus palabras la estremecieron.

—¿Tanto la odiabas?

La sorpresa y el dolor en sus ojos dijo todo lo que era necesario.

—Quererla fue lo que evitó que abriese los ojos a la realidad —respondió con frialdad—. Nunca supe que significaba para un lobo el emparejamiento y lo que traía consigo hasta que la conocí. Era de mi raza, un alma afín o así me lo creí durante un tiempo.

Sacudió la cabeza.

—Es sorprendente como los celos pueden hacer que pierdas perspectiva, que la comodidad de una vida en común evita que lo que para otros es una conducta anómala para ti sea normal. Hasta ese punto es que te ciegas y permites que el diablo despliegue las alas en tu propia casa.

Había dolor y también rencor en su voz.

—Me han dado una segunda oportunidad, una nueva compañera y ni siquiera la quería.

—Vaya, gracias.

Hizo una mueca.

—Ambos sabemos que el sentimiento es recíproco, Merry, estamos atascados aquí porque yo lo hice así, pero no por propia voluntad.

—Cierto —aceptó—. Y por eso mismo me debes unas cuantas explicaciones. Me has metido en un mundo que pensé que conocía y que descubro que no es así. He pasado una semana infernal a muchos niveles, algunos ni siquiera los entiendo. Joder, me estoy volviendo bipolar total. ¿Y ahora me sales con que has matado a tu anterior

esposa? Dios, lobo, necesito comprender todo esto o seré yo la que va a cometer un suicidio.

—Nunca te lo permitiría y lo sabes.

—No, Mijaíl, el problema es que yo ya no sé nada —aceptó pues aquella era la realidad—. Y no lo entenderé hasta que me lo expliques.

Suspiró y asintió.

—Estás dispuesta a enfrentarte a la oscuridad, ¿por qué?

—Posiblemente por el mismo motivo por el que siento que tengo que hacerlo, algo me impulsa a ello y creo que ese algo eres tú.

—Estamos irremediablemente jodidos.

Se encogió de hombros.

—Creo que ese ha sido mi sino durante buena parte de mi vida —contestó—. Háblame de ella, que pasó ese día en el que todo cambió, que te llevó a matar a la mujer que amabas.

—La muerte de otra mujer, una a la que quería como a una hermana.

CAPÍTULO 27

Mijaíl no podía evitar preguntarse cómo habían llegado a ese punto, como había pasado de morirse por ver a esa irritante mujer a desear estar a kilómetros de distancia de ella y de los recuerdos que le estaba obligando a desenterrar. Cuando le había contactado por voluntad propia había estado pletórico, sabiéndose el vencedor de esa inútil contienda, pero entonces le había hecho la única pregunta que no deseaba contestar. Había esperado su rechazo, estaba preparado para ello, pero no para esa actitud desafiante, para esa necesidad que veía en sus ojos y su disponibilidad para escuchar.

Merry no era solo un contrincante verbal formidable, era también capaz de dejar los prejuicios a un lado y sentarse a escuchar. Deseaba hacerlo, deseaba entender, un gesto que no había tenido su hermano Radu, quien cegado por el dolor y la rabia había preferido odiarla. Y él se lo había permitido, había dejado que ese odio lo sostuviese, lo había alimentado con su natural ironía de modo que el lobo no siguiese a su compañera. Algo que sí debió haberle dejado hacer a él.

«No te irás, ¿me oyes? Quiero que la recuerdes, quiero que vivas para recordarla y que lo hagas sabiendo que yo no te dejé morir. Si has de espiar tu culpa, lo harás viviendo con su recuerdo y sabiendo que fuiste el único que debió haberlo evitado».

Poco sabía Radu que esa culpa era incluso más profunda, pues Ekaterina había muerto para salvarle a él y que ese había sido el motivo por el que había terminado matando a su propia mujer.

«No le dejes solo, Mijaíl, no dejes que me siga y si dile que viva».

Ella había muerto en sus brazos, con una sonrisa en los labios y esperanza en los ojos. Ella había creído en él incluso a pesar de que era culpa suya. Le había perdonado sin saber siquiera que había vengado su muerte.

Radu tenía ahora a Judith en su vida, alguien que le había devuelto la esperanza y el destino parecía decidido a hacer lo mismo con él.

Miró a la mujer que tenía ante él y dijo en voz alta lo que jamás le había contado a ningún ser vivo. Le habló de aquella fatídica tarde de octubre.

—No hay antecedentes de demencia en mi raza, ninguna más allá que la generada por la codicia, la maldad, los celos y todo ese despliegue de emociones que caracterizan a los humanos. Nuestra naturaleza animal es... simplemente más resistente a ciertas enfermedades, especialmente a los trastornos mentales. —Le explicó cómo podía recordarlo—. Quizá si lo fuesen, podría haber hecho algo antes o quizá no. En aquel entonces estaba... absorbido por la novedad que suponía tener una compañera y lo que el vínculo traía consigo. Ambos éramos lobos, muy cerca de nuestra naturaleza y nuestros caracteres eran igual de volubles.

Se lamió los labios, necesitaba respirar y hacer una pausa.

—El caso es que no vi lo que otros vieron, no vi cómo se volvía más arisca, más celosa, no noté esos episodios psicóticos a pesar de que Radu me lo dijo y también Ekaterina. —Se pasó la mano por el pelo—. Dios. Adoraba a mi hermana de vínculo, los tres nos conocíamos desde niños y saberla unida a mi mellizo fue todo un regalo.

Hizo de nuevo una pausa y apretó los dientes.

—Ella era joven, tenía toda una vida por delante, tenía la ilusión de darle un hijo a Radu... pero esa tarde sus sueños se triunfaron en favor de la muerte y no fueron los únicos. —El dolor de los recuerdos era agonizante—. Tenía que haber estado allí para recibirla, para estar con ella, pero salí. Cuando volví ya había algo oscuro en mi casa, algo malo... y entonces llegó el olor de la sangre y de la muerte, vi lo imposible, cuerpos mutilados en el suelo, el servicio, personas que llevaban años conmigo y con ella yacían muertos, acuchillados con desacostumbrado sadismo.

Negó con la cabeza.

—Grité su nombre, corrí como un loco rogando que ella estuviese bien, queriendo destrozar a los que habían hecho aquello... pero lo que encontré fue la muerte en sus ojos y a mi hermana gritando que me marchase tan pronto me vio. Estaba ensangrentada, había luchado y se aferraba el costado mientras extendía la mano hacia mí.

No pude llegar a ella, no pude evitar que la acuchillase a ella de nuevo por la espalda. Sus carcajadas eran el sonido más horrible que escuché en mi vida. Se reía, sus ojos eran los de alguien trastornado. Volví a Ekaterina dejando que las dos siguientes cuchilladas me alcanzasen a mí y eso pareció cambiar algo en Zuzanka.

Soltó el cuchillo, me miró sin verme y empezó a gritar cosas sin sentido.

Se abrazó ante el horror de aquel día.

—Ekaterina murió en mis brazos, sus últimas palabras eran de perdón y de promesas. Solo puedo decir que he hecho todo lo posible por cumplirla y eso me ha dado algo de paz.

—¿Qué le pasó a ella?

Escuchar su voz lo ancló al presente.

—Deambuló de un lado a otro, canturreando una canción de cuna, la misma que quería que escuchase nuestro hijo —negó con la cabeza—. Pero el destino no nos había dado descendencia hasta entonces... Volvió hacia la sala y me miró. Parecía una niña pérdida, no mi compañera. Llevaba el cuchillo en la mano goteando sangre, no dejaba de mirarme mientras cantaba y entonces se abalanzó sobre mí.

Todo había pasado tan deprisa, la hija de puta le cortó la palma, su propia sangre cubrió la empuñadura mientras el filo se clavaba hasta el fondo en su corazón y su alma gritaba de dolor.

«Perdóname, compañera, perdóname por no haberlo comprendido antes».

La sostuvo en sus brazos, empapándose con su sangre hasta que notó su flacidez y la muerte se apoderó de ella.

—Radu llegó entonces, había venido a buscar a su esposa como ella le había

pedido y... ni siquiera pudo despedirse de ella.

Miró la taza de café ante él, pequeñas gotas de agua enturbiaron la superficie, pero no era agua, eran sus propias lágrimas.

—No podía dejar que tú te fueses igual que ella, no podía soportar otra muerte sobre mi conciencia. —Se secó la cara avergonzado—. Si te ibas, me iría contigo. No hay más, Merry, no volveré a cometer de nuevo el mismo error.

La vio levantarse, dio la vuelta al sofá y lo miró.

—Sabes que tú no tuviste la culpa, ¿verdad? —preguntó seria—. Tú no fuiste más que otra víctima ese día, Mijaíl, quizá la más dolorosa de todas.

—Si hubiese llegado antes...

—¿Y si no hubieses llegado conmigo?

Lo obligó a mirarla.

—No tuviste más culpa antes de la que crees tener ahora.

—Te he atado a mí sin darte opción.

—Cierto, pero me habría muerto si no lo hubieses hecho, ¿no?

Asintió.

—Pues entonces es mi problema afrontarlo y aceptarlo. Fue mi decisión la que me hizo caminar por esa calle, no tuya.

—La maté, Merry.

¿Es que no podía verlo?

—La liberaste, lobo, le diste lo que nadie podría darle, paz para su alma —aseguró—. No puedes llevar un sudario toda la vida, Mijaíl, estás vivo y... tienes a gente que te necesita, obligaciones. Deja de ser un capullo egoísta y vive de una puñetera vez.

La miró y suspiró.

—Tienes que ser siempre tan mal hablada.

Se encogió de hombros.

—Ya te dije que llevo una semana totalmente bipolar.

—Lo siento.

—No es culpa tuya...

—En realidad sí —aceptó—, porque yo he estado igual.

—Y estas son las cosas que más me molestan. No quiero tus pajas mentales.

—Hay una manera de deshacernos de ellas.

—¿Cuál?

Se lamió los labios.

—Déjame quedarme contigo esta noche y te lo enseñaré... por favor.

—Esto es inevitable, ¿verdad?

—Solo mientras sigas resistiéndote a ello con uñas y dientes.

—Estoy cansada de hacerlo.

—Gracias a Dios —musitó y la abrazó sintiendo así su cuerpo contra el suyo—. Ojalá pudiese darte la libertad, Merry, pero aunque pudiese, empiezo a pensar que ya

es demasiado tarde. No quiero dejarte ir.

—No lo hagas —negó ella—. No soportaría otra semana de locura como esta.

—Con suerte, no la tendremos ninguno de los dos.

CAPÍTULO 28

Que el cielo la asistiese, pero esto era lo que había estado deseando desde el primer momento, incluso cuando se resistía a él con uñas y dientes, deseaba esto. Sus caricias la encendían y calmaban al mismo tiempo el secreto anhelo que desesperaba en su cuerpo. Se bebió su aliento en un beso, deleitándose con su sabor, su humedad y calidez, con ese toque especiado y masculino tan suyo.

—Nunca esperé un milagro, no me creí digno de merecerlo, pero tú eres el mío, Merry, uno al que no soy capaz de renunciar.

Sus palabras le acariciaron los labios, había tal desesperación en ellas que sintió ganas de llorar por él.

—No te estoy pidiendo que renuncies, solo espero que lo aceptes...

Ni siquiera pensó en lo que significaban sus palabras, pero era algo que sabía internamente, algo que llevaba en su alma y que era el momento de dejarlo salir.

La declaración se ahogó una vez más bajo sus labios, un segundo antes de que su lengua incursionara entre ellos y se enlazase con la suya. No pudo evitar gemir ante el placer del contacto, reconociendo su sabor y la sensación de su cuerpo aprisionando el suyo contra el colchón. Ni siquiera sabía cómo habían pasado al dormitorio, pero no le importaba, todo lo que deseaba era abrazarle y sentirle, quería borrar la febril desesperación de esa última semana y los agónicos recuerdos que lo torturaban. Deseaba hacerlo por él, necesitaba hacerlo y, si debía ser sincera consigo misma, ni siquiera comprendía el motivo. Dejó sus labios para continuar mordisqueándole la mandíbula, depositando pequeños mordiscos y besos que se fueron desplazando por su garganta, pellizcándole el pulso y lamiéndole el pequeño hueco de piel antes de rozarle la clavícula con la nariz.

—Hueles muy bien, Merry, tan bien que no puedo encontrar mejor pasatiempo que pasarme la noche lamiéndote.

Y sus palabras no hicieron más que confirmar sus intenciones. Se estremeció cuando sintió como descendía sobre ella, deshaciéndose de los últimos vestigios de su ropa, desnudándola y deleitándose en su piel. Le besó los senos y lamió los pezones, deteniéndose en ellos como si hubiese encontrado de pronto su juguete favorito. Le acarició el estómago con los dedos provocándole nuevos estremecimientos, el aire golpeaba las zonas que había humedecido su lengua provocándole suspiros y escalofríos de lo más placenteros. Estaba en llamas, sentía que ardía y que todo lo que deseaba era a él, su piel pegada a la suya, su cuerpo encajando a la perfección contra el propio sin nada más entre ellos.

Su lobo sabía cómo volverla loca, cómo hacer de una caricia algo eterno e interminable, parecía no tener suficiente de ella y su cuerpo reaccionaba en consecuencia, buscando más, igualando su pasión y encendiéndose cada vez más.

—Sí, eres deliciosa... un verdadero manjar solo para mí.

Sus ojos se encontraron a través de su cuerpo y el tiempo pareció quedarse en suspenso, era como si todo lo que había pasado hasta ahora empezase a tener sentido, como si las piezas de ese extraño *puzzle* encontrasen por fin el lugar correcto en el que encajar, como si efectivamente ella le hubiese pertenecido siempre y él fuese el que debía haber esperado.

—Misha...

Pronunció el nombre que acudió a su mente, el que le susurró su alma, aquel que veía en sus ojos, el del hombre que era con ella. Este era su lobo, no era un alfa, no era un guerrero, no se vestía con sarcasmo, era solo Misha, un hombre que la deseaba como a ninguna otra, un lobo dispuesto a entregar su vida si con ello ella vivía.

Lo vio parpadear y sonreír ligeramente.

—Hacía tiempo que no escuchaba ese diminutivo saliendo de los labios de alguien —comentó bajando sobre ella, sus ojos más oscuros de lo normal, más salvajes y, a pesar de ello, no sintió miedo—, y me gusta escucharlo en los tuyos.

Se lamió los labios.

—Entonces, te llamaré así.

Sonrió y rozó de nuevo sus labios, arrancándole el aliento con un beso.

—Si ese es tu deseo, estoy conforme.

La besó una última vez antes de bajar de nuevo por su cuerpo con la mirada, degustando lo que veía y decidiendo desde dónde continuar con esa erótica tortura. Volvió a sus pechos, los sopesó en las palmas, la volvió loca con su lengua hasta tenerla retorciéndose sobre la cama, solo entonces se permitió retomar el camino y continuar hacia su ombligo. Lo rodeó con la punta de la lengua, la succionó y le provocó cosquillas, una treta para mantenerla entretenida mientras hacía desaparecer de su cuerpo las últimas prendas de ambos.

Volvió a mirarla a los ojos, era como si deseara que supiese en todo momento que era él quien la tocaba, quién la acariciaba y, cuando esas grandes manos resbalaron por sus muslos, separándole las piernas con suavidad y decisión, supo que estaba perdida. La recorrió con los dedos, jugando sobre su piel, esquivando a propósito su sexo sin darle la atención merecida, una que su cuerpo demandaba a gritos.

—Eres mía, Merry, solo mía —reclamó sin romper el contacto visual, su voz más oscura, más brusca y, aun así, sabía que seguía siendo él quien estaba al mando.

Jadeó al ver cómo sus ojos descendían sobre la uve de sus piernas, centímetro a centímetro empezó a descender sobre ella hasta que esa rubia cabeza se enterró entre sus piernas, su aliento le acarició el desnudo sexo y su lengua resbaló a lo largo de los hinchados y húmedos labios dejándola sin respiración.

—Misha.

Echó la cabeza hacia atrás, los dedos se envolvieron en las sábanas y aferró la tela en sendos puños mientras el placer explotaba en su cuerpo acicateado por ese hombre y su pernicioso lengua.

Se sentía totalmente expuesta a él, incapaz de cerrar las piernas mientras la mantenía abierta a su antojo, bebiendo de su cuerpo como un hombre sediento, degustando su sabor. Cada caricia estaba destinada a enloquecerla, cada pasada de su lengua le arrancaba un poco de cordura convirtiéndola en un cuerpo sollozante de placer. Aventuró un vistazo y el verle allí, entre sus piernas, disfrutando de ella hizo que empezase a sentir los pechos más pesados, los pezones más duros y demandando la previa atención.

Hervía. De una y mil maneras distintas su cuerpo era como una caldera en ebullición. Se calentaba más y más, deseándole, anhelándole, llevándola a la absurda necesidad de suplicarle que no se detuviese y que acabase con esa locura.

—Por favor... oh, por favor...

Su respuesta fue una divertida risa, pero no la escuchó con sus oídos, sino en su mente.

«Dime que es lo que quieres, Merry, dímelo y te lo daré».

Sacudió la cabeza sobre la almohada, se llevó el puño a la boca y gimió.

«Dímelo, Merry, quiero darte lo que necesitas, dime que es».

Gimió, arqueó las caderas y perdió todo contacto con la realidad.

«A ti, te necesito a ti. Por favor, Misha. Por favor».

Volvió a reírse en su mente mientras deslizaba las manos por sus piernas, deteniéndose solo al llegar a las rodillas y se las separó, abriéndola aún más mientras la succionaba una, dos, tres veces antes de introducir la lengua en su interior.

«Tus deseos son órdenes para mí, prietenã».

No podía responder, apenas sí podía pensar en una respuesta coherente y cuando notó sus dedos jugando en el lugar que había estado su lengua y esta pasando a su clítoris, dejó incluso de respirar.

—¡Oh señor!

Se arqueó sobre el colchón, alzando las caderas por voluntad propia, deseando más de lo que le daba. El placer era intenso y crecía a pasos agigantados amenazando con arrasarlo todo y dejarla hecha pedazos. Tenía los sentidos saturados, solo había éxtasis y ese hombre que se lo proporcionaba a raudales.

Arqueó las caderas al sentir un nuevo relámpago de placer disparándose por su cuerpo, su lengua dejó de atormentar la pequeña perla y se sintió penetrada por sus dedos, mientras su lengua jugaba con los bordes de su sexo.

«Córrete para mí, dulzura, déjame ser partícipe de tu éxtasis».

Su voz era como un afrodisíaco y manejaba su débil cuerpo a su antojo. Nada más pronunciar esas palabras, el ritmo de sus dedos se incrementó y pronto se encontró experimentando un fiero orgasmo.

«¡Misha!».

Sus dedos se hundieron un par de veces más, extrayendo hasta el último temblor de su cuerpo mientras la besaba en el pubis y volvía a ascender por su cuerpo, cubriéndola ahora con el propio. Notó la dureza de su erección acariciándole la

cadera, una de sus rodillas se abrió paso entre sus muslos y con el solo roce su cuerpo se reavivó una vez más. El sexo le latía de necesidad a pesar de esa primera liberación, era como si el orgasmo no hubiese hecho otra cosa que avivar su hambre por él y esa necesidad era abrumadora. Quería tenerlo dentro, necesitaba sentirlo profundamente en su interior y, como si estuviese en su mente viendo sus pensamientos, la complació posicionando la punta de la pesada erección en la húmeda entrada y empujando con suavidad.

—Respira, *prietenã*, respira y relájate —le escuchó murmurar al oído—. Estás hecha para mí, estamos hecho el uno para el otro. Déjame entrar, llévame a casa.

Gimió al sentir como entraba en ella, sus caderas se arquearon por sí solas dándole la bienvenida, su sexo cedió a la intrusión acogiéndole en su interior hasta que fueron uno solo.

—Adoro sentirte a mí alrededor, tan ceñida, tan húmeda —ronroneó en su oído al tiempo que reclamaba de nuevo sus labios y le acariciaba el costado, esperando, dejando tiempo a su cuerpo para que se adaptase al suyo—. Tan mía...

Su lengua incursionó de nuevo entre sus labios, exigiendo una respuesta de la propia e iniciando una retirada que acompasó a la de su dura verga. Cerró los ojos y se entregó al éxtasis de sentirle moviéndose entre sus piernas, disfrutando de su cuerpo y haciéndola disfrutar al mismo tiempo de ese desnudo y abierto placer.

Cada movimiento de sus caderas estaba destinada a volverla loca, a acercarla más y más a él y no podía hacer otra cosa que acompañarle, que agradecer esa cercanía que poco a poco iba derribando cada una de sus barreras.

El dormitorio pronto se llenó con los gemidos de los dos, con el sonido de la carne húmeda chocando contra la carne. Empezó lento, un ritmo pausado y agradable que poco a poco fue incrementando en velocidad, adaptándose a las necesidades de sus cuerpos hasta que todo lo que pudo hacer fue rodearle con las piernas y hundir los dedos en su pelo y acercarlo más a ella.

—Misha... por favor... Misha...

Le gustaba llamarle así, era como si él le hubiese dado una parte de sí mismo, una solo para ella y algo en su interior deseaba conservarlo, deseaba hacerlo suyo y no soltarlo jamás. Se entregó a él sin reservas, dejó de pensar y permitió a su cuerpo tomar las riendas y disfrutar de una nueva liberación que se llevó consigo los últimos rescoldos de sus reservas.

En ese momento era suya, como él era de ella y Merry no podía pensar en algo más hermoso y correcto que ese pensamiento.

CAPÍTULO 29

El teléfono empezó a sonar y a vibrar saltando sobre la mesilla de noche, el traqueteo unido a la cantarina melodía hizo que se revolviere en la cama, restregándose los ojos y sacando el brazo de debajo de las mantas para callar el barullo.

—Demonios, cállate ya de una vez. —Se balanceó sobre el borde del colchón al punto de inclinarse hacia el suelo.

—Tienes una manera muy rara de salir de la cama. —La somnolienta voz masculina la hizo consciente de algo que había olvidado.

Se giró y lo miró, estaba tan *sexy* en su cama, desnudo de cintura para arriba, con un brazo detrás de la cabeza que se olvidó durante unos segundos del motivo de su despertar.

—Tú teléfono sigue sonando, Merry.

Parpadeó y se lanzó de nuevo a por el aparato solo para terminar, ahora sí, terminando espatarrada, con las manos apoyadas en el suelo.

—Ay Dios.

Le escuchó reírse, el colchón se movió y acto seguido era izada por la cintura.

—¿Estás intentado demostrar algo, compañera?

Se sonrojó y sacudió la cabeza para mirar finalmente quien era la persona que se atrevía a despertarla y jadeó al ver el identificador.

—Ay Dios, es mi jefe.

Aquello le puso alerta al momento, su rostro perdió su diversión y se enfureció.

—Atiéndelo —pidió.

Habían hablado largo y tendido de esas pinturas y se había horrorizado aún más al saber todo lo que había pasado. Si su jefe era el hombre que estaba detrás de aquellos crímenes y persecuciones había estado trabajando durante x años para un asesino y eso era sencillamente aterrador.

Respiró profundamente y contestó.

—Señor Jelinek, gracias por devolverme la llamada. —Miró a Mijaíl quien asintió en silencio—. He intentado contactar con usted, pero...

—Merry, ¿qué ha pasado? Acabo de llegar de viaje y me he encontrado con tu mensaje, querida —aseguró—. ¿Qué es eso de que han entrado en la galería? ¿Falta alguna cosa? ¿Cómo han podido desactivar la alarma y el vídeo? ¿Y qué es eso de que hay problemas con las nuevas obras? Todos los papeles deberían estar al día.

Carraspeó, era la primera vez que escuchaba a su jefe tan cabreado. Por lo general era muy comedido.

—Señor Jelinek.

—Um... me temo que no tengo idea, yo estaba en la galería cuando entraron y le juro que la alarma estaba conectada.

Lo oyó mascullar.

—¿Estabas en la galería cuando entraron? Pero, ¿no deberías estar ahora mismo de luna de miel?

Miró a Mijaíl, quien la miró divertido y escuchó a su interlocutor.

—Dios mío, niña, espero que llames de inmediato a la policía.

—Sí, lo hice, de hecho... ese es el motivo por el que lo llamé —continuó—. A simple vista no parece faltar nada, pero el detective Damek... los nuevos cuadros que me envió parece que podrían ser testimonio de un horrible crimen.

—¿Cómo?

Su indignación era palpable, no había nada que indicase que estaba al tanto o que él fuese el hombre que su compañero buscaba.

Miró al hombre a su lado y asintió, la estaba apoyando en silencio.

«Pregúntale cómo obtuvo ese material y dile que forma parte de una investigación policial. Que es indispensable que venga a Praga y se ponga a disposición de la policía».

Asintió y empezó a transmitir su petición recibiendo indignación y resoplido a partes iguales. Estaba atónito por el curso de los acontecimientos.

—Esto es inaudito —aseguraba el hombre—, las obras han sido adquiridas a través de la galería Truro, de Londres, como he adquirido otras antes. El papeleo está todo al día. Eran una muestra de un nuevo artista cuya obra estaba expuesta y en disposición de venta, puedes poner todos los papeles en manos de la policía si es necesario, te autorizó a ello, querida. Ya he reservado un vuelo, te avisaré tan pronto aterrice. No hay nadie que desee esclarecer esto más que yo, odiaría ver a Ekate metida en algo turbio.

Y no era el único, esa galería no era solo su trabajo, era parte de su vida, de quién era.

—Mantenme al corriente de todo lo que ocurra, dejo Ekate en tus manos como siempre.

Sin más cortó la comunicación y ella dejó escapar el aire que no sabía que no estaba ni conteniendo.

—Él no está detrás de esto, ¿verdad?

Mijaíl estiró el brazo y la atrajo a sus brazos, pegándola a su pecho, a su calor y eso contribuyó a eliminar la tensión que le había provocado la llamada.

—Me gustaría poder decirte que no, Merry, pero después de lo que he visto ya no doy nada por sentado. Quien quiera que esté ahí fuera moviendo los hilos, es un auténtico demente, un verdadero monstruo.

Se estremeció ante sus palabras.

—¿No sabéis todavía quién es? ¿Su verdadero nombre?

Le acarició el pelo.

—Tenemos un nombre, pero sencillamente no existe —aseguró—. Vasile Armitage no existe como tal y las dos únicas personas que podrían conocerle si lo

viesen, son demasiado preciosas para ponerlas en peligro.

Negó.

—Judith está convencida de que está aquí, en Praga y los furtivos ataques que llegan perpetrando las últimas semanas, también apuntan a esa posibilidad.

—¿Judith es...?

—Mi cuñada. —Sonrió—. La compañera de Radu.

—¿Y por qué está tan segura?

—Es una médium.

Parpadeó, no podía ser, pero...

—¿De casualidad estás hablando de Judith Stevens?

—¿La conoces?

—No personalmente. —Negó sorprendida por la coincidencia—. Mi jefe me pidió que contactarse con ella por un tema personal.

Su mirada hablaba sola.

—¿Qué tipo de asuntos podría querer con Judith?

—Según sé, ella busca gente... —Se encogió de hombros. No estaba muy al tanto del currículum de la mujer. De hecho, el encargo le había llegado por *e-mail*, como muchos otros del filántropo—. Mi jefe está buscando a alguien a quien perdió hace años.

Sacudió la cabeza.

—De todas formas, nunca me devolvió la llamada.

Frunció el ceño con gesto pensativo.

—¿Y cuándo dices que sucedió eso?

—Hará cosa de un mes.

—Demasiadas coincidencias, demasiadas casualidades... —Negó con la cabeza—. No me gusta.

Y no podía culparle por ello, a ella tampoco le gustaba un pelo.

—Quizá no sea más que...

Se vio interrumpida de nuevo por el sonido del teléfono, pero esta vez se trataba de un mensaje entrante. Lo miró e hizo una mueca.

—Bueno. Parece que ha encontrado vuelo y llegará aquí a mediodía —suspiró—. Tendré que recogerlo en el aeropuerto y llevarlo a la galería.

Gruñó, un sonido muy lupino que la estremeció.

—Avisa a Damek. —Su gruñido se hizo más intenso—, si lo hago yo le arrancaré la cabeza por dejarte plantada... Aunque, por otro lado, quizá tenga que agradecersele.

Parpadeó.

—¿Cómo has...? —La respuesta vino sola—. Melinka.

Se limitó a mirarla y un segundo después la tenía de nuevo debajo de él.

—Nunca me ha caído demasiado bien el poli, podría morderle, si me lo pides.

Puso los ojos en blanco.

—No, gracias, conozco tus mordisquitos y no son precisamente algo nimio —le aseguró.

—A ti te muerdo con cariño... a él... bueno, el cariño está de sobra.

Sacudió la cabeza.

—No le hagas nada, por lo que sé, está pasándolo bastante mal con su propia compañera —aceptó—. Ese ya es bastante castigo.

Gruñó y bajó el rostro hacia su cuello.

—Sí, esa muchachita ha visto cosas que ningún ser vivo debería conocer —aceptó con cierta tristeza, entonces la besó en el hueco de la clavícula—. No quiero seguir hablando de esto, no servirá de ayuda a nadie.

Lo envolvió con los brazos.

—¿De qué quieres hablar entonces?

—De nada —aseguró subiendo por su garganta—. Quiero pasar el tiempo lamiéndote, mordisqueándote y hundiéndome de nuevo en ti.

Y una palabra tras otra, fue haciéndolas realidad.

Quizá no fuese tan malo ser la compañera de un lobo, desde luego, podía acostumbrarse sin problemas a pasar el resto de su vida así.

CAPÍTULO 30

Una llamada telefónica que no esperabas nunca era una buena señal. No era de los que dejaba las cosas al azar, no podía permitírselo, cada uno de sus pasos requería una planificación milimétrica, casi obsesiva, era el precio que debía pagar para permanecer indetectable.

Miró el móvil que seguía danzando sobre la mesa con el identificador de llamada parpadeando y optó por dejar que saltase al buzón de voz.

Repasó mentalmente cada conversación y contacto que había tenido con ella en los últimos meses, la última vez que lo contactó había sido al correo anónimo que mantenía únicamente para sus transacciones con ella. Le había enviado el correspondiente recibo y los papeles firmados. Una venta perfectamente legal y limpia a nombre de un artista *freelancer*.

Esperó los cinco minutos de rigor y accedió al buzón de voz.

—Tiene usted un mensaje del número... —anunció la voz electrónica—. Mensaje número 1.

Al momento saltó la melosa voz de la marchante de arte.

—Señor Green. Le llamó para comunicarle que el último comprador del lote 83 está interesado en futuras obras. Le pide encarecidamente que le llame, pues dice tener algo que podría ser de su interés. Le envío por correo electrónico la fotografía que me ha adjuntado —anunció—. Espera que pueda ponerse en contacto con él a la mayor brevedad posible.

El mensaje terminaba ahí. Lo reprodujo un par de veces más analizando la inflexión de su voz y llegó a la conclusión de que no había nada que le pudiese alertar.

A pesar de ello, tenía una sensación que no podía quitarse de encima.

Rodeó la mesa, abrió el portátil y tamborileó sobre la superficie de madera hasta que el dispositivo se encendió. Al momento le saltó el aviso de correos entrantes, desechó un par de ellos y fue directo al que le interesaba.

El cuerpo del mensaje reproducía más o menos lo que acababa de escuchar y añadía una frase que aumentó esa sensación de peligro. Abrió el archivo adjunto y entrecerró los ojos mientras la imagen se iba abriendo.

—No es posible...

Se apoyó en la mesa y abrió los ojos todavía más a medida que la imagen se iba desvelando y aparecía en la pantalla algo que no había visto en muchos años.

Un sudor frío empezó a perlarle la frente, su mente retrocedió en el tiempo, a su niñez y al lugar en el que había estado puesto ese diseño el cual no era otra cosa que un pedazo de tela de un crespón mucho mayor.

Estimado señor Green.

Estaría interesado en cualquier información que pudiese aportarme sobre el símbolo que aparece hábilmente incluido en sus inquietantes cuadros.

Y firmaba con el nombre y título del filántropo que había adquirido las obras para la galería Ekate.

¿Casualidad? ¿Una trampa bien elaborada por sus enemigos?

Negó con la cabeza. No. Ninguno de ellos lo relacionaría con esas obras, Malakias Green era el nombre de un *yonkie* que vivía en los suburbios de París, un artista callejero que exponía en la calle y que recientemente había tenido la fortuna de exponer en algunas galerías de segunda. El profesor estaría esperando un muchacho desaliñado, un alma bohemía y ni a alguien de su intelecto.

Sí, las obras habían causado el efecto deseado, mayor aún a sus expectativas a tenor de las últimas informaciones, ya que las sospechas habían empezado a rondar también a la insulsa humana a cargo de la galería; la compañera del alfa de Bratislava.

El avispero había sido agitado convenientemente, pero no era suficiente, necesitaba que las ratas empezaran a correr en todas direcciones, sin saber realmente a dónde dirigirse.

Respiró profundamente y sopesó sus opciones. Necesitaba recuperar ese pedazo de tela de la foto, descubrir qué información podía poseer el anciano y asegurarse de que no interfiriese con sus planes. El momento ameritaba una puesta en escena especial, algo que volviese locas a las avispas y las empujase al fin a tomar acciones.

La paciencia era siempre una virtud que se había obligado a cultivar y ahora más que nunca debía tenerla presente.

Volvió a mirar la imagen y reenvió el correo con los datos del profesor a su única persona de confianza adjuntando un par de frases.

Recupéralo.

Sânge, viață și eternitate.

Borró todo rastro del *e-mail* de su portátil e hizo lo propio con el mensaje. Sacó la tarjeta del teléfono y se dispuso a deshacerse de ella. Eso era lo bueno de los teléfonos de prepago.

Abrió uno de los cajones del escritorio y eligió otro de los dispositivos que todavía permanecían operativos. Marcó el único número registrado y esperó hasta que respondieron al tercer toque, tal y como esperaba.

—Tengo un nuevo trabajo para ti y tus muchachos.

Escuchó la réplica de siempre y puso los ojos en blanco. Tan pronto terminase con aquello iba a matarlos él mismo.

—Sí, de acuerdo —aceptó con gesto aburrido—. Destruirlo todo, hasta los cimientos... Y no, ninguna víctima está vez... Quiero que lo vea, que el mensaje sea transmitido.

Tras escuchar la confirmación del otro lado de la línea, colgó.

Había llegado el momento de mover sus piezas y obligar al rey y a la reina a trasladarse sobre el tablero de ajedrez.

CAPÍTULO 31

Mijaíl no podía pasar por alto la ironía que le producía su presencia en esa casa. En el último mes había pisado ese lugar más veces que en los últimos diez años de su vida, lo cual, dado el motivo de tal ausencia, no dejaba de ser realmente irónico.

El Refugio, como ya llamaban a la casa de su hermano en la ciudad nueva, se había convertido en la sede de todo movimiento lupino, el hecho de que estuviese dando posada a los príncipes y a los distintos alfas de las regiones europeas y americanas que se dejaban caer de cuando en cuando, era además otro de los motivos por los que el lugar parecía haberse convertido en una fortaleza.

Dejó atrás el área principal y atravesó los pasillos que tan bien conocía hasta recalar en la biblioteca, dónde encontró justamente lo que estaba buscando.

—Señoras. —Saludó al grupo de hembras que acompañaban a la compañera de su hermano—. ¿Os importa si os robo un momento a vuestra anfitriona?

—Depende, ¿nos la vas a devolver? —preguntó Leah mirándole con gesto divertido—. Es solo para saber a qué atenerme.

Le gustaba esa loba, no solo era divertida, sino que carecía de respeto alguno hacia su alfa y compañero.

—¿Estás pensando en empezar tú misma la próxima revuelta?

La chica resopló y sacudió la cabeza.

—Vosotros sois los que os perseguís la cola, Mijaíl, yo utilizo técnicas un poco más... sutiles.

—Recuerda que castrar a tu compañero no es una opción, Leah.

La esposa del alfa de Manhattan permanecía arrellanada en un sillón, su vientre redondo e hinchado con el embarazo. Si bien era humana, llevaba ya un tiempo emparejada con el lobo y ahora esperaban a su primogénito.

—Lo sé, lo sé —aseguró la chica—. Sería una pérdida de tiempo... por no decir que me perdería toda la diversión.

Judith, quién no había dejado de mirarle desde que se había detenido en el umbral, se levantó del asiento y caminó hacia él. La compañera de su hermano era una mujercita extraña, con un poder que escapaba a su comprensión y que les había salvado el culo varias veces las últimas semanas.

—Me alegra ver que ya estás de vuelta —le dijo ella, su mirada fija en la suya—, y que has dejado el equipaje detrás de ti.

Enarcó una ceja ante su comentario y se hizo a un lado para dejarla pasar antes de despedirse de las presentes.

—Señoras.

Acompañó a la joven hembra a lo largo del pasillo, sumidos ambos en un cómodo silencio que solo fue interrumpido por las palabras de la chica.

—¿Cómo se encuentra tu compañera?

—Merry está bien, gracias —aceptó con educación.

—Deberías traerla, tenemos sitio de sobra para dos personas más.

Enarcó una ceja.

—Claro, cuando esté seguro de que mi hermano no se encuentra en el país.

—Ahora mismo está con Velkan.

—Motivo por el que estoy aquí solo.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—¿Cuándo pensáis enterrar el hacha de guerra? ¿No te parece que ya es tiempo más que suficiente para que hagáis las paces?

—Te diría dónde me gustaría enterrar esa hacha, pero temo que no te iba a gustar.

—Estás cargando con una culpa que no es tuya, Misha —le dijo girándose lo justo para mirarle—, Radu debería saberlo. Ambos estáis sufriendo y no hay razón para ello...

Negó con la cabeza.

—No te ofendas, hermanita, pero métete en tus asuntos y deja que yo me encargue de los míos.

Ella levantó las manos a modo de rendición.

—No insistiré —aceptó—. Pero luego que ninguno me venga llorando. No hay más ciego que aquel que no desea ver lo que tiene delante de los ojos. Bueno, si no vienes por Radu, ¿qué es lo que te trae por aquí?

—¿Te suena el nombre de Jelinek? —le preguntó—. ¿Quizá de una llamada telefónica de hará cosa de un mes? ¿Una petición por medio de su secretaria?

Arrugó la nariz y asintió casi al momento.

—Sí, sí... No sabía cómo podía haber conseguido mi teléfono, se lo dije a Damek, pero entonces, con todo lo que ha estado pasando... ¿Por qué?

—Merry —explicó con sencillez—. Fue ella la que hizo la llamada en nombre de su profesor. El mismo propietario de las galerías Ekate, dónde han aparecido esos escabrosos cuadros.

La chica parpadeó un par de veces.

—¿Tu compañera?

Asintió, la sorpresa en sus ojos era genuina. No se le había ocurrido contrastar los nombres.

—Vaya —murmuró y se quedó pensativa—. Quizá por eso me parecía tan extraño...

—¿Llegaste a devolverle la llamada?

Negó con la cabeza, lo cual confirmaba las palabras de su mujer.

—No, como ya te dije, le pasé el aviso a Damek y prometió investigarlo, pero... —Extendió las manos con gesto de impotencia—. Las cosas han cambiado mucho desde entonces y él tiene ahora la cabeza en otras cosas...

Sí, el policía tenía su buena cuota de problemas entre las manos, ese era el único

motivo por el que no le había dado una paliza... todavía.

—¿Y dices que ese tal profesor Jelinek es el dueño de la galería en la que aparecieron las obras?

Asintió. Ella estaba al tanto de las últimas novedades, al igual que el resto de los implicados más directos.

—Así es —confirmó—. Está de camino a Praga. Llamó a mi compañera esta mañana y... la verdad es que no creo que sea él, su tono no evidenciaba nada extraño, nada... oscuro... Con todo, no me gustan las casualidades, mucho menos de este tipo.

Sacudió la cabeza y le acarició el brazo a modo de apoyo.

—Se lo diré a Radu, avisará a Velkan y mientras yo hablaré con mi jefe, si todavía no ha investigado al profesor, este es tan buen momento como otro para hacerlo —dijo convencida—. Te avisaré con lo que averigüe.

Asintió.

—Gracias, Judith.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Ahora somos familia, lobo, no lo olvides.

Lo sorprendió con un beso en la mejilla antes de dar media vuelta y marcharse con total tranquilidad. Se llevó la mano a la cara y suspiró, al menos había alguien de la «*familia*» que no quería sus tripas en bandeja.

Sacudió la cabeza y volvió sobre sus pasos. Empezaban a tener demasiadas piezas e iba a ser complicado colocarlas en la posición correcta para dar vida a ese extraño y caótico *puzzle*.

La sala parecía asfixiante, las pocas personas que había allí reunidos estaban en mortal silencio, tensos e incluso incrédulos con las noticias que Mijaíl acababa de verter sobre ellos. Velkan aventuró una mirada a Arik, el hombre estaba en silencio, su rostro inexpresivo, pero él sabía que era todo fachada. La rabia luchaba con el dolor a partes iguales, una intentando imponerse sobre la otra, dos emociones crudas que hacían de su ejecutor el más peligroso de los lobos ahora mismo.

No se lo había creído, le parecía imposible, una equivocación que podía terminar con la vida de una loba que él prácticamente había criado y educado. Pero ambos sabían que ninguno de los mellizos mentiría, no sobre algo así, no a ellos, no con ese maldito ahí fuera, listo para atacar.

Ahora empezaban a encajar algunas cosas, algunos movimientos y al mismo tiempo seguía existiendo un vacío, una ignorancia que era si cabía mucho más peligrosa.

Miró a su compañera, Denali estaba tan sorprendida como los demás, había intercambiado un par de miradas con Nahara, quién se mantenía alerta a todo lo que ocurría a su alrededor.

—¿Qué hacemos?

—No lo sé... Apenas si puedo procesarlo, estuve ahí fuera con ella —aseguró Nahara—, ambos lo estuvimos.

Judith sacudió la cabeza, la pelirroja se había puesto pálida con las noticias y no había dejado de negar con la cabeza desde entonces.

—No... No lo entiendo —negó la pelirroja—. He estado cerca de ella y... No, no, no, no. No tiene sentido. Su aura no está contaminada, no más allá de la oscuridad que puede habitar en cualquier cazador lupino... No lo entiendo. —Se volvió hacia su compañero—. *Babika* no me ha advertido...

Le posó la mano sobre el hombro, tranquilizándola y miró a su mellizo. La hostilidad entre esos dos parecía haber remitido un poco, aunque todavía había un obvio distanciamiento entre ellos.

—Braden dice que era ella y sé que no acusaría a nadie si no estuviese seguro al 100% —aseguró con tacto—. Y menos después de lo que le han hecho.

—¿La vio?

La pregunta vino de Arik.

Negó con firmeza.

—No. Pero está seguro de haber captado su rastro...

—Eso no es suficiente...

—Y está convencido de que ella estaba presente cuando lo torturaban —insistió—. No es un lobo que se invente algo así y lo sabes.

Aquello fue suficiente para desestimar cualquier comentario que pudiese venir a mayores.

—¿Cómo ha podido... traicionar así a su propia familia? —La pregunta salió de los labios de Nahara—. ¿Cómo puede tener que ver con él? ¿Cómo puede ayudarle?

—Nahara...

—No. —Negó, apartándose de su compañero—. Ha estado saliendo con nosotros, ha estado cerca de Denali y Velkan... ha podido...

—Pero no lo hizo —comentó su princesa y le miró—. Nunca me he sentido amenazada por ella...

—Y ese es el principal motivo que la hace peligrosa.

Las palabras vinieron de Arik.

Asintió, esa era la única verdad.

—Y repitiendo lo que ya se ha dicho, ¿qué hacemos con ella?

La pregunta vino de Radu. El alfa de Praga no estaba cómodo con los recientes acontecimientos, especialmente con su compañera en medio del huracán.

—Por ahora mantendremos esta información en secreto —declaró—, cuanta menos gente lo sepa, mejor. No queremos alertarla...

—La vigilarémos...

—No —negó Arik—. Yo lo haré. Si ve alterada las rutinas sin motivo, sospechará. Si efectivamente está metida en esto...

—Arik...

—La utilizaremos en nuestro beneficio —concluyó y le miró—. Odin volverá a finales de semana. Él más que nadie podría alertarla, es necesario que se mantenga al margen.

—No le va a gustar —aceptó y miró a Denali—, pero lo entenderá.

—Quizá sería buena idea que Luke no trajera a Shane... —añadió Judith.

—Estáis hablando de no alertar a esa loba y estáis tomando toda clase de medidas para hacer exactamente eso —intervino Denali—. Si empezamos a cambiar las rutinas...

—Sí, la princesa tiene razón...

—La princesa responde por Denali.

Sonrió, le gustaba verla tan tranquila y a gusto entre los suyos.

—Delani tiene razón.

—Gracias.

—Un placer —replicó Mijaíl y continuó—. Como decía, tiene razón, tenemos que mantener la rutina, hacer como si no hubiese ocurrido nada, por eso, cuanto menos gente lo sepa, más fácil será tender esta red.

—Estaremos alerta —aceptó, aunque su primer instinto, con su compañera al lado, era matar a esa maldita zorra y preguntar después.

Una serpiente en su propia casa, sentándose en su mesa todo ese tiempo, había heridas que no se veían y que escocían tanto o más que las que sí.

CAPÍTULO 32

Merry estaba segura de que nunca había escuchado hablar tanto a su jefe como ese día. El hombre parecía totalmente eléctrico, moviéndose de un lado a otro, lanzando datos a diestro y siniestro, comprobando él mismo los registros y confirmando lo que ella misma había dicho a la policía, que no faltaba nada. Jelinek se había mostrado totalmente colaborador con la policía, le había hecho entrega a Damek de toda la documentación de las obras y le había dado carta blanca para llegar al fondo del asunto; de hecho, se lo había exigido.

Solo hacia el final de la tarde se había permitido reducir la intensidad de su jornada y la había mandado a casa. Se alojaría en uno de los hoteles de la ciudad, pensaba quedarse en Praga hasta que todo aquel asunto se solucionase, lo que significaba más días agobiantes como aquel.

Con todo, se encontraba más tranquila, como si el haber visto la preocupación de su jefe borrara de un plumazo todas las posibles sospechas que habían caído sobre él en primer lugar.

Dejó atrás la última de las calles antes de dirigirse hacia la suya, el cielo empezaba a mudar a un luminoso anaranjado que parecía más intenso hacia la zona en la que estaba su casa, no fue sino hasta que llegó a la esquina que se dio cuenta de que no se trataba del atardecer.

«¿Mijail?».

La respuesta en su mente no se hizo esperar.

«¿Qué ocurre, Merry?».

«Mi casa». Jadeó incapaz de apartar la mirada del dantesco incendio que devoraba el unifamiliar de planta baja. «Se la están comiendo las llamas».

«¿Qué?».

Las lágrimas empezaron a discurrir por sus mejillas. Aquello no podía ser verdad, no podía estar viendo lo que estaba viendo, sencillamente no podía ser real.

—Oh Dios mío...

Era incapaz de ver otra cosa que no fuese eso, ni siquiera los chillidos de los vecinos o las sirenas de los bomberos podían penetrar en su convulsa mente. Humo, llamas lamiendo las paredes, saliendo por las ventanas, devorándolo todo a su paso.

—No, por favor, no...

Empezó a avanzar, pero se quedó clavada en el lugar al escuchar el estallido de los cristales.

—¿Dónde están los bomberos? —Escuchó entonces, dándose cuenta que había gente en la calle, vecinos y curiosos que asistían a aquel horrible teatro junto a ella—. ¡Qué alguien los llame otra vez!

—¿Hay alguien dentro de la casa?

Nuevos murmullos, unos superponiéndose a otros.

—Oh, gracias a Dios que estás aquí —le dijo alguien cuya voz le resultaba conocida—. Empezábamos a temer lo peor.

—¿Qué ha pasado? —Se acercó otra.

—¿Está usted bien, señorita Merry? —Se adelantó otro de sus vecinos con la preocupación escrita en el rostro—. ¿Qué ha pasado?

Sacudió la cabeza, no podía hablar, no podía hacer otra cosa que mirar aquello. Sintió como le fallaban las piernas y se encontró mirando aquel infierno desde una perspectiva distinta, de rodillas.

«*Es mi casa, Mijaíl, mi hogar... el fuego... se lo está llevando...*».

Una inesperada explosión la sobresaltó, apenas sí fue consciente de que estaban demasiado cerca, de que era peligroso. Las sirenas se intensificaron precediendo la entrada de los camiones de los bomberos que empezaron a tomar posiciones al tiempo que desalojaban la zona y establecían un perímetro seguro.

—Señora, tiene que retroceder, no es seguro estar aquí.

—¡No! —Se rebeló cuando intentó sacarla de allí—. ¡Es mi casa! ¡Déjeme! ¡Es mi casa!

—No puede quedarse aquí. —La arrastró sin miramientos al tiempo que llamaba a un compañero—. ¡Borj! ¡Échame una mano!

Empujó contra su pecho, pero era inamovible, un bloque de puro hormigón.

—Mi... Wanda... mi pececito...

Nuevas lágrimas se unieron a las primeras y por fin toda resistencia cedió ante el llanto. Todo lo que era, todo lo que tenía estaba en esas cuatro paredes y estaba siendo pasto de un incendio. Dejó que la arrastraran al otro lado de la calle, a la acera contraria y se dejó ir, sentándose en el suelo, viendo aquello como si se tratase de una película y no de la realidad.

Deslizó la mirada por el terreno, el vapor de humo creado por las mangueras empezaba a salir por allí dónde enfocaban las mangueras, cada nuevo desprendimiento enviaba un temblor por su cuerpo. Y entonces lo vio, una silueta inmóvil a unos cuantos metros del incendio, de pie, mirando en su dirección. No podía verle bien la cara con el humo, de hecho, ni siquiera estaba segura de que se trataba de una persona hasta que lo vio dar media vuelta y alejarse por la calle.

Un escalofrío la recorrió de los pies a la cabeza, algo que no podía explicar se apoderó de su mente e instaló una seguridad que no podía ser real.

—¡Merry!

Su voz hizo que apartase la mirada de aquel lugar y se volviese hacia su lado de la calle. Mijaíl y Nicolae bajaban del coche del primero, sus expresiones bailaban entre la sorpresa y el temor. Empezaron a mirar a su alrededor como si esperasen que el dragón que había hecho aquello saliese de su cueva y crease un nuevo incidente como aquel.

—Misha...

Su nombre se le atascó en la garganta, las lágrimas continuaron cayendo por sus mejillas y se hicieron imparables cuando él llegó a su lado y la abrazó. Se aferró a su abrigo, se pegó a su cuerpo y rompió a llorar como cuando era solo una niña.

—Mi casa, lobo, mi casa...

—Shh. —Le cubrió la cabeza con la mano—. ¿Tú estás bien?

Asintió contra él y lo sintió respirar aliviado.

—¿Qué ha pasado?

La pregunta vino de Nicolae.

—Él lo hizo —contestó sorprendiéndolos a ambos. Le daba igual si pensaban que estaba loca, pero sabía que había sido él, el hombre al que todos perseguían—. Estaba allí, mirando cómo se quemaba todo...

—¿De qué estás hablando, Merry?

Se apartó lo justo para poder mirarle.

—Era él —insistió haciendo hincapié en sus palabras—. Sé que era él... No me preguntes como lo sé, pero es así.

Ambos hombres se miraron.

—Iré a investigar.

—Ve con cuidado.

El lobo le lanzó las llaves y señaló el coche.

—Llévala al refugio —declaró—. Rumati y Nahara están fuera rastreando, me pondré en contacto con ellos y echaremos un vistazo.

Asintió y la ayudó a levantarse, tirando de ella y sosteniéndola contra su cuerpo.

—Mi pobre Wanda —musitó derramando nuevas lágrimas—. Solo... solo era un pececito...

La rodeó con el brazo y la guio hacia el coche.

—Mi casa... mis cosas... todo lo que soy está ahí dentro... todo...

Le cogió la barbilla y la giró en su dirección.

—Todo lo que eres está aquí. —Le acarició el pecho a la altura del corazón—. Descubriremos quién ha hecho esto y lo detendremos de una vez, Merry, te lo juro.

Asintió y dejó que la arrancase de aquel lugar de desolación, del pasado y de una vida que no había estado completa hasta que apareció.

Por favor, Dios, pase lo que pase, no dejes que a él le pase algo. No lo alejes de mi lado ahora que lo he encontrado.

Era un lobo arrogante, mandón y casi tan cabezota como ella misma, pero empezaba a comprender lo que significaba ser una compañera y deseaba seguir experimentando ese extraño regalo al menos un poco más.

CAPÍTULO 33

Había cierto poder en mirar a los ojos del miedo y saber que eres el único que no lo siente, en saber que ese temor no es otra cosa que un obstáculo vencido y una meta alcanzada. Como también lo había en permanecer allí de pie, viendo las llamas consumir el edificio, a los bomberos intentando apagarlo y a los vecinos persignarse por lo ocurrido. Pocos eran los que estaban allí para ayudar y sí demasiados para contemplar el morbo de la destrucción y la agonía de otros. Era como cuando ocurría alguna desgracia y los medios se afanaban en mostrar las noticias en su más cruenta realidad, ajenos al dolor de aquellos que habían perdido la vida o habían dejado a alguien atrás.

Nadie reparaba en un simple espectador, nadie se daba cuenta que había alguien que no pertenecía al vecindario, todo lo que importaba ahora era ver las llamas y dar gracias porque no les había pasado a ellos.

La miró, no pudo evitarlo, su miedo, su parálisis y la incredulidad en sus ojos era el premio que necesitaba. Ver a sus contrincantes cara a cara, saberlos indefensos y al mismo tiempo creyéndose a salvo.

Sonrió para sí y se dio la vuelta.

Ahora solo faltaba que alguien susurrase en sus oídos de manera inadvertida y la última de las decisiones fuese tomada.

Pronto Praga sería escenario de su acto final, uno que recordaría el mundo entero.

CAPÍTULO 34

Su hogar había desaparecido, todo lo que tenía perdido, convertido en cenizas y en medio de todo aquello un grotesco espectador. Nadie iba decirle lo que había visto o dejado de ver, no le importaba que los dos lobos no hubiesen encontrado a nadie. Él había estado allí contemplando su obra, recreándose en su innata maldad. No, nunca había odiado a nadie, no creía que valiese la pena, pero hoy eso había cambiado por completo.

—Ten, te sentará bien.

Levantó la mirada para encontrarse con los ojos azules de Judith, esta era la compañera de Radu, el lobo que los había recibido en su hogar. Miró a su alrededor, Mijaíl estaba hablando en voz baja con el príncipe, un joven que debía rondar los treinta y cinco, a su lado permanecía una guapa morena, la princesa. Aquello era como un extraño cuento de hadas con toques tétricos.

Cogió la taza y el delicado platillo de aspecto inglés y murmuró un bajito gracias. Apenas podía pensar en otra cosa que no fuese la destrucción de esa noche y la forma en que temblaba lo dejaba perfectamente claro.

—Tranquila, aquí estás a salvo.

Sacudió la cabeza. Nadie podía estar a salvo con alguien como él allí fuera, nadie podía saber en qué momento elegiría volver a atacar y quién saldría perjudicado otra vez.

—Nadie estará a salvo con él ahí fuera.

Sabía que solo eran susurros, pero fue suficiente para que varios pares de ojos se centraran en ella.

—Ella tiene razón.

La afirmación llegó de parte de la morena, sus ojos se encontraron y vio en ellos tanta rabia que la estremeció.

—Si no damos con él pronto seguirá torturando a gente inocente. —Se giró ahora a su compañero—. Más personas perderán su hogar, sus vidas... No puedo seguir aquí de brazos cruzados, Velkan, no puedo.

Dicho aquello abandonó la habitación y salió. Su compañero de disculpó por ella.

—Lo siento...

Negó con la cabeza.

—No ha dicho nada que no sea verdad —aseguró y miró a Mijaíl—. Yo no soy nada, no soy nadie... Si me hace esto a mí. ¿Qué no les hará a los que si tienen algo que perder?

—Eres mi compañera, Merry, eso te hace invaluable para mí y parte de mi manada. Nunca vuelvas a decir que no eres nadie.

Sacudió la cabeza, agradecía su apoyo, sabía que sería incondicional, pero eso

dejaba la realidad en otra parte.

—Sabes qué digo la verdad.

—Y tú qué yo también —la avisó—. Lo encontraremos y haremos que pague por todo lo que ha hecho.

—¿Por qué no te la llevas a descansar? —sugirió Radu—. Ha sido una tarde infernal para todos.

Se limitó a mirarle, pero no dijo nada, la tocó en el hombro y simplemente asintió. Estaba cansada de intentar permanecer entera, ya no podía soportarlo más.

—Es una buena idea.

Solo asintió y la sacó de la habitación, guiándola a través de la casa como si la conociese de siempre.

—Has estado antes aquí, ¿no?

La miró y contempló también sus alrededores.

—Hace algunos años paraba aquí casi tanto como en mi casa, después de la muerte de Zuzanka, no volví a pisarla hasta hace poco más de un mes. Pero nada ha cambiado, o muy pocas cosas, a parte del *overbooking* de gente. Esta era la casa familiar, me crié aquí, pero quitando algunos recuerdos buenos, no le guardo mayor cariño.

Sí, ese era un concepto que conocía bien.

—Sé lo que quieres decir, yo recuerdo criarme en prácticamente un museo. —Hizo una mueca—. No podía tocar prácticamente nada.

—Está claro que no tienes muy buena relación con ellos.

Negó con la cabeza.

—Los has visto, les conoces, ¿puedes culparme por ello?

—No es culpa tuya que sean como son, es única y exclusivamente suya.

—Y eso hace que me caigas ya un poco mejor —aseguró, pero fue incapaz de sonreír.

—Está bien, Merry, todo a su debido tiempo.

Asintió y se lamió los labios. Quería llorar, quería gritar de nuevo, pero no encontraba las fuerzas.

—¿Y tus padres? ¿Dónde viven? ¿Se parecen en algo a los míos?

Hubo un sutil cambio en él.

—Mis padres murieron cuando Radu y yo teníamos 16 años —comentó—. Su muerte nunca estuvo nada clara. Unos dicen que fue un accidente y otros que se mataron a propósito. —Se encogió de hombros—. Crecimos aprendiendo que la vida viene y va, que nunca sabes cuánto tiempo tienes o cuando se termina. Supongo que de una manera u otra hemos aprendido eso de la manera más difícil posible.

—Lo siento, lo último que quería era sacar a la luz un recuerdo amargo.

Negó con la cabeza.

—Pensar en mis padres no es un recuerdo amargo, ellos se querían y querían a sus hijos —aseguró—. Conservo una grata imagen de ellos en mi memoria.

Y ella se alegraba de eso, bastante le habían quitado ya, no necesitaba más equipaje de ese tipo.

—Ven, es aquí.

Se detuvieron ante la puerta del segundo pasillo que recorrieron, prácticamente al otro lado de la enorme casa.

—Esto es inmenso.

—Motivo por el que Judith quiere algo más modesto como la casa en *Ke Karlovu*.

Una casa, un hogar, ella también lo deseaba y hasta esa tarde había tenido algo parecido. Las lágrimas empezaron a caer solas por sus mejillas, entró en la habitación sin mirarle, pero era imposible ocultarle nada a ese hombre.

—Ya, *prietenã*, ya...

La abrazó y aquello hizo que las compuertas de abriesen.

—Era mi casa, mi hogar...

—Lo sé, Merry. —La besó en la cabeza—. Sé que no puedo devolverte lo que te quitaron, pero haré todo lo que esté en mis manos para darte un nuevo hogar.

Sus palabras la hicieron llorar aún más, se aferró a él y pensó en la de vueltas que daba la vida, desde que se había cruzado en su camino había perdido muchas cosas, pero siendo sincera consigo misma, había ganado muchas más, lo había ganado a él.

Denali no podía soportarlo, no podía seguir de brazos cruzados mientras él acababa con todo a su alrededor y la destruía de una forma que solo él conocía. La había calado muy bien, había pasado media vida inculcándole unos valores que casaran con sus propios planes, aleccionándola, moldeándola para ser aquello que necesitaba que fuese.

Era increíble cómo un hombre que no tenía compasión se la había inculcado, alguien que carecía de empatía había sacado a la luz la suya y todo ello lo había hecho a base de crueldad, una de la que no había sido consciente hasta el día en que decidió esconderse de sus «castigos» y terminó penetrando en el santuario dónde nunca debía estar.

Aquella habitación estaba prohibida para ambas, a simple vista no era otra cosa que un despacho, pero cuando mirabas con detenimiento cada pared, te dabas cuenta de que era un santuario de sus propias fechorías.

Recortes de prensa, fotos que nunca se publicarían en un álbum o periódico, incendios que nunca salieron a la luz, aldeas que quedaron desiertas de la noche a la mañana, imágenes que tenía grabadas en la retina de su clan siendo masacrado y que encontró en un cajón. No se molestaba en ocultarlo, en negarlo, porque sabía que ninguna de ellas entraría en aquel lugar, porque sabía que siempre temería el castigo que acompañaría a tal dantesca infracción.

Sacudió la cabeza e hizo a un lado esos recuerdos, no podía seguir viviendo en el pasado, tenía un presente y deseaba rabiosamente coger el futuro en las manos ahora

que sabía lo que le ofrecía.

—No huiré, no me esconderé, no dejaré que un fantasma rijá mi vida desde las sombras —murmuró para sí—. Soy una Vasilescu y mi sangre es la vida de mi pueblo.

Aquel era un lema que había escuchado una vez, un recuerdo muy lejano en las palabras de un lobo adulto, el mismo lobo en el que se convertiría Velkan un día. El rey de la raza lupina.

—*Sânge, curaj și nobilitate.*

Se giró para ver a su compañero en el umbral de la puerta, sus ojos fijos en ella y un enorme orgullo tiñendo sus pupilas.

—*Sangre, valor y nobleza* —tradujo—, es el lema de la casa Vasile, la primera familia lupina de sangre pura.

—Lo sé —asintió lentamente—. Es algo que recuerdo de pequeña. Pero nunca pensé... nunca pude imaginarme que él...

—Nadie podía, Dena, a ninguno se nos habría ocurrido que todo esto viniese de tan atrás, de algo que ni siquiera tiene sentido.

Le dio la espalda y caminó hacia una de las ventanas. El cielo estaba encapotado, esos nubarrones gris oscuro le provocaron un leve estremecimiento.

—¿Estás bien?

Negó con la cabeza, sus ojos escanearon el cielo y se obligó a darle la espalda a la ventana y enfrentarle a él.

—No, la verdad es que no —aceptó sin vacilar—. Pero eso no va a cambiar nada, el que esté bien o mal no hará que cambien las cosas.

—Saldremos de esta, princesa, te lo prometo.

Le cogió la mano y se la llevó a los labios. Quería pedirle que se quedase, quería mandar todo al demonio y decirle que no se marchase y sabía que él podía verlo en sus ojos.

—Te dije que esta noche se acababa el tiempo —le recordó, como si le estuviese leyendo la mente—, y soy un lobo que cumple sus promesas.

Le dio la vuelta a la mano y le besó el pulso.

—Espérame.

Con eso, le besó de nuevo los nudillos y abandonó la habitación, aunque Daneli sabía que solo era un indulto temporal, ella era suya y estaba dispuesto a hacérselo entender.

CAPÍTULO 35

Odiaba las tormentas y esas nubes grises que había estado contemplando un par de horas atrás desde la ventana, trajeron consigo todo un despliegue de relámpagos y truenos que la mantenían en un inestable limbo. Jamás había temido la furia de la naturaleza, desde que podía recordar le había gustado pasar las noches asomada a la ventana mientras Nahara la regañaba y le pedía que cerrase los postigos, pero como todo en aquellos días, él acabó contaminando sus anhelos convirtiéndolos en una pesadilla.

Aquella ya lejana noche también había empezado con tormenta, los rayos las habían encontrado corriendo, intentando escapar de la inesperada emboscada que les habían preparado. Llevaban tanto tiempo vagando de un país a otro sin rastro de él que se habían sentido seguras y había sido esa seguridad lo que casi acaba con ellas.

Para entonces ya no era la niña que había sido, no era una cría llena de sueños y esperanzas, era una loba rota, desesperada y algo salvaje. Su última correría la había llevado a una fiesta muy poco recomendable, sabía que Nahara estaría trabajando en el bar y la noche era lo suficiente turbia como para hacer juego con su humor.

Escuchó la explosión casi al mismo tiempo que el fuego se elevaba en medio de la ciudad, su mente no consiguió procesar lo que veían sus ojos, durante un momento se quedó allí, inmóvil, atónita, hasta que su voz reverberó en su mente como un cañonazo.

Lo que había ocurrido con el hogar de Merry había traído de nuevo esas imágenes a su mente, a medida que explicaban lo ocurrido se vio de nuevo en aquel lugar, alguna gente vagando de un lado a otro sin saber que les había golpeado, otros tirados en el suelo, heridos e incluso muertos, las llamas consumiendo el edificio de planta baja en el que su amiga y compañera había estado trabajando como camarera la última semana. Todo consumido por el fuego.

«¡Nahara!».

Había corrido hacia el incendio, buscándola, sabiendo que había sido su grito lo que había escuchado en su mente y, cuando estaba a punto de entrar a buscarla la vio salir cojeando al tiempo que arrastraba con ella a un compañero.

«Nos ha encontrado, Dena, tenemos que irnos. Ya».

Habían huido bajo la lluvia, con el furor de la tormenta sobre sus cabezas, los relámpagos iluminando el cielo, proveyendo de una horrible banda sonora a aquella horrible noche. El incendio no había sido otra cosa que una excusa para hacerlas salir, para enviar a un grupo de desgraciados tras ellas para darles caza...

Se encogió ante el sonido de un nuevo trueno, la luz del próximo relámpago iluminó al momento la habitación y soltó un agónico grito.

—¡No! —gimió. Giró sobre sí misma, miró con terror las luces y sombras que se

conjuraban al otro lado de la ventana, la lluvia que la azotaba y salió de la habitación en busca del único que podía ofrecerle la seguridad que buscaba.

La noche era infernal, pensó Velkan viendo la furiosa tormenta por la ventana, el tiempo se había oscurecido hacia el final de la tarde y era obvio que esto vendría antes o después. Le habría gustado haberse reunido ya con Denali, la necesitaba con una desesperación que rayaba la obsesión, pero después de todo lo que había pasado durante el día de hoy, apenas había tenido tiempo de cambiarse de ropa.

Le dio la espalda a la ventana con un suspiro y entonces lo escuchó, un grito femenino, sintió el terror desatándose en Denali y no pasaron ni un par de segundos antes de que la puerta de su dormitorio se abriese de golpe y ella entrase como una exhalación yendo directa a sus brazos.

—Haz que pare, por lo que más quieras, haz que pare.

Se apretó a él como si fuese un salvavidas y, antes de que pudiese pensar en algo coherente, cerró la puerta con el pie y capturó su boca con la misma desesperación y frenesí que habitaba en ella.

«Dena, ¿qué es?».

«Fantasmas. Haz que se vayan, por favor Velkan, haz que se vayan, aunque solo sea por esta noche».

Sus brazos le rodearon el cuello, su cuerpo se pegó al suyo y lo único en lo que pudo pensar fue en ella y en cómo la deseaba.

Velkan se encontró disfrutando de su sabor, de la sensual hembra que había traspasado las puertas de su habitación llevada por el miedo a la tormenta y la natural necesidad con la que ambos llevaban luchando. Deslizó las manos hacia abajo rodeándola y acunando sus nalgas, atrayéndola hacia él, mostrándole lo bien que encajaban. Su sexo, ya erecto de necesidad y frenesí se rozaba contra su plano vientre en una íntima invitación. Le devoró la boca y ella correspondió a su pasión. Se deseaban, simple y llanamente, podía sentirlo en su compañera, podía sentir la necesidad que tenía de ser tocada, de sentirle cerca, piel con piel y es una necesidad que cobraba vida también en él.

Apenas se separó de sus labios unos segundos, respirando en su boca, antes de reclamarla una vez más. Abandonó el bonito culo y subió por su espalda, moldeando su cuerpo por encima del breve pijama que llevaba puesto. Sus dedos se hundieron entonces en la espesa mata de pelo, soltó la goma que mantenía sujeta la trenza y la deshizo con los dedos. Le encantaba su tacto, su olor, quería restregar el rostro contra su pelo negro y aprenderse de memoria su textura y su aroma.

Podía sentir como su cuerpo se sobresaltaba con cada lejano trueno, como la tormenta seguía estando presente en su mente y procedió a borrarla de inmediato.

«Nadie podrá entrar aquí a hacerte daño, Dena. Somos solo tú y yo».

La besó de nuevo, no se cansaba de su sabor, de la textura de sus labios, tenerla

en sus brazos era todo lo que podía desear. Deseaba arrancarle la maldita ropa, resbalar las manos sobre su piel y deleitarse con los cremosos senos de piel blanca que llenaban la camiseta de tirantes. Los pezones ya se marcaban contra la tela, erectos, duros, llamándole a jugar.

La empujó lentamente y empezó a desvestirla mientras ella hacía lo mismo con él. No perdieron el tiempo en palabras, sus ojos decían todo lo necesario, en esos momentos no eran otra cosa que dos lobos rabiosos necesitados de consuelo. La pared pintada de la habitación detuvo sus avances, la atrapó allí, entre esta y su propio pecho sin permitirle otra salida que no fuese entregarse por completo al placer y a su dominio. Podía sentir su excitación como también su necesidad de pelear, no se doblegaba con facilidad, ni siquiera con él, no cuando era una loba alfa acostumbrada a obtener lo que deseaba en el momento en que lo deseaba.

—No vas a rendirte con facilidad, ¿verdad, lobita?

Su respuesta fue un gruñido, lo rodeó con los brazos y lo atrajo de nuevo hacia ella, hasta que ambos estuvieron a escasos centímetros.

—No se me da bien rendirme —musitó, lamiéndose los labios, sus ojos azules oscuros, tomados por su loba—. A estas alturas ya deberías saberlo.

Podía sentir su excitación, su cuerpo temblando contra el suyo, la palpable necesidad que no hacía otra cosa que acicatear la propia. Deslizó las manos por su piel ahora desnuda, desprovista ahora de ropa que lo estorbase, le acarició los senos, deslizó los pulgares sobre los duros pezones escuchando su gemido y notando su temblor por el contacto. Sentía su piel caliente bajo sus manos, podía notar a su propio lobo relamiéndose mientras su pene pulsaba ya de rabiosa necesidad empujando contra la cremallera de los pantalones que todavía se obligaba a mantener.

—Pues alguno de los dos va a tener que ceder, *prietenã*, antes de que esto se salga de control —rumió, lamiéndose los labios, sintiendo como su lobo asomaba a sus ojos y luchando al mismo tiempo para mantener el control.

Se aventuró a dar un paso atrás, buscando la estabilidad que ambos necesitaban y su separación le provocó frío. La recorrió con la mirada, sabiendo que las líneas blancas de las antiguas cicatrices que asomaban por uno de sus costados no eran nada más que una nimiedad en comparación a lo que había visto ya antes en su espalda.

Su lobo gruñó, reflejándose en su garganta humana y la notó temblar al momento, algo en ella respondió a ese sonido y se encogió, apartándose.

—No. —La empujó contra la pared, sus ojos clavándose en los suyos, su voz tomada por su lobo—. No huyas de mí. Nunca.

Lo miró a los ojos y algo volvió a cambiar, suavizándose, el miedo que había asomado en ellos al principio se había diluido y ahora solo quedaba anhelo.

—No hay necesidad, Denali, soy tuyo, como tú eres mía.

Volvió a besarla, reclamando esos bonitos y sensuales labios y se vio recompensado por su cálida y pasional respuesta. Esa loba no deseaba luchar, no eternamente, quería desafiarle sí, pero solo para que él mostrase su supremacía y le

asegurara de que era el único que la dominaría. Como lobo, comprendía esa línea de pensamiento, como humano, no podía evitar preguntarse cuán hambrienta estaba de atención y afecto para mantenerse siempre en un punto defensivo. Para ella atacar era una manera de defenderse.

Continuó deleitándose con la piel desnuda, le arrancó varios gemidos y jadeos antes de resbalar los dedos hacia abajo, encontrando la suave piel de sus muslos y recreándose en ella.

—Velkan...

—Estoy aquí —le susurró al oído, lamiéndole la oreja, haciéndola partícipe de su presencia, sin permitirle que pensase en nada más.

Ella se tensó brevemente contra su cuerpo cuando deslizó un dedo por su recortado vello púbico y desaparecer entre sus piernas, acariciando su ya húmedo sexo.

Podía sentir a través de su vínculo como respondía a sus caricias, como se derretía en sus brazos y deseaba más de aquello, con todo, las defensas que esgrimía seguían en su sitio, como muros que debían ser derribados.

—No luches más contra ello, no luches contra nosotros. —Le mordisqueó un punto entre el cuello y el hombro que le arrancó un nuevo estremecimiento, su lobo levantó las orejas y notó un molesto dolor en sus colmillos, quería morderla, quería marcarla para que todo el mundo supiese que ella era suya y solo suya.

Le acarició el punto una vez más con la nariz y continuó volviéndola loca con sus caricias, descendiendo sobre ella y sembrando pequeños besos aquí y allá hasta que su boca se encontró con las duras cúspides de sus pechos. Se amamantó de ella como un niño hambriento, jugó con las duras protuberancias como un lobo travieso, todo con tal de enloquecerla, de hacerla comprender que él era el único que tenía la batuta y que todo lo que podía hacer por el momento era rendirse al placer.

Abandonó un seno para dedicarse al otro, sus manos le ciñeron las caderas, empujándola de nuevo contra la pared un instante antes de incursionar de nuevo entre sus piernas, acariciándola allí, notando como sus dedos se empapaban por la excitación que manaba de su sexo.

—Te deseo, Dena, te necesito...

Ella se estremeció, sus manos habían subido a sus hombros, deslizándose por su cuerpo con ansiosas caricias, deseando más de lo que le hacía. Se arrancó de sus pechos para besarla de nuevo, la empujó con las caderas y la apretó contra la pared haciendo que notase todo su cuerpo contra el suyo y su dura excitación.

—Quiero estar dentro de ti.

«Sí... *por favor*».

Una suave súplica llegada de lo más profundo de su alma, una capitulación ante la desgarradora necesidad que los consumía a ambos que no pudo ignorar.

Se apartó lo justo para deshacerse de los pantalones y la ropa interior y volvió a ella para devorarle de nuevo la boca y sentir esas manos sobre su cuerpo. Se abrió

paso entre sus muslos, separándose las piernas con una de las suyas, permitiendo que el aire acariciase sus labios vaginales en un silencioso aviso. Deslizó una mano sobre su cadera, le acarició el culo y el muslo y tiró de él hasta enredar la pierna en su cadera.

Sus ojos se encontraron una vez más, ella jadeaba, estaba excitada, tan necesitada como él y, antes de darse cuenta de lo que hacía, ladeó la cabeza desnudando el cuello ante él; una rendición lupina en toda regla.

—Mía, princesa, ahora y siempre, mía.

Le acarició el cuello con la nariz, la lamió justo en el punto en el que latía su pulso y bajó hasta la curvatura de su hombro. Se posicionó en la entrada de su sexo y, cuando hundió los dientes, reclamándola como suya, la penetró con fuerza, alojándose por completo en su interior, reclamando su vida, su vínculo y a la hembra que tenía entre los brazos.

Empezó a retirarse lentamente, quedando unido a ella solo por la punta de su pene para volver a introducirse de nuevo en una asombrosa y agónica tortura para ambos. Aumentó el ritmo de sus embestidas mientras la mantenía sujeta contra la pared, sujeta a su carne y a su alma. Los jadeos se mezclaron con el sonido de sus cuerpos durante la cópula, con sus propios gruñidos de placer y el ciego frenesí que los había alcanzado a ambos desde el primer momento. Le lamió el mordisco y siguió impulsando sus caderas, sujetándola, dominándola con su estatura y su poder, bombeó en ella hasta que notó que su cuerpo empezaba a temblar y tras un par de empujes más fue recompensado por los espasmos de su primer orgasmo.

Ahogó su grito con la boca, bebió su quejido y recibió sus temblores interiores, su sexo le aferró con más fuerza e hizo que perdiese finalmente la cordura, enviándose a sí mismo en un duro galope hasta encontrar su propia liberación.

—¡Velkan!

Gritó de nuevo, estaba vez pronunciando su nombre y uniéndose a él en un segundo orgasmo que la dejó débil y flácida bajo su cuerpo.

La sostuvo sin esfuerzo, disfrutando de ese momento de satisfactorio placer, para finalmente salir de ella, cogerla en brazos y llevarla a la cama.

—Los relámpagos...

Sus trémulas palabras lo llevaron a sonreír de soslayo, bajó sobre su cuerpo, cubriéndola y le rozó la mejilla mientras veía esos ojos azules volviendo a la vida.

—No entrarán aquí dentro, Denali. —Se acomodó para no aplastarla, ella era mucho más menuda que él y parecía tan condenadamente frágil ahora—. Te prometo que de la única tormenta que serás consciente las próximas horas, es de la que desataremos tú y yo sobre esta cama.

Sin darle tiempo a replicar, volvió a bajar sobre ella y reclamó su boca en un húmedo y profundo beso, el primero de los que esa noche iba a pedir de su compañera.

—¿Quieres hablarme ahora de esos fantasmas?

Daneli sabía que antes o después tenía que hacerlo, el lobo que la abrazaba no era de los que se conformaba con una sesión de cama y ya, menos cuando dicha sesión había empezado precisamente a causa de ello.

—Maté a alguien.

Esperaba condena, que dijese o hiciese algo, pero permaneció en silencio.

—Y si hoy se repitiese la misma situación, volvería a hacerlo. —No había nada de lo que estuviese más convencida que de aquello—. No quería hacerlo, nunca había quitado una vida, pero era ella o él. Decidí que sería ella. Se lo debía. Nahara había sacrificado todo por mí.

Tomó una profunda bocanada de aire y volvió a aquella noche, a la tormenta, a la explosión, a las llamas y a cómo se desató el infierno.

—Llegué justo a tiempo de verla salir ayudando a uno de sus compañeros —murmuró—, y entonces ellos salieron de la nada. Sonido de motos, sombras oscuras con armas de fuego y con cuchillos, humanos, Velkan, malditos y corruptos humanos que no dudaron en pasar a cuchillo a cualquiera que tuviesen delante.

Hizo una pausa, se lamió los labios y continuó.

—Fue como volver a vivir la matanza de nuestra gente —negó con la cabeza—. No sé cómo pasó, qué me pasó por la cabeza, pero cuando vi que uno de ellos levantaba el cuchillo para atacarla... mi loba tomó el mando y se lanzó sobre él arrancándole la yugular.

Se cubrió la cara con las manos.

—No he podido olvidar el sonido de su frágil carne cediendo, el estertor que salió de su garganta y los ojos sin vida que quedaron detrás —tembló—. Nahara me miraba todavía en forma humana, no dijo una sola palabra, se limitó a caminar hacia mí, me empujó y me ordenó que corriese, que moviese el culo de una puta vez para salir de allí. Y lo hice, corrí y corrí sin descanso, sentía que los pulmones me iban a estallar cuando ella me dio alcance.

Cerró los ojos con fuerza.

—Ambas volvimos a nuestra forma humana, nos miramos a los ojos y nos abrazamos —musitó abriendo de nuevo los ojos—. En ese momento supe que moriría por ella como ella moriría por mí.

Sacudió la cabeza y lo miró.

—Te dije que no era buena, he hecho muchas cosas que...

La besó en los labios.

—Ninguno de nosotros es completamente bueno, completamente blanco, Denali, la vida a veces nos obliga a elegir un camino —le aseguró—. Es como te mantienes en dicho camino que marcará la clase de persona en la que te convertirás. No hiciste nada que yo o cualquier otro lobo o ser humano, no hiciese para sobrevivir.

Le acarició el rostro.

—Solo lamento que te vieses obligada a enfrentar la oscuridad porque yo no

estaba allí —le aseguró—. Ojalá te hubiese encontrado antes.

Negó con la cabeza y ladeó el rostro contra su mano.

—Me has encontrado, eso es lo único que me importa, me has encontrado y estás aquí conmigo —musitó ella—. No hay nada que pueda reprocharte, compañero, nada en absoluto.

Se tumbó sobre él, cubriéndole con su cuerpo y volvió a besarlo. Aquella noche solo quería tenerle cerca, aliviar su alma en su compañía, ya se enfrentaría a todo lo demás mañana.

CAPÍTULO 36

Merry colgó el teléfono y resopló, llevaba dos horas intentando contactar con el profesor sin suerte. Ese hombre podía ser realmente exasperante y ella no estaba precisamente de ánimo para quedarse de brazos cruzados. Cogió el bolso y abrió la puerta de la habitación, en la mente tenía todavía el atentado contra su hogar de hacía dos días, no podía quitarse de la cabeza a aquel hombre que había visto, el que parecía haber desaparecido de la faz de la tierra como si nunca hubiese existido.

—Sé lo que vi.

No había sido producto del estrés, ni una alucinación, había estado allí y cuánto más pensaba en ello más creía haberle visto en otra parte.

Salió por la puerta de atrás, evitó mirar a los ojos a los lobos que pululaban por la zona y actuó con total normalidad. Mijaíl estaba ocupado con el príncipe y los otros alfas, se suponía que esa noche se celebraría la recepción, algo demasiado arriesgado en opinión de unos y una oportunidad para enfrentarse a ese mal en opinión de otros. Ella se había abstenido de decir una sola palabra, no quería estropear esa recién descubierta relación con cosas que no conducían a ninguna parte. Pero tampoco podía quedarse encerrada en una habitación como si fuese una flor de cristal.

Fue directa a la puerta, pero está se abrió incluso antes de que tuviese oportunidad de llamar a ella.

Alto, de hombros anchos y mirada oscura, la miraba con cierto tono de curiosidad.

—¿Escabulléndote por la puerta de atrás?

Su tono acusatorio la molestó.

—No me escabullo, salgo.

Se rascó la mejilla, dio un paso atrás y la dejó pasar.

—Deduzco que Mijaíl no tiene idea de lo que estás haciendo.

—Tus dotes detectivescas son la leche, ¿eh?

Sonrió de soslayo y le indicó que saliese.

—No. Pero estoy acostumbrado a tratar últimamente con compañeras revoltosas.

—¿La tuya?

—Esa es la peor de todas —aseguró—. ¿A dónde quieres ir?

—A la galería Ekate. Mi jefe lleva sin dar señales de vida desde hace dos días —le informó—. Temo que esté encerrado en la galería buscando alguna pista sobre esas obras.

—Ah, sí. El profesor de arte —aceptó acompañándola hasta un coche—. Sube. Te acompañaré. Nahara sigue descansado y no me echará de menos. Soy Rumati, por cierto.

Nahara era la chica rubia que solía acompañar a la princesa.

—Merry.

—Lo sé —sonrió de lado—. Eres la compañera de Mijaíl. ¿Vamos?

Había algo en ese hombre que le resultaba agradable y perturbador al mismo tiempo, pero eran sus ojos los que le llamaron la atención. Idénticos a los del príncipe.

—¿Y bien?

Respiró hondo y subió al coche.

—Supongo que si te digo que no llamarás a la caballería.

Se rio.

—La caballería acaba de advertirme que si te pasa algo iba arrepentirme de que me hubiese salvado —le soltó—. Deberías saber que los lobos emparejados sabemos dónde están nuestras parejas en todo momento.

—¿Le leéis la mente?

—Considéralo un buen GPS.

Resopló.

—Genial.

El trayecto hasta la galería fue rápido, Rumati tenía algo con la velocidad y no se alegró tanto de poner los pies en el suelo como al llegar.

Las luces estaban encendidas lo que la alivió sobremanera, tal como había supuesto su jefe estaría dentro perdiendo la moción del tiempo.

—Típico —resopló y se dirigió hacia la puerta principal.

Abrió la puerta con su clave y la recibió el sonido de la sexta sinfonía en fa mayor de Beethoven, uno de los compositores favoritos del profesor.

—¿Profesor Jelinek? —Lo llamó mientras se quitaba el abrigo—. Espero que no se haya quedado pegado a la silla...

Un bajo gruñido de advertencia la sobresalto, al momento Rumati estaba allí, delante de ella, impidiéndole continuar.

—Pero que...

—Quédate aquí.

No la dejó objetar, su tono no admitía réplica. Tomó la delantera y se perdió por la sala principal de la galería. Apenas podía oír sus pasos en contraste con sus tacones.

Otra vez no, por favor, rogó pensando en la vez en la que ella había estado dentro cuando vinieron los ladrones.

No se lo pensó, avanzó pensando en el anciano y Rumati no tuvo tiempo a detenerla antes de que se detuviese en seco ante la galería principal y sus ojos mirasen con horrorizado estupor la escena que se desarrollaba ante ella. Ni en las más grotescas exposiciones de arte había visto algo así, un horror extraído de un libro de torturas de la edad media.

Todo a su alrededor cobró un sepulcral silencio que solo se vio interrumpido por un insistente y agónico sonido. Hasta que Rumati no la abrazó, sacándola de allí y

llevándosela de nuevo a la entrada no se dio cuenta de que eran sus propios gritos.

El profesor estaba muerto y lo habían convertido en una grotesca muestra de arte.

No podía pensar, no podía articular palabra, sentada en el sillón del despacho el cual estaba patas arriba era incapaz de borrar de sus ojos lo que había presenciado una hora antes.

La policía ya estaba allí con un equipo de forenses, Damek encabezaba el grupo lo que la hacía suponer que eran su gente. Mijaíl había llegado con Radu y el alfa de Nebraska, quien también era policía.

—Merry. —Le cogió el rostro entre las manos—. Lo siento.

¿Por qué lo sentía? Él ni siquiera le conocía, no sabía quién era y, por más que le doliese, ella tampoco. Había sido su patrón durante cuatro años, pero no sabía nada de él.

—Merryna.

Levantó la mirada para encontrarse con la de él.

—¿Por qué le han hecho eso? ¿Por qué?

Negó con la cabeza.

—Su... su expresión... Oh Dios mío...

Se echó a temblar, las dimensiones de lo ocurrido empezaron a penetrar en su mente.

—Es un monstruo... Misha, quién ha hecho esto es un monstruo.

—Lo atraparemos, pequeña, va a pagar por todas estas muertes.

—Sí, pero, ¿cuándo? —se impacientó—. Lleváis más de un mes tras de él... más incluso...

Sacudió la cabeza y miró a su alrededor.

—Ha destrozado todo... hay cosas que ni siquiera...

Se detuvo en seco, su mirada fija en un cuadro, algo que estaba fuera de lugar y colgado en la pared.

—¿Merry?

Lo ignoró, se levantó con dificultad y caminó sobre los papeles hasta ese cuadro.

—Esto no es de aquí —negó—. Esto no es de aquí.

—¿Qué es?

Miró la pintura con detenimiento y señaló algo en el cuadro, un símbolo que apenas se apreciaba, uno que había obsesionado a su jefe durante más años del que lo conocía.

—Sé que se trata de una orden secreta, algo muy concreto. Su procedencia podría venir de Rumanía, un antiguo blasón o el símbolo de una orden.

—*Viața sângelui și eternitatea.*

—¿Qué acabas de decir?

Mijaíl la giró hacia ella y estaba pálido.

—Vida, sangre y eternidad —tradujo—. Es el lema de una antigua orden valaco. Lo vio sisear, miró el cuadro y maldijo entre dientes.

—¡Rumati!

El lobo apareció al momento.

—¿Qué?

Descolgó el cuadro y se lo enseñó.

—Oh Dios mío.

Se llevó las manos a la boca y señaló la parte posterior.

—Jesús.

Allí, escrito con sangre, estaba el mismo símbolo y una palabra.

Peligro.

—No puede ser.

El recién llegado también padeció.

—Es imposible... ellos ya no existen.

Los miró a ambos.

—¿Quiénes?

—Una rama oscura de la familia real, una que pereció bajo el fuego después de intentar asesinar al príncipe heredero cuando no era más que un bebé.

La memoria suele conservar aquellos recuerdos que se necesitan y borrar con el tiempo los menos útiles, pero sí había algo que no podría borrar nunca era la imagen de ese símbolo, el que parecía querer saltar del cuadro y traer consigo el más oscuro episodio de su vida.

—Lo has visto antes.

Miró a Denali y asintió.

—Hace mucho tiempo, el mismo día que te alejaron de mí. —La miró—, y perdí a mis padres.

Sintió su presencia fuerte y reconfortante.

—Díselo, Dena.

Las palabras vinieron de Nahara.

—Yo... Nosotras también vimos ese emblema... en el despacho de Armitage —murmuró—. Lo tenía enmarcado en un cuadro, era una pintura de algún tipo.

La miró confuso.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca pensé que fuese importante, no era más que un blasón. —Se justificó—. No volví a pensar en ello hasta que Rumati volvió con ese cuadro.

—Merry, ¿qué?

Ante la atónita mirada de todos, la chica cogió el cuadro, le dio la vuelta e hizo lo impensable. Lo rompió contra su escritorio.

—¿Te has vuelto loca?

—Pero qué coño...

—Merryna.

Ella no les escuchó, hizo los cristales a un lado y desarmó el cuadro hasta que las dos partes se separaron y algo cayó al suelo.

—Creo que esto era lo que buscaban las dos veces que entraron en la galería.

Allí, en el suelo había un viejo pedazo de tela con un emblema y lo que a todas luces parecía un árbol familiar antiguo.

—¿Alguien tiene unas pinzas?

—Retiro lo dicho, no estás loca, eres la puta ama.

—Nahara...

Ella asintió.

—Ese es el blasón, justo ese.

Delante de sus ojos apareció la respuesta a la gran incógnita que venían intentando desentrañar el último mes, una en la que no había pensado pues todos los miembros de esa familia habían muerto por la mano de su padre.

CAPÍTULO 37

—Sabes lo que es.

No era una acusación sino una sencilla pregunta. Levantó la mirada y se encontró varios pares de ojos clavados en él. Asintió lentamente y volvió a mirar el pedazo de tela sobre la mesa.

—Lo he visto en algunos viejos documentos de mi padre —aceptó inclinándose sobre la tela para poder comprobar que la heráldica que estaba mirando era la misma—. Se trata del escudo de armas de una familia que ya no existe... o de la que pensé estaban extinguidos todos los miembros.

—¿Estás hablando de la Familia *întunecatã*?

El término utilizado por Rumati era el que había quedado para referirse a la brutalidad acometida hacía muchos años, cuando solo era un bebé, en retribución a una imperdonable amenaza.

Asintió y miró a su medio hermano.

—La familia oscura. —Tradujo para los presentes.

—¿Quiénes eran?

Se giró a su compañera, quién había formulado la pregunta.

—El hermano de mi padre, su esposa, sus hijos... —negó con la cabeza—. Ocurrió cuando yo era solo un bebé... no tengo más recuerdos de esa época que ese blasón tachado en una pared y presente en la biblia familiar.

—La familia fue borrada de la faz de la tierra —añadió Rumati—, por cometer un crimen contra la sangre pura.

Levantó la mirada hasta encontrarse con la suya.

—Soy unos años mayor que tú y, si bien no recuerdo todos los detalles, sí viví la agitación de ese momento.

—Vale, bien, para los que no somos tan viejos como vosotros —intervino de nuevo Denali—. ¿De qué estáis hablando?

—Del intento de asesinato del heredero y lo que trajo consigo esa traición —respondió Rumati.

Los ojos azules de su compañera se encontraron con los suyos.

—¿Intentaron matarte?

Asintió.

—En la cuna —asintió—. Mi tío, el hermano más querido de mi padre, intentó matarme cuando solo tenía tres meses de edad.

Necesitaba sentarse, no había vuelto a pensar en ese episodio desde hacía mucho tiempo, prácticamente desde la muerte de su padre, así que encontrar ahora ese blasón en un pedazo de tela era incluso más extraño.

—Según recuerdo, tal y como me lo contaron en su día, Dumitru Vasilescu, era el hermano mayor de mi padre. Se decía que era un hombre estudioso, culto, que se pasaba más tiempo entre libros que interesado en los asuntos de la manada —relató según se lo habían contado—. Cuando nació mi padre y empezó a crecer se dieron cuenta que la línea dominante había pasado a él, al segundo hijo, con lo que le correspondía la línea sucesoria y lo prepararon para ello.

Denali se sentó en el borde de la silla, cerca de él, tocándole con el cuerpo, un silencioso apoyo.

—Que yo recuerde, nunca se habló de ninguna rivalidad entre ellos, nada hizo presagiar los sucesos que ocurrieron en un mes de octubre...

—Ese fue el mismo mes en el que destruyeron nuestra aldea —comentó Nahara, la pena apenas oculta en su voz.

—Empiezo a pensar que la fecha elegida no se trató de una coincidencia —añadió también Rumati.

Ante la prueba que tenía sobre la mesa, empezaba a sospechar lo mismo.

—Yo tenía entonces unos tres meses —continuó relatando—. Al parecer alguien entró en el cuarto donde dormía, mataron a mi niñera y me sacaron a escondidas de la fortaleza. Fue mi madre la que dio la voz de alarma al ir a verme al dormitorio y encontrar a la joven loba degollada y mi cuna vacía. No conozco todos los detalles, no es una historia precisamente agradable y hasta hoy, siempre pensé que toda esa rama de la familia había perecido bajo la furia de mi padre.

—Has mencionado una extinción... —El comentario vino de Merry, quien junto a Mijaíl, Radu y su compañera Judith, estaba también presente en aquella reunión—. ¿Qué ocurrió?

Se estremeció, no era algo que hiciese a menudo, pero todavía recordaba cómo le habían contado la historia cuando era solo un niño y la prohibición de pronunciar el nombre de su desaparecido tío.

—Sangre y fuego —murmuró recordando las palabras de su propia madre—. Mi propio tío me había sacado de mi cuna para matarme, para evitar que yo sucediese a mi padre y lo hiciese su propio hijo. De algún modo siempre le había guardado rencor a mi padre por ocupar él el puesto que, en su propia mente, le correspondía. Le habían usurpado su lugar, su vida y hasta mi nacimiento, puesto que Rumati no pertenecía a la línea de sangre pura, había pensado que, si mi padre moría y yo no estaba para sucederle, él podría recuperar lo que le había sido usurpado y con el tiempo sería su hijo el que ocuparía la posición de líder de la raza.

Sacudió la cabeza. Todo aquello habían sido historias, sucesos demasiado antiguos para que hubiese pensado en ellos, un capítulo demasiado grotesco en su historia familiar como para desear recordarlo.

—Dicen que cuando mi padre me encontró lo hizo en el preciso instante en que su hermano levantaba un cuchillo de plata para quitarme la vida —completó el breve relato—. Mi madre creía que la furia había cegado momentáneamente su juicio, que

la venganza que todo lobo lleva en su interior lo hizo obrar de tal manera y lo condujo a exterminar a toda una familia cuando quizá solo hubiese un único culpable.

Notó la forma en que Denali cambió sutilmente el cuerpo de posición, la repentina tensión en sus hombros y sonrió para sí. Debajo de esa coraza, no era más que una niña.

—La casa que había pertenecido a mi tío, fue quemada hasta las cenizas, decían que la sangre había teñido las paredes, que incluso se oían los aullidos de la gente quemándose viva, pero... —negó con la cabeza—. Razvan no era un lobo sanguinario. Sí, querría justicia, pero creía en una justicia rápida y no en el ensañamiento. No sé qué pasaría exactamente, pero ese día una rama de mi familia de sangre fue totalmente erradicada y se prohibió volver a mencionar su nombre, pasando a conocerse como la familia oscura.

—Pero, si no hubo supervivientes, ¿por qué estaba esto en manos de ese monstruo? —preguntó Denali—. ¿Por qué esa absurda y rabiosa inquina hacia ti?

—¿Y si esa noche no murió toda la familia? —murmuró Judith mirándole—. Has dicho que tu padre no era un hombre despiadado, tú tenías tres meses... ¿qué edad tenía el hijo de tu tío? Debería ser un niño por entonces, ¿no? ¿Quién mataría a un niño inocente?

Las palabras de la compañera de Radu tenían sentido.

—Él debía tener unos... catorce o quince años cuando pasó aquello —calculó y sacudió la cabeza—. Su fecha de nacimiento tiene que estar escrita en la biblia familiar.

Judith empezó a tocarse la barbilla con el dedo mientras se movía de un lado a otro de la sala.

—Entonces, ahora mismo él debería rondar los cincuenta, ¿no?

—Eso encajaría con la edad de Armitage —asintió Nahara—. ¿Existe alguna fotografía de antaño de esa familia?

Negó con la cabeza.

—No, nada sobrevivió —la miró—. Como dije, todo se quemó hasta los cimientos.

—Todo menos eso —señaló ahora Merry, indicando el trozo de tela.

—Entonces, ¿podría ser él? —preguntó ahora Denali, levantándose—. El hombre que nos recogió a Nahara y a mí, el que destruyó nuestro hogar, el clan Daratraz, el que nos ha estado dando caza durante estos últimos años e hizo todo lo posible por arrebatarnos todo lo que teníamos incluso antes de que supiésemos que era nuestro, ¿podría ser él? ¿El hijo de ese hombre buscando venganza?

Se levantó de inmediato, sintiendo su malestar, la agonía en su corazón y la atrajo a sus brazos.

—No lo sé, Dena, pero podría ser una posibilidad.

—Necesitamos salir de dudas, ¿no?

Los dos se volvieron al escuchar la voz femenina seguida del gruñido del alfa de

Praga.

—Judith. No.

La pequeña pelirroja se giró hacia su compañero.

—Te dije que estamos juntos en esto lobo, que haría lo que pudiese para ayudar. —Se encogió de hombros—. Quizá no sirva de nada, pero no puedo dejar que vuelva a suceder lo mismo otra vez, no podemos dejar que le hagan a otra niña lo mismo que le hicieron a Cora y a Aneska.

El alfa apretó los dientes y desvió la mirada hacia él.

—Por más que no me guste la idea, mi compañera tiene razón.

Asintió. Necesitaban respuestas, no podían seguir caminando a ciegas y movidos por la especulación.

—De acuerdo, Judith. —Se dirigió a ella—. Inténtalo... pero si resulta demasiado...

—Seré la primera en retirar la mano, alteza, lo prometo.

Su sonrisa no llegó a iluminarle los ojos, estaba asustada, lo sabía, como también lo sabía Radu, quien no dudó en apoyarla.

—Estoy aquí. —Escuchó murmurar al alfa, recordándole su presencia—. No hagas ninguna tontería.

Asintió lentamente y caminó hacia la mesa, posando la mano sobre la tela y quedándose al momento inmóvil, con la mirada fija en el blasón, ajena a todo lo que había a su alrededor.

CAPÍTULO 38

Judith no estaba segura de lo que esperaba lograr, pero la desesperación y la impotencia estaban tan arraigadas en esa habitación que si no hacía algo iba a salir corriendo. Se había resistido con todas sus fuerzas a ese trozo de tela desde el primer instante en que lo había visto, era como si tirase de ella, como si deseara que descubriese la verdad y era una petición que no podía ignorar.

Las voces volvieron a resonar como una cacofonía en su cabeza, sus gritos eran de tal magnitud que le estaban provocando jaqueca y Radu lo sabía.

«Si no puedes con ello, te retiras. Nadie te culpará por ello. Llevas todo el mes esforzándote sin parar».

«Si ves que empieza a darme vueltas la cabeza, sácame de aquí».

«No le encuentro la gracia».

Eso es que no lo miraba desde su punto de vista.

Respiró profundamente y se concentró en el patrón que tenía delante buscando alguna sensación, pero lo que encontró fue algo muy distinto.

«Llévatelo, ahora».

Un hombre con un palpable parecido al príncipe empujaba a una mujer morena con un bebé en brazos, un infante de pocos meses con el pelo negro y unos penetrantes ojos verdes. No conseguía ver su cara, pero sus emociones eran crudas, rabiosas, alguien había atentado contra él, contra su hijo y deseaba sangre por ello.

Era el rey Razvan y el bebé que había visto el príncipe heredero.

Tan pronto como vino, la imagen cambió. El rey caminaba ahora con paso firme, podía sentir su decisión y la tortura que está le provocaba. No daba crédito a lo ocurrido, se negaba a aceptar lo que había visto como realidad, pero no podía quitarse de la mente la locura en esos ojos, la maldad asomando en ellos mientras levantaba esa hoja plateada sobre la cuna de su hijo.

«¡Solo es un bebé inocente!».

«¡Es el hijo de una perra! ¡De una traidora! ¡No es más que un bastardo!».

«Es un lobo de sangre pura, el primero que ha nacido en décadas».

«¡La sucesión no es suya! ¡Yo soy el verdadero príncipe! ¡Yo!».

Solo era un chiquillo, pensó Judith mirando con horror al causante de tanto dolor. Él no dejaba de moverse de un lado a otro, ignorante del asesinato que había protagonizado en la habitación infantil. Estaba enloquecido, aferraba con fuerza el cuchillo mientras se mesaba el pelo como si tuviese algún conflicto interior.

«No eres nada». Escuchó la rabia en su voz. *«Nunca lo serás. No eres más que un bastardo al que acogieron por caridad».*

El muchacho se rio como un loco, ajeno a sus palabras.

«Has perdido el juicio por completo».

«Oh no. Lo he recuperado. Por primera vez en mucho tiempo lo veo todo muy claro». Aseguró el muchacho. «Todos sois unos traidores. Queréis quitarme lo que es mío con engaños, pero no os dejaré».

La habitación cambió de nuevo, el frío y el horror la recorrió y se encontró mirando a los ojos verdes de una mujer, un rostro dulce y tranquilo que despertó toda clase de emociones en su interior.

«Protégelos».

Entonces vio cómo se giraba y extendía la mano haciendo que su visión se abriese, llevándola a otra escena.

Muerte, sangre, horror... El rey gritando con el cuerpo de ella en los brazos, a su alrededor una verdadera masacre y en el centro, teñido de sangre, con una mueca de horror y lo que solo podía describir como alucinación en su cara, estaba él, un simple crío. En la mano apretaba un cuchillo y a sus pies estaba el cuerpo del que sabía era el hermano del rey.

«¿Qué has hecho?».

La acusación del rey se perdió en la habitación. No le respondió, dejó que sus labios se curvaran y viese en sus ojos un brillo malsano.

«Recolectar lo que es mío». Su voz sonó ahogada y le produjo un intenso miedo. «Es lo que ella siempre me repetía, que recolectase lo que era mío».

Alegría camuflada con falta de empatía, locura, desesperación, todo formaba un puzle que encajaba en su lugar.

«Todo es mío, nadie me quitará mi derecho de nacimiento, ¿verdad madre?».

Pero ella nunca le respondió, nunca pudo decirle que no era su madre, que él no era su hijo y no era heredero de nada, comprendió Judith con una claridad que le daba miedo.

«¡Te he hecho una pregunta, perra inmunda!».

No vio como pateaba el cadáver de esa mujer, solo escuchó el fiero gruñido de un lobo y el sonido del cuchillo cayendo al suelo. Cuando volvió a mirar, el muchacho se cubría la mejilla con una sangrante herida mientras se enfrentaba con el lobo más grande que había visto en su vida.

«Está muerta. Mataste a las dos únicas personas a las que debías proteger con tu inmunda vida. No eres nada, no eres nadie... tu herencia está lejos de ser pura. ¡Eres un mestizo!».

Cerró los ojos pues no deseaba seguir viendo aquella crueldad. Pero en la oscuridad nacieron otras imágenes, recuerdos que se encadenaban uno tras otro y que tenían un único protagonista; ese muchacho.

Ya no era un niño, su alma parecía haberse apaciguado de algún modo, la locura en su interior se había quedado dormida y al momento supo que se debía a ella, a la mujer que amaba, la única que desperraba el pasado de su mente. Pero esa felicidad fue efímera, el calor lo abandonó y la oscuridad volvió a adueñarse de su alma.

Gritos, aullidos, muerte, una mujer sin vida cuya sangre teñía la tierra bajo ella

empapándolo todo. Lo vio a él, con su cuerpo entre los brazos, acunándola, gritando de rabia y desesperación. No había estado allí para protegerla, no había estado para impedir que la matasen y se llevasen la única luz de su vida.

La escena cambió al momento y lo encontró ahora de pie ante una tumba, dos niñas pequeñas permanecían de pie mientras él se arrodillaba sobre la yerma tierra.

«No descansaré hasta que hayan pagado por cada uno de sus pecados, Evelin, recuperaré lo que es mío, lo que heredarán Mirabella y Savage. Y él pagará con su vida por el tiempo que nos ha quitado. Le robaré lo que más anhela, como él te robó de mí».

«Mira más allá, entiende lo que pasó. Protégelos».

Esa no era la voz de su abuela, no era nada suyo y sin embargo tiraba de ella hacia delante, hasta la noche en que se perdió toda una manada.

Lo vio aleccionando a sus hijas, dejándolas en manos de conocidos, prometiéndoles que un día volvería a ellas y les daría el lugar que les correspondía. Asistió al ataque de una aldea, vio cómo se originaba el fuego, cómo surgían de la nada para matar a los supervivientes. Vio como recogía a una adolescente y a un infante y sus planes cambiaban al instante pasando de la sed de sangre a la de venganza. Sintió como resurgía la rabia y la locura, más brutal que nunca al darse cuenta de que la había perdido, de que la niña a la que había criado como a una hija lo había traicionado para unirse a su enemigo. Lo vio gritando a viva voz con el cuerpo desgarrado de lo que parecía una especie de perro lobo más pequeño entre sus brazos.

«Pagarán por ello, Mirabella, te lo juro. No descansaré hasta que el último de ellos tiña el suelo de sangre. Y él será el primero, el que te ha hecho esto, será el primero en caer».

Uno tras otro vio fragmentos cada cual más horrible y lúgubre, más imperdonable, su locura en estado puro...

«Detenlo. Ayuda a mi lobo valiente a entender el pasado y a detener esta interminable locura».

La conexión se rompió y cuando volvió a enfocar seguía mirando el trozo de tela.

—¿Judith?

Levantó la mano y sintió que se mareaba. Solo los brazos de su compañero impidieron que terminase en el suelo.

—Es él... Siempre fue él... —Levantó la mirada hasta encontrarse con la de Velkan—. No fue tu tío... él y su compañera intentaron protegerte de su propio hijo. Perdió la razón... los asesinó a todos sin sentir remordimiento alguno... Incluso a ella, a tu madre.

El príncipe frunció el ceño.

—Te equivocas, Judith —negó Velkan—. Mi madre no murió esa noche.

Negó de nuevo.

—La reina no fue la que te dio la vida, no era la compañera de tu padre. —

Aquello era lo que necesitaba comprender, lo que tenía que saber—. No sé cómo llegó a ocurrir algo así, no me ha enseñado todos los detalles, pero tu madre, la que te trajo al mundo... ella te llamaba mi lobo valiente.

La sorpresa bailó en sus ojos, estaba claro que sabía de quién le estaba hablando.

—¿Qué es? —preguntó Denali.

Miró a su compañera.

—Eso es algo que solía decirme Ruxandra —respondió mirándola—. Es el significado de mi nombre.

—Pero no es posible —negó al momento Rumati, su rostro plagado por la sorpresa y la incompreensión—. Ella era... mi madre.

Judith asintió mirando al jefe del extinto clan.

—La historia de vuestro padre se repitió de nuevo —explicó—. El lobo de sangre pura se saltó una generación...

Ambos se quedaron en silencio y dejó caer la parte más importante.

—Fue él quien mató a toda la familia, no el rey Razvan —le comunicó—. Supongo que su majestad orquestó el incendio y proscribió su nombre para evitar que aquello saliese a la luz. De todos modos, no es eso lo que lo ha traído hasta aquí y hasta este momento.

—¿Qué más podría ser?

—Un cúmulo de acontecimientos. —Miró a Radu y volvió a centrarse en el príncipe—. No sé cómo ocurrió o quién lo hizo, pero asesinaron a su compañera, a su esposa. Su convencimiento es que fueron lobos... como también lo era el que... asesinó a su hija mayor.

—¿De qué estás hablando? —intervino Nahara—. No tenía esposa o hijas...

—Sí, tuvo familia, vi cómo enterraba a su esposa, como ponía a salvo a sus hijas, lo vi gritar de dolor por la pérdida de su hija... hará unos... dos años. Y hay una cosa más. No es un lobo... no completamente.

Velkan arrugó la nariz, pensativo, entonces pareció comprenderlo.

—Un coyote —murmuró—. Hace dos años... en los Estados Unidos... alguien quiso acabar con la compañera del alfa de Manhattan. Ella... era un coyote.

—Eso concordaría con las fechas.

—Has dicho que tenía dos hijas —preguntó ahora Denali—. ¿Quién es la otra?

—Déjame adivinar. ¿Savage?

Miró a Mijaíl, quién había gruñido al hacerlo.

Asintió, ese era el nombre que había escuchado, la mujer que había traicionado a su gente.

Hubo un coro general de jadeos y muestras de incredulidad. Sabían que los había traicionado, pero no sabían el motivo hasta ahora.

—Joder, esto es una locura —aseguró el alfa de Bratislava.

—Y hay una cosa más, algo que vengo sintiendo desde hace más de un mes y que creo que ahora sé a qué se refiere —concluyó—. No sé cuándo o cómo planea

hacerlo, pero su resolución, todo lo que tiene en mente es algo oscuro, retorcido y a gran escala. Quiere vengarse de los lobos, hacer daño al mayor número posible de ellos...

—La reunión anual —convinieron los alfas a la vez.

—Por eso no se ha movido hasta ahora —aceptó Radu.

—¿Y todo eso lo has descubierto tocando un trozo de tela?

La voz de Merry y la incredulidad en sus palabras hizo que todos se volvieran hacia la recién llegada. Al verse el foco de las miradas se revolvió nerviosa, miró a su alrededor y se puso a la defensiva.

—Disculpad si soy la nueva aquí y todavía no estoy al tanto de todo lo que se supone que para los lobos es normal y para mí no.

—Esto tampoco es normal para nosotros, compañera.

Sonrió y sacudió la cabeza.

—No importa, entiendo que puede resultar... extraño.

La chica se la quedó mirando unos instantes, su aura era intensa, en sintonía con la de Mijaíl.

—Y, ¿serías capaz de encontrar a una persona de ese modo?

Su pregunta la tomó por sorpresa.

—Es posible...

Asintió de nuevo.

—¿Podrías ayudarme entonces con una búsqueda? —La petición la tomó por sorpresa—. De hecho, no es una petición nueva, te la hizo mi jefe.

—Merryna, no creo que este sea el mejor momento para jugar a los médiums. —Mijaíl la miró—. Dicho con cariño, Jud, que conste.

Enarcó una ceja y vio cómo su compañera replicaba.

—Se lo debo al profesor.

Ahora ya comprendía a qué se refería. Se trataba del hombre que había sido asesinado, el mismo que se había puesto en contacto por medio de ella para pedirle ayuda.

—La buscaremos —aceptó mirando a la chica.

Merry asintió en respuesta y articuló un silencioso «*gracias*».

—Creo que todos necesitamos un tiempo para digerir esto y unas cuantas explicaciones más —añadió Velkan después de unos minutos—. ¿Os importaría dejarnos a Denali y a mí a solas con Judith y Radu?

Todos se levantaron dispuestos a dejarles ese momento.

—Avisaré a Arik sobre el nuevo descubrimiento que hemos hecho sobre Savage —le comunicó Rumati alejándose ya con su compañera.

Ambos se miraron, tenían mucho de lo que hablar, pero ya habría momento para ello. Velkan se giró entonces hacia ella.

—Solo te retendremos unos minutos.

Sacudió la cabeza.

—No importa, tú más que nadie, los dos, debéis saber de dónde viene todo esto —aceptó—. Solo así podréis detenerlo.

CAPÍTULO 39

El silencio se instaló en la sala después de la salida de la joven romaní, la pelirroja había puesto sobre la mesa una serie de pruebas que eran imposibles de refutar, que no podía saber a menos que hubiese vivido aquellos hechos. Incógnitas que habían sido desveladas, secretos que salían por primera vez a la luz, las piezas empezaban a encajar en su sitio trayendo consigo una claridad que nadie había podido ver de otra manera.

—Siempre ha estado ahí, inadvertidamente y de una manera que nadie podía prever, siempre ha estado ahí y ni siquiera hemos sido conscientes de ello —sacudió la cabeza—. Ya no sé si se trata de una conspiración o simplemente casualidad que esas dos muchachas hayan terminado en manos de Arik.

—¿Desconfías de tu beta?

Negó con la cabeza.

—Si hay alguien en quien confiaría mi vida, además de ti, es él —aseguró—. Ha estado a mi lado desde que me vi obligado a ocupar el lugar de mi padre, en cierto modo, eso es también lo que fue para mí.

Dejó escapar un resoplido.

—Tantas muertes y todo, ¿por qué? —Negó con firmeza—. ¿Qué venganza puedes exigir cuando eres el único culpable de tus desdichas? ¿Cuándo has destrozado la vida de cientos de personas?

—La que está en su mente, la que le hace pensar equivocadamente que su camino es el único y que él es un salvador mientras los demás estamos condenados —comentó su compañera, entonces sacudió la cabeza—. Nunca supe que había tenido compañera, menos aún hijas, pero el hombre que yo recuerdo no era alguien que echase de menos una mujer o una familia, era alguien que necesitaba tener el control. Fue el hombre que nos mintió durante casi quince años —puntualizó, en su voz se apreciaba una rabia demasiado latente—, que nos manipuló, que intentó inculcarnos unas ideas equivocadas...

Deslizó el brazo por su espalda y la atrajo hacia él, acurrucándola contra su costado.

—Es un hombre peligroso, Velkan, ha demostrado que carece de compasión —aseguró con voz dura, fría—. No le ha importado masacrar a lobos inocentes, a humanos, todo para alcanzar una... meta... que solo él parece conocer.

La besó en la cabeza, dejando que su presencia la reconfortase como a él le reconfortaba la suya.

—Ahora ya sabemos con quién estamos tratando en realidad, Denali, no dejaremos que siga sembrando el caos.

Se recostó contra él y abrió la palma sobre su pecho.

—No puedo evitar preguntarme si él tuvo también algo que ver con el asesinato de mis padres —murmuró con voz queda—. Si he estado viviendo durante una parte de mi vida con el asesino de mi propia familia.

—Denali...

—Apenas recuerdo el rostro de mi padre o la voz de mi madre —su voz se iba apagando cada vez más—, ni siquiera sé si les dije que los quería antes de que fuesen encontrados muertos.

Su compañera había sido poco más que una niña de tres años cuando su propio padre hizo que la sacasen de Valaquia y la ocultasen en el seno del clan en el que estaba su hijo mayor. Era extraño como un lobo podía reconocer a su compañera, podía sentir esa conexión especial incluso si esta era un bebé, pero él la había sentido con ella. Denali había sido una niña cuando la vio por primera vez, había algo en ella que le provocaba ternura y unas inexplicables ganas de protegerla, así que cuando decidieron llevársela para ponerla a salvo su lobo había pillado una rabieta infantil épica; toda una declaración de intenciones para un adolescente de casi dieciséis años.

Sí, su familia había sido asesinada, sus padres habían sido encontrados muertos, sus cadáveres en forma lupina prácticamente despedazados. Ella se había salvado únicamente porque la habían escondido en un compartimento secreto de la casa familiar. Era como si ellos supiesen que iban a ir a por ellos incluso antes de que cualquiera en los círculos más cercanos supiese que ella estaba destinada a ser su princesa.

—Nunca se supo quién estaba detrás de esas muertes —aceptó, confirmando sus palabras—, pero aquello ocurrió casi quince años después de que él destruyese a su propia familia...

Empezó a apartarse de él, pero no se lo permitió.

—Denali...

Los ojos azules se encontraron con los suyos.

—No puedo afirmarlo con seguridad, Velkan, pero de algún modo mi loba intuye que fue él. —No tengo pruebas, no tengo recuerdos, pero sabiendo todo lo que sabemos ahora... no puedo albergar dudas.

Se lamió los labios.

—Creo... creo que su intención era matarme a mí también y, como ese día no lo consiguió, lo intentó de nuevo durante el ataque a la manada Daratraz —argumentó con calma—. Su forma de actuar, todo lo que me decía, todo en lo que insistía en que tenía que hacer o ser... Quería moldearme a su imagen, intentó por todos los medios sembrar en mí la desidia y el rencor hacia mi pueblo, hacia mi propio compañero... —sacudió la cabeza—. Cuando vio que no podía, fue el momento en que empezaron las palizas, los encierros... y teñí mis manos de sangre.

—Sobreviviste, Dena, te limitaste a sobrevivir.

Lo miró y asintió.

—Sí, lo hice. —Dejó escapar un profundo suspiro—. Es hora de detenerle de una vez por todas, Velkan, es hora de acabar con un sufrimiento que dura ya demasiado tiempo.

Asintió.

—Reuniremos a los alfas y pondremos las cartas sobre la mesa —aceptó—. Ha llegado el momento de luchar por lo que nos pertenece.

Arik estaba dispuesto a admitir que era endiabladamente buena, no en vano la había entrenado él. Llevaban las últimas dos horas jugando al perro y el gato, evitándose mutuamente y buscándose al mismo tiempo. Era un juego arriesgado, pero a estas alturas era consciente de que ambos sabían que las máscaras habían caído y solo era cuestión de tiempo llegar al final.

Ella era artera, siempre inteligente, con la mente bullendo de actividad y mil ideas con las que salirse con la suya, la conocía muy bien, tanto que se limitaba a seguirle el juego.

«Arik».

La inesperada llamada a través del vínculo común de los lobos lo obligó a detenerse.

«¿Qué ocurre?».

«Hay noticias. Hemos descubierto quién está detrás del apellido Armitage y no es la única cosa. Es necesario que estés al corriente».

Gruñó al verse privado de su juego de cacería, pero sí había salido a buscarle, la cosa debía ser importante.

«No te nuevas, voy para ahí».

Tendría que perderla de vista, pero era necesario.

Rumati no era precisamente un lobo de muchas palabras, su silencio, unida a la manera en que solía permanecer atento a todo lo convertía en alguien inteligente. Su compañera era una loba con la que posiblemente llegase a encajar, su forma de pensar era la de una guerrera y había demostrado ser más que competente ahí fuera.

—Acabas de joderme casi dos horas de persecución —anunció caminando hacia ellos—. Espero que las noticias merezcan la pena.

—Te sorprenderán... o quizá no, todo depende de lo bien que conozcas a la rastreadora.

Enarcó una ceja.

—Ella no solo está trabajando con el enemigo, es su hija.

Las palabras de la joven loba lo golpearon.

—¿Qué?

Miró a Rumati y él asintió.

—Y eso solo es la punta del iceberg.

Antes de que pudiese recuperarse de la sorpresa, le fue vertida toda una serie de

sucesos que lo dejaron incapaz de pronunciar palabra alguna.

CAPÍTULO 40

Velkan entró en la habitación y cruzó la mirada con Delani. Necesitaba actuar con naturalidad, no debía levantarse ninguna sospecha, después de las recientes revelaciones debía andar con mucho cuidado, cualquier paso en falso daría como resultado un fatal desenlace.

Miró a cada uno de los presentes mientras avanzaba hacia su compañera, habían optado por incluir en esa reunión a las mujeres de los alfas, para que hubiese uniformidad. Las chicas habían hecho una buena piña incluyendo en su círculo a Denali, cosa que hacía que su princesa estuviese más tranquila y mantuviese su peculiar humor a raya.

—Gracias por responder una vez más a nuestra llamada —incluyó ahora a su compañera y miró a Khalid y Adam, los únicos que no habían estado presentes en previas reuniones.

Sabía que el *sheikh* estaba al tanto de las novedades por su hermano y Adam tenía una buena relación con Luke, los dos eran conscientes, al igual que el resto de los presentes de lo que estaba pasando en la actualidad en Praga, si bien, desconocían el resto de la información y debía ser así al menos durante un tiempo más.

—Algunos ya la conocéis y para los que no, está morenita es mi compañera, la princesa Denali.

Ambos hombres la saludaron ligeramente, mientras sus compañeras le sonreían en respuesta.

—Ya era hora, Voda —comentó Adam.

Enarcó una ceja en respuesta.

—Ni caso —añadió Bryony llevándose la mano al redondeado vientre—, son las hormonas del embarazo. Le afectan a él más que a mí.

Sonrió y miró a su compañera quien frunció el ceño.

«A mí no me mires, todavía me estoy acostumbrado a ser compañera».

«Y lo estás haciendo muy bien».

«Céntrate, compañero, céntrate».

Se volvió hacia Bryony y sonrió.

—Felicidades por el nuevo miembro de la manada.

Ella sonrió.

—Gracias, Velkan.

—Parece que empiezan a llegar las nuevas generaciones —comentó Santana atrayendo su atención—. Es una buena señal para la raza.

Asintió.

—Sí, lo es.

—Entonces, ¿ya tenemos fecha para el congreso?

Luke estaba apoyado en la silla que llenaba su embarazada compañera, sus sagaces ojos se encontraron con los suyos. Le gustaba ese lobo, era un buen hombre y estaba seguro que sería un gran padre.

—¿Tan ansioso estás por asistir? —se burló—. Si mal no recuerdo te emparejaste en el último.

—En realidad lo hizo después, tenía tal alergia que no olía ni su propio culo —aseguró Odin divertido—. Aunque eso no fue impedimento para llevarse el premio gordo.

—Deja de meterte con Shane, o te juro que duermes en la caseta del perro.

—No tenemos perro, pelirroja.

—Me compraré uno solo para que puedas dormir en su caseta.

Se rio entre dientes.

—Sigue manteniéndole a raya, Leah. —La animó Shane—. Le va muy bien.

—No veas lo que cuesta educar a estos lobos —aseguró ella arrancando risas de todas las mujeres.

—¿Crees que es una buena idea seguir adelante con la reunión anual con la que está cayendo?

La pregunta vino de Jeremy.

Miró al policía y asintió.

—Ya la hemos retrasado demasiado. No podemos dejar que un chalado como el que está ahí fuera condicione nuestro comportamiento —anunció con toda intención—. Ahora más que nunca es importante que nuestro pueblo sepa que estamos unidos. Al mismo tiempo, aprovecharé para presentar a Denali como mi compañera y consorte, desmintiendo así cualquier posible rumor que haya generado su ausencia hasta ahora.

—¿Consorte? —lo interrumpió ella mirándole curiosa—. Eso es nuevo.

Nuevas risitas, esta vez de los chicos.

—Es la tradición, *prietenã* —le aseguró divertido—. Es lo que trae consigo la sangre pura. Estás atada a mí por toda la eternidad.

Puso los ojos en blanco.

—¿Tendré que vestirme también de novia?

—No te lo recomiendo, las ceremonias nupciales están sobrevaloradas —intervino Merry, quien también estaba presente. Había insistido en que así fuese. Esa pequeña humana tenía tanto derecho como los alfas a estar presente, especialmente después de lo que había tenido que presenciar.

—Todo lo que tendrás que hacer durante la reunión, es quedarte cerca de mí.

—Eso puedo manejarlo.

Le guiñó el ojo y pasó a lo importante.

—La recepción se celebrará el próximo viernes —les informó y miró a Radu—. Al final hemos optado por el *Art Deco Imperial Praga*.

Él asintió. Judith estaba a su lado, más silenciosa que de costumbre, pero no por

ello menos atenta.

—Es uno de los mejores lugares para celebrar eventos de la ciudad y será fácil cubrir la seguridad si se alquila todo el edificio y se monitorean las calles adyacentes.

Arik soltó un bufido.

—Eso lo decidiré yo.

—Es el edificio que está en *Na Poříčí*, en la ciudad nueva —comentó el alfa de Praga—. Tiene una de las mejores vistas de la ciudad y los accesos son restringidos solo desde un lado de la calle.

—¿Puertas abiertas? —preguntó Odin.

Lo miró y negó con la cabeza.

—Era algo que había contemplado...

—Por encima de mi cadáver.

Arik había estado inusualmente silencioso desde su conversación con Rumati. Ambos lobos habían regresado y habían tenido una breve charla en la que reunieron toda la información de la que disponían sobre Savage. Si había alguien para quién todo aquello había sido un duro golpe era su amigo. El ejecutor iba a perder algo más que su alma en esta etapa de su vida, lo sabía, y era algo que no podía perdonarse.

—Y ese es el sentido común que a ti te falta —intervino Luke poniendo la acotación que aligeró el momento—. Nadie va a entrar en las instalaciones si no es con invitación. Con todo lo que hay ahí fuera, no os arriesgaremos a ninguno.

—Aunque no lo parezca, se cuidarme sola.

Sonrió ante el resoplido de su compañera.

—No lo pongo en duda, princesa, pero con un príncipe que de problemas tengo suficiente.

No pudo evitar reír ante el comentario del alfa de Manhattan.

—Ya veo que me tienes en alta estima.

—Altísima —chasqueó y miró a Arik—. Ni se te ocurra perderle de vista... A ninguno.

—No lo he hecho ni un solo instante, a pesar de que se empeñan en exponerse, pasear por la ciudad... —Los miró a ambos—. Todo lo necesario para decirles a aquellos que los quieren, aquí estamos.

—Denali tiene razón —declaró confiado—. No podemos pasarnos toda la vida encerrados por el miedo a un fantasma...

—Especialmente cuando ese fantasma ha dejado de serlo.

Sus palabras hicieron que los presentes lo mirasen, sabían que había algo que todavía no les había dicho.

—¿Puedo suponer entonces que ya tenemos un nombre? —sugirió Luke.

—Tenemos más que eso, me temo —respondió Arik, le miró y asintió dándole el permiso que pedía—. Tenemos un traidor en nuestras filas, ha sido confirmado por Braden, un lobo de Bratislava que fue capturado y torturado y, recientemente hemos descubierto algo todavía más inquietante sobre ese traidor.

Varios gruñidos siguieron a su descubrimiento. Los alfas que no habían estado presentes en la reunión anterior guardaron silencio mientras que los recién llegados expresaron su desagrado.

—¿Quién es? —preguntó Odin entre dientes.

Tanto él como Arik se giraron hacia el alfa de Nevada.

—Savage.

El silencio se instaló al momento, la incredulidad visible en varios rostros.

—Tienes que estar de broma... —murmuró Luke.

—¿Has perdido el juicio por completo? —bramó Odin.

Clavó la mirada en la suya y habló con fría determinación, imprimiendo en su voz su rango.

—Nadie mejor que Arik o yo sabemos lo que esto significa —declaró con fiereza—, lo que implica una declaración de tales proporciones. Pero ello solo es la punta del iceberg. Hay más, mucho más y vas a quedarte ahí y escuchar —se volvió hacia el resto—. Lo haréis todos.

Toda manada conllevaba una jerarquía, si bien ellos eran jefes de distintos territorios, por encima de su poder estaba el suyo, el del líder de la raza y respondieron a él con sumisión.

—Sería buena idea que empezases a explicar todo desde el principio en vez de comértelos uno a uno, mi príncipe —murmuró Denali, a quién tal despliegue de temperamento le importó un comino—. Los necesitarás después.

La miró y enarcó una ceja a lo que ella correspondió con un encogimiento de hombros.

—Solo es una sugerencia.

Dicho eso tomó asiento también y esperó.

—Como bien acaba de apuntar vuestra princesa. —Hizo hincapié en su rango—. Lo mejor será empezar por el principio.

Puso al corriente de los recientes descubrimientos a cada uno de los presentes, sus rostros iban alternando las emociones a medida que progresaba y llegaba al final.

—Maldito bastardo...

—¿Cómo ha podido traicionarnos así?

—¿Su hija? —Odin sacudió la cabeza. Era quién tenía más problemas para aceptarlo, quizá, porque era, junto con Arik, uno de los más cercanos a Savage—. No... no puedo creer que ella... que haya participado en algo como esto.

—Lo hizo —intervino Mijaíl, quién se había mantenido en un segundo plano junto con su hermano—. Te puedo asegurar que Braden no se equivoca. Dice que no intervino... pero sí estuvo allí, escuchó su voz... y no decía cosas agradables.

El alfa de Nevada apretó los dientes.

—Dios, ha estado todo el tiempo debajo de nuestras narices, cerca de nuestras compañeras. —Miró a Leah y con cada nuevo segundo las dimensiones de lo ocurrido se hacían más grandes.

—No puedo creer que esa coyote loca que me atacó fuese una de sus hijas —murmuró Shane llevándose la mano al abultado vientre, su rostro había palidecido ligeramente.

—Al menos ahora sabemos quién hay detrás de todas esas muertes y el posible motivo que le llevó a perpetrar tanta maldad —añadió Jeremy—. Todo lo que necesitamos es encontrarlo y hacerle pagar por sus crímenes.

—Encontrarlos a los dos —murmuró Santana en voz baja, teñida de la rabia. Él había sido uno de los primeros afectados en esa guerra interna.

—¿Sabemos dónde murió su esposa? —preguntó de nuevo el policía de Nebraska—. Me gustaría saber quién estuvo detrás de ese ataque, si fue verdaderamente un ataque.

Tanto él como Arik miraron a Judith, quién estaba callada como un ratón.

—Podría intentar averiguarlo —comentó la chica en un hilillo de voz—, al menos daros una descripción del lugar, por si a alguno os suena.

El lobo asintió.

—Si Radu está de acuerdo, trabajaré contigo en ello —aceptó Jeremy pidiendo permiso a su compañero.

—Os ayudaré —aceptó el alfa.

—Yo cazaré a Savage.

El silencio volvió a instalarse ante la declaración de Arik.

—No deberías ser tú quién...

—Es mi responsabilidad —atajó el lobo, cortando de raíz la réplica de Odin—, ha sido mi fallo.

Velkan sacudió la cabeza. No era verdad, solo había sido una jugarreta del destino, pero no era culpa de él o de nadie.

—Ella era libre de elegir su camino —intervino Denali, adelantándosele—. Durante gran parte de mi vida han intentado ponerme en contra de mi gente, de mi compañero... elegí seguir mis instintos, mi camino. Solo yo soy responsable de mis elecciones.

El ejecutor asintió y le dedicó una profunda reverencia a modo de agradecimiento, pero eso no lo disuadió de su tarea. Sabía que nada lo haría ya.

—Si ese demente va a por ti, Velkan, ahora más que nunca es necesario que te mantengas a resguardo —añadió Luke—. Tanto tú como la princesa.

—No voy a agachar la cabeza, esconderme en un rincón y temerle, eso es lo que quiere, lo que siempre ha buscado de mí —siseó Denali en respuesta—. Lo que busca que hagamos tanto su alteza como yo. —Negó una vez más—. No voy a darle tal satisfacción... entre otras cosas porque para poder matarlo, necesito tenerlo delante.

—Wow... eso ya son palabras mayores, lobita —intervino Odin, intentando calmar los ánimos.

—¿Le perdonarías la vida a un ser semejante después de todo lo que ha hecho? —La pregunta surgió de la garganta de Nahara. Ella y Rumati se mantenían en una

esquina, callados, silenciosos, esperando.

El alfa de Nevada negó con la cabeza.

—No, Nahara, lo que ha hecho no tiene perdón —aceptó y se vio un halo de tristeza en sus ojos cuando concretó—. Ninguno de los dos tiene perdón.

Ella asintió.

—Denali tiene más motivos que ninguno de los que está aquí hoy para desear su muerte y es un deseo y un destino que he compartido y comparto con ella —aseguró mirando a su amiga—. Nadie puede pasarse la vida huyendo, eso no es vivir, a duras penas es supervivencia.

—Hay que encontrarle, hacerle salir, atraerlo hacia nosotros si hace falta —intervino tomando de nuevo la batuta de la conversación, mirando a sus alfas—, y cuando esté ante nosotros, pagaré por todo el dolor y las muertes que han causado.

—Para ello tendremos que librarnos antes de toda esa escoria que parece brotar de las alcantarillas cada dos por tres —añadió Mijaíl—. Mermar sus apoyos, dejarlo sin efectivos. No hace más que dejarnos la basura en la puerta de casa y aspira a que nos hagamos cargo de ello. La verdad, empiezo a cansarme de barrer las calles que no son mías.

—Puedes irte cuando quieras, lobito —añadió Radu, aunque no había la animosidad de siempre en su voz.

—No me dejan. —Le señaló con un fingido puchero.

Se llevó la mano a la cabeza.

—No empecéis, niños, no empecéis.

El alfa de Bratislava sonrió de soslayo y alzó las manos a modo de rendición.

—Nos portaremos bien, ¿verdad?

Su hermano resopló.

—Habla por ti.

—Radu... —Lo avisó su compañera.

—Sabiendo todo esto, ¿vas a continuar con el congreso? —preguntó Khalid enlazando sus dedos con los de su esposa Brenda Rose.

Asintió.

—Ahora más que nunca debemos demostrarle que estamos unidos, que somos una manada y que no importa lo que haga, nunca será suya —declaró con fiereza—. Denali y yo somos los cabezas de esta raza y se lo haremos saber a todo aquel que desee escuchar.

El *sheikh* asintió en común respeto. Sabía que él pensaba de la misma manera.

—En ese caso, solo queda concretar el tema de la seguridad y evitar que la reunión se convierta en un baño de sangre.

—Nos ocuparemos de que cada lobo sepa a lo que se enfrenta —añadió. Había llegado el momento de decir la verdad, de avisar a la población y rogar que eso fuese suficiente para detener a ese maldito—. Se acabó el esconderse. —Miró a su compañera—. Lucharemos por lo que es nuestro.

—Sé que lo haréis, Savage, la seguridad de todo el mundo... está en vuestras manos.

Se miraron a los ojos y, por primera vez desde que la conocía, se inclinó ante él.

—Tus deseos, serán siempre los míos, mi príncipe de los lobos.

Con esas palabras y ante los alfas de distintas regiones del mundo, Denali acababa de jurarle lealtad.

CAPÍTULO 41

Merry no podía dejar de pensar en todo lo que había ocurrido en tan solo unas horas. El incendio que le había arrebatado su casa, sus cosas y su vida parecía demasiado lejano, como si hubiese ocurrido hacía meses o años y no tan solo dos días atrás. En un abrir y cerrar de ojos se había encontrado metida en un enorme conflicto y había levantado la mano para presentarse voluntaria. Sabía que no lo hacía por ella, sino por el hombre imposible que le había tocado por compañero, el único que parecía ser capaz de encontrar algo bueno en medio de tanta maldad y enseñárselo para que ella también lo viese.

Mijaíl —su Misha—, se había convertido en pocos días en algo importante en su vida, lo que experimentaba a su lado nada tenía que ver con lo que había sentido con Damek o con cualquiera de sus anteriores parejas. Odiaba darle la razón, pero el vínculo del que hablaba hacía que se sintiese como una parte de él, que supiese que cada palabra que decía era verdad y que siempre estaría allí para ella. Por primera vez en toda su vida, no se sentía sola, se sentía arropada, querida... y empezaba a pensar que ese sentimiento podía ser recíproco. ¿Enamorarse de un lobo? ¿Por qué no? ¿No decían acaso que ellos se emparejaban para toda la vida? Un amor para toda la vida no parecía ser tan malo.

—Debería llamar a mi madre y decirle que voy a buscar algunas de las cosas que ha guardado en el desván —comentó en voz alta. Su compañero se había ido hacía ya un rato a la ducha y, a juzgar por la falta del ruido del agua, ya debía haber terminado—. Pero eso daría pie a preguntas que no sé ni quiero responder.

—Pues no las respondas.

Se giró para verle salir del cuarto de baño tan fresco como una lechuga, ese hombre le provocaba palpitaciones, especialmente cuando andaba a su alrededor con poco más que una toalla.

—No hay necesidad de molestar a tu familia, si necesitas algo iremos a comprarlo a la ciudad —le dijo deteniéndose a su lado, alzándole el rostro con los dedos—. Sé que duele, Merry, pero con el tiempo ese dolor se irá aliviando y mientras tanto, seguirás adelante porque estás viva y eso, *prietenã*, es lo más importante de todo.

Desvió la mirada de la suya a la muda de ropa que tenía sobre la cama y sintió como los ojos empezaban a llenarse de lágrimas. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por retenerlas y recordarse a sí misma lo que él acababa de decirle, que estaba viva, que no había estado dentro cuando destruyó su hogar. No solo había salvado la vida, había evitado que su compañero sufriese un destino no merecido. Nadie debería pasar por el tormento que había vivido él, no quería ser ella la que lo iniciase de nuevo.

—Hay cosas que no pueden reponerse materialmente, Misha —aceptó. Respiró profundamente y sacudió la cabeza—. La ropa puede esperar, tenemos cosas más importantes en marcha que reponer mi guardarropa. Solo necesito algunas cosas para los próximos días y creo que Denali y Judith podrán prestármelas. La princesa prácticamente me ha cedido todo su nuevo guardarropa. —Hizo una mueca al recordar el momento en que la arrastró a su dormitorio—. Es solo que... no me gusta depender de los demás...

—Lo sé. —Se deshizo de la toalla y empezó a vestirse.

Demonios, ese lobo tenía un culo espectacular y carecía de vergüenza, verle desnudo borraba de un disparo cualquier otro pensamiento o preocupación.

—Siento cada una de tus emociones, especialmente tu agitación interior.

Suspiró ante sus palabras. Hablando del vínculo que los unía...

—Que sepas que no me gusta un pelo eso.

Sonrió.

—Te acostumbrarás y con el tiempo la cosa se calmará.

Negó con la cabeza y echó un fugaz vistazo al material que tenía sobre la mesa de la antesala.

—El profesor tuvo que haber descubierto algo importante, algo que lo haya puesto sobre aviso —murmuró. No había podido dejar de pensar en ello a raíz de lo ocurrido—. Y si lo ha alertado es que ha llegado a contactar con él, sabía dónde encontrarle.

El colchón se hundió a su lado, con el pantalón desabrochado y una camisa negra abierta, era de lo más *sexy*.

—Siento mucho lo que le ha pasado a tu profesor, Merry —aseguró con rostro serio—. De un modo u otro haremos que pague por su asesinato.

Se lamió los labios y asintió.

—Nunca pensé que me vería envuelta en algo semejante, ni siquiera sé si puedo enfrentarme a ello.

—Puedes. Lo estás demostrando a cada paso. —Señaló los papeles—. Si crees que ahí puede haber algo que nos ayude a dar con él, no te detengas hasta encontrarlo.

Miró de nuevo los papeles.

—No sé si tendremos tiempo suficiente... ni siquiera sé si Judith podrá ayudarme a encontrar a su hija... si es que está con vida.

—El plan de Velkan es arriesgado, pero hoy por hoy es lo mejor que tenemos —aceptó sin pensárselo mucho—. Hay que pararle los pies y erradicar la raíz podrida que ha terminado germinando en ese invernadero. Una vez hecho eso, tendréis tiempo más que suficiente para cumplir con la última voluntad del profesor.

Asintió. Tenía razón.

—Necesitaré revisar las cuentas, los correos y la agenda del profesor —enumeró—. Si hay algo que pueda servirnos, lo encontraré.

—Sé que lo harás, Merry, no tengo duda alguna.

—Pues entonces ya confías más que yo. —Hizo una mueca—. ¿Hay alguna posibilidad de conseguir un termo con café?

—Veré que puedo encontrar. —La besó en los labios y se levantó dejando la habitación.

Miró de nuevo el montón de papeles y se levantó.

—Ya es hora de hacer algo más que sentarse de brazos cruzados —masculló trasladándose a la mesa—. Vamos, profesor, deme algo con lo que pueda ayudarles a vengar su asesinato. Le juro que haré todo lo que esté en mi mano para darle descanso y después... encontraré a su hija.

Le debía al menos eso al viejo y peculiar anciano que había confiado en ella lo suficiente para permitirle trabajar a su lado los últimos cuatro años.

Con esa meta en la cabeza, inició su particular búsqueda.

—¿Cómo lo soporta?

Velkan no necesitaba preguntarle a su compañera de quién hablaba, era una pregunta que, honestamente, también se había hecho él mismo.

—No lo sé. —Se limitó a mantener el tono bajo, solo para sus oídos—. A mí todavía me cuesta entender cómo ha podido pasar, cómo hemos llegado a este punto, cómo no nos hemos dado cuenta antes de lo que se estaba gestando... Y, cuanto más pienso en ello más me doy cuenta de cómo han sido las cosas en realidad, de que todo ha estado siempre ahí y nunca me preocupé en verlo.

Negó con la cabeza.

—Rumati ha sido el único que ha estado cara a cara con él y sigue sin explicarse cómo no se dio cuenta de que era un mestizo —comentó—. Aceptó que siempre había encontrado algo raro, algo que no estaba bien en él, pero no se imaginaba todo lo que había detrás de ese maldito.

El alfa de Daratraz había tenido una breve conversación con él después de la reunión y había puesto en palabras sus dudas de que el hombre que le había reclutado fuese el mismo al que estaban dando caza. Su hermano estaba convencido de que había algo que no terminaba de encajar.

«Es como si fuesen dos personas en una, Velkan, como si tuviese dos personalidades y yo hubiese visto la más humana».

Todo era muy extraño, especialmente porque hasta dónde él sabía toda la rama había sido extinguida por orden de su padre después del intento de infanticidio que habían llevado a cabo contra él siendo solo un bebé. Pero ahora que la verdad había salido a la luz, sabía que su padre no había sido quién había terminado con su propia familia, que la reina no era realmente su madre y que la compañera de su padre, su nodriza, había estado a su lado hasta el final.

Demasiadas cosas que procesar y muy poco tiempo para hacerlo.

—No puedo evitar preguntarme si estamos detrás de la misma persona o ahí fuera hay alguien más a quién no esperamos.

Ella lo miró y asintió.

—Ojalá pudiese decirte más de lo que ya te he dicho, pero por más que intentó recordar, no encuentro nada más —suspiró—. Yo solo conocí una cara, la que nos mostraba a Nahara y a mí. Y la persona en la que se convirtió cuando descubrí que él estaba detrás de lo que siempre pensé que eran accidentes fortuitos. Pero sí puedo confirmar lo que comentó Judith sobre la herida en su cara, pues tenía una enorme cicatriz que se perdía bajo su barba.

Se lamió los labios y añadió.

—El mismo blasón que está en ese pedazo de tela colgaba de una de las paredes de su despacho, era una de las cosas en las que reparé cada vez que entraba allí para esconderme o simplemente para desafiarle —confesó—. He leído ese lema, se lo escuché alguna que otra vez, pero nunca reconocí su procedencia. Si lo hubiese sabido, si tan solo lo hubiese recordado...

—No es algo por lo que tengas que disculparte Dena.

Sacudió la cabeza haciendo que su trenza se sacudiese a la espalda.

—No es una disculpa, Velkan, es rabia e impotencia.

Sí, lo era. Podía sentirla bullir en su interior igual que burbujeaba en el suyo.

—Pues es mejor dejarla salir a que siga corroyéndote por dentro.

Se levantó y tiró de ella.

—Me temo que ahora mismo golpear un saco de arena o a mí no iba a servir de mucho, lo que necesitas es gritar.

—¿Gritar?

La arrastró tras de sí por los pasillos de la casa, subieron escaleras y dejaron atrás la parte principal de la casa hasta llegar al solitario desván.

—¿Me puedes explicar qué demonios estamos haciendo?

Sonrió de soslayo, tiró de ella hacia el fondo de la larga habitación llena de muebles y cajas y la encaminó hacia una ventana. La abrió y le indicó la ciudad.

—Cuando quieras.

—Tiene que ser una broma.

Negó con la cabeza, le guiñó el ojo y emitió un sonoro grito que hizo eco en las inmediaciones.

Parpadeó, miró hacia la ciudad y se asomó para encontrarse abajo con algunos de los miembros de la manada de Radu que patrullaban la casa.

—Disculpad la interrupción, no hay peligro, el príncipe me está mostrando un nuevo método para liberar el estrés.

Recibiendo risitas de alguno y meneos de cabeza de otros, se incorporó, llenó los pulmones de aire y gritó con todas sus fuerzas.

Su lobo sintió ganas de aullar al unísono y, tras unos buenos cinco minutos, ambos terminaron jadeantes y riéndose.

—¿Mejor? —le preguntó jadeante.

Sonrió y por primera vez en mucho tiempo su sonrisa se reflejó en sus ojos.

—Sí, Velkan, mucho mejor, gracias.

—Siempre a tus pies, Dena, siempre a tus pies.

CAPÍTULO 42

Cuando habías bajado al infierno y jugado con el diablo, llevabas su marca para siempre. Savage era consciente de la posición que ocupaba, sabía que estaba en un limbo muy delicado y que cada paso que daba podía ser el último. No le había pasado por alto la intensidad con la que Velkan la miraba últimamente, al principio lo achacó a su nerviosismo y el hecho de que hubiese ahí fuera alguien dando caza a los suyos, pero la aparente tranquilidad de Arik unido al hecho de que las mujeres hubiesen estado convenientemente apartadas, la había alertado.

Sí, la mirada de Mijaíl cuando había vuelto con su compañera después de haberse declarado el incendio decía mucho, la confirmación a sus sospechas le llegó después, al escuchar que Braden había sido encontrado.

Ella había visitado al imbécil días atrás, había sido un error y lo sabía, pero cuando esos inútiles la habían contactado para decirles que había alguien persiguiéndoles, pensó en que podría ir a echar un vistazo. Por entonces todavía estaban concentrados en patrullar la ciudad y no estaban pendientes de sus movimientos.

Pero ahora, las cosas eran muy distintas. Algo los había alertado y estaban tras su pellejo, lo sabía tan bien como el que ya la estaban rastreando.

De un modo u otro había llegado el momento de quitarse la máscara, de dejar de ser la obediente loba, la fiel rastreadora y la beta de un niño. A partir de ahora podría ser ella misma, sin necesidad de esconderse, de vivir mirando siempre por encima del hombro... Si es que llegaba a vivir más allá de un par de días.

Praga era una ciudad que siempre le había gustado, era todo lo contrario a la cálida y ajetreada California y desde luego, carecía del niño lobuno al que había tenido que secundar. Brian era un verdadero crío, un *playboy* que apenas podía mantener la polla dentro de los pantalones, le habría gustado estrangularlo, eso como poco, pero deshacerse del joven alfa no era una buena idea.

Eché un vistazo a su espalda y sonrió para sí.

Sí, la estaba siguiendo, lo sabía con solo sentir el vello de su cuello de punta. Él, quien la había acogido en su seno sin saber que estaba metiendo al enemigo en casa, quién la había moldeado, quién le enseñó lo que necesitaba saber en esas lides le seguía ahora la pista.

—Entrenaste a la mejor, Ejecutor —musitó para sí—, deberías saber que no te lo pondré fácil.

En otro momento posiblemente considerase jugar con él, divertirse un poco, pero ahora no tenía tiempo. Los vientos habían cambiado y era hora de ponerse en marcha. Tenía que llegar a él, advertirle que la habían descubierto y que posiblemente estuviesen cerca de dar con él.

Sonrió para sí y echó un fugaz vistazo a su alrededor antes de iniciar un elaborado juego del gato y el ratón.

—Veamos qué tan lejos puedes llegar.

Arik sabía que ella sospechaba algo. Puede que no supiese los detalles, pero su instinto siempre había sido certero y eso la había librado en el pasado de muchas encerronas en las que habría caído de otra manera.

Por más que pensaba en ello no encontraba un motivo que explicase el que hubiese cambiado, el que siempre hubiese sido una traidora. Cuando llegó a él era una niña solitaria y arisca, carecía de disciplina y control. Había sido víctima de un brutal ataque en el que había perdido a sus padres, o los que en ese momento se había pensado que eran sus padres. Ahora, esa era una incógnita más.

Una pareja masacrada, una niña sola, señales de pelea, de agresiones y el horror tiñendo sus ojos. Hoy ese cuadro tomaba otro cariz, uno más violento y grotesco, uno que lo estremecía hasta la médula y que se hacía más y más oscuro a medida que se daba cuenta lo que había hecho sin saberlo.

El solo pensamiento de que él hubiese contribuido a crear una cruel y efectiva asesina era lo que más lo atormentaba.

Y ahora, ella parecía dispuesta a jugar al gato y al ratón con él.

—¿No has aprendido nada? —murmuró para sí.

Podía ser realmente buena en lo suyo, pero él era quién se lo había enseñado, no se le escaparía a menos que quisiese que lo hiciera y no lo haría, no cuando el líder de su raza había dado una orden.

Esta persecución terminaría con uno de los dos y no sería él.

CAPÍTULO 43

Había momentos que deberían estar inscritos en la historia, instantes que merecería la pena inmortalizar y el que se avecinaba era sin duda uno de ellos. Cada paso estaba dirigido a una meta, cada sacrificio de los últimos años estaba dirigido a ese momento, a esa revancha en la que por fin conseguiría vengar la muerte de su adorada esposa y de su hija mayor. Y allí, sobre el escritorio de su oficina, estaba todo lo que necesitaba para dar el último golpe.

Contempló los diminutos explosivos con secreta satisfacción, unos aparatos tan diminutos y de aspecto tan inofensivo y que sin embargo encerraban un considerable poder destructivo. Siempre había sido sencillo obtener ese tipo de cosas si tenías dinero y él se había encargado de crear una fortuna a lo largo de los años.

—¿Señor? —Llamaron a su puerta y cuando levantó la mirada vio a su secretaria. La enjuta mujer mantuvo su semblante inexpresivo—. Tiene usted una visita.

Acto seguido apareció la única hembra a la que tenía en verdadera estima. La puerta se cerró tras ella y, solo entonces, se permitió hablar.

—Querida, no esperaba tu visita hasta esta noche.

Le tendió la mano y la besó en la mejilla.

—No traigo buenas noticias —murmuró al instante—. Temo que deberé espaciar mis próximas visitas y contactar contigo de otro modo, al menos durante un tiempo.

Sus noticias no le sorprendieron.

—Así que esos inútiles se han vuelto más sagaces...

Negó con la cabeza.

—Ha sido simplemente un golpe de suerte y otro error de esos buenos para nada —replicó ella al momento—. Tendría que haberle matado yo misma.

Le acarició el rostro y negó con la cabeza.

—No, tú hiciste tu parte, tal y como esperaba que hicieses —la tranquilizó—. Nunca te culpes por los errores de otros, tú estás muy por encima de ellos.

Suspiró. Estaba nerviosa, lo suficiente como para acercarse hasta la ventana y mirar hacia abajo.

—Me han descubierto y él está tras mi rastro.

Sus labios empezaron a estirarse en una extasiada sonrisa.

—Llevo tanto tiempo esperando este momento, deseando probarle que soy mucho mejor que él —aseguró y se giró para mirarle—. Y demostrarle a ese usurpador quién es la verdadera princesa.

Le sonrió en respuesta.

—Todo a su debido tiempo, querida, la meta ya está muy, muy cerca.

Asintió y le cogió las manos, besándoselas.

—Terminaré con esto y volveré a tu lado definitivamente, padre, el lugar en el

que siempre he deseado estar.

Le devolvió el beso y asintió orgulloso.

—Ve con mi bendición, pequeña mía, pronto nos sentaremos juntos a celebrar nuestra revolución.

Sí, pronto ambos vengarían lo que le habían hecho a su esposa y a su hija mayor.

CAPÍTULO 44

—Vale. A lo mejor me equivoco, pero ese hijo de puta tiene que tener dinero, el suficiente para pagar a todos esos imbéciles así que se me ha ocurrido hacer un rastreo sobre las cuentas a las que ha estado contactando el profesor y, tras pedir un par de favores creo que tengo un nombre.

Merry se detuvo en seco cuando los dos hombres que tenía ante ella levantaron la mirada mientras entraba en la biblioteca con la tableta en la mano.

—Um... Hola.

Se sonrojó un poco al ver que se trataba del príncipe y de Radu. Su compañero no estaba.

—Supongo que buscabas a Mijaíl.

La sorprendió escuchar al alfa de Praga pronunciar el diminutivo del nombre de su hermano.

—Sí —aceptó, entonces sacudió la cabeza y caminó hacia la puerta—. Pero vosotros me servís también. ¿Os suena el nombre de Kostya Kurchenko?

—Es el propietario de uno de los conglomerados más grandes de Rusia —asintió Radu—. Tiene sedes en Europa e India, si mal no recuerdo.

—Y recientemente en los Emiratos —añadió Velkan—. ¿Qué pasa con él?

—Creo que es nuestro hombre, al menos, la identidad tras la que se oculta.

Ambos se giraron y le prestaron toda su atención.

—¿En qué basas tales suposiciones?

—Las dos últimas transacciones de mi jefe se hicieron a una cuenta extranjera, una situada en un paraíso fiscal.

—¿Y?

Los miró como si fuesen idiotas.

—Que es la misma firma no comercial con la que las empresas Kurchenko hacen negocios... digamos poco legales.

Velkan se echó hacia delante para ver los datos en su tableta.

—Estos no son datos que se puedan obtener de manera legal.

Miró al príncipe.

—Si tú no se lo dices a Damek, yo tampoco.

Sonrió.

—Eres una caja de sorpresas.

—Eso dice Misha.

—Y lo digo con razón —añadió el susodicho entrando por la puerta—. ¿Qué tenemos aquí? Um... interesante. Estas cuentas corresponden a los suburbios.

—¿Suburbios?

—El lado oscuro de la fuerza —le soltó—. Ya sabes, mercenarios, compra y venta

de armas, mercado negro... Desde luego, toda esa escoria que está lanzando sobre nosotros, especialmente la humana, no están a su lado por lealtad.

—Dudo que esos lobos tampoco —negó Radu—. Está claro que tiene que haber un intermediario, alguien que le suministre lo que necesita y a quién va dirigido ese dinero.

—Si es así, sabrá cómo contactarlo —asintió su compañero—. Y posiblemente incluso sabrá cómo llegar a él o enviarle un recado. Bien hecho, Merry.

Lo miró de soslayo.

—Si me das una palmadita como a un perro, cobras.

Su respuesta fue enlazarla por la cintura y levantarla del suelo para besarla hasta dejarla sin aire.

—Prefiero hacer esto —aseguró y la dejó con un guiño—. Malik acaba de estar con Braden, se pondrá bien.

—Me alegro —aceptó Radu—. Me haré cargo de esto —le quitó la *tablet* y miró detenidamente los datos—. Creo que sé quién puede tener alguna idea sobre esto.

Mijaíl enarcó una ceja.

—¿Costa todavía no se ha suicidado?

—Sigue amenazando con hacerlo, pero de momento respira.

Sacudió la cabeza.

—Me maravilla como hace ese idiota para seguir con vida después de tanto tiempo —aseguró y, antes de saber lo que hacía se encontró siendo arrastrada hacia la puerta—. Y tú ya has trabajado bastante por hoy. Ni siquiera has comido...

—Tenía café.

Se limitó a gruñir y sacarla de allí.

—Eso no es comida, Merry, ni de lejos.

No valía la pena ni discutir.

—Parece que ella le hace bien.

Radu miró a Velkan.

—Sí, eso parece.

CAPÍTULO 45

—Lo prometo, lo juro, te lo firmo ante notario si hace falta, Alezandru, si supiese algo de lo que mencionas habría ido a llamar a la puerta de tu oficina para comunicártelo.

Radu no creía ni una sola palabra de lo que le decía, podía oler una mentira a legua y este apestaba a embustes.

—Inténtalo otra vez, Costa, y esta vez procura decir la verdad, para variar.

Se llevó la mano al corazón fingiendo una herida profunda en el pecho.

—¿De verdad piensas que mentiría?

Se limitó a cruzarse de brazos y mirarle.

—Tienes diez segundos, después, perderé la paciencia, y si pierdo la paciencia no será agradable para ti, de hecho, no quedará nada de ti que pueda volver a molestarme.

Dejó que su lobo se asomase a su voz y a sus ojos, conocía bien a ese raterillo y ambos sabían que cumpliría sus promesas sin parpadear.

—Alezandru me estás poniendo entre la espada y la pared —resopló—. No estás preguntando por nada nimio. Esto es muy chungo, si fuésemos inteligentes miraríamos para otro lado y no lo mencionaríamos otra vez.

—En ese caso es una suerte que tú no seas inteligente, pero que tengas el suficiente sentido de supervivencia como para hablar en este mismo instante o callar para siempre.

La forma en que abrió los ojos fue suficiente para saber que entendía sus palabras a la perfección.

—Tío, esto es muy oscuro, no es trigo limpio. No se andan con vueltas. Están buscando lo peor, reclutando mucha mierda que hacen cualquier cosa, sin preguntas, si hay suficiente dinero.

—Un nombre, Costa, quiero el jodido nombre.

Miró a los lados, realmente tenía miedo, un temor que le impedía hablar.

—Me matará, tío, me matará y no de una buena forma.

—No si lo mato yo primero.

Sus palabras lo cogieron por sorpresa.

—No te manches las manos, tío.

—Un nombre, Costa, dámelo y no tendrás que preocuparte nunca más por tu culo. Aquella era una propuesta muy atractiva, pero estaba acojonado.

—Si te lo digo tendré que esconderme debajo de una roca.

—Y si no me lo dices no saldrás jamás de debajo de ella.

Tragó.

—Mierda, Alezandru, esto va a ser una pura mierda muy grande.

Aguardó, lo vio resoplar y se acercó a él.

—Su nombre es Pavel Pashenka y no es un tío con el que se pueda dialogar —aseguró—. Ningún ruso lo es.

Lo miró.

—¿Dónde lo encuentro?

—Joer...

—Me estoy cansando.

—En *Vinohrady*, en el distrito 2, —le informó—. No se esconde, vive bien y es peligroso.

Sonrió.

—Corre la voz —lo avisó—. Quiero a todo el mundo fuera de mi ciudad. Si alguien acepta tratos con él, haré una purga.

—Te repito que no es como los demás, Alezandru, él no...

—Y yo que no quedará ni un solo individuo si tengo que hacerlo a mi manera.

Con eso, zanjó cualquier otra posible réplica de su parte. Se había terminado el juego, no iba a permitir que siguiesen campando a sus anchas por su ciudad. Era hora de terminar con aquella lacra y dejar a ese maldito sin efectivos.

Estaba claro que había un reclutador, alguien que se encargaba de darle a ese cabrón los operativos que necesitaba y le daba lo peor de lo peor. Tenía que recibir unos ingresos más que desorbitados y la mejor manera de darles salida sin que nadie lo supiera era entrando en el mercado negro.

Había seguido las pesquisas que había iniciado Merryna y había buceado un poco más hasta dar con un nombre que desconocía. Ese era el individuo al que Costa tenía tanto miedo, alguien con unas conexiones que iban más allá de lo legal.

Cogió el teléfono y llamó a Mijaíl.

—Misha. —Habló tan pronto descolgó—. Tengo un nombre y una ubicación.

—¿Qué necesitas, hermanito?

Puso los ojos en blanco.

—Tu mala conducta y el poco respeto que tienes por la vida.

Escuchó como se reía.

—Dame la dirección y estaré allí en veinte minutos.

Colgó y le mandó un mensaje con la dirección, era hora de ponerse manos a la obra.

Había cosas que no había esperado vivir en estos días y el colaborar con su hermano era una de ellas. La actual situación a la que se enfrentaban todos los había unido, los había hecho dejar el pasado a un lado y aliarse ante un mal común. No sabía si ese momento duraría, pero ya era hora de que ambos pasasen página y continuasen con sus respectivas vidas. Le debía a Merry el hacerlo, su compañera necesitaba vivir, necesitaba ser querida y atesorada como la preciosa mujer que era y estaba decidido a

darle todo, incluyéndose a sí mismo.

Ella había llegado en el momento que menos se lo esperaba, pero ahora sabía que era el correcto para ambos.

—Bien, ¿cuál es el plan?

Enarcó una ceja y señaló el edificio con un gesto de la barbilla.

—¿Entrar y disuadir a ese individuo de seguir con sus negocios?

Sonrió de soslayo.

—Siempre tan correcto —chasqueó—. Después de ti, hermano.

Empujó la puerta y penetró en su interior. Entonces se detuvo y lo miró.

—Si le cuentas a Judith algo de lo que pase ahí dentro...

—Te haré a ti lo mismo si se te ocurre compartirlo con Merryna.

Su sonrisa se duplicó en los labios de Radu.

—Me alegra ver que todavía nos entendemos.

—Todo un milagro, pero sí —aseguró—. Después de ti.

Ambos entraron en el hotel en el que se hospedaba, había llegado el momento de que dejasen claro a quien pertenecía la región Checa y sus alrededores.

CAPÍTULO 46

Savage sonrió y miró al hombre que estaba ante ella, el que la había perseguido sin descanso los últimos dos días. Había sido una magnífica carrera llena de desafíos, una que les había llevado a ambos a evadirse mutuamente. Siempre le había admirado, había encontrado extasiante la manera en que se movía, en que impartía justicia y entregaba la muerte a sus presas. Incluso había admirado el limpio asesinato de su hermana, lo suficiente como para pensar que él podría ser un buen compañero para ella, un igual.

Hoy, esa idea desaparecía bajo el peso de los pecados de otros, de los suyos propios y no pudo evitar sonreír.

—Siempre has sido mi favorito —confesó mirándole a los ojos—. En cierto modo te pareces a mí o yo a ti. Debería darte las gracias por acogerme y enseñarme, por todos los años en los que me cubriste las espaldas sin saber qué mi único cometido en la vida era matar al único que proteges.

Chasqueó la lengua.

—Oh, incluso admiré la manera en que te deshiciste de mi hermana —aseguró en voz alta—, una muerte limpia para alguien que se merecía mucho menos. Siempre fue un poco veleta, no entendía realmente el lugar que ocupaba, se conformaba con tan poco... y ni siquiera fue capaz de enmascararse.

Extendió los brazos.

—Media loba y medio coyote, tengo lo mejor de ambos mundos —confirmó—. Y lo sabes.

—Lo único que sé es que lamento haberme equivocado tanto —respondió en voz lineal, sin inflexiones—. Lamento no haber sabido antes lo sola que has estado siempre, lo frustrante que ha sido la vida para ti. Soy culpable de no haberlo visto a tiempo e impedir que fueses contaminada de esa forma.

Se echó a reír.

—Eres demasiado noble, incluso en la distancia que siempre mantienes, en la soledad con la que te rodeas, eres recto, no dejas que nada te afecte, ni siquiera la muerte —asintió y le dedicó una reverencia—. Sí, habrías sido un contrincante perfecto. Pena que lo nuestro tenga que terminar aquí y ahora.

—Ríndete y tendrás una muerte rápida.

Se llevó la mano a la cadera y se tocó el labio con un dedo.

—No me la darías si supieses quién soy en realidad —aseguró—. O que he hecho, pero esos pecados irán conmigo hasta que tenga que rendir cuentas con mi creador. Y no será hoy, no será ahora.

Sonrió y sacó de la cintura del pantalón su arma, apuntándole.

—Eres más coyote que loba.

Aquella sencilla afirmación la cabreó, al contrario que su hermana ella no se había molestado en negar lo que era, pero su parte loba era la dominante, la que se reflejaba en su piel al cambiar a su naturaleza animal.

—Quizá no en apariencia, pero tu corazón no entiende el significado de manada. Quitó el seguro y levantó el cañón.

—Mi corazón es el único que sabe a dónde pertenezco y no es a un grupo de idiotas y lloriqueantes lobitos que pierden el pelo cuando encuentran a sus compañeras. Y humanas, nada más y nada menos, tu raza va en declive... Ya es hora de que alguien más le enseñe a esa manada tuya cuál es la sangre más fuerte.

Negó con la cabeza.

—No tienes redención —replicó con frialdad—. No eres nadie y no lo serás nunca.

Se rio, entonces entrecerró los ojos y enderezó la espalda.

—Soy tu princesa, Ejecutor, y estoy deseando ver tu sangre a mis pies.

Sus labios se curvaron en una sonrisa mientras escuchaba el sonido del disparo y sus fosas nasales captaban el olor de la pólvora, embriagándola.

—No en esta vida.

Las palabras fueron susurradas en su oído, abrió la boca con genuino asombro, pero cualquier palabra murió al darse cuenta de que no solo había esquivado el proyectil, sino que él iba a ser el vencedor en esa contienda dual.

—Adiós, Savage.

CAPÍTULO 47

La tarde se estaba encapotando rápidamente, no había lluvia en el aire, pero no me sorprendería que volviese a llover. El tiempo era imprevisible como muchas otras cosas. Echó un nuevo vistazo a su escritorio, el teléfono seguía inactivo y eso estaba empezando a ponerlo nervioso. Era una sensación extraña, como la que había sentido años atrás, una desconexión, una pérdida, pero no. Esta vez era improbable.

Savage le había dicho dos días atrás que el hombre que le había enseñado a luchar, a rastrear, la estaba siguiendo para darle caza. La conocía lo suficiente para saber que jugaría con él antes de darle muerte, los genes de su madre corrían con fuerza en ella y la convertían en una criatura intrépida y letal, pero no en alguien descuidada. Nunca se arriesgaría sabiendo que ya estaban cerca del final.

Ah. Ya estaba todo preparado. Sí, esos lobos pensaban que podían cortarles los suministros, que podían disuadirle ahora que no contaba con efectivos, pero se olvidaban de algo importante. La codicia humana estaba en todas partes y unos billetes bien empleados bajo un acto aparentemente inofensivo, podía ser todo lo que un solo hombre necesitaba para destruir sus objetivos.

Y él era ese hombre.

Ya solo faltaba que las piezas ocuparán el lugar que les correspondía en el tablero y se accionase el cronómetro. En el momento en que llegase a cero, habría dado el jaque mate.

El teléfono vibró, se giró hacia la mesa y vio un mensaje entrante. Ese solo hecho añadió recelo a su ya de por sí actual nerviosismo. Era su número, pero sabía que ella solo le enviaba textos cuando tenía información, para citarlo en un lugar. Debería haber llamado, esa era la consigna, lo que esperaba que se hiciera.

Cogió el aparato y abrió el mensaje.

Sí, era su remitente, pero no eran sus palabras.

«Baja a la recepción y encuéntrate con tu destino».

Un inmediato escalofrío le recorrió el cuerpo y sintió más que escuchó un grito en su mente.

«Papá».

Se giró mirando de un lado a otro de forma paranoica, sintiendo el aliento de la parca en su cuello. Miró de nuevo el mensaje. Sabía que era su teléfono, pero no sus palabras, nunca sus palabras.

Llegó a la puerta de la oficina y la abrió, fuera se encontró con la soledad típica del edificio fuera de su horario laboral. Incluso la estúpida humana que tenía como secretaria se había marchado ya. No había nadie y sin embargo se sentía observado.

Cogió el ascensor y se obligó a mantener la calma, a guardar la paciencia de la misma forma que había hecho todos estos años. Uno tras otros los pisos fueron

cambiando, el timbre sonó y las puertas se abrieron.

Lo primero fue captar su olor y luego el de la sangre. El corazón empezó a latirle con más fuerza, sus fosas nasales se ampliaron y casi resollaba cuando llegó a la recepción y vio una caja negra envuelta con un lazo rojo.

Con cada paso que avanzaba sabía que estaba cerca de la Muerte, cerca de una insufrible verdad, pero no se detuvo. Llegó al mostrador y miró la cartulina que colgaba de uno de los lazos en la que se podía leer:

«Amenaza a mi familia una sola vez más y cumpliré el decreto de mi Rey, hasta que todos los Vasile hayan sido eliminados de la faz de la tierra».

Le temblaban las manos cuando la arrancó y la tapa superior de la caja cayó descubriendo el grotesco presente que había alojado en su interior.

El aire escapó de sus pulmones, sus ojos se abrieron más allá de lo posible y su mente dejó de funcionar con coherencia mientras su mano extraía del interior del cubículo una cabeza cercenada de mujer con una expresión de incredulidad y muerte en unos ojos sin vida.

El grito que rasgó su garganta resonó en todo el edificio y no se detuvo en mucho tiempo.

Le habían arrebatado lo que le quedaba y con ella se fue también el último vestigio de cordura en una mente oscura y enferma.

CAPÍTULO 48

—Está hecho.

Dos sencillas palabras que encerraban un significado demasiado grande y oscuro, la resolución de una orden impartida, de una revancha meditada y tan grotesca como el hombre al que iba dirigida.

Tuvo que obligarse a respirar, a endurecer el corazón y recordarse a sí mismo que había decisiones que solo él podía tomar, que era el único que podía proteger a los suyos. Se obligó a rememorar los asesinatos perpetrados contra inocentes, contra niños y que cada una de sus elecciones estaba basada en ese horror, en vengar a las víctimas y aquellos que habían dejado atrás.

Apretó los dientes y recordó así mismo que era por su padre, por su tío y por una madre a la que había querido incluso sin saber que era la suya. Por una reina que lo había criado como a un hijo y por tantos años en que la verdad yacía sepultada.

Había tenido que decidir sobre la vida y la muerte, sobre cómo proceder a esa justicia y la manera en la que sería entregado el mensaje.

Cerró los ojos y rememoró el momento exacto en el que había dado la orden, la frialdad de su propia voz y la calmante y estable presencia de su compañera.

«No tomarás esta decisión sin mí. No llevarás el peso que nos corresponde a los dos. Deja de tratar de protegerme y veme por lo que soy, tu loba, tu compañera, tú igual. Tienes mi lealtad, Velkan, ten también mi corazón».

No podía echarla, sencillamente su futura reina era tan cabezota como él y lo suficiente valiente como para compartir el peso de sus pecados.

Lado a lado habían permanecido frente al ejecutor de su raza, ante su mano derecha y la orden fue dada.

«Su sentencia es la muerte. Imparte justicia sobre aquella que ha traicionado a su raza, a su familia y a mí».

Arik se había inclinado ante él.

«Oigo y obedezco».

«No alargues su agonía». Había añadido Denali. *«Nosotros no somos monstruos».*

Asintió y ambos agradecieron en silencio su compasión.

«Cuando la justicia se haya ejecutado, preséntale nuestra invitación. Mañana por la noche terminaremos lo que empezó hace tantos años».

Había sido cruel, despiadado... un lenguaje que él conocía a la perfección, uno que identificaría y al que respondería.

—Bien —pronunció en voz alta, asimilando el hecho.

Notó su mano sobre el hombro antes de verlo a él a su lado.

—No puedes permitirte flaquear —gruñó serio—. Ahora más que nunca tienes

que ser quien has nacido para ser.

Lo miró y asintió.

—Ojalá nunca hubiésemos tenido que llegar a esto —respondió permitiéndose un segundo de vulnerabilidad.

—Has hecho lo que tenías que hacer, has tomado las decisiones que eran necesarias, Velkan, tus padres habrían estado orgullosos. Como lo estoy yo.

Sus palabras significaban mucho para él, no solo había estado a su lado desde que era un niño, sino que había sido como su hermano o incluso un padre. Nunca podría agradecerle lo suficiente lo que había hecho todos estos años por un lobo joven y solitario como había sido él.

—Cerremos este maldito capítulo de la historia de una vez por todas, ya es hora de dejar esto atrás y abrazar el futuro —declaró—. Avisa a los alfas, que se preparen y si rezas, Arik, hazlo por todos nosotros.

—Nunca he estado demasiado cerca del de arriba, pero nunca es tarde para empezar —concluyó. Señaló la ropa que estaba sobre la cama y le recordó—. Esta noche vas a dejar de ser el cachorro que fuiste para convertirte en el lobo que serás.

Echó una rodilla al suelo e inclinó la cabeza.

—Larga vida al rey de los lobos.

Sí, esa noche todo cambiaría.

—Quédate a mi lado, amigo mío, quédate por muchos años más.

—Será un honor, majestad.

—¿Crees que vendrá?

Nahara levantó la cabeza del recogido que estaba haciéndole y la miró a través del espejo.

—Lo hará —aseguró su amiga—. No pasará por alto la invitación que le ha sido lanzada, nada lo detendrá y ambas lo sabemos.

Sí. Era una invitación que no solo lo llevaría hasta ellos, despertaría también su ira, la entendería hasta límites insospechados y sabía más allá de toda duda que estaría dirigida a Velkan.

—Nunca me imaginé que está sería nuestra vuelta a casa.

Su hermana de vida posó las manos sobre sus hombros y se los apretó ligeramente.

—Yo llegué a pensar que nunca veríamos este día, Denali, que nunca llegaríamos a encontrarnos con nuestros compañeros. —La sorprendió con esa confesión—. Pero aquí estamos, hemos sobrevivido y seguiremos haciéndolo para proteger a aquellos a los que amamos.

Amor. Una palabra demasiado esquiva, una que no había conocido realmente, no hasta encontrarle a él.

—El vínculo de un lobo va mucho más allá de cualquier posible entendimiento —

murmuró—, una vez que te atrapa, es imposible huir.

—¿Querías hacerlo?

Negó con la cabeza.

—No. Quiero correr hacia él, una y otra vez deseo huir, pero el solo pensamiento es tan doloroso que... solo deseo volver a refugiarme en él. ¿Tiene sentido?

—No, hermanita, pero las mujeres enamoradas nunca tenemos mucho sentido.

Sacudió la cabeza.

—No lo digas todavía en voz alta, Nahara, todavía estoy intentando acostumbrándome a ser compañera —suspiró—. Déjame vivir en la ignorancia un poco más.

Se rio y apoyó su mejilla contra la de ella.

—Te guardaré el secreto, princesa —le guiñó un ojo—. Ahora. ¿De verdad te vas a poner eso?

Giró sobre el tocador para ver el vestido que había sobre la cama y el que habían colocado a su lado.

—Sí —asintió. Se levantó y cogió la blusa blanca bordada en sus manos—. Soy Valaco, soy rumana, es mi legado y ya va siendo hora de que lo abrace.

Miró el resto del atuendo y esbozó una pequeña sonrisa.

—Pero también soy una loba alfa y si he de luchar, lo haré en mis botas y tacones, no en bailarinas.

—Me gusta cómo piensas.

—Será porque tú piensas igual.

—Exactamente —asintió—. Todo saldrá bien, esta noche será la última en la que tengamos que pensar en él.

Asintió. Sí. Esa noche iba a borrarla de su memoria para siempre.

CAPÍTULO 49

La primera vez que la vio la impactó su belleza. Cuando la conoció, lo impactó su coraje y esa boquita que no se callaba ni debajo del agua, cuando por fin la hizo suya supo que sería la única hembra a la que amaría y ahora, al verla vestida con un modificado traje regional rumano, adaptado a su silueta y comodidad, supo que era la mujer por la que haría cualquier cosa.

—¿Qué? —Le preguntó al ver que se la quedaba mirando—. ¿Demasiado para ti? Sonrió, le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—En absoluto, *prietenă*, eres toda una visión y una declaración de intenciones —aseguró recorriéndola una vez más con la mirada—. Muy guapa, Dena, me gusta.

Lo miró de reojo y asintió satisfecha con sus palabras.

—Y esa es la respuesta adecuada —replicó y lo miró de reojo. Entonces chasqueó la lengua y se giró hacia él para alisarle la chaqueta cosa que llevaba sobre el hombro—. Rindes tributo a tus dos familias.

—A nuestras dos familias. —Apoyó su mano sobre la de ella—. Todo cambiará a partir de ahora. Me hubiese gustado poder tener más tiempo, pero...

Le tapó los labios con un dedo.

—También es mi pueblo, Velkan, y tú eres mi príncipe —le aseguró—. No te dejaré enfrentar la vida solo. Somos dos, lobo, ahora somos dos.

Besó su dedo, le cogió la mano y se la giró para depositar otro beso en su palma.

—Te quiero, lobita, pase lo que pase esta noche, recuerda eso.

La besó fugazmente en los labios, la cogió de la mano y no le dio opción a replicar, pues ya la arrastraba consigo al salón dónde se celebraba el evento.

Había algo sobrecogedor en tener a casi cien personas pendientes de tus movimientos, de tu presencia y ver la alegría y satisfacción en sus rostros, especialmente al mirar á a la mujer cuya mano descansaba en la suya. A decir verdad nunca se acostumbraba a estas multitudes y era él quien las convocaba, Arik solía decirle que era como una terapia de choque, para recordarse a sí mismo que formaba parte de algo, que no estaba solo en el mundo. Ahora, con Denali a su lado, sabía que no lo estaría, pero más que liberación no podía evitar sentir un nuevo miedo, el de perder no solo a su compañera, sino a la mujer que amaba.

Puede que hubiese sido apresurada su confesión, pero con lo que estaba en juego está noche prefería que lo supiese desde ya.

—Bienvenidos a Praga —los saludó—. Os damos las gracias por haber acudido a nuestra llamada especialmente en tiempos tan tumultuosos como a los que nos enfrentamos estos días. Sé que cada uno de vosotros ha sido puesto al corriente de la amenaza a la que nos enfrentamos, una que no solo ha caído sobre mí, sino sobre mi

compañera y sobre todos vosotros. —Miró a Denali, quien asintió—. Hoy os reúno aquí con especial alegría, para haceros partícipe de que he unido mi vida a la de esta mujer. Mi compañera, mi princesa y también la vuestra, su alteza Denali Valaco. Bienvenida a mi manada, *prietenă*.

Se inclinó ante ella como correspondía hacerlo a un súbdito y uno a uno todos los presentes lo imitaron, mostrando pleitesía y lealtad a la loba de sangre pura.

«*Respira, Dena, respira*».

«*Es lo que intento*».

La sintió hacerlo, le dio un tironcito a su mano y lo miró.

«*Si no te levantas, te mato*».

Ocultó una sonrisa y se levantó.

—Puedes hablar, Dena, no muerden.

Se escucharon varias risitas en respuesta y el momento se aligeró.

—Si son como tú, tendría mis dudas, Velkan.

Las carcajadas se repitieron.

—Gracias a todos por la bienvenida y por haber cuidado del príncipe en mi ausencia —declaró ella mirándolos a todos—. Ahora hago mía esa responsabilidad.

—¡Larga vida a su alteza!

Como una sola voz, se alzaron en vítores repitiendo la frase.

—Ahora que ya hemos hecho las presentaciones y que la princesa no puede ponerse más roja —añadió guiñándole un ojo—. Necesito de nuevo vuestra atención. Esta tarde, justo antes de la apertura de puertas, los alfas de varias regiones de América y Europa han escuchado una petición que les presenté y votaron en consecuencia. Ahora, deseo presentaros también a vosotros cómo será presentada a cada uno de los alfas de todo el mundo.

Aquello captó la atención de todos una vez más. Arik tomó posición a su lado mientras Nahara lo hacía al de su compañera.

—Hoy se ha sometido a votación interna el hacer valedor el derecho de sucesión al que todo príncipe valaco accede una vez encuentra a su compañera —anunció Denali, tomando parte en aquella teatral representación—. Los líderes de nueve territorios han dado ya su conformidad y beneplácito. ¿Aceptáis la ley antigua cómo vuestra?

La respuesta fue unánime.

—Sí.

Se lamió los labios y prosiguió.

—¿Reconocéis al hombre que está ante vosotros como vuestro líder?

De nuevo hablaron como uno.

—Sí.

—Somos una manada y como manada elegimos —pronunció ella y se arrodilló ante él—. El pueblo ha hablado. *Trăiască regele*^[4]!

Al unísono todos y cada uno de los lobos presentes se arrodilló, inclinaron la

cabeza y proclamaron la misma salva.

Velkan Voda Valaco acababa de ser aceptado como rey de los lobos.

Le tendió la mano y la tomó en la suya, levantándola.

—Arriba, mi reina —le sonrió divertido—. Te dije que no sería más que palabrería.

—Payaso —replicó solo para sus oídos.

—*Trăiască regele!* —gritaron en rumano—. *Trăiască regina*^[5]!

Abril y Nahara les rindieron pleitesía y los demás hicieron lo mismo.

—Nahara —la llamó entonces Denali—. Tengo algo que pedirte, más bien que agradecerte. Has sido más que una guardiana, que una amiga y compañera, eres mi hermana y sé que no hay en el mundo ninguna loba a la que podría considerar mi mano derecha que no fueras tú. Desde este momento, si es también tu deseo, quiero que seas mi beta.

La chica no sabía lo que Denali había tramado se quedó sin habla. Parpadeó, se señaló a sí misma y paseó la cabeza.

—¿Estás segura de querer aguantarme tanto tiempo?

—¿Y tú a mí?

Inclinó la cabeza y se llevó el puño al corazón.

—Será un honor, majestad.

—Bien, pero nada de majestad o te patearé el culo.

—Hazle caso, pequeña, puede hacerlo.

Ambas se echaron a reír y se abrazaron, la tensión desapareció por completo y pasaron la próxima hora entre presentaciones y felicitaciones.

Acababa de empezar una nueva era.

CAPÍTULO 50

Denali no podía recordar ni la mitad de los nombres, había estado dividiendo su atención entre unos y otros, pero no podía quitarse de encima la sensación de tensión que le producía esa espera.

«¿Estás Bien?».

«Estoy nerviosa. Él debería estar ya aquí. Sé que está aquí».

Era una sensación que no había sentido en mucho tiempo, una de la que no podía desprenderse y que evocaba traumáticos momentos de su juventud.

«Algo no termina de encajar en este ambiente, está enrarecido y ha sido desde el momento en que las manadas eligieron».

Las palabras de Nahara resonaron en su mente, la buscó por la sala y cuando sus ojos se encontraron asintió.

«Él está aquí».

Se movió hacia derecha e izquierda, sonriendo y escaneando el lugar al mismo tiempo.

«Está aquí dentro, Velkan, está en algún lugar».

Su nueva loba beta apareció al momento a su lado, acompañada por Rumati quién asintió en tácito acuerdo.

«Está aquí, Velkan, la reina tiene razón».

El rey permaneció impertérrito, atendiendo a los invitados y buscando al mismo tiempo.

«Pero, ¿dónde?».

Empezó a moverse lentamente hasta llegar a Shane, la compañera del alfa de Manhattan estaba resoplando junto a una columna.

—Shanelle.

—Te lo juro, Dena, en vez de un lobo voy a tener un burro. Patea como un asno.

Sonrió para no alarmarla.

—¿Dónde está tu alfa?

Señaló al otro lado de la enorme sala.

—Allí, creo, rescatando al idiota de Brian.

—Eso haría dos idiotas juntos, ¿no?

—No me hagas reír que me hago pis.

Le devolvió la sonrisa, pero la chica debió ver algo en su rostro que se enderezó y se puso seria.

—¿Qué pasa?

Negó con la cabeza.

—Ve a sacarle de su miseria.

Entrecerró los ojos y asintió. No necesitó decirle nada más para que comprendiese

que había peligro.

Volvió a mirar a su alrededor hasta encontrar a Velkan junto a Arik, el Ejecutor se había ido moviendo sutilmente, siempre protegiendo a su nuevo Rey.

«¿Puedes rastrearle?». Escuchó la voz de su compañero.

Asintió con la cabeza.

«Puedo hacer...».

Se detuvo y se giró al momento. Un inesperado escalofrío le recorrió la espalda, no supo exactamente qué era, pero algo la alertó. Y no fue más que el prelude, comprendió en el mismo instante en que escuchó gritar a Judith desde el otro lado de la sala.

—Tenéis que sacar a todo el mundo de aquí.

La mujer parecía estar envuelta en una especie de aura rojiza, algo que crepitaba como el fuego y agitó su cabello como si hubiese una corriente de aire.

—¡Ahora!

«¿Qué es?».

La chica no tuvo tiempo a responder, pues en el mismo instante empezaron a sonar una serie de explosiones procedentes de distintos puntos, fuera de aquella sala.

—¿Qué ha sido eso?

Al momento tanto ella como Velkan estaban rodeados por sus escoltas.

—Los ascensores, los han volado —anunció Arik empujando a su protegido, escaneando los alrededores—. Nos han encerrado.

Velkan siseó, sus ojos se encontraron y supo que había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

—¿Puedes hacerlo, Dena?

El que confiase en ella de esa manera, sabiendo lo que significaba para un lobo, sobre todo para un alfa, poner en posible peligro a su compañera, la llenó de orgullo.

—Puedo.

Giró sobre sus talones y empezó a sortear a los confundidos asistentes.

—¡Nahara! —La llamó sin girarse siquiera, moviéndose más rápido a medida que se lo permitía el espacio.

—Te sigo, lobita.

Ese maldito estaba allí, sabía que les había escuchado, sabía que había rabiado al ver la ceremonia y si no había actuado todavía era por ella. La quería a ella, su último as en la manga.

—¡Arik, conmigo! —Escuchó a Velkan—. Radu necesito una vía de escape y la necesito ya. Hay que sacar a toda esa gente de aq...

Sus palabras fueron ahogadas por una nueva explosión. Esta vez una de las paredes del fondo se hizo pedazos, los extintores de incendios que cubrían la sala saltaron al mismo tiempo haciendo que la nube de polvo que se generó se hiciese más espesa. Los escombros habían golpeado a los más cercanos, soterrando a algunos de ellos.

Su primer pensamiento fue para su compañero, se detuvo en seco y lo buscó.

«¡*Velkan!*!».

«¡*Encuétralo, Dena! ¡Hazlo!*».

Apretó los dientes, gruñó y cambió a su loba sorteando a la gente y saltando hacia el pasillo principal, moviéndose con rapidez y agilidad, dejando que su animal la guiase para encontrarlo.

Y lo hizo.

Estaba sentado en la barra del bar. Se estaba tomando un vino y justo a su lado, sobre la barra, estaba la cabeza decapitada de Savage. Ahogó una arcada y cambió a su forma humana al mismo tiempo que extendía la mano para detener a Nahara quién acababa de darle alcance y poseía las mismas ganas de matarle que ella misma.

—Al fin la princesa y su mascota deciden volver con papá.

Se giró en el taburete y las miró. Tenía los ojos inyectados en sangre, su rostro salpicado de sangre y no necesitó mirar al suelo, a los cadáveres que allí había dejado, para ver su procedencia.

—Tú podías haber evitado esto, Denali —le dijo centrándose en ella—. Tú eras la única que podía haberlo evitado, pero decidiste huir.

Apretó los dientes mientras lo veía inclinarse de nuevo contra la barra y acariciar tiernamente la cercenada cabeza.

—Ella me dijo que no confiase en ti, quería que nos marchásemos, pero, ¿cómo renunciar a lo que es mío? —Se volvió a ella y levantó una mano señalándola con un dispositivo.

«*Tiene un control remoto*». Murmuró su amiga en su mente.

«¿*Cuándo ha podido colocar esas cargas sin que nadie se diese cuenta?*».

Nahara negó sutilmente.

«*No ha podido hacerlo, no ha tenido tiempo. Solo se me ocurre que alguien le haya ayudado o que las haya colocado antes*».

Entrecerró los ojos.

«*Avisa a Rumati, que encuentre a quién le ha ayudado. Tiene que estar todavía aquí, a menos que sea uno de esos que están a sus pies. Sé que he visto a un montón de gente, pero...*».

«*Son camareros del hotel, ni siquiera deberían estar aquí*».

Apretó los dientes e intentó no mirar los desafortunados humanos que habían perdido sus vidas a manos de un lunático.

—Eres un monstruo.

Se echó a reír como un demente.

—No soy nada más y nada menos que lo que los lobos han querido que fuese —respondió entre carcajadas—. Dales las gracias a ellos... —su risa se apagó casi al momento, sus ojos inyectados en sangre la estremecieron—. Si puedes...

Sus labios se curvaron y una nueva explosión llegó antes de que pudiese dar la voz de alarma. Esta vez la explosión creó también un pequeño conato de incendio

provocado por los cables seccionados de las instalaciones.

Dio un paso hacia él sin pensárselo. Su loba quería desgarrarle la yugular, quería matarle.

—¡Basta! —gritó furiosa—. ¡Juro por Dios que te mataré!

Se levantó.

—Y ahí está la loba a la que crié, a la que eduqué, mi preciosa princesa... mi futura compañera.

La locura se reflejaba en sus ojos. Había perdido la cabeza por completo, no había nada en él que le recordase al hombre que las había acogido.

Sacudió la cabeza.

—No soy ni seré jamás nada tuyo...

«Denali».

La voz de Velkan la apaciguó, templándola, recordándole que no podía actuar por impulso, pero era tan difícil contenerse.

«Quiero matarle, quiero que pague por todo lo que ha hecho, por lo que me ha quitado».

Quería borrar todo ese miedo que él le había inspirado, todo el rencor y la desesperación, quería hacerlo bañándose en su sangre, pero eso la llevaría a convertirse en el monstruo que él deseaba.

«No quiero ser como él».

Una ligera caricia le tocó el alma. Él. Su compañero. Siempre presente, siempre a su lado.

«Nunca lo serás, Dena. Tú tienes corazón, tienes alma y compasión, nunca serás como él».

Apretó los puños y lo miró a los ojos.

—¿Nahara? —Preguntó sin atreverse a apartar la mirada de ese lunático.

—Empiezo a hartarme de las malditas explosiones —siseó la loba, que se había apartado a tiempo evitando la mayor parte de la explosión. Pero estaba herida, olía su sangre, no parecía grave, pero aquello la enfureció todavía más—. Y sobre todo empiezo a hartarme de él.

—Siempre he admirado ese amor fraternal entre ambas —murmuró él y la miró de nuevo—. Pero ¿de qué te ha servido? Dejaste mi lado para irte con el enemigo.

Levantó la cabeza y lo miró como la orgullosa loba alfa y reina de la raza lupina que era.

—Volví al lugar al que pertenezco, con mi manada, con mi Rey.

Sus palabras lo hicieron estallar.

—¡Él no es tu rey! —Se pegó en el pecho—. ¡Yo soy el legítimo heredero! ¡Yo! Tú me perteneces a mí, mi loba pura, mi futura consorte...

—Lamentó comunicarte que ya está emparejada conmigo.

La voz de Velkan inundó el lugar, podía sentirle tras ella, pero no se atrevió a moverse. No iba a quitarle el ojo de encima.

—Ah, al fin das la cara, bastardo traidor.

Sus palabras hicieron que el lobo riese. Se detuvo a su lado y le rozó la mano con la suya.

—El único bastardo presente en esta derruida habitación, está ante mis ojos —le soltó—. Y es el único que se ha atrevido además a amenazar a mi gente y a mi reina.

Aquello lo encendió de tal modo que empezaba un ataque de un momento a otro.

—No será tuya, nada será tuyo, nunca debió haberlo sido —chilló de nuevo haciendo gala de su irreparable locura—. Pero hoy terminaré lo que empecé esa noche hace años. Culminaré mi venganza.

Levantó la mano y abrió al mismo tiempo su chaqueta para revelar un cuchillo enjovado de largas dimensiones que sacó entre risitas.

—¿Lo recuerdas? —dijo mirando la hoja con absurda reverencia—. Chillaron como perros, suplicaron por sus vidas, especialmente esa niñita loba.

Aquello hizo que ambos se tensasen, sabiendo perfectamente a qué se refería.

—¡Bastardo! —chilló dando un paso adelante, siendo retenida al momento por Velkan—. ¡Solo era una niña!

Sus labios se curvaron y parecía disfrutar más que nunca.

—Y tú serás el siguiente —apuntó a Velkan con el arma—. Me rogarás clemencia y puede que te maté rápido.

Su compañero negó con la cabeza y le dio una orden mental antes de responder en voz alta a ese asesino.

—No te concederé clemencia, ni siquiera morirás por mi mano, ni por la de aquellos a los que has destrozado la vida, serán tus víctimas las que cobren su cuota con tu vida.

En un abrir y cerrar de ojos cambió de forma humana a la lupina y saltó sobre él, esquivando el cuchillo y mordiénole en la mano para quitarle el detonador.

Atenta a la maniobra, corrió para hacerse con el detonador y alejarlo de él.

Se echó a reír, una risa macabra.

—Ni siquiera eres capaz de ir a la yugular, maldito engendro —se burló partiéndose de la risa—. No eres más que un perro.

Velkan saltó hacia atrás, volviendo a su lado manteniendo la forma lupina.

—Te mataré... te destriparé y haré que hagan una obra de arte con tus vísceras...

—No si aquellos a los que mataste, te destripan primero.

La voz de Arik surgió de la nada, en un momento ese psicópata estaba de pie y jactándose y al siguiente había caído de rodillas, jadeando y con los ojos abiertos como platos mientras de su garganta salía un grito de dolor.

El Ejecutor lo había desarmado y le había seccionado ambos tendones antes de situarse frente a ella y tenderle el cuchillo.

—Un corte por cada una de sus víctimas.

Hundió todavía más los dedos en el pelo de su lobo y ladeó la cabeza.

—Nahara...

La muchacha no vaciló, tomó el cuchillo de manos del ejecutor y en un casi imperceptible movimiento le asestó el primer corte.

—Por mi reina —la oyó sisear.

Él bajó la mirada sobre el corte que tenía en el pecho y se echó a reír. De rodillas y con la sangre empapando el suelo a sus pies y su pecho, no dejaba de reír.

—Ha perdido el juicio.

Nahara avanzó ahora hacia ella, cogió su mano derecha y depositó la empuñadura en su mano.

—Tú decides.

Aferró los dedos alrededor de la empuñadura y el pelo de su compañero con la otra.

«*Librate del pasado, amor mío*».

Caminó hacia él sin dejar de mirarle.

—Siempre supe que serías...

No le permitió continuar, levantó el cuchillo y descargó el corte.

—Por mi Rey y nuestras familias.

La sangre manó de la herida abierta en su otra mejilla, el horror reflejándose en esos ojos, como si dentro de su locura comprendiese que estaba perdiendo la batalla.

Le dio la espalda y levantó la mano con intención de dejar caer el cuchillo, pero apenas había abierto los dedos cuando lo escuchó gritar a su espalda, se giró lista para matarlo, pero Velkan le arrebató el arma en un único movimiento y se lo hundió en el hombro, empujándolo lejos de ella.

—Por mi madre.

Le dio la espalda y la enlazó a ella por la cintura, arrastrándola con él mientras Rumati y Arik cerraban filas tras ellos antes de tomar sus propias venganzas en nombre de sus víctimas.

—Por todas las cosas que te llevaste esa noche de mi clan.

Un quejido audible.

—Por Savage.

Su grito aumentó.

Más y más lobos fueron pasando, cada uno en nombre de una víctima. Denali perdió la cuenta de los que se presentaron allí, dejó de escuchar alaridos hasta que todo lo que oyó fue el ulular de las sirenas a lo lejos.

—Se terminó, pequeña, todo ha acabado.

Esas palabras cayeron en su alma aliviándola, liberándola del pasado y las lágrimas y el llanto aparecieron por fin ahora que la pesadilla había terminado.

CAPÍTULO 51

Un mes después...

Merryna dejó unas flores ante la nueva tumba. Una sencilla lápida con el nombre del profesor marcaba su lugar de descanso. Había sido lo único que había podido hacer por él, su pequeño homenaje a un hombre que sorprendentemente le había dejado todo lo que tenía en su testamento.

La noticia había llegado casi un mes después de que se declarase su muerte, la versión oficial había sido un ataque al corazón mientras estaba trabajando en su galería. Como no tenía familia conocida, a nadie le había dado por investigar.

La citación para la lectura del testamento llegó a su nuevo hogar, el de su compañero. Una bonita casa de líneas modernas en Bratislava y de ahí terminó sentada ante la mesa de un notario escuchando como el hombre que le había dado empleo le había dejado en herencia su galería y una casa en Viena cuya existencia desconocía. El grueso de su fortuna había sido destinado a asociaciones que ayudaban a buscar a personas desaparecidas, lo que sin duda era el mejor acierto.

Judith y ella habían pasado tiempo intentando encontrar alguna pista de la hija desaparecida del hombre, pero tras varios intentos, su nueva amiga había anunciado con tristeza que la muchacha había muerto hacía algunos años. No había querido darle detalles, pero solo había tenido que mirarle la cara para hacerse una idea. Ese día había ido a la Iglesia en la que la habían plantado y había encendido una vela por su alma. No era una persona religiosa, pero sabía que, si el profesor lo hubiese sabido en vida, sería lo que habría hecho.

—Hola profesor. —Se acuclilló ante la lápida y acarició con los dedos el nombre del hombre—. Espero que se haya encontrado con su hija y se estén poniendo al día.

—Sin duda lo harán.

Levantó la cabeza y sonrió. Mijaíl estaba de pie a su lado, vestido con un abrigo sobre el traje ejecutivo con el que había salido de la oficina.

Después de todo lo que había ocurrido la noche del Congreso en Praga, de las explosiones, el incendio y los muertos y heridos con los que se saldó el convite, su compañero le pidió que lo acompañase a su hogar, un «a ver cómo nos va», para poder dejar atrás el horror que habían vivido y aprender a convivir sin un psicópata sembrando la muerte a su alrededor. El experimento no había salido del todo mal, prueba de ello era la alianza que llevaba en su dedo a juego con la de su marido, una boda que se había celebrado en una pequeña capilla con tan solo Radu y Judith como testigos. Sí, sin duda iba a ser divertido decirle a sus padres que se había casado sin ellos, se lo dejaría a su marido, después de todo se le daba de lujo domar a las fieras.

Los hermanos seguían teniendo sus desavenencias, de hecho, estaba convencida que su marido fastidiaba al alfa de Praga a propósito, pero ya no había esa previa tensión que había visto entre ambos. Por otro lado, su cuñada estaba convencida que era cuestión de tiempo que ambos volviesen a ser lo que fueron una vez.

—Solo quería darle las gracias —murmuró volviendo a mirar la lápida—, y decirle que la galería Ekate ha vuelto a abrir y está funcionando bien. Me he encargado de hacerle un lavado de cara completo y tengo a una encantadora ayudante que se encarga de que todo fluya como debe.

Judith se había apuntado a echarle una mano al principio y al final le había cogido el gustillo lo suficiente para alternar con ella los días de apertura.

—Encantadora se le queda corto...

Enarcó una ceja y le miró, cosa que hizo que le guiñase el ojo.

—Admitámoslo, Merry, tiene que ser mucho más que encantadora para soportar y aguantar a Radu.

Puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—El burro hablando de orejas —miró de nuevo la lápida—. ¿Ya ve lo que tengo que aguantar?

—Merry quiere darle también las gracias por la propiedad que le ha dejado en Viena —añadió él—. Es el mausoleo más viejo e interesante que he visto en mi vida. Me recuerda a un museo.

—Misha.

—¿Sí, compañera?

Sacudió la cabeza.

—Contigo no se puede.

—Al contrario, mi Merry, tú eres y serás siempre la única que podrá conmigo. —La abrazó, besó sus labios y la giró en sus brazos para que pudiese despedirse—. Gracias por darle trabajo estos años y cuidar de mi chica, profesor. Ahora ya no tendrá que preocuparse por ella, ese es mi trabajo, hasta que la muerte nos separe.

—Eso fue lo que prometiste cuando me arrastraste a la Iglesia.

—Bueno, *prietenã*, no podía permitir que el amor de mi vida fuese plantada otra vez. —La miró a los ojos—, tenía que llegar hasta el final.

—Ah, lobo. —Le aferró las mejillas y sonrió—. Yo también estoy loca por ti.

Y sí, lo estaba. Porque solo una mujer loca y enamorada podría enfrentarse al mismísimo infierno para quedarse con el lobo que la había conquistado.

Rumati nunca había pensado en volver a ese lugar, no después de haberlo dejado hacía ya tanto tiempo de la manera en que lo habían dejado. Sentía a Nahara a su lado, silenciosa, guardando un respeto por las almas que se habían perdido y las cuales esperaban que ahora que habían sido vengadas encontrasen el descanso. Había sido ella quién le había pedido hacer ese viaje, Denali y Velkan habían vuelto a

Rumanía y ellos todavía no habían decidido qué camino tomar.

Demasiado tiempo separados y muy poco para reencontrarse. Quería poder darle más opciones, que le conociese y hasta el momento apenas habían podido hacerlo. Ambos arrastraban tras de sí un lastre en forma de pasado que los había obligado a dejar sus vidas a un lado para dedicarse en cuerpo y alma a otros.

Ahora había llegado su momento y en cierto modo, eso era también un gran salto que dar.

—Nunca creí que volvería a pisar este lugar —dijo permaneciendo de pie a su lado—. No después de aquel día... y no contigo.

La miró, su rostro estaba pálido, sus ojos se habían clavado en un punto y parecía incapaz de arrancar la mirada.

—Nahara.

Su voz la sacudió. Dio un respingo y lo miró. El dolor, la desolación, incluso el odio estaba presente en sus ojos, entonces su mirada empezó a aclararse y le vio a él, no al pasado.

—Necesitaba cerrar este círculo, saber que este último par de meses no he estado entre el cielo y el infierno —dijo con voz entrecortada—, que tú de verdad has vuelto a mí...

La abrazó, necesitaba sentirla como ella lo necesitaba a él. Estaban hambrientos de afecto, de compañía, de ellos mismos y la única manera de reencontrarse completamente era haciéndolo solos, apoyándose uno en el otro y aprendiendo a convivir.

—Estoy aquí, siempre lo he estado, siempre esperándote —aseguró—. Ese día, no pude ir tras de ti, pero no he dejado de intentar encontrarte y ahora que te tengo, no hay fuerza humana o sobrenatural que haga que te abandone.

Sus brazos le envolvieron a su vez.

—Mi Rumati —murmuró su nombre, atrayéndole contra ella—. Mi compañero, mi amor, no dejaré que te marches de nuevo y si debes hacerlo, me iré contigo.

La separó para poder mirarla a los ojos, acuñar su rostro y sonreírle.

—Esta vez nos iremos de aquí juntos, iniciaremos la vida que debíamos haber estado viviendo desde hace años y construiremos el futuro que te prometí —le acarició las mejillas—. Solo tenemos que elegir un lugar... Dime, ¿hay algún lugar en el que quieras vivir en particular?

Se lamió esos preciosos labios y respondió.

—Siempre he querido ver tu hogar, el lugar en el que naciste —aceptó, era algo de lo que habían hablado esos últimos dos meses—. Y puede que este sea el momento perfecto para hacerlo.

Apoyó su frente en la de ella.

—Volvamos entonces a casa —asintió, conforme con su elección—, y ya veremos si es el lugar que necesitamos o solo la primera parada en el camino.

—Sea cual sea, lo veremos juntos.

Una promesa que sabía lo obligaría a cumplir hasta el final de sus días y que estaría más que feliz de llevar a cabo.

Nahara lo era todo para él, lo había sostenido incluso cuando no estaba con él y sabía que lo sostendría hasta que expirase su último aliento.

CAPÍTULO 52

Daneli había sido muy pequeña cuando abandonó su hogar, tanto que apenas recordaba la región, sin embargo, nada más volver a poner los pies en Brezoi, una ciudad en el distrito rumano de *Vâlcea*, en la región de Oltenia, supo que ese era el sitio al que pertenecía. La pequeña urbe rural estaba rodeada por bosques de coníferas, situada en el mayor valle entre los Cárpatos, el *Țara Loviștei*, lo que hacía que mirase hacia dónde mirase siempre se encontrase con sus amadas montañas. La proximidad del Parque Natural Cozia hacía de este el emplazamiento perfecto para su espíritu salvaje, mucho más apetecible que la bulliciosa capital situada a más de doscientos kilómetros. No era de extrañar que Velkan estuviese deseoso por volver a casa.

Echó un vistazo al hombre que dormitaba sobre la cama de matrimonio que compartían desde que habían llegado en la enorme casa. Ahora entendía porque se habían referido a ese lugar como «La Fortaleza». La arcaica y estoica construcción situada en lo alto de la colina ponía la pequeña urbe a sus pies, su aspecto exterior le había recordado al principio a un castillo medieval, pero su interior era pura modernidad mezclada con unos toques rurales que lo hacía hogareño.

Abrió las puertas francesas que daban al balcón y salió recibiendo el aire frío de la mañana. El otoño empezaba a dar ya paso al invierno, pronto empezarían a llegar las primeras nevadas; estaba ansiosa por ver la nieve, aunque su compañero le había avisado que, si se quedaban en invierno allí arriba, estarían prácticamente aislados.

Quizá debió advertirle que la idea le parecía de lo más apetecible. Eso le daría tiempo para conocer en profundidad al lobo con el que se había emparejado, a olvidar todo el horror y las persecuciones que habían quedado a su espalda. Un nuevo comienzo al lado de aquel al que había estado esperando toda su vida.

Cerró los ojos e inspiró profundamente, quería llenarse de esos maravillosos aromas, sentir que la libertad que había descubierto durante este último mes sería eterna, pero no podía engañarse a sí misma. Antes o después tendría que dejar atrás ese interludio y volver a la realidad.

Su lobo valiente seguía disfrutando de la excedencia que había solicitado en la Universidad de Bucarest, pero sabía que no podía aparcar su vida para siempre. Ni ella tampoco. Antes o después el mundo volvería a ponerse en movimiento y tendría que empezar a caminar con él.

Levantó la cara hacia el cielo y suspiró. Había muchas decisiones que tomar y cuanto antes empezase a elaborar una lista, antes podría ponerse con ello.

El frío aire que precedía al invierno la envolvió, tirando de ella, susurrándole hasta que su mirada se dirigió más allá de la línea del horizonte, a los bosques, a un

punto en concreto que, si bien no se veía desde aquí, sabía que estaba allí.

Sus padres habían sido enterrados allí, un par de viejas lápidas acompañaban a las de los reyes y a la compañera del Rey, la madre de Velkan. Estaban emplazadas en un risco, con los bosques de coníferas alrededor, un lugar de peregrinación que no había dejado de visitar desde el primer día en que la llevó allí, cumpliendo su promesa.

—Os dije que os la traería. —Había dicho él, apretando su mano, mientras contemplaban, uno al lado del otro, las lápidas de sus seres queridos—. Que volveríamos ambos para que supieseis que estábamos bien y juntos.

Se agachó, llevándola consigo y acarició una de las lápidas en las que solo estaba escrito un nombre y nada más.

—Te he visitado tantas veces sin saber realmente lo que eras para mí. —Su voz se había quebrado, por primera vez vio el niño que había sido, el lobo joven y abandonado a su suerte y quiso llorar—. Pero ahora lo sé y te prometo que nadie lo olvidará, madre.

Apretó su mano y le sonrió, obteniendo una tibia sonrisa en respuesta.

—Mamá, papá... —musitó ella acariciando a su vez ambas lápidas—. Ya estoy en casa. Estoy en el lugar al que pertenezco y con el hombre destinado a mí. Descansad en paz ahora y sabed que siempre os he llevado en mi corazón.

Su pecho pareció aligerarse, la realización de que efectivamente estaba en casa, de que estaba con quién debía estar y nadie los separaría le trajo una calma que no había sentido en mucho tiempo.

Se volvió entonces a su compañero y lo miró a los ojos.

—Gracias por rescatarme, por traerme a casa...

Se echó a sus brazos, sintiéndose reconfortada entre ellos.

—Tenía que mantener la promesa que te hice, *prietenã*, no podía ser de otra manera.

Sonrió y le cubrió el rostro con las manos.

—Y gracias por amarme, mi rey —musitó cerca de sus labios—. Ojalá el tiempo me permita devolverte ese amor multiplicado por cien, por mil, hasta hacerlo infinito.

—El tiempo está en nuestras manos, mi Denali, como lo ha estado todo este tiempo nuestro destino.

Su beso la había calentado por dentro, había descongelado poco a poco su corazón permitiendo que volviese a latir solo por él.

Parpadeó y dejó escapar un suspiro. Parecía que había pasado una eternidad y solo habían sido cuatro semanas, treinta y un días de tranquilidad, dulzura, travesuras, batallas y diversión. Él no dudaba en demostrarle su amor cada día, de mil maneras distintas y con cada segundo que pasaba sabía que no había nada que temer, que unas palabras jamás se lo llevarían de su lado.

Le dio la espalda a las vistas de su ciudad y entró de nuevo en la habitación, cerró las puertas tras ella y correteó hasta la cama.

—Madrugas demasiado —lo escuchó decirle con voz somnolienta, sin molestarse

en abrir siquiera los ojos—. Métete debajo de la manta y duerme un rato más.

Sonrió, apartó las mantas y se pegó a él haciéndolo sisear.

—Cristo, Dena, estás helada —masculló, pero no se apartó, por el contrario, la envolvió atrayéndola con su cuerpo, templándola—. Todavía no es hora de salir a jugar con la nieve...

—Aún no hay nieve —replicó apoyando la mejilla en su pecho, extendiendo la mano sobre su corazón para sentir su latido—, y estoy impaciente por verla.

La besó en la cabeza y se acurrucó contra él.

—Velkan.

—¿Dime?

—*Te iubesc*^[6].

Sintió como su cuerpo empezaba a temblar y pronto escuchó una risita saliendo de sus labios.

—Ya era, hora, *prietenã*, ya era hora.

Ella se echó a reír también, se incorporó y lo miró.

—Te digo que te quiero, ¿y te ríes? —le pellizcó—. ¿Qué clase de rey de los lobos eres tú?

Le cogió la mano y se la llevó a los labios, besándole los nudillos antes de clavar esa mirada ambarina en la suya.

—Uno completa e irremediabilmente enamorado de su reina.

Y se lo demostró en su beso, en sus caricias y en cada una de las respiraciones que daba por ella y solo por ella.

EPÍLOGO

Un año después...

Costaba imaginarse que había pasado ya un año desde la última vez que se reunieron allí, que las paredes que ahora volvían a estar levantadas habían sido destruidas por una explosión y que el demonio que había assolado sus tierras y las de otras regiones lupinas había dejado de existir. Habían sido doce meses largos, un tiempo de readaptación, de felicidad, de descubrimientos, de reencontrarse a sí mismo y a los suyos y todo ello se lo debía a la pelirroja que le hacía carantoñas al primogénito del alfa de Manhattan. El bebé de ocho meses estaba empezando a dar sus primeros pasos y tenía a todas las hembras pendientes de él.

No por primera vez se imaginó a su Judith con su propio hijo en brazos, pero era algo para lo que tendrían que esperar todavía un poco. Ambos deseaban descendencia, pero lo primero sería disfrutar de su mutua compañía.

—Los niños siempre han sido un símbolo de alegría y prosperidad en la manada —comentó Velkan, reuniéndose con él—. Karen y Dylan son sin duda una muestra de ello.

La mención de la pequeña hija de Adam y Bryony lo llevó a mirar hacia el otro lado de la sala, la pareja charlaba animadamente con Khalid y Brenda mientras está última aprovechaba para coger en brazos a la bebé.

—Hace un año temíamos no ser capaces de presenciar esto y ahora, aquí estamos, celebrando la vida y las nuevas uniones de la manada.

Siguió su mirada hacia el policía. Él y Judith habían trabajado sin descanso para que Aneska, la compañera de este, pudiese superar el trauma vivido. Todavía quedaba mucho que hacer por delante, pero él mejor que nadie sabía que un lobo haría lo que hiciese falta por su compañera.

—Es esperanzador ver como la vida continúa y nuestra gente sale incluso más fuerte de los conflictos.

—Somos lobos, Radu, nuestro instinto es sobrevivir y para ello lucharemos dónde y cuándo haga falta —le aseguró apretándole el hombro—. ¿Y Mijaíl? ¿Cómo es que no está aquí?

Puso los ojos en blanco.

—Nunca ha conocido el concepto de puntualidad.

—Te he oído.

Ambos se giraron para ver a la pareja de Bratislava caminando hacia ellos.

—Llegas tarde.

—Llegó a tiempo —replicó y miró a Velkan—. Majestad.

—Parafraseando a mi reina, dilo otra vez y te muerdo.

Él se rio entre dientes.

—Ya veo que el puesto te sienta bien.

—Ignorable, por favor, acaba de descubrir que ha perdido su llavero favorito y está con una rabieta.

—No solo era mi llavero favorito, tenía las llaves de la cabaña nueva.

Ella optó por ignorarle y saludó a los presentes.

—Hola Radu. —Lo abrazó y pasó al rey—. Me alegra verte de nuevo, Velkan, ha pasado mucho tiempo.

—Aceptó la regañina —le sonrió—. Denali ha empezado este año en la Universidad y nos hemos pasado casi todo el curso en Bucarest.

—¿Y qué tal le va?

—Lo bien que cabe esperarse en una loba cabezota como ella —puso los ojos en blanco—. Se enfurruña solita cuando las notas no son lo que deberían ser, según mi reina, claro.

Todos se rieron.

—Que sepas que solo me enfurruño cuando tengo razón —declaró, rodeándole la cintura con el brazo—. Me alegra veros a los dos. Hemos recogido tu invitación, pero he estado de exámenes.

—Ahora tendrás vacaciones en Navidad, esperamos veros entonces.

—Prometido —aceptó y miró a Velkan quien asintió.

—Lo intentaré con todas mis fuerzas.

—Eso equivale a un ya veremos, Merry.

Ambas mujeres negaron con la cabeza.

Sí, el mundo volvía a girar en el sentido adecuado, las generaciones siguientes disfrutarían de él y ellos también mientras estás llegando.

«Te veo muy pensativo lobo».

—Si me disculpáis... —Se excusó con los presentes para reunirse con su mujer.

«Estaba pensando en lo fuertes que somos, lobos y humanos, en los profundos lazos que forjamos y que se forjarán con el tiempo. Hemos formado una manada propia dónde no importa quién seas, solo el respeto, el cariño y el aprecio por lo que compartimos».

—Somos luchadores —aseguró llegando hasta él, enlazando los dedos en los suyos cuando le tendió la mano—, y somos familia.

Asintió de acuerdo con ella.

—Sabes Judith, hace un tiempo te dije que no sabía si lo que teníamos era amor, pero que estaba dispuesto a descubrirlo. Hoy solo sé que eres mi alma, mi corazón, que mi vida es verte despertar cada mañana a mi lado, verte sonreír y murmurar esas cositas cuando te enfurruñas o las voces no te dejan pensar.

Le cogió la mano, tomó aire y se arrodilló ante ella.

—Hoy sé que es el verdadero amor gracias a ti, sé que será tan duradero como

nuestras vidas y que con cada nuevo amanecer te amaré un poco más. Así qué, Judith Stevens, ¿le harías el honor a este pobre lobo solitario de aceptar ser su esposa?

Ella jadeó, sus ojos se abrieron de par en par y gimió al verle sacar una caja del bolsillo con un bonito anillo con un granate en el centro.

—Oh lobo tonto, sí, por supuesto que sí.

Dejó que le pusiera el anillo y luego saltó a sus brazos, lloriqueando.

—Te quiero, mi lobo, siempre te he querido, aunque no siempre haya sabido que esto que tenemos era amor.

—Lo es, mi pelirroja, es amor.

A su alrededor estallaron los aplausos y pronto se unieron las felicitaciones.

Sí, el mundo estaba lleno de lunáticos, de luces y sombras, había sido como bailar al son de un infernal *rock* ante roll, pero al final, un lobo sabía que, sin ella, sin su compañera, sin su amor y esperanza, no existía la eternidad.

FIN

Notas

[1] «Hermano» en checo. <<

[2] Mi niña, en rumano. <<

[3] T.O.C. Trastorno obsesivo compulsivo. <<

[4] ¡Larga vida al Rey! En rumano. <<

[5] ¡Larga vida al Rey! En rumano. <<

[6] Te quiero en rumano. <<